

ESTRELLA ASSE SHUEKE
ID UD5771HLE11973

SHORT STORY ANTHOLOGY
(Antología de Cuentos)

MODERN SHORT STORY FROM POE TO BORGES
(Cuento moderno de Poe a Borges)

Índice

Introducción.....	4
Conceptos Generales	5
Evolución del cuento al cuento moderno	14
Criterio de selección	16
AUTORES EUROPEOS	17
El viejo (Guy de Maupassant) 1850-1893	18
Guy de Maupassant	18
El viejo.....	18
La dama del perrito (Anton Chéjov) 1860-1904	27
Antón Chejov.....	27
La dama del perrito.....	28
Tobias Mindernickel.(Thomas Mann) Alemania 1875-1955	46
Thomas Mann	46
Tobías Mindernickel.....	49
Una nubecilla (James Joyce) 1882-1941	58
James Joyce	58
Una Nubecilla.....	63
La señora en el espejo (Virginia Woolf) Kensington 1882, Londres 1941	78
Virginia Woolf.....	78
La señora del espejo	81
El artista del hambre (Franz Kafka) 1883-1924	88
Franz Kafka	88
El artista del hambre	91
AUTORES NORTEAMERICANOS	101
Literatura Norteamericana.....	101
El retrato oval (Edgar Allan Poe) (Boston 1809-Baltimore 1849).....	103
Edgar Allan Poe.....	103
El retrato oval	105
Wakefield (Nathaniel Hawthorne) Salem Massachussets 1804-1864.....	109
Nathaniel Hawthorne	109
Wakefield.....	110
Por un bistec (Jack London) (San Francisco 1876-1916).....	121
Jack London.....	121
Por un bistec	123
A cat in the rain (Ernest Hemingway) Idaho 1899-1961)	143
Ernest Hemingway	143
Cat in the rain	145
Una rosa para Emily (William Faulkner) Mississippi 1867-1962.....	150
William Faulkner.....	150
Una rosa para Emily	152
La lotería (Shirley Jackson) 1916-1965	163
Shirley Jackson	163

La lotería.....	163
AUTORES LATINOAMERICANOS	176
EVOLUCIÓN LITERARIA EN LATINOAMÉRICA.	176
El hombre muerto (Horacio Quiroga) 1878-1937	177
Horacio Quiroga	177
El hombre muerto	178
Macario (Juan Rulfo) 1918-1986	183
Juan Rulfo.....	183
Macario	184
El anillo (Elena Garro) 1920	189
Elena Garro.....	189
El anillo	191
El ahogado más hermoso del mundo (Gabriel García Márquez) 1928-	200
Gabriel García Márquez	200
El ahogado más hermoso del mundo	202
Casa tomada (Julio Cortázar) 1914-1984	209
Julio Cortázar.....	209
Casa Tomada	211
Las ruinas circulares (Jorge Luis Borges) 1889-1985	217
Jorge Luis Borges	217
Las ruinas circulares	219
A modo de conclusión: El cuento más corto jamás escrito.	225
De Augusto Monterroso	225
El dinosaurio.....	225
BIBLIOGRAFÍA DIRECTA.....	226
AUTORES EUROPEOS	226
AUTORES NORTEAMERICANOS	226
AUTORES LATINOAMERICANOS	226
BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA	227

Introducción

No es lo mismo “leer” que leer, “ver” que ver o “escuchar” que escuchar.

Como en todas las artes, el conocimiento de los aspectos formales nos permite entender el valor de una obra, ya sea, un libro, una pintura, una sinfonía, una escultura, un ballet y hasta una película casual en el cinematógrafo de la esquina.

Cada una de las expresiones artísticas ha sido analizada y estudiada para encontrar la belleza intrínseca de las obras que se producen por miles para determinar cuáles aportan los toques de genialidad que las separa de la producción masiva.

No se pretende invalidar la creación artística de todos aquellos que producen obras y que atraen la atención de quienes se acercan. Sin embargo, al conocer los aspectos formales, nos acercamos al arte con un criterio que nos permite ver, leer, escuchar y admirar desde una perspectiva más profunda e interesante, que sorprende y motiva para deleitarnos, cada vez más, en cada acercamiento.

Por eso, la mejor manera de motivar la lectura, es introducir al lector en los aspectos que lo guíen a un entendimiento más profundo de lo que leen a través de mostrarle lo que ven los expertos en cada obra y el porqué de su valor artístico.

Qué mejor que enseñar con el ejemplo. Nuestro objetivo es presentar una selección de cuentos literarios interesantes, sorprendentes y reconocidos, analizando los aspectos formales para crear en el lector una visión más amplia y estructurada.

Antes de presentar las obras que hemos seleccionado, definiremos los objetivos fundamentales del análisis literario, el por qué de su importancia y una diferenciación entre los diferentes géneros para entender el enfoque narrativo.

También ahondaremos en el origen del cuento y su desarrollo histórico, desde los cuentos de tradición oral hasta el cuento literario o moderno.

Todo lo anterior para empezar a aprender a leer.

Conceptos Generales

Breve historia de la literatura

MITO: nacimiento del imaginario humano. El mundo y su entorno son como el hombre lo piensa. Nacen los primeros relatos como consecuencia de la necesidad de expresar lo que el hombre manifiesta acerca de lo que lo rodea.

RITO: el rito es el mito llevado a la acción. Es el hombre representándose a sí mismo en el mundo a través de la acción (danza, canto, pintura, narraciones, etc.). es personal y colectivo.

LITERATURAS ORIENTALES DE LA ANTIGÜEDAD: El surgimiento de la literatura, o las primeras formas escritas del relato, tienen que ver con el mito. Existen textos religiosos y literarios y, en muchos casos, no hay distinción entre ambos (ejm. chinos, persas, hindúes, árabes, etc..)

LITERATURA CLÁSICA GRECO-LATINA: Nacimiento del género épico .Se atribuye a Homero *La iliada*, sobre la guerra de Troya (o Ilión). El segundo poema épico más importante es *La odisea*, también atribuida a Homero, centrada en la historia de Ulises o Odiseo.

Nacimiento del género dramático en dos vertientes: la tragedia, la cual consistía en representaciones públicas con el fin de mostrar aspectos morales o sociales a partir de mitos o leyendas (ejm. Esquilo, Sófocles, Eurípides) y la comedia, la cual se inclinaba más hacia la risa, la ridiculización, el sarcasmo, etc. (ejm. Aristófanes).

Con el género dramático en Grecia, surge la idea del teatro y del espectador.

También en Grecia nace el género lírico, del cual deriva la poesía. Fue el género más copiado por los latinos o romanos (ejm. Safo). Algunos representantes latinos de importancia: Virgilio autor de *La eneida* (poema épico sobre el nacimiento de Roma), poetas: Catulo, Ovidio, Horacio, etc. Dramaturgos: Plauto, Terencio, etc.

LA EDAD MEDIA EN EUROPA: Comienza con la caída del Imperio Romano (siglo X d.C.) y se caracteriza por el control que el cristianismo impuso en Europa. El

feudalismo como modelo de producción imperante, el nacimiento de lenguas romances (derivadas del latín) y la maduración de la literatura (desarrollo del arte como visión del mundo). Auge en la poesía provenzal (ejm. Guido Cavalcanti, Arnaut Daniel, etc.). Destaca Dante Aligheri, quien por vez primera usa la lengua vernacular (italiano) para escribir.

EL RENACIMIENTO: Se considera a partir del siglo XV, con un marcado gusto por el legado greco-latino en el campo de la filosofía y las artes. Se inventa la imprenta por Gutemberg en Alemania (1440) y con ello se difunde la cultura a sectores más amplios (auge en la educación y no sólo en la religión). Reforma protestante, inicio de cambios fundamentales en Europa. Autores importantes: Françoise Rabalais, Cervantes, Shakespeare, etc.

EL BARROCO: Siglos XVI y XVII destaca España (Siglos de Oro) (ejm. Lope, Calderón, Góngora, Quevedo, etc. Separación de la Iglesia (católica y protestante). Poesía y teatro son formas muy favorecidas y de gran desarrollo.

EL NEOCLASICISMO: Cúspide de la idolatría a la razón instrumental. Lo más destacado es la creación del género ensayístico. Surgimiento de la enciclopedia y libros sobre gramática. Voltaire una figura en Francia de gran importancia.

EL ROMANTICISMO: A finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX. En Alemania, Schiller, Novalis. En Francia, Victor Hugo. Llega a América, influencia en Poe. En Inglaterra una lista interminable, Stevenson, Shelley, Stoker, Keats, Coleridge, Wordsworth, poetas y prosistas.

EL REALISMO: Desde segunda mitad del siglo XIX. Y también el naturalismo. Una lista enorme también de autores en Europa y Estados Unidos. Hispanoamérica sigue en un romanticismo prolongado. Francia, Flaubert, Balzac, Maupassant. Inglaterra, Dickens, España, Galdos, Rusia, Tolstoi, etc.

Cabe mencionar “poetas malditos” rompen con tradiciones. Baudelaire el primero, Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, Valery, etc.

LAS VANGUARDIAS: Comienzos del siglo XX. Ruptura con las formas reconocibles del realismo. Dadá, una destrucción total para poder rehacer el arte. Futurismo, propone la tecnología como belleza.

SURREALISMO: Búsqueda por el inconciente e intenta reducir la distancia entre sueño y realidad.

Consideraciones generales sobre la crítica literaria.

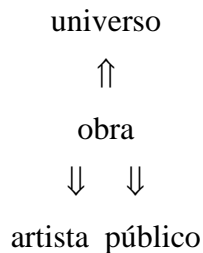
Son cuatro los elementos de la obra:

Obra – producto artístico

Artista – creador

Universo – temas a los que se asocia: gente, acciones, ideas o sentimientos, cosas materiales, esencias sensibles, naturaleza.

Público - los receptores o lectores.



La crítica se ocupa de estudiar la relación entre estos elementos (cada escuela con enfoques muy distintos). La crítica es importante en la medida que encauza el interés y amplía la apreciación estética del lector. Es una herramienta que ayuda a reconstruir el sistema de las obras literarias; sin embargo, el lector (receptor) se encarga de activar los significados que encierran las obras y lo que obtiene de las mismas.

La literatura se ocupa del suceder imaginario, aunque éste integrado por los elementos de la realidad (diferencia con la historia o la ciencia que se ocupan del suceder real o la filosofía que se ocupa del ser).

Por ello, la literatura posee un valor SEMÁNTICO o de significado y un valor FORMAL o de expresiones lingüísticas. Ambos aspectos se integran para presentar la

intención del autor. Todo relato literario se integra, así, en: un suceso ficticio por medio de expresiones estéticas (CONTENIDO-FORMA).

Algunos de los elementos formales que se integran en el relato literario son:

TRAMA: Una trama no puede existir sin personajes que la actúen; un personaje sólo se desarrolla en la acción y todos los actos humanos involucran un juicio de valores, o sea una idea o tema.

Trama, personajes y tema forman una unidad que le da vida a la narración.

Trama es lo que pasa en la historia. Es lo que el que cuenta la historia hace a la acción para presentárnosla. El inicio de la acción siempre presenta algún elemento de inestabilidad, algún conflicto. En el medio viene un período de ajuste, un proceso que conlleva a resolverse en un final. Se seleccionan, por lo tanto, aquellos eventos que son útiles para un propósito particular. Es una unidad que involucra un cambio (sin cambio, no hay historia). El énfasis recae en la causa. Sucesión cambiante de acontecimientos que constituye la historia de la novela o cuento.

La trama puede ser confundida con la historia. La historia es una narración de eventos arreglados en una secuencia de tiempo. La trama es también una narración de eventos, pero el énfasis recae en la causa. Por ejemplo, “el rey murió y la reina murió” es una historia; pero: “el rey murió y después la reina murió de dolor” es la trama (la causa por la que murió).

TEMA: El aspecto fundamental de la novela es que cuenta una historia y tiene un tema. La historia se define como: una narración de eventos arreglados o puestos en una secuencia de tiempo. El tema es la intención primaria del autor; los temas no son tan variados, sino el cómo decirlos es lo que varía. El contenido de la obra está dado en el tema.

El tema involucra un comentario sobre valores humanos, sobre la conducta o la naturaleza humana. Cualquier historia siempre aparecerá en nuestra imaginación a través de lo que sentimos como el significado de una experiencia.

El tema es la idea, el significado, lo que la experiencia humana que engloba la historia quiere decirnos.

Un tema ayuda a modificar en el lector sus dogmatismos. Si rechazamos un tema es porque no es convincente su desarrollo, o porque la historia es muy obvia y no ofrece al lector punto de reflexión.

PERSONAJE: Un personaje ficcional debe de ser tan creíble como un ser humano. Deben de ser presentados de forma convincente, sobre todo porque concierne a su interioridad, cómo hablan, cómo se comportan, y da lugar a que el lector desarrolle una participación imaginativa.

Un aspecto muy importante, es cómo hablan los personajes, cada uno tiene su forma de hablar (tímidos, violentos, coloquial, sádicos, etc.) Nos interesa de los personajes analizar los conflictos dentro de ellos y en relación con otros personajes. Los personajes deben de tener un sentido con la acción y el tema, si no, no nos convencen.

Un Hamlet nos es más familiar, cercano y vívido que un personaje real histórico.

Un personaje que sufre nos conmueve cuando está bien delineado, un personaje “loco” nos permite ver su lado humano y no sólo encuadrarlo en un caso clínico.

El responsabilidad del autor representar en sus personajes seres humanos con características particularesa

Existen dos tipos de personajes:

Los principales, llevan el peso de la trama y se desarrollan.

Los secundarios, figuran menos en el desarrollo temático.

Todo personaje contiene una psicología, atributos, descripciones y acciones.

Hay héroes y anti-héroes.

Arquetípicos- imagen típica o recurrente que llega a convertirse en un símbolo, se puede decir que las atribuciones crea un modelo, un tipo de personaje. Em. Pedro Páramo: cacique mexicano.

Estereotipos- personajes que ya no son comunicables ejm. Don Juan, Celestina.

NARRADOR: describe la relación de sucesos reales o imaginarios. En la narración literaria el papel del narrador es ficcional, lo que no ocurre en la narración noticiosa o en la histórica. El autor se oculta detrás del narrador que puede o no ser un personaje y que asume la tarea de construir el relato.

Puede narrar hechos futuros (prolepsis) o hacer una retrospectiva de acciones pasadas (analepsis), puede comenzar a narrar con los hechos adelantados o guardar una cronología, puede narrar una historia propia o ajena.

El narrador extradiegético u omnisciente: no participa en los hechos narrados, pero interviene con sus comentarios, tiene un conocimiento mayor que cualquier personaje (más objetivo).

El narrador intradiegético o 1a. persona: a la vez que narra participa en los hechos como personaje, testigo u observador. Es más subjetivo, aunque más creíble.

El omnisciente fue tradicional en el siglo XIX y en el XX ha sido menos utilizado. Actualmente no se usa este narrador tan tradicional o se combinan métodos narrativos.

El narrador crea el ritmo narrativo.

MÉTODOS NARRATIVOS:

Monólogo interior- fluido de conciencia; es como un soliloquio de teatro que el lector “escucha” la vida interna del personaje. Es la experiencia del personaje, un drama interior o una confesión. Se usa en poesía en teatro, y en la ficción. Joyce. Woolf y Faulkner lo usaron mucho, es un pensamiento inconsciente y es silencioso.

Monólogo dramático- no es interior, sino que se dirige a otra persona, el que habla tiene una razón particular para hacerlo, es espontáneo (se usa desde teatro griego). Es hablar ininterrumpidamente.

Cartas- son un monólogo escrito que no altera estructura narrativa y da mucha información íntima. Novela epistolar (siglo XVIII).

Diarios- no se dirigen a nadie en especial y son íntimos.

Narración subjetiva- no son narradores confiables, nos quieren poner de su lado. Narrador que interviene por uno de los personajes después de la conclusión de los eventos.

Autobiográfico- la historia autobiográfica es popular no sólo porque el narrador enmarca los eventos y nos ayuda a interpretarlos, pero también porque detalla el proceso de hacerlos crecer y hacer que el lector los crea. “Novelas de formación”: tenemos que aceptar por bueno lo que interpreta el narrador que se dirige al lector.

Narración anónima- punto de vista de un solo personaje, no tiene que dar cuenta de lo que sabe, no cómo lo sabe, ni decirnos cómo saben lo que cuentan. Combinan el ser testigos, confidentes o un coro, transmite pensamientos y sentimientos, valores y puntos de vista de los personajes como si el lector fuera confidente. El autor escoge en qué personaje se quiere meter. Puede ser dual y presentar la vida de dos personajes o alternados o múltiples, interrelaciona varios puntos de vista (se usa más para novela). La narración anónima puede mantenerse también fuera de la mente de los personajes, crear un ambiente y resaltar la conciencia comunal o la conciencia universal; la historia queda implícita por sí misma no la de algún personaje.

ESPACIO: En el espacio es donde se realizan los acontecimientos relatados. La espacialidad de la historia relatada es evocada e imaginada a partir del discurso que la sugiere, incluida por el narrador o por los personajes.

El papel que el espacio juega en los textos varía enormemente, puede ser apenas aludido, o bien minuciosamente descrito en sus menores detalles, puede ser imaginario o real. Contribuyen a describir el espacio el diálogo, la narración, el monólogo.

TIEMPO: Se refiere a la duración, al orden y la frecuencia. La temporalidad es donde se desarrolla el proceso discursivo, además del espacio y la acción de los personajes. Tanto la historia, como el discurso que da cuenta de ella se desarrollan paralelamente sobre la instancia temporal; pero mientras el tiempo discursivo se desarrolla linealmente, el tiempo de la historia es pluridimensional. Entre el momento en que se inicia la historia, puede demorar o acelerar una acción. El tiempo puede

valerse dentro de la narración de pausas, resúmenes, elipsis (omisiones). Hay órdenes de lectura que obligan al lector a alterar el tiempo. Ejm. Rayuela de Cortázar.

ESTRUCTURA: Se refiere a:

Forma (externa) contenido (interna). La externa es la estructura de la obra, si tiene partes, capítulos, índices. Hay obras que pareciera que no tienen estructura, ejm. Pedro Páramo (70 fragmentos) que coinciden con lo que se narra, en este caso, una realidad fragmentada que se alterna en diferentes voces.

La interna es lo que desarrolla el tema de acuerdo a la estructura que plantea.

ESTILO: El estilo está dado por el autor. Se marca también un estilo colectivo que concierne a una época, se siguen tendencias, escuelas y movimientos literarios que han surgido en diferentes épocas: realista, romántico, naturalista, surrealista, existencialista, etc. Se vuelve un estilo individual de cada autor. Todo estilo se determina también por el lenguaje, si es sencillo, coloquial, culto, metafórico, simbólico, etc.

INTERTEXTO: Evocación a otros textos que manifiesta el que se analiza. Un texto puede ser una especie de “collage” de otros textos. Puede ser una cita, una alusión, una imitación, una remembranza, una parodia, etc.

Diferencias entre: Historia, Teoría y Crítica Literaria.

Historia literaria: Se enfoca en un estudio de las obras literarias de acuerdo a su contexto histórico, a un orden cronológico y se integra dentro de un proceso histórico. Se inicia entre los siglos XVII y XVIII en Inglaterra a causa de los efectos del enciclopedismo francés, el cual requirió de una clasificación y ordenación para incorporar la vasta cantidad de obras literarias y sus distintos géneros. Se valió de instrumentos de tipo histórico-biográfico para encuadrar la obra que se estudia. Hasta hoy es común referirnos a “movimientos literarios” para hacer una ordenación cronológica, ejm. : obras del período Clásico, Neoclásico, Romántico, Realista, Naturalista, Modernista, etc.

Teoría literaria: Se enfoca al estudio de los principios de la literatura, de sus categorías y criterios. Es muy antigua. Se puede considerar que Aristóteles fue uno de los primeros teóricos de la literatura. Los géneros literarios ya existían anterior a su actividad, pero él lo hereda y le da una ordenación y una nueva forma. Establece los principios de la poética y la retórica.

Crítica literaria: Es un concepto más moderno. Actualmente, la crítica literaria se divide en escuelas, dependiendo de su origen, su enfoque y su desarrollo de acuerdo a su actualidad ideológica.

Es importante considerar que no se pueden utilizar separadamente porque se implican a fondo. La Teoría Literaria es imposible de concebirse si no se asienta sobre la base del estudio de obras literarias concretas dentro de su proceso histórico pues la literatura se implica en éste.

No en vano se ha insistido en la necesidad de entender estas definiciones como:

Teoría de la Historia Literaria y Teoría de la Crítica Literaria.

Diferencias entre: Historia, Teoría y Crítica Literaria.

Evolución del cuento al cuento moderno

El cuento es el más antiguo de los géneros literarios.

Su raíz en latín: *computus* que significa cuenta. Definición de la Real Academia: “relación de palabra o por escrito de un suceso falso o de pura invención” o “breve narración de sucesos ficticios hecha con fines morales o recreativos”

Estas definiciones ya no corresponden al cuento moderno, pues si bien el cuento siempre cuenta algo, otra cosa es lo que dice o significa, o el motivo por el que se narra.

Desde principios del siglo XIX la preocupación por lo que se cuenta quedó supeditado a cómo se cuenta; el cuento deja de tener como preocupación central la integridad de la anécdota y comienza a proponer aspectos distintos. En la antigüedad se usaban como vehículo moralizante o bien para reinterpretar aspectos de la conducta humana no totalmente entendibles.

El cuento moderno busca la unidad del efecto como en la antigüedad, pero también se preocupa por la creación de una atmósfera, el trazo de una situación psicológica, la exploración de emociones, la elección de un fragmento de la vida real que baste para especificar una visión del mundo o un determinado tipo de problemática. Actualmente hay un intento en el cuento de una exploración más profunda.

El misterio de una novela o de un cuento reside en que habla de cosas que están en el mundo, en la gente. El cuento ha evolucionado y ofrece nuevos planteamientos. Por ejemplo, el cuento realista incorpora la fantasía a sus narraciones para reflejar con mayor profundidad los problemas existenciales del ser humano (Calvino opinaba esto al escribir sus cuentos infantiles). Cuando somos niños podemos vivir la fantasía, cuando adultos la cuestionamos.

Otros autores han usado la CIENCIA FICCIÓN (Bradbury, G.H. Wells, Huxley, Orwell, Asimov o Calvino). Usan el avance de la ciencia para que el lector simule estar en el futuro, pero en realidad está en el presente y de esta forma la gente se interesa más y repara en ciertos hechos de la vida cotidiana que de otra forma negaría. La ciencia

ficción acerca lo que está lejos, lo que es difícil de imaginar y que tiende a darle una dimensión realista.

El cuento ha permitido conservar en la memoria un caudal inagotable de sabiduría popular, mitos, sueños, leyendas, costumbres ancestrales, que de no haber sido por la tradición oral primero y luego por la escrita se hubieran perdido y no podríamos comunicarnos con culturas distantes y otras civilizaciones.

“Las mil y una noches” referencia inicial que relata desde entonces problemáticas comunes a nuestro tiempo (embarazo, parto, despotismo, riqueza, pobreza, adolescencia, etc.).

Los deseos y fantasías forman parte indisoluble de la esencia humana, de su búsqueda y su deseo de trascendencia, como los libros sagrados, los cuentos de hadas, los folktales. El niño y también el adulto se libera de sus cárceles emocionales. Bettelheim (psicólogo infantil) dice en “Psicoanálisis de los cuentos de hadas” que leer cuentos es una forma de ayudarle al niño a encontrar un sentido a su vida, hadas, brujas, ogros, genios resuelven en gran medida el mundo interno de los niños y entender cosmovisiones variadas. Lo que importa substancialmente es el efecto literario a nivel emocional, espiritual e intelectual que le ofrece al lector la lectura sea niño o adulto.

Las asociaciones conscientes e inconscientes que los relatos provocan en la mente de quien los escucha depende de su marco general de referencia y de sus preocupaciones personales.

El contexto mexicano indígena olvidado en la riqueza de sus relatos y queda en manos de especialistas de la lengua nahuatl, no sólo hay el Popol Vuh o Chilam Balam, hay otros cuentos y relatos que reflejan sus propia manera de entender la vida

Criterio de selección

Se trata de motivar la lectura de obras sorprendentes, atractivas, actuales, de autores reconocidos por su genialidad y que marcan hitos en el desarrollo de la literatura.

Desde el inicio del Siglo XX se han producido miles de cuentos, pero hay algunos que destacan por su profundidad y nitidez literaria que son ejemplo del pensamiento de la época y buen reflejo del entorno.

El análisis de los cuentos seleccionados permite obtener un panorama general de distintos espacios geográficos desde el inicio del siglo XX. De igual forma, la organización de la antología facilita la comprensión de importantes cambios literarios a través de autores significativos de la literatura universal: Edgar A. Poe, Ernest Hemingway, Franz Kafka, Virginia Woolf, Juan Rulfo, J.Luis Borges, por mencionar algunos de ellos.

La presente antología se compone de 18 cuentos de diferentes autores, los cuales se distribuyen en 3 secciones distintas: escritores europeos, norteamericanos y latinoamericanos. Cada una de estas secciones contempla 6 autores representativos, seleccionados cuidadosamente para poder analizar los diferentes contrastes.

Disfrútenla.

AUTORES EUROPEOS

El viejo (Guy de Maupassant) 1850-1893

Guy de Maupassant

Guy de Maupassant nació en Francia en 1850 y fue alumno de Flaubert. En sus cuentos se transmite su interés –al estilo de Poe– por lo sobrenatural y la muerte: También se advierte una sutil ironía en su obra, sobre todo en uno de sus cuentos más famosos, “Bola de sebo”. Éste narra la historia de una prostituta que accede a acostarse con el comandante de una guarnición prusiana, en la guerra franco-prusiana de 1875, a fin de que ella y otros burgueses puedan finalizar su viaje en la diligencia. Después de ceder, ella es criticada por los burgueses que antes la alentaban.

Pera elegir lo que se debe contar, Maupassant seleccionó un momento determinado de la existencia de sus personajes. Y este instante que se va a plasmar debe ser podado de todos los detalles cotidianos inútiles y únicamente se deben conservar aquellos detalles que dan a la historia su efecto y valor en tanto ficción. En la poética de Maupassant, la verosimilitud del texto se logra mediante “hechos inteligentemente orquestados”, los cuales procuran brindar la más completa ilusión de realidad a partir de la sucesión de hechos lógicos y no siguiendo la desordenada sucesión del acontecer cronológico de la vida.

Los hechos que se narrarán son seleccionados subjetivamente por el autor y es esta selección del momento preciso y los detalles adecuados lo que brinda la técnica para un cuento brillante.

El viejo¹

Templado sol de otoño, filtrándose por las grandes hayas que se alzaban junto a la cuneta, bañaba el patio de la alquería. Bajo el césped roído por las vacas, la tierra, impregnadas aún de la reciente lluvia, se hundía bajo el peso de los pies con ruido de agua; y los árboles, cargados de manzanas sembraban sus frutos de color verde pálido sobre el verde oscuro de la hierba.

¹Maupassant, Guy. “*El viejo*”. en *Antología de cuentos de la literatura universal*. Tomo 2. México. Diana. 1983

Cuatro terneras, atadas en línea, pacían y mugían volviendo la cabeza hacia la casa, y las aves, dando una nota de color, escarbaban el suelo, agitaban las alas, cacareaban, mientras los dos gallos cantaban sin cesar, buscaban gusanos para sus gallinas, y las llamaban cloqueando vivamente.

La valla se abrió, y un hombre que tendría cuarenta años pero que por lo menos aparentaba sesenta, arrugado, torcido, andando lentamente con paso que sus grandes zuecos llenos de paja hacían más pesado todavía, entró en el patio. sus brazos, exageradamente largos, colgaban a ambos lados de su cuerpo, y cuando se fue acercando a la casa, un perrillo amarillento que estaba atado al tronco de un peral enorme, junto a un tonel que le servía de perrera, meneó la cola y se puso a ladrar dando muestras de alegría. El hombre gritó:

-¡Calla Finot!

Y el perro calló.

Una campesina salió de la casa. Su cuerpo huesoso, ancho y aplastado, se dibujaba bajo la chambra de lana que le ceñía el talle. Una falda gris muy corta le llegaba hasta la mitad de las piernas, que cubrían medias azules, y también llevaba grandes zuecos llenos de paja. Una cofia entonces amarillenta pero que en otros tiempos había sido blanca, cubría algunos cabellos pegados al cráneo, y su rostro moreno, enjuto, feo y desdentado, mostraba esa fisonomía salvaje y brutal que con frecuencia caracteriza a la gente del campo.

El hombre preguntó:

-¿Cómo va ¿

La mujer respondió:

-El cura dice que está agonizando y que no pasará la noche.

Y los dos entraron en la casa.

Después de haber cruzado la cocina entraron en la habitación, pequeña y oscura, iluminada por la luz que entraba por un ventanillo ante el cual colgaba un harapo de percal normado. Las grandes vigas del techo, ennegrecidas por el tiempo y por el humo,

cruzaban la habitación de parte a parte, sosteniendo el delgado pavimento del granero por el que corrían, día y noche, verdaderas manadas de ratas.

El piso, desigual y húmedo, parecía grasiento, y en el fondo, la cama formaba una mancha vagamente blanca. Ruido ligero, ronco, una respiración dura, que silbaba como un estertor y producía un gorgoteo semejante al del agua en una bomba rota, salía de aquel lecho tenebroso donde agonizaba un viejo, el padre de la campesina.

El hombre y la mujer se acercaron y miraron al moribundo con mirada plácida y resignada.

El yerno dijo:

-Así ronca desde mediodía.

Y luego se callaron. El padre tenía los ojos cerrados, el rostro de color de tierra, y estaba tan flaco que parecía de madera. La entreabierta boca daba paso al aliento desigual y duro, y a cada aspiración, la sábana, de tela gris, se alzaba sobre su pecho.

El yerno, después de un largo silencio, dijo:

-No hay más que dejarle acabar, pues no podemos hacer nada. De todos modos, es una contrariedad pues el tiempo es bueno y mañana convendría cortar las colzas.

Su mujer se inquietó al oír esto, y, después de haber reflexionado unos instantes, murmuró:

-Ya que se tiene que morir, no le enterraremos hasta el sábado y mañana podrás dedicarte a las colzas.

Sí, pero mañana será preciso que invite para el entierro, y para ir de Tourville a Manechot necesito cinco o seis horas.

La mujer se quedó pensativa por espacio de dos o tres minutos y luego dijo:

-No son más que las tres y podrías empezar esta tarde a recorrer la parte de Tourville. Como apenas tiene para unas horas, puedes decir que ha muerto.

Quedóse el hombre algo perplejo pesando las consecuencias y las ventajas de la idea. Al fin dijo:

-Bueno, pues voy.

Se disponía a marcharse, pero después de un instante de vacilación volvió para añadir:

-Puesto que no tienes nada que hacer, prepáralo todo y haz cuatro docenas de morcillas para los que vengán al entierro. Preciso será darles algo. El horno lo encenderás con la leña que hay en el cobertizo. Está seca.

Salió de la habitación, entró en la cocina, sacó del armario un pan de seis libras del que cortó una rebanada con mucho cuidado, y recogiendo en la palma de la mano las migas que habían caído sobre la mesa, se las metió en la boca para que no se perdiese nada. Tomó luego un poco de manteca salada, la extendió sobre el pan con la punta de su cuchillo, y se puso a comer lentamente, como lo hacía todo.

Luego cruzó el patio, hizo callar al perro que ladraba de nuevo, y llegando al camino por un sendero, se alejó con dirección a Tourville.

Al quedarse sola, la mujer se puso a trabajar. Abrió un saco de harina y empezó a amasar la pasta para las tortas dándole vueltas y más vueltas hasta que la convirtió en una bola amarillenta que dejó a un lado, encima de la mesa.

Fue luego a buscar manzanas, y para no estropear el árbol se encaramó en una banqueta: escogió las frutas con cuidado para sólo arrancar las maduras, y fue colocándose las en el delantal.

Desde el camino una voz le gritó:

-¡Eh!

Volvió la cabeza y vio a un vecino, el alcalde, que volvía de cuidar sus tierras, y le respondió:

-¿Qué se le ofrece?

-Y el padre ¿cómo está?

-Casi muerto. El sábado a las siete es el entierro porque las colzas dan prisa.

El vecino replicó:

-Entendido y buena suerte. Que lo pase usted bien.

Y correspondiendo a la fineza, la mujer gritó:

-Gracias; lo mismo digo.

Y continuó cogiendo manzanas.

Al entrar en la casa fue a ver a su padre creyendo que ya le encontraría muerto, pero desde la puerta oyó el monótono estertor, y juzgando inútil acercarse a la cama, empezó a preparar las tortas.

Una a una fue envolviendo las manzanas en una hoja de fina pasta, y las alió al borde de la mesa. Cuando hubo hecho cuarenta y ocho bolas, descolgó las morcillas y luego empezó a preparar la cena. Colgó el puchero para hacer cocer patatas, y pensó que estaba de más encender el horno pues tenía todo el día siguiente para terminar los preparativos.

Su marido, cuando volvió a eso de las cinco, preguntó desde la puerta.

-¿Ha muerto?

-Todavía no. Sigue roncando.

Fueron a verle, y encontraron al viejo en el mismo estado que horas antes. Su ronca respiración, entonces regular como el movimiento de un reloj, ni se había apresurado ni disminuido. Se repetía por segundos, y sólo variaba de tono según el aire que había entrado en sus pulmones.

Su yerno le miró y dijo:

-Acabará sin darse cuenta de ello, como una vela

Entraron en la cocina, y sin decir palabra se pusieron a comer. Cuando hubieron engullido la sopa comieron una tostada con manteca, y, lavados los platos, volvieron a la habitación del agonizante.

La mujer, que llevaba en la mano una lamparilla fumosa, la paseó por delante del rostro de su padre. Y seguramente, si no hubiese respirado, se le hubiera creído muerto.

La cama de los campesinos estaba oculta al otro extremo de la habitación, en una especie de nicho; y se acostaron sin hablar, apagaron la luz y cerraron los ojos. Y muy pronto dos ronquidos distintos, profundo uno y agudo otro, acompañaron el continuo estertor del moribundo.

Por el granero corrían las ratas.

Cuando el marido despertó, al despuntar el alba, su suegro vivía aún. Inquieto por la resistencia del viejo sacudió a su mujer y le dijo:

-Oye, Filomena, no quiere acabar. ¿Qué opinas?

Ella, que tenía fama de pensar con acierto, respondió:

-Es seguro que no concluirá el día. No hay que temer nada pues el alcalde no se opondrá a que se le entierre mañana, como no se opuso a que se enterrase al padre de los Renard que murió en tiempo de siembra.

La evidencia del razonamiento le convenció y se fue al campo.

A medio día el viejo no había muerto aún, y los hombres que se había alquilado para la recolección de colzas, fueron en masa a contemplar al anciano que tan agarrado estaba a la vida. Y cuando cada uno hubo dado su parecer, volvieron a su trabajo.

A las seis, cuando volvieron, el padre respiraba todavía; y el yerno se asustó.

-Y ¿qué hacemos ahora, Filomena, qué hacemos? –dijo.

Ella tampoco sabía qué pensar. Fueron a ver al alcalde, y éste prometió que cerraría los ojos y daría el permiso para que se le enterrase al día siguiente. También se comprometió, todo por complacer a Chicot, a conseguir que se firmase el acta de defunción con fecha anterior, y así, el hombre y la mujer se fueron tranquilos.

Se acostaron y durmieron como la víspera, uniendo sus ronquidos sonoros al estertor, más débil a cada momento, del anciano.

Cuando despertaron, vivía aún.

Entonces se miraron aterrados. De pie, junto al lecho del padre, le contemplaban con desconfianza, como si les estuviese gastando una broma pesada, engañándoles, contrariándoles por gusto, y casi le guardaban rencor por el tiempo que les hacía perder.

El yerno preguntó:

-Bueno, y ahora ¿qué hacemos?

Ella, que tampoco lo sabía, contestó:

-¡Es una contrariedad!

Y como no se podía avisar a los invitados que iban a llegar de un momento a otro, decidieron esperarles para referirles lo ocurrido.

A eso de las siete aparecieron los primeros: las mujeres, vestidas de negro, con la cabeza cubierta con enorme capucha, y muy triste la cara; los hombres, cohibidos con sus chaquetas de paño, avanzaban dos a dos y hablaban de sus asuntos.

Chicot y su mujer les recibieron entre desolados y confundidos, y los dos a un tiempo abordaron al primer grupo y se pusieron a llorar. Explicaban su aventura y referían su situación, ofreciendo sillas, agitándose, excusándose y queriendo probar que otros hubieran hecho lo mismo en su caso, y hablaban tanto, que ni siquiera dejaban tiempo a otros para que les contestasen.

Iban de uno a otro repitiendo:

-Nunca lo hubiéramos creído. ¡Mentira parece que dure tanto!

Los invitados, sin saber qué decir y contrariados como quien pierde una ceremonia esperada, se sentaban o permanecían de pie sin acertar con lo que debían hacer. Algunos quisieron irse, pero Chicot les obligó a quedarse diciendo:

-De todos modos tomaremos algo. Teníamos comida preparada y hay que aprovecharla.

Al oír estas palabras todos los rostros se iluminaron. El patio se iba llenando, y los que habían llegado primero daban la noticia a los que venían después. Se hablaba bajo, pero la idea de tomar algo alegraba a todo el mundo.

Las mujeres entraron para ver al moribundo. al llegar junto a la cama se persignaban, murmuraban una oración y luego salían. Los hombres, con menores deseos de contemplar el espectáculo, miraban por la ventana.

La mujer de Chicot explicaba la agonía.

-Hace dos días que está así, ni más ni menos. ¿Verdad que parece una bomba de agua?

Cuando todos hubieron visto el agonizante se pensó en la colación, pero como no cabían en la cocina, se sacó una mesa al patio. Las cuatro docenas de manzanas vestidas, dispuestas en dos grandes platos, y una pirámide enorme de morcillas, atraían todas las miradas, y pronto los brazos se extendieron con cierta precipitación que envolvía el temor de que no hubieses bastantes para todos. Pero aún quedaron cuatro.

Chicot, con la boca llena, dijo:

-Si el padre nos viera, sufriría lo indecible, pues le gustaban mucho.

Un campesino muy gordo y muy jovial contestó:

-Ya no comerá más. A cada uno su turno.

Esta reflexión, lejos de entristecer a los invitados, pareció que les alegraba, pues les correspondía el turno y ellos eran los que comían.

La mujer de Chicot, desolada al pensar en el gasto, iba al cillero constantemente para buscar sidra; los jarros se sucedían a los jarros y todos se vaciaban.

De pronto, una campesina vieja que se había quedado junto al moribundo, retenida por el miedo de que aquello le sucediera pronto, apareció en la ventaja y gritó con voz aguda.

-¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Todos callaron y las mujeres se pusieron con presteza en pie para ir a verlo.

Efectivamente, había muerto. El estertor había cesado, y los hombres, algo molestos, se miraron. Aún no habían concluido las morcillas; También había sido poco oportuno para escoger el momento!

Los Chicot, ya no lloraban, y ya que había lanzado el último suspiro, estaban tranquilos y repetían:

-Si nosotros sabíamos que no podía durar, pero si se hubiese decidido esta noche, no hubiera molestado inútilmente a tanta gente.

En fin, todo había concluido: se decidió que se le enterraría el lunes, y que con este motivo volverían a comer manzanas y morcillas.

Los invitados se fueron hablando del suceso, contentos a pesar de todo por haberlo presenciado, y también por haber tomado un refrigerio.

Y cuando el hombre y la mujer se quedaron solos, ella, con el rostro contraído, murmuró:

-¡Y tendré que hacer otras cuatro docenas de manzanas y descolgar morcillas!
¡Si hubiese muerto esta noche!

Y el marido, más resignado, contestó:

-Eso no ocurre todos los días

La dama del perrito (Anton Chéjov) 1860-1904

Antón Chejov

Antón Pávlovich Chéjov nació en Moscú en 1860 y es considerado, junto con Poe y Maupassant uno de los cuentistas literarios fundamentales en la historia del género. Escribió 242 cuentos, todos ellos dedicados a representar los ambientes rusos de la clase media en la época prerrevolucionaria de fines del siglo XIX y principios del XX.

Entre sus aportes fundamentales al estudio del cuento, se encuentran sus epístolas dirigidas a escritores y editores, principalmente, mismos que nos orientan sobre su técnica y sobre sus concepciones sobre el género.

Para Chéjov la descripción de detalles atinados que describan el paisaje es importante. Sus personajes se describen a través de sus acciones y son elegidos con cuidado.

Por otra parte, los cuentos de Chéjov son breves y compactos. En pos de lograr la mayor concisión sin recortar la parte esencial del cuento, Chéjov trabajó mucho en la corrección y elaboración de sus obras para que no parecieran adornadas o sobrecargadas.

Y es esta concisión lo que brinda el suspenso al cuento para Chéjov, mismo que diferencia en su opinión al cuento de la novela. Por ello, utiliza pocos adjetivos y sustantivos para no cansar al lector y mantener su concentración.

El autor retrata a personajes cotidianos y con pocas acciones, lo que da la impresión de que en sus obras no pase nada. Sin embargo, el suspenso y la concisión que mantiene, permite que el lector no se separe de sus páginas.

La dama del perrito²

I

Decían que en la costanera apareció una figura nueva: una dama con un perrito. Dmitry Dmitrich Gúrov, que ya llevaba dos semanas en Yalta y se había acostumbrado al lugar, empezó, también él a sentir interés por las caras nuevas. Sentado en el pabellón Vernet, vio pasar por la costanera a una dama joven, rubia, de mediana estatura y tocada con una boina; tras ella corría un blanco perro de Pomerania.

Después la encontraba varias veces por día en el parque de la ciudad y en el jardín público. Paseaba siempre sola, con la misma boina, acompañada por el perrito blanco; nadie sabía quién era y la llamaban simplemente: la dama del perrito.

“Si está aquí sin marido y sin conocidos –cavilaba Gúrov—no estaría de más trabar amistad con ella”.

No había cumplido aún los cuarenta pero ya tenía una hija de doce años y dos hijos colegiales. Lo habían casado temprano, cuando cursaba el segundo año de estudios en la Universidad, y ahora su mujer parecía mucho mayor que él. Era una mujer alta, de cejas oscuras, erguida, de modales graves y reposados ; ella misma solía decir que era una mujer pensante. Leía mucho, escribía cartas con ortografía modernizada y al marido lo llamaba Dimitry en lugar de Dmitry, mientras que éste, para sus adentros, la consideraba estrecha, mediocre y poco elegante; le tenía miedo y sentía pocas ganas de estar en casa. Hacía mucho tiempo ya que la engañaba lo hacía con frecuencia y por esta causa, probablemente, siempre hablaba mal de las mujeres; cuando se hablaba de ellas en su presencia, solía acotar:

-¡Raza inferior!

Le parecía que su amarga experiencia le otorgaba suficientes derechos para llamarlas de cualquier manera, no obstante lo cual no podía pasar ni dos días sin la “raza inferior”. La compañía de hombres le resultaba aburrida, no se sentía a gusto con ellos y se volvía parco y frío, mientras que con las mujeres era desenvuelto, sabía de qué hablar

² Chejov, Anton. “La dama del perrito”. en *Cuentos Escogidos*. México. Porrúa. “Sepan Cuantos”. No. 411.1994.

y cómo conducirse; hasta le resultaba fácil permanecer callado con ellas. En su físico, en su carácter, en toda su naturaleza había algo atrayente, inasible, algo que predisponía bien a las mujeres hacia él; sabiéndolo, también él se sentía arrastrado hacia ellas por una fuerza desconocida.

Una larga y, efectivamente, amaga experiencia le había enseñado hacía tiempo que todo acercamiento, que al principio diversifica la vida en forma agradable y constituye una aventura fácil y amable, para las personas decentes —especialmente los moscovitas, indecisos y sedentarios— inevitablemente se transforma en un problema, extraordinariamente complicado, y al final, la situación se torna penosa. Pero en cada nuevo encuentro con una mujer interesante esta experiencia se escurría de la memoria, quedaba el deseo de vivir y todo parecía gracioso y simple.

Una vez, al anochecer, mientras Gúrov estaba comiendo en el jardín, la dama de la boina se acercó sin prisa para ocupar la mesa vecina. La expresión de su rostro, su manera de caminar, su vestido, su peinado le decían que ella pertenecía a la sociedad, que estaba casada, que por primera vez se encontraba en Yalta, que estaba sola y se aburría. En los relatos sobre la deficiente moralidad local había mucha fantasía y él los despreciaba, sabiendo que aquellas historias, en su mayoría, son, inventadas por personas que gustosamente pecarían si pudiesen hacerlo; pero cuando la dama se sentó en la mesa vecina, a tres pasos de distancia, él recordó esos cuentos acerca de las conquistas fáciles y las excursiones a las montañas y sintióse dominado por la seductora idea de una breve, pasajera relación, un romance, con una mujer desconocida, de quien no sabía ni nombre ni apellido.

Llamó cariñosamente al perro y cuando éste se le hubo acercado, lo amenazó con el dedo. El Pomerania gruñó. Gúrov volvió a amenazarlo.

La dama le dirigió una mirada, pero enseguida bajó los ojos.

-No muerde —dijo, ruborizándose.

..¿Puedo darle un hueso? —y cuando ella asintió con la cabeza, le preguntó afablemente-: ¿Hace mucho que llegó a Yalta?

-Unos cinco días

-Y yo estoy arrastrando ya la segunda semana.

Callaron un rato.

-El tiempo pasa rápido y sin embargo uno se aburre mucho aquí –dijo ella sin mirarlo.

-Así se dice. El hombre vive en su pueblo de Belev o en Zisdra y no se siente aburrido, pero llega hasta aquí y : “¡Ah, qué aburrimiento! ¡Ah, qué polvo!” Como si viniera de Granada.

Ella rió. Luego ambos continuaron comiendo en silencio, como desconocidos; pero después de la comida salieron juntos y comenzó la graciosa y ligera conversación de personas libres y satisfechas, a quienes les resulta igual a donde ir y de qué hablar. Paseaban y hablaban de la extraña iluminación del mar; el agua tenía un suave y tibio color lila, y la luna tendía sobre ella una franja dorada. Hablaban del aire sofocante que quedó después de un día de calor. Gúrov le contó que era moscovita, que había hecho estudios de filología, pero que trabajaba en un Banco; antes se preparaba para cantar en la ópera privada, pero luego abandonó el canto; que tenía dos casas en Moscú De ella supo que se había educado en Petersburgo, pero que se casó en S., donde vivía desde hacía dos años; que en Yalta se quedaría un mes, y que posiblemente la vendría a buscar su marido, quien también tenía ganas de descansar. Ella tuvo dificultades para explicar en qué actividad estaba ocupado su marido: en el gobierno provincial o en la dirección provincial del *zemstvo*, y eso le causó gracia a ella misma. Gúrov se enteró también de que ella se llamaba Anna Serguéievna.

Más tarde, en su habitación, pensó en ella, en que probablemente mañana volvería a encontrarse. Así debía de ser. Al acostarse, recordó que hacía poco tiempo que ella era colegiala y estudiaba, como ahora estudiaba la hija de él; recordó la timidez y cierta aprensión que aún se notaba en su risa y en su conversación con personas desconocidas. Debía ser la primera vez que se encontraba sola en semejantes circunstancias, cuando alguien andaba tras ella y la miraba y le hablaba con un propósito oculto no podía menos de adivinar. Recordó su cuello, fino y delicado; sus hermosos ojos grises.

-“Hay algo triste en ella” –pensó al dormirse.

II

Transcurrió una semana. Era un día festivo. en las habitaciones hacía un calor sofocante, mientras que por las calles el viento levantaba remolinos de polvo y hacía volar los sombreros. Durante todo el día uno tenía sed y Gúrov a menudo entraba en el pabellón y ofrecía a Anna Serguéievna ora refrescos, ora helados. No se podía ir a ningún lado.

Al anochecer, cuando el viento se había calmado un poco, fueron al muelle para ver llegar el vapor. En el muelle había mucha gente paseando; un grupo de personas, con ramos de flores, se aprestaba para recibir a alguien. Y notábase claramente las dos particularidades del elegante público yaltense: las damas de edad vestían como jóvenes, y había muchos generales.

El mar estaba agitado y el vapor llegó tarde, cuando ya se había puesto el sol, y antes de atracar debió maniobrar durante largo rato. A través de los impertinentes, Anna Serguéievna miraba el vapor y a los pasajeros, como si buscara conocidos, y cuando se dirigía a Gúrov, sus ojos brillaban. Hablaba mucho, sus preguntas eran bruscas y ella misma las olvidaba en seguida; luego perdió los impertinentes entre la multitud.

El elegante público se dispersaba, las caras no se veían ya, el viento se calmó por completo, pero Gúrov y Anna Serguéievna permanecían inmóviles, como esperando que alguien más descendiera del barco. Anna Serguéievna estaba callada ahora y olía las flores, sin mirar a Gúrov.

-El tiempo ha mejorado –dijo éste-. ¿A dónde iremos ahora? ¿Y si hiciéramos un viaje de paseo?

Ella no contestó.

Entonces él la miró fijamente y, de pronto, la abrazó y la besó en los labios; lo envolvió la húmeda fragancia de las flores y enseguida miró por todos lados con temor ¿los habría visto alguien?

-Vamos a su hotel -dijo en voz baja.

Y los dos se fueron caminando con rapidez.

Había una atmósfera sofocante en la habitación del hotel, y olía al perfume que ella había comprado en la tienda japonesa. Mirándola ahora, Gúrov pensaba: “¡Cuántos encuentros distintos tiene uno en la vida!” Del pasado conservaba el recuerdo tanto de las mujeres despreocupadas, benévolas y contentas, que le estaban agradecidas por la dicha, aunque fuese muy breve, como de otras que –igual que su esposa—amaban sin franqueza, con demasiadas conversaciones, amaneramiento, histeria y con una expresión que parecía reflejar algo más importante que el amor y la pasión, y de otras dos o tres, muy bellas y frías, en cuyos rostros aparecía de pronto una expresión feroz, un terco deseo de tomar, arrancar a la vida más de lo que ella puede dar. Eran mujeres de cierta edad ya, caprichosas, autoritarias y poco inteligentes, y cuando Gúrov perdía interés en ellas, su belleza despertaba en él un sentimiento de odio y los encajes de su ropa le parecían escamas.

Aquí, en cambio, había timidez, cierta torpeza de la inexperta juventud, la turbación; había también la sensación de desconcierto, como si alguien de repente golpeará en la puerta. Anna Serguéievna, esa “dama del perrito”, interpretó lo sucedido de una manera singular, muy seria, como su caída –según parecía—y esto resultaba extraño e impropio. Por ambos lados de su rostro ensombrecido caían tristemente sus largos cabellos; su figura, pensativa y afligida, hacía recordar a la pecadora de algún grabado antiguo.

-Eso no está bien –dijo ella-. Usted mismo no me respeta ahora.

Sobre la mesa había una sandía. Gúrov cortó una tajada y se puso a comer sin prisa. Una media hora, por lo menos, transcurrió en silencio.

Anna Serguéievna estaba conmovedora, irradiando la pureza de una mujer decente, ingenua e inexperta; la solitaria vela que ardía sobre la mesa iluminaba apenas su rostro, pero se veía que ella estaba apesadumbrada.

-¿Y por qué debo dejar de respetarte? –preguntó Gúrov-. No sabes lo que dices.

-¡Qué Dios me perdone! –dijo ella, y sus ojos se llenaron de lágrimas-. Es terrible.

-Hablas como si quisieras justificarte.

-¿Cómo puedo justificarme? Soy una mujer mala, vil; me desprecio a mí misma, y ni pienso justificarme. No es a mi marido a quien engañé, sino a mí misma. Y no solamente ahora, hace tiempo que me engaño. Mi marido puede que sea un hombre bueno y honrado, pero ¡es un lacayo! No sé qué es lo que hace él allí ni en qué consisten sus funciones; sólo sé que es un lacayo. Cuando me casé, tenía veinte años, me atormentaba la curiosidad, sentía deseos de vivir mejor; existe una vida distinta –me decía-. Y tenía ganas de vivirla. Vivir Me quemaba la curiosidad Usted no comprenderá, pero le juro Por Dios que ya no podía dominarme; le dije a mi marido que estaba enferma y me vine aquí Y aquí anduve todo el tiempo como mareada, como aturdida y ahora llegué a ser una mujer mala y vulgar, a quien cualquiera puede despreciar.

Gúrov ya estaba aburrido de escucharla; lo irritaba su tono ingenuo, su arrepentimiento, tan inesperado e impropio; si no fuera por las lágrimas en sus ojos, se podía pensar que estaba bromeando o ensayando un papel.

-No comprendo –dijo en voz baja-. ¿Qué es lo que quieres entonces?

Ella ocultó su cara en el pecho de Gúrov, estrechándose contra él con ternura.

-Créame, créame, se lo ruego –decía-. Amo la vida honesta y pura; el pecado me repugna, yo misma no sé lo que hago. La gente sencilla dice en estos casos que es el demonio quien tiene la culpa. También yo puedo decir ahora que el demonio me ha tentado.

-Vamos, vamos -murmuró él.

Miraba sus ojos inmóviles y asustados, la besaba, le hablaba con cariño en voz baja, y poco a poco ella se tranquilizó y recuperó su alegría; ambos se echaron a reír.

Más tarde, cuando salieron, en la costera no había ni un alma; la ciudad, con sus cipreses, tenía aspecto muerto, pero el mar golpeaba aún ruidosamente contra la orilla; una barca se balanceaba sobre las olas y un farolito somnoliento parpadeaba en ella.

Encontraron un coche y se fueron a Oreanda.

-Abajo, en el vestíbulo, conocí tu apellido: en la pizarra estaba escrito “von Dideritz” –dijo Gúrov-. ¿Tu marido es alemán?

-No, parece que su abuelo era alemán, pero él es ortodoxo.

En la Oreanda se sentaron sobre un banco, cerca de la iglesia, mirando en silencio el mar que se extendía abajo. Yalta apenas era visible a través de la bruma matinal; las blancas nubes permanecían quietas en las cimas de las montañas. Las hojas de los árboles no se movían, cantaban las cigarras, y el monótono y sordo rugido del mar que llegaba desde abajo hablaba de la paz, del eterno sueño que nos espera. Así rugía el mar cuando no había aquí ni Yalta ni Oreanda: así ruge ahora y rugirá sordamente con la misma indiferencia cuando nosotros no estemos. Y esta constancia, en esta total indiferencia hacia la vida y la muerte de cada uno de nosotros se oculta quizá la premisa de nuestra salvación eterna, del continuo movimiento de la vida sobre la tierra, del continuo perfeccionamiento. Sentado junto a la joven, que parecía tan bella aquella mañana, calmado y hechizado por el paisaje de ensueño –el mar, las montañas, las nubes, el cielo inmenso—Gúrov pensó que en realidad todo es bello en este mundo, todo excepto lo que pensamos y hacemos olvidando los supremos propósitos de la existencia y nuestra dignidad humana.

Se acercó un hombre—por lo visto el sereno—, los miró y se fue. Y este detalle también parecía misterioso y bello. Luego vieron llegar un vapor procedente de Theodeosia, iluminado por el alba y con las luces ya apagadas.

-Hay rocío sobre la hierba –dijo Anna Serguéievna después de un largo silencio.

Sí. Ya es hora de irnos.

Y volvieron a la ciudad.

Cada mediodía se encontraban en la costanera, almorzaban juntos, paseaban, admiraban el mar. Ella se lamentaba de que dormía muy mal y que tenía palpitaciones; le formulaba siempre las mismas preguntas, instigada por los celos o por el temor de que no la respetara del todo. Y a menudo, en la plazoleta o en el parque, cuando no había nadie cerca de ellos, él la atraía de pronto y la besaba con pasión. El ocio total, los besos en pleno día llenos de cautela y de temor, el olor del mar, el calor y el constante

deambular del público ocioso, satisfecho y bien vestido parecían haberlo regenerado; le decía a Anna Serguéievna cuán hermosa y seductora estaba, se mostraba impaciente y apasionado, no la dejaba sola ni por un momento, mientras que ella con frecuencia se quedaba pensativa y le suplicaba que reconociera que no la respetaba ni la amaba en absoluto y que no veía en ella más que a una mujer vulgar. Casi todas las noches partían afuera, a Oreanda o a las cataratas, y el paseo siempre resultaba placentero: las impresiones invariablemente eran magníficas, soberbias.

Esperaban la llegada del marido. Pero llegó una carta suya, en la cual notificaba que le dolían los ojos y rogaba a su mujer que regresara a casa lo antes posible. Anna Serguéievna, presurosa, comenzó a prepararse para el viaje.

-Está bien eso de que me vaya –decía a Gúrov-. Es el destino.

Partió en una lieika y él la acompañó. Viajaron durante todo el día. Cuando subía al vagón del tren rápido y cuando sonó la segunda campanada, ella dijo:

-Deje que lo mire un poco más Un poco más Así.

No lloraba, pero estaba triste y parecía enferma; su rostro temblaba.

-Pensaré en usted lo recordaré –le decía-. Quédese con Dios. No me recuerde mal. Nos despedimos para siempre, es preciso que así sea, porque no debíamos encontrarnos. Bueno, ¡adiós!

El tren se fue rápido, sus luces desaparecieron muy pronto y al cabo de un minuto ya no se oía ningún ruido como si todos se hubieran puesto de acuerdo adrede para interrumpir de golpe ese dulce sueño, esa locura. Al quedarse solo en el andén y al mirar la oscura lejanía, Gúrov escuchaba el canto de las cigarras y el zumbido de los cables telegráficos con la sensación de una persona recién despertada. Pensó que en su vida hubo una andanza, más, una aventura más, que ya había terminado y que sólo quedaba un recuerdo Estaba conmovido, triste y un poco arrepentido; esta mujer con la cual nunca más había de encontrarse, no fue feliz con él; él había sido amable, cordial con ella, pero en su manera de tratarla, en su tono y en sus caricias aparecía la sombra de una leve ironía, de una ruda soberbia de un hombre feliz, quien, además, casi le doblaba en edad. Ella siempre lo llamó bueno, extraordinario, persona de elevados

sentimientos; por lo visto, él aparecía a los ojos de ella no como el hombre que era, sino como otro, y, por consiguiente, la engañaba sin querer

Aquí, en la estación, ya olía a otoño; la noche estaba fresca.

“Ya es tiempo de que me vaya también al norte” –pensó Gúrov retirándose del andén.

III

En su casa de Moscú el ambiente era ya invernal: diariamente se prendía el fuego en las estufas, y las mañanas eran oscuras, de modo que cuando los niños se preparaban para ir al colegio y tomaban el desayuno, la niñera encendía la lámpara. Habían llegado ya los primeros fríos. Cuando cae la primera nevada, resulta agradable, durante el primer viaje en trineo, mirar la tierra blanca y los tejados blancos; uno respira suave y libremente y, en estos momentos recuerda sus años mozos. Los viejos tilos y abedules, blancos por la escarcha, tienen una expresión bonachona; están más cerca del corazón que los cipreses y las palmeras, y junto a ellos uno ya no tiene ganas de pensar en las montañas y el mar.

Gúrov era moscovita; regresó a Moscú en un día hermoso y frío, y cuando dio un paseo por la Petrovka, llevando puestos la *sbuba* y los guantes, así como al atardecer del sábado oyó el tañer de las campanas, el reciente viaje y los lugares en que había estado perdieron para él todo encanto. Poco a poco iba sumergiéndose en la vida moscovita; ya leía con avidez tres diarios por día, ya decía que sus principios le impedían leer los diarios de Moscú. Ya lo atraían los restaurantes, los clubes, las invitaciones y los aniversarios; ya se sentía halagado de recibir en su casa a abogados y artistas conocidos y de jugar a los naipes con un profesor universitario. Ya podía comerse una sartén entera de selianka (Carne o pescado con *chukrut*).

Le parecía que al cabo de un mes una niebla cubriría el recuerdo de Anna Serguéievna y que ésta, sólo de vez en cuando, se le aparecería en sueños con su conmovedora sonrisa, como antes hacían las otras. Pero había pasado más de un mes, llegó el pleno invierno, y el recuerdo seguía tan nítido como si él se hubiera separado de Anna Serguéievna la víspera. Este recuerdo se tornaba cada vez más fuerte, más intenso.

Al oír en el silencio nocturno de su escritorio las voces de sus hijos, que preparaban las tareas escolares; al escuchar una romanza en el restaurante o el aullido de la borrasca en la chimenea, de golpe renacía en su memoria todo lo vivido en Yalta: la escena sobre el muelle, el brumoso amanecer en las montañas, el vapor procedente de Theodosia y los besos. Durante largo rato caminaba por la habitación, recordaba y sonreía; luego los recuerdos se transformaron en sueños y el pasado en su imaginación se confundía con el futuro. Anna Serguéievna ya no se le aparecía en sueños, sino que lo seguía por todas partes como la sombra, vigilándola. Con los ojos cerrados, se la imaginaba vivamente y ella le parecía más bella, más joven, más dulce de lo que era: también a sí mismo se veía mejor de lo que él era en aquel entonces en Yalta. Por las noches ella lo miraba desde la biblioteca, desde la chimenea, desde el rincón: se oía su respiración, el suave murmullo de su vestido. En la calle seguía con la mirada a las mujeres, buscando alguna parecida a ella

Sentía un fuerte deseo de compartir con alguien sus recuerdos. Pero en casa no podía hablar de su amor y fuera de la casa no había con quien. ¿Acaso puede uno contar esto a los vecinos o a sus colegas en el Banco? Y además, ¿de qué podría hablarles? ¿Acaso habría amado? ¿Hubo algo de poético, de bello, de ejemplar o, simplemente de interesante en su actitud hacia Anna Serguéievna? No podía hacer otra cosa, por lo tanto, que hablar vagamente sobre el amor y las mujeres y nadie se daba cuenta de qué se trataba. Solamente su mujer movía las oscuras cejas y decía:

-No te queda nada bien, Dmitry, el papel de fatuo.

Una noche, al salir del Círculo Médico con su *partenaire*, funcionario de una repartición pública, no pudo contenerse y le dijo:

-¡Si supiera usted qué mujer más encantadora conocí en Yalta!

El funcionario subió al trineo y emprendió la marcha, pero de pronto se volvió y llamó:

-¡Dmitry Dmitrich!

-¿Qué?

-Usted tenía razón: el esturión no estaba fresco.

Estas palabras, tan comunes, indignaron a Gúrov,; le parecieron despreciables y sucias. ¡Qué costumbres salvajes, qué gente! ¡Que noches absurdas, qué días tan grises y poco interesantes! El desenfrenado juego a los naipes, la gula, la borrachera y las incesantes charlas siempre sobre lo mismo. Las innecesarias tareas y las conversaciones sobre el mismo tema se apoderan de la mejor parte del tiempo, de las mejores fuerzas, y queda al final una vida limitada y vacía, sin ningún sentido, de la cual ni siquiera uno puede escapar, como si estuviera recluido en una casa de locos o en una cárcel.

Lleno de indignación, Gúrov no pudo pegar los ojos en toda la noche, y luego, todo el día siguiente lo pasó con dolor de cabeza. En las noches sucesivas tampoco pudo dormir bien; permanecía sentado en la cama, pensando, o caminaba de un rincón a otro. Sus hijos lo fastidiaban, el Banco lo fastidiaba; no tenía ganas de ir a ninguna parte ni de hablar con nadie.

En diciembre, durante las fiestas, hizo las maletas, dijo a su mujer que iba a Petersburgo para interceder por un joven y partió a S. ¿Para qué? Él mismo no lo sabía bien. Tenía deseos de ver a Anna Serguéievna, hablarle, concertar una entrevista si era posible.

Llegó a S. por la mañana y ocupó la mejor habitación en el hotel, cuyo suelo estaba cubierto por un soldadesco paño gris y donde había una mesa con un tintero gris a causa del polvo que lo cubría, y con un jinete sin cabeza que sostenía un sombrero en su mano levantada. El portero le dio los informes necesarios: von Dideritz vivía en la calle Antigua Gonchárnaia, en casa propia, no muy lejos del hotel; tratábase de una persona acomodada, que tenía caballos propios y que era conocida en toda la ciudad. El portero pronunciaba su nombre así: Dridirtis.

Gúrov se encaminó sin prisa a la Antigua Gonchárnaia y encontró la casa. Frente al edificio, extendíase una larga cerca gris, protegida con clavos.

“Con semejante cerca ante la vista, cualquiera tendría ganas de escapar” –pensó Gúrov mirando ya las ventanas, ya la cerca.

“Hoy es un día festivo –cavilaba—y el marido probablemente está en casa. De todos modos sería de poco tino entrar en la casa y confundirla. Y si le mando una esquela, ésta puede llegara a parar a manos del marido y entonces todo quedaría estropeado. Lo mejor es confiar en una ocasión”.

Y seguía paseando por la calle, junto a la cerca, y esperando esta ocasión. Un mendigo entró por el portón y lo atacaron los perros; una hora más tarde se oyeron los sonidos del piano, débiles, apenas perceptibles. Seguramente Anna Serguéievna estaba tocando. Abrióse de repente la puerta principal de la casa y salió una viejecita, detrás de la cual corría el conocido pomenaria blanco. Gúrov quiso llamarlo, pero su corazón comenzó a latir con fuerza, y, dominado por la emoción, no pudo recordar el nombre del perro.

Seguía caminando y empezaba a odiar la cerca gris; pensaba con irritación que Anna Serguéievna podía haberlo olvidado y que, quizás, se divertía ya con otro, lo que no dejaría de ser perfectamente natural, dada la situación de la joven mujer, obligada a ver durante todo el día esa maldita cerca. Volvió a su hotel y durante largo rato permaneció sentado en el diván, sin saber qué hacer; luego comió y pasó mucho tiempo durmiendo.

“Todo esto resulta bastante estúpido y molesto –pensó al despertarse y mirando las oscuras ventanas; era de noche ya-. Después de tanto dormir, ¿qué haré ahora de noche?”.

Estaba sentado en la cama, cubierta por una barata manta gris, parecida a las que se usan en el hospital, y se burlaba de sí mismo con fastidio:

“Aquí la tienes a tu dama del perrito Aquí tienes tu aventura ¡Quédate, pues, aquí y descansa!”

Aún por la mañana, en la estación, le había saltado a la vista un afiche con letras muy grandes: por primera vez daban *La Geisha*. Lo recordó ahora y fue al teatro.

“Es posible que vaya a los estrenos” –pensó.

El teatro estaba lleno. Como todos los teatros provincianos en general, había allí una niebla que se elevaba por encima de las arañas; el paraíso se agitaba ruidosamente; en la primera fila de la platea, antes del comienzo, estaban de pie los petimetres locales, con las manos echadas a la espalda; en el palco del gobernador, en el primer asiento se hallaba sentada la hija de aquél, con una boa al cuello, mientras que él mismo se ocultaba modestamente detrás de la cortina, de modo que sólo se veían sus manos; el telón se movía, oscilando y la orquesta afinaba los instrumentos largamente. Mientras el público entraba y ocupaba los asientos, Gúrov buscaba con los ojos ansiosamente.

Anna Serguéievna llegó también. Se sentó en la tercera fila, y cuando Gúrov la miró, sintió oprimírsele el corazón, al comprender claramente que en todo el mundo no existía para él persona más íntima, más cara y más importante, que aquella mujer, perdida en la multitud provinciana, sin rasgos notables y con sus vulgares impertinentes en la mano, llenaba ahora toda su vida; era su desdicha y su alegría; era la única felicidad que deseaba para sí; y a los sonos de una mala orquesta, de unos pobres violines provincianos, pensaba cuán bella era. Pensaba y soñaba.

Junto con Anna Serguéievna entró y se sentó a su lado un hombre joven, de patillas cortas, y muy alto, algo encorvado; a cada paso movía la cabeza, como si saludara constantemente. Debía ser el marido, quien ella llamó lacayo en un arranque de amargura en Yalta. En efecto, había algo de lacayo en su larga figura, en sus patillas, en su pequeña calva; tenía sonrisa dulzona, y en su ojal brillaba, cual la chapa del lacayo, el distintivo de una sociedad científica.

En el primer entreacto el marido salió a fumar y ella se quedó en su butaca. Gúrov, que también estaba en la platea, se le acercó y le dijo con voz insegura y con una sonrisa forzada:

-Buenas noches.

Ella lo miró, palideciendo; luego, sin creer a sus propios ojos, volvió a mirarlo con terror y apretó fuertemente en sus manos el abanico y los impertinentes, luchando consigo misma para no desmayarse. Los dos callaban. Ella se quedó sentada, mientras que él permaneció de pie, asustado por su turbación, sin atreverse a tomar asiento a su

lado. Cantaron los violines y la flauta, que estaban siendo afinados; daba miedo: parecía que desde todos los palcos los estaban mirando. Ella se levantó y se dirigió de prisa hacia la salida; él la siguió, y los dos caminaron sin rumbo por los pasillos, por las escaleras, ya subiendo ya bajando; ante su vista pasaban unos hombres con uniformes judiciales, administrativos o de profesor, todos ornados con distintivos; pasaban las damas y los abrigos colgados en los percheros; la corriente de aire traía el olor de colillas. Y Gúrov, cuyo corazón latía con fuerza, pensaba: “¡Dios mío! ¿Para qué esta gente, esta orquesta?”

Y en este instante recordó de golpe cómo aquella noche en la estación, después de despedir a Anna Serguéievna, se decía a sí mismo que todo había terminado y que jamás volverían a verse. ¡Pero cuán lejos estaba aún el fin!

En una estrecha y oscura escalera donde un letrero señalaba la “entrada al anfiteatro”, ella se detuvo.

-¡Qué susto me ha dado usted! –dijo, jadeando, pálida y aún aturdida-. ¡Oh, qué susto! Apenas me mantengo en pie. ¿Por qué ha venido usted? ¿Por qué?

-Pero comprendame, Anna, comprendame -dijo él apurado, en voz baja -. Le ruego que me comprenda

Ella lo miraba con miedo, con amor, implorando; lo miraba fijamente para retener sus rasgos en la memoria con más nitidez.

-¡Sufro tanto! –prosiguió ella sin escucharlo-. Durante todo el tiempo sólo pensé en usted: la vida para mí era pensar en usted. Quería olvidarlo, olvidar ¿Por qué ha venido? ¿Por qué?

Más arriba, en el descanso, dos colegas fumaban, mirando abajo, pero eso lo tenía sin cuidado a Gúrov, quien trajo a Anna Serguéievna hacia sí y comenzó a besar su cara, sus mejillas, sus manos.

-¡Qué hace usted, qué hace! –decía ella, atemorizada, apartándolo-. Los dos estamos perdiendo la razón. Parta hoy mismo, ahora mismo Le suplico por lo más sagrado que tenga, le imploro ¡Alguien viene ;

Alguien subía por la escalera.

Usted debe partir-continuó Anna Serguéievna en un susurro-. ¿Me oye, Dmitry Dmitrich? Iré a verlo a Moscú. ¡Nunca fui feliz, no lo soy ahora ni nunca lo seré, nunca! Pues no me haga sufrir más aun. Le juro que iré a Moscú. Pero ahora separémonos. ¡Mi querido, mi bueno, mi amado, separémonos!

Ella le estrechó la mano y comenzó a bajar rápidamente, volviéndose para mirarlo, y en sus ojos se notaba que, en efecto, no era feliz Gúrov se quedó un rato parado, aguzando el oído: luego, al cesar todos los ruidos, buscó su guardarropa y se fue.

IV

Y Anna Serguéievna empezó a ir a verlo a Moscú. Cada dos o tres meses, partiendo de S. decía a su marido que iba a consultar con el médico acerca de su dolencia femenina, y el marido le creía y no le creía al mismo tiempo. En Moscú se alojaba en el hotel “Bazar Eslavo” y en seguida enviaba a Gúrov un mensajero de gorra colorada. Gúrov la visitaba y nadie en Moscú se enteraba de ello.

Una mañana de invierno se dirigía a verla (el mensajero no lo había encontrado en la víspera), acompañando a su hija al colegio, puesto que llevaban el mismo camino. Caían grandes y húmedos copos de nieve.

Hay tres grados sobre cero ahora y sin embargo está nevando –decía Gúrov a su hija-. Pero este aire templado lo tenemos, sólo aquí, en la superficie de la tierra; en las capas superiores de la atmósfera la temperatura es muy distinta.

-Papá, ¿por qué no hay truenos en invierno?

Le explicó también esto. Al hablar, pensaba en que iba a una cita y que ni una sola alma viviente lo sabía ni lo sabría nunca probablemente.

Tenía dos vidas: una visible, que todos conocían, llena de una verdad convencional y de un engaño convencional, muy parecido a las de sus amigos y conocidos, y la otra, que transcurría en secreto. Y por una extraña conjunción de circunstancias, que, quizás, era casual, todo lo que resultaba sustancial, interesante e

indispensable para él; en lo cual era sincero y a cuyo respecto no se engañaba; lo que constituía la médula de su vida ocurría en forma clandestina, mientras que todo lo que era su falsedad, su envoltura dentro de la cual él se escondía para ocultar la verdad, como, por ejemplo, su trabajo en el Banco, las discusiones en el club, su “raza inferior”, la asistencia –junto con su mujer— a los aniversarios, todo ello era visible. Y sobre su propio ejemplo Gúrov juzgaba a los demás, sin creer en lo que veía, y suponía siempre que cada persona vivía su verdadera e interesante vida bajo el mando del misterio, cual bajo el mando de la noche. Cada existencia personal se sostiene sobre el misterio y en parte es por eso quizás que la persona culta se afana tanto para hacer respetar el secreto personal.

Después de acompañar a su hija hasta el colegio, Gúrov se dirigió al “Bazar Eslavo”. Se quitó la pelliza, subió y golpeó suavemente en la puerta. Anna Serguéievna, que llevaba puesto el vestido gris, el preferido de él, fatigada por el viaje y la espera –lo esperaba desde la tarde anterior— estaba pálida, lo miraba sin sonreír y apenas lo vio entrar, se arrojó en sus brazos. El beso fue lento, prolongado, como si no se hubiesen visto durante dos años.

-Y bien, ¿cómo te va? -preguntó él-. ¿Qué hay de nuevo?

-Espera un poco No puedo.

No podía hablar, puesto que estaba llorando. Se volvió hacia otro lado y llevó el pañuelo a los ojos.

“Bueno, que lllore un poco; me sentaré mientras tanto” –pensó Gúrov, y sentóse en un sillón.

Luego tocó el timbre y dijo que le trajeran té; y más tarde, mientras él tomaba el té, ella permanecía de pie, mirando por la ventana Lloraba de emoción, por la amarga conciencia de que sus destinos se presentaban tan tristes; se veían clandestinamente, ocultándose de la gente como si fueran ladrones. ¿Acaso no estaban destrozadas sus vidas?

¡Bueno, no llores! –dijo él.

Tenía la evidencia de que este amor no terminaría pronto y no sabía cuándo llegaría a su fin. Anna Serguéievna se encariñaba con él cada vez más, lo adoraba, y no sería posible decirle que todo ello algún día debería de acabar; además, no lo hubiera creído.

Se le acercó y la tomó por los hombros para acariciarla y animarla con alguna broma, y en este momento se vio en el espejo.

En su cabeza ya aparecieron canas. Y le resultó extraño el haber envejecido y desmejorado tanto en los últimos años. Los hombros sobre los cuales descansaban sus manos estaban tibios, y se estremecían. Sintió compasión por aquella vida, cálida y bella aún, pero que probablemente se acercaba ya al momento de la marchitez. ¿Por qué lo amaba así? Él siempre parecía a las mujeres ser alguien que no era y ellas no amaban en su persona a él mismo, sino al hombre creado por su imaginación y a quien buscaban ávidamente en su vida; y luego, al darse cuenta de su error, seguían amándolo. Ninguna de ellas había sido feliz con él. Pasaba el tiempo, él trababa amistad con alguna mujer, se unía a ella, se separaba, pero no la amaba; hubo cualquier cosa menos amor.

Y sólo ahora, cuando su cabeza se había tornado canosa, llegó a amar en forma verdadera, como es debido, por primera vez en su vida.

Anna Serguéievna y él se amaban como dos personas íntimamente ligadas, como marido y mujer, como tiernos amigos: les parecía que estaban predestinados el uno para el otro y era incomprensible por qué los dos estaban casados: eran como dos aves de paso, el macho y la hembra, atrapados y obligados a vivir en jaulas separadas. Habían perdonado el uno al otro aquella parte de su pasado de la cual se avergonzaban, se perdonaban todo en el presente y sentían que su amor los había cambiado a los dos.

Antes, en los momentos de tristeza, Gúrov trataba de tranquilizarse a sí mismo con cualquier razonamiento que se le ocurría, pero ahora no estaba para razonamientos; sentía una profunda compasión y el deseo de ser sincero, tierno

-No llores, mi bien –decía-. Ya has llorado bastante Ahora hablemos un poco, para ver si encontramos algún camino.

Y durante largo rato examinaron las posibilidades de eludir la necesidad de esconderse, engañar, vivir en ciudades distintas, sin verse por mucho tiempo. ¿Cómo liberarse de estas intolerables ataduras?

-¿Cómo? ¿Cómo? –se preguntaba él, tomándose la cabeza con las manos-. ¿Cómo?

Y parecía que faltaba poco para encontrar la solución pero ambos comprendían claramente que el final estaba todavía muy lejos y que lo más complicado y difícil no había hecho más que empezar.

Tobias Mindernickel.(Thomas Mann) Alemania 1875-1955

Thomas Mann

Antecedentes socio-históricos

Desintegración del antiguo orden monárquico y burgués; debilitamiento y desaparición de los imperios centrales (austrohúngaro); se forman estados independientes, y surgen nacionalismos.

Desde 1908 alianza Alemania-Austria-Italia, poderío imperial, expansionista.

En Alemania 1866 Bismarck intenta hegemonía alemana, lucha por monarquía autónoma, invade Francia; su política expansionista da lugar a la Primera Guerra Mundial; derrota de Alemania. Posterior, formación de distintos partidos en 1919: Constitución de Weimar (demócrata) y Obrero Alemán, el cual Hitler convierte en 1923 en el Nacional Socialista; cobra fuerza por promesas de fortalecer a Alemania después de la guerra y gana en 1933.

Vida y obra

Thomas Mann predijo desde la Primera Guerra que Alemania sería fascista.

Pertenciente a familia burguesa (su padre cónsul), desde joven educación típica alemana fundada en preceptos del engrandecimiento de la tradición alemana (música y filosofía).

Se le reconoce como un educador social y como un realista crítico, ya que señala a su propia clase social dentro de un contenido ideológico particular. Representa a la literatura alemana por más de medio siglo.

Su obra plantea una concepción real del mundo; sus personajes, por lo general, detallados en su clase social (normalmente burgueses alemanes) que por algún motivo se desintegran moralmente o sucumben a fuerzas irracionales. Los antecedentes sociales, políticos o históricos se detallan en sus narraciones. Preocupado por reflejar en su obra efectos de la decadencia de la sociedad alemana. Pone en evidencia la

decadencia de una Europa “civilizada”; valores que se colapsan (las guerras y las ideologías totalitarias que surgen son muestra de esto).

Se reconoce a Mann como un artista que supo sobrepasar los prejuicios de su clase y hacer una denuncia frontal; por ejemplo, al nazismo. Se exilia en Estados Unidos durante el nazismo; su obra quemada en Alemania y prohibida hasta después de la guerra (1946).

Su obra señala algunos de sus preceptos ideológicos: la pobreza cultural de la burguesía (alimentada sólo en el materialismo, la apariencia, etc.); la “filosofía de lo inhumano”, pendiente del éxito material al capitalismo; ve en el socialismo la única solución para acceder al humanismo.

La crítica socialista (Lukacs, Goldman, otros) admiran a Mann por plantear en su obra problemas con soluciones (contrario a Kafka o Joyce; abstracto o individualista). Mann es efectivo, destaca causas; su obra constituye una exposición sobre la decadencia y la descomposición social, en contraposición a los valores humanistas necesarios para superar las crisis históricas. Sin embargo, departe del realismo tradicional; hace rupturas con la narrativa tradicional (narradores, tiempo, espacio, etc.); no es obvio o banal, ya que su obra no es una simple “denuncia”; posee un gran mérito estético; no es dogmático.

Aspectos generales del cuento

A pesar de ser concreto, objetivo e inmediato, existen otros elementos que impiden reducir el cuento a una temática simple. Señala al personaje, marca su entorno social y explica las causas; sin embargo la construcción del argumento es compleja.

NARRADOR. Presenta al personaje desposeído de su clase burguesa, quien vive en una zona marginada que le resulta extraña y en la cual no es capaz de establecer relaciones sociales. El narrador remarca la profunda alienación del personaje y su sentido de extrañeza con este entorno. Los rasgos psicológicos y emocionales del personaje se manifiestan como parte de su contexto social, e inciden en su comportamiento. Una vez que el narrador presenta al personaje, provoca en el lector una empatía inicial al lograr que éste se conduzca de las burlas de las que es objeto (Tobías

tiene la capacidad de compadecer a otros, incluso a los que se burlan de él). Pero, más adelante, se desarrolla una situación inversa; adopta al perro y ejerce en éste la compasión, cometiendo excesos violentos con el fin de compadecerlo.

De la empatía inicial, el narrador, ahora, se pronuncia en una actitud crítica y condena lo que Tobías hace mediante juicios de valor; califica al personaje por su actitud incomprensible e infame. Plantea una crítica concreta a la degradación del personaje, el cual se somete a su irracionalidad.

Los ESPACIOS y objetos poseen un valor simbólico que añaden contenidos a la narración; ejm. “camino gris”, maceta seca, vestimenta y muebles de otra época (esterilidad; estaticidad).

El PERRO, se dimensiona como un mero vehículo que se proyecta en el interior del personaje. Le permite hablar, ser tierno, compasivo y cruel. Muestra cómo el instinto de Tobias transgrede su racionalidad (amplitud temática que se puede comparar a distintas situaciones (humanas y sociales)).

Temas destacados

Burgués desposeído de su pasado que pierde su sentido ético. Los valores éticos y de conducta se evidencian. Personaje que sin contención económica y social pierde dirección. Su entorno social determina su conducta. Dimensión irónica que el autor le confiere al tema mediante los personajes: Tobias: nombre bíblico, piadoso; Essau: hijo de Isaac y Rebeca, quien vende su primogenitura a su hermano (Jacob) sólo por hambre. Destaca el instinto contra la razón y la supuesta racionalidad del personaje (humanidad) es frágil.

En sus cuentos se plantean situaciones ajenas a todo realismo (ayunador enjaulado y simio que se convierte en humano). El ayunador decae cuando el público deja de interesarse por su arte (se convierte en una atracción de segunda). La historia sirve como reflexión sobre el artista – como un ser incomprendido- y también sobre los elementos que integran la experiencia estética: artista-obra-espectador. El arte del ayunador deja de tener sentido por falta de una adecuada contemplación.

Tobías Mindernickel³

1

Una de las calles que llevan desde la Quaigasse, con una pendiente bastante empinada, a la parte media de la ciudad, se llama el Camino Gris. Hacia la mitad de esa calle y a mano derecha según se llega del río, está la casa número 47, un edificio estrecho y de color turbio, que no se distingue en nada de sus vecinos. En los bajos hay una mercería, donde puede comprarse lo mismo chanclos de goma que aceite de ricino. Si se entra en el portal, después de ver un patio en el que vagabundean los gatos, se encuentra una escalera de madera estrecha y desgastada (en la que se respira un olor indescriptible a humedad y pobreza) que conduce a los pisos. En el primero a la izquierda vive un carpintero, a la derecha una comadrona. En el segundo a la izquierda vive un zapatero remendón, a la derecha una señora que se pone a cantar en voz alta en cuanto oye pasos en la escalera. En el tercero izquierda el piso está vacío, y a la derecha vive un hombre llamado Mindernickel, cuyo nombre, para colmo, es Tobías. Sobre este hombre hay una historia que debe ser contada, pues es misteriosa y vergonzosa en demasía.

El aspecto exterior de Mindernickel es llamativo, extraño y ridículo. Si se le ve por ejemplo cuando sale a dar un paseo, subiendo con su delgada figura por la calle, apoyándose en u bastón, nos daremos cuenta de que va vestido de negro de pies a cabeza. Lleva un sombrero de copa pasado de moda, campanudo y afieltrado, un gabán estrecho y rozado por el uso y pantalones igualmente miserables, desflecados por abajo y tan cortos que se ve el forro de goma de los botines. Por lo demás, debe decirse que esta indumentaria está cepillada con el mayor cuidado. Su cuello esquelético parece mucho más largo, por cuanto emerge de un cuello bajo y vuelto de la ropa. El canoso cabello es liso y está peinado sobre las sienes; la ancha ala del sombrero de copa sombrea un rostro afeitado y pálido de mejillas hundidas, ojos irritados que raras veces se alzan del suelo, y dos profundas arrugas que descienden desde la nariz hasta ambas comisuras de la boca, amargamente dirigidas hacia abajo.

³Mann, Thomas. "Tobias Mandernickel." en *Antología del cuento triste*. Monterroso, Augusto y Jacobs Barbara. Barcelona. Edhasa. 1991.

Mindernickel sale muy pocas veces de casa, y tiene sus motivos, porque en seguida que aparece en la calle se reúnen muchos niños, le persiguen durante un buen trecho y ríen, se burlan y cantan: “¡Jo, jo, Tobías!”, le tiran del gabán, y la gente sale a la puerta y se divierte. Mas él camina sin defenderse y mirando temerosamente a su alrededor, con los hombros encogidos y la cabeza gacha, como una persona que camina bajo un aguacero sin paraguas; y aunque se le ríen en su cara, de vez en cuando saluda con una humilde cortesía a algunas de las personas que están a la puerta de sus casas. Más tarde, cuando los niños quedan atrás y nadie más le conoce, y son pocos los que se vuelven a mirarle, sigue sin modificar esencialmente su conducta: continúa mirando temerosamente y caminando encogido, como si sintiera sobre sí mil miradas irónicas. Y cuando alza la vista del suelo, vacilante y apocado, puede observarse el hecho extraño de que es incapaz de mirar con fijeza a persona o cosa alguna. Parece, aunque suene raro, que le falte aquella superioridad natural de contemplación con que todo ser individual mira las cosas del mundo; parece que se sienta inferior a todas esas cosas, y sus ojos inestables han de arrastrarse por el suelo frente a cualquier persona o cosa

¿Qué ocurre con este hombre, que siempre está solo y parece ser desgraciado en un grado extraordinario? Su indumentaria que quiere ser burguesa, así como un cierto movimiento cuidadoso al pasarse la mano por la barbilla parecen indicar que no pertenece en modo alguno a la clase social en cuyo seno vive. Dios sabe qué habrán hecho con él. Su rostro tiene un aspecto, como si la vida, con una risotada de desprecio, le hubiera golpeado en él con el puño cerrado. Por otra parte, es muy posible que, sin haber recibido duros golpes del destino, no haya sido capaz de enfrentarse a la existencia; y la enfermiza inferioridad y estupidez de su aspecto produce la penosa impresión de que la naturaleza le hubiera negado la medida de equilibrio, fuerza y aguante necesarios para existir con la cabeza erguida.

Cuando, apoyado en su negro bastón, ha dado una vuelta por la ciudad vuelve – recibido en el Camino Gris por los aullidos de los niños— a su vivienda; sube por la maloliente escalera a su habitación, que es pobre y está desprovista de adornos. Sólo la cómoda, un sólido mueble estilo Imperio con pesadas asas de metal, tiene belleza y valor. Ante su ventana, cuya vista está irremediamente tapada por la gris pared

posterior de la casa vecina, hay una maceta llena de tierra, en la que no crece nada; aun así, Tobías Mindernickel se acerca a veces a ella, contempla la maceta y huele la tierra.

Junto a esta habitación hay una pequeña alcoba.

Cuando entra, Tobías coloca el sombrero y el bastón sobre la mesa, se sienta sobre el sofá tapizado de verde, que huele a polvo, apoya la barbilla en la mano y contempla el suelo ante sí, con las cejas alzadas. Parece que no tenga otra cosa que hacer en el mundo.

Por lo que se refiere al carácter de Mindernickel, es muy difícil emitir una opinión; el siguiente incidente parece hablar en su favor. Cuando aquel hombre extraño salió cierto día de su casa y, como siempre, se reunió una pandilla de niños que le perseguían con exclamaciones de burla y risas, un niño de unos diez años tropezó con el pie de un compañero y se cayó al suelo con tanta violencia, que le brotó la sangre de la nariz y de la frente y se quedó caído, llorando. Entonces Tobías se volvió, corrió hacia el niño caído e inclinándose sobre él empezó a compadecerle con voz suave y temblorosa.

--Pobre niño --decía--, ¿te has hecho daño? ¡Estás sangrando! ¡Mirad, le corre la sangre por la frente! Sí, sí, has tenido una caída muy mala. Claro, duele tanto, y por eso llora, pobre niño. ¡Cuánta compasión te tengo! Ha sido culpa tuya, pero te voy a vendar la frente con mi pañuelo así. Bueno, ahora tranquilízate; voy a levantarte

Y con estas palabras, después de haber vendado efectivamente al pequeño con su propio pañuelo, le puso en pie con cuidado y se alejó. Mas su actitud y su rostro mostraban en este instante una expresión muy distinta de la corriente. Caminaba con firmeza y erguido, y su pecho respiraba con fuerza bajo el estrecho gabán; sus ojos parecían haberse hecho más grandes, tenían brillo y se fijaban con firmeza en las personas y las cosas, mientras que en su boca había un gesto de dolorosa felicidad

Este incidente tuvo como consecuencia que disminuyeran las burlas de la gente del Camino Gris durante unos días. Al cabo de algún tiempo, sin embargo, se había olvidado su sorprendente conducta, y una multitud de gargantas sanas, alegres y crueles volvió a cantar detrás del hombre encogido y abúlico: “¡Jo, jo, Tobías!”.

2

Una mañana soleada, a las once, Tobías abandonó la casa y cruzó toda la ciudad hasta el Lerchenberg, aquella colina alargada que durante las horas de la tarde constituía el paseo más distinguido de la ciudad, pero que, dada la excelente primavera que reinaba, también a aquella hora estaba concurrida por algunos coches y peatones. Bajo un árbol de la gran avenida principal había un hombre con un perro de caza de poca edad, sujeto por una correa, que aquél mostraba a los paseantes con la evidente intención de venderlo; era un animal pequeño y musculoso, de pelo amarillo, tendría unos cuatros meses, con un anillo negro en un ojo y una oreja negra.

Cuando Tobías observó esto, a una distancia de unos diez pasos, se detuvo, se pasó la mano varias veces por la barbilla y contempló pensativamente al vendedor y al pequeño can, que movía el rabo, alerta. Luego siguió caminando; dio tres vueltas al árbol, apretándose la boca con el puño del bastón, y finalmente se acercó al hombre y le dijo, mientras contemplaba fijamente al animal:

-¿Cuánto vale este perro?

-Son diez marcos –respondió el hombre.

Tobías permaneció silencioso durante un momento y dijo luego, indeciso:

-¿Diez marcos?

-Sí –dijo el hombre.

Entonces Tobías sacó una bolsa de cuero negro del bolsillo, extrajo de la misma un billete de cinco marcos, una moneda de tres y una de dos, entregó rápidamente este dinero al vendedor, cogió la correa y tiró de ella rápidamente, encogido y mirando con temor a su alrededor –ya que algunas personas habían observado la compra y se reían-, llevándose al animal, que chillaba y se resistía. Se resistió durante todo el camino, apoyando las patas delanteras en el suelo y contemplando con una temerosa interrogación a su nuevo dueño; pero éste siguió tirando con energía y en silencio, y cruzó con fortuna la ciudad.

Entre la juventud callejera del Camino Gris se produjo un enorme tumulto cuando apareció Tobías con el perro; pero él lo cogió en brazos, se inclinó sobre él y se apresuró a ganar las escaleras y su habitación, perseguido por los gritos burlones y las risotadas. Al llegar puso al perro, que lloriqueaba sin parar, en el suelo, lo acarició satisfecho y dijo luego, condescendiente:

-Bueno, bueno; ya ves que no tienes por qué tenerme miedo, perro.

A continuación sacó de un estante de la cómoda un plato con carne cocida y patatas, y lanzó al animal una parte, con lo que éste cesó en sus quejas y devoró la comida entre señales de satisfacción.

-Te llamarás *Esau* –dijo Tobías-. ¿Me entiendes? *Esau*. Te será fácil recordar un sonido tan sencillo

Y, señalando el suelo a sus pies, exclamó en tono imperioso:

-¡ *Esau*!

El perro, esperando quizá recibir algo más de comida, se acercó y Tobías le palmeó el costado, satisfecho, mientras comentaba:

-Así es, amigo mío. Te estás portando bien.

Luego retrocedió unos pasos, señaló el suelo y repitió de nuevo:

-¡ *Esau*!

Y el animal, que se había animado, se acercó de un salto y lamió las botas de su amo.

Con la satisfacción de dar órdenes y verlas realizadas, Tobías repitió este ejercicio incansablemente, hasta doce o catorce veces; finalmente el perro pareció cansarse y tener ganas de descansar y hacer la digestión, y se echó en el suelo en la pose graciosa e inteligente de los perros de caza, estirando ante sí las dos patas delanteras, largas y de fina nerviación.

-¡Otra vez! –dijo Tobías-. ¡ *Esau*!

Pero *Esau* volvió la cabeza a un lado y continuó en su lugar.

-¡ *Esau!* –exclamó Tobías con la voz alzada imperiosamente-. ¡Debes venir aunque estés cansado!

Pero *Esau* apoyó la cabeza sobre sus patas, sin pensar siquiera en levantarse.

-Oye –dijo Tobías, y su voz estaba cargada de una sorda y terrible amenaza-, ¡obedece, o sabrás que no es bueno provocarme!

El animal se limitó a mover un poco el rabo.

Ahora se apoderó de Tobías una rabia infinita, injustificada y loca. Cogió su bastón negro, levantó a *Esau* por la piel de la nuca y comenzó a apalearlo al animal sin hacer caso de sus aullidos, mientras que repetía uno y otra vez, fuera de sí y con voz terriblemente silbante:

-¿Cómo? ¿No obedeces? ¿Te atreves a desobedecerme?

Por fin arrojó el bastón a un lado, puso en el suelo al perro, que temblaba, y comenzó a pasearse arriba y abajo ante él, con las manos a la espalda y respirando hondamente, mientras que de vez en cuando dirigía al perro una mirada iracunda y orgullosa. Después de haberse paseado así durante algún tiempo, se detuvo junto al animal, que se volvió de espaldas al suelo y movía las patas implorante, cruzó las manos sobre el pecho y habló con la mirada terriblemente dura y fría y el tono con que Napoleón se dirigía a la compañía que perdía su bandera en la batalla:

-¿Cómo te has portado, si puede saberse?

El perro, agradecido sólo por esta aproximación, se acercó aún más a rastras, se apretó contra la pierna de su dueño y miró hacia arriba con sus ojos humildes.

Durante un buen rato, Tobías contempló al humillado ser desde su altura y en silencio; mas luego, cuando sintió aquel calor conmovedor en su pierna, recogió a *Esau* y lo levantó.

-Está bien, voy a tener compasión de ti –dijo, pero cuando el buen animal comenzó a lamerle la cara, su estado de ánimo se transformó en emoción y melancolía. Oprimió al perro contra sí con doloroso cariño, sus ojos se llenaron de lágrimas, y sin articular bien las frases, comenzó a repetir con voz ahogada:

-Mira, eres mi único mi único

Luego acostó a *Esaú* con todo cuidado en el sofá, se sentó junto a él, apoyó la barbilla en la mano y lo contempló con gran dulzura y recogimiento.

3

Desde entonces Tobías Mindernickel abandonaba su casa aún menos que antes, pues no se sentía inclinado a mostrarse en público con *Esaú*. Dedicó toda su atención al perro; más aún, de la mañana a la noche no se ocupaba en otra cosa sino darle de comer, limpiarle los ojos, darle órdenes, reñirle y hablar con él como si de un ser humano se tratase. La cosa era que no siempre *Esaú* se portaba a su gusto. Cuando se echaba en el sofá, soñoliento por falta de aire y de libertad, y le miraba con los ojos melancólicos, Tobías se sentía lleno de contento; se sentaba en actitud recogida y satisfecha y acariciaba compasivamente el pelo de *Esaú*, diciéndole:

-¿Me miras dolorosamente, amigo mío? Sí, sí; la vida es triste, y así has de verlo, aunque seas tan joven

Pero cuando el animal, enloquecido por el instinto de la caza y del juego, corría por la habitación, se peleaba con una zapatilla, saltaba a las sillas y daba vueltas de campana en su exceso de vitalidad, Tobías seguía sus movimientos de lejos, con una mirada de desorientación, disgusto e inseguridad, y una sonrisa desagradable y rabiosa, hasta que lo llamaba en tono iracundo, gritándole:

-Deja de hacer el loco. No hay motivo para danzar por ahí.

Una vez ocurrió incluso que *Esaú* se escapó de la habitación y bajó la escalera hasta la calle, donde empezó en seguida a perseguir un gato, devorar excrementos de caballo, a pelearse y jugar con los niños, ebrio de felicidad. Cuando apareció Tobías, entre el aplauso y las risas de toda la calle, con el rostro dolorosamente desencajado, ocurrió lo triste: que el perro huyó de su dueño a grandes saltos Este día Tobías le pegó durante largo rato y con encarnizamiento.

Cierto día –el perro le pertenecía desde hacía algunas semanas–, Tobías sacó un pan de la cómoda para dar de comer a *Esaú*, y comenzó a cortarlo en pequeños trozos –

que dejaba caer al suelo-, por medio de un cuchillo de gran tamaño, con mango de hueso, que solía utilizar para este fin. El animal, loco de apetito y ganas de jugar, saltó hacia él a ciegas, clavándose el cuchillo torpemente manejado en la paletilla, y cayó al suelo, retorciéndose y sangrando.

Asustado, Tobías dejó todo de lado y se inclinó sobre el herido; pero de repente se transformó la expresión de su rostro, y es cierto que hubo en él un reflejo de alivio y alegría. Cuidadosamente llevó al perro a su sofá, y nadie podría imaginar con qué entrega comenzó a cuidar al enfermo. Durante el día no se separaba de él; por la noche le dejaba dormir en su propia cama, lo lavaba y vendaba, y lo acariciaba, consolaba y compadecía con incansable afán y cuidado.

-¿Duele mucho? –decía-. Sí, sí; sufres amargamente, pobre animal. Pero calla, hemos de soportarlo.

Su rostro se veía sereno, melancólico y feliz al pronunciar tales palabras.

Mas en el mismo grado que *Esau* fue recuperando fuerzas, volviéndose más alegre y curándose, el comportamiento de Tobías fue haciéndose inquieto y descontento. Ahora no consideraba necesario ocuparse de la herida, sino que se limitaba a expresar su compasión mediante palabras y caricias. Sólo que la curación fue progresando; *Esau* tenía una buena naturaleza, y ya comenzaba a moverse por la habitación; cierto día, después de haber vaciado un plato de leche y gachas, saltó del sofá sintiéndose completamente sano y se puso a correr con alegres ladridos y el antiguo entusiasmo por las dos habitaciones, comenzando a tirar de las mantas, a cazar zapatillas y a dar alegres vueltas de campana.

Tobías estaba de pie ante la ventana, junto a la maceta, y mientras una de sus manos, que salía de las deshilachadas mangas larga y delgada, torcía un mechón del cabello peinado sobre las sienes, su figura se destacaba negra y extraña del muro gris de la casa vecina. Su rostro estaba pálido y desfigurado por la amargura, y seguía con mirada rabiosa, confusa y llena de envidia y maldad las piruetas de *Esau*. De súbito se dio un impulso, caminó hacia él y lo detuvo, tomándolo lentamente en sus brazos.

-Mi pobre animal –comenzó con voz lastimera; pero *Esau*, lleno de ánimos y poco inclinado a seguir permitiendo aquel trato, cogió la mano que quería acariciarle, se escapó de los brazos, saltó al suelo haciendo una alegre finta y con un ladrido salió corriendo.

Lo que ocurrió entonces es algo tan incomprensible e infame, que me niego a relatarlo con detalle. Tobías Mindernickel se quedó de pie, adelantando un poco los brazos colgantes a lo largo del cuerpo. Sus labios estaban apretados y los ojos se movían de un modo terrible en sus órbitas. Y luego, repentinamente, en una especie de ataque de locura, cogió al animal; en su mano brilló un gran objeto metálico, y con un corte que llegaba desde el hombro derecho hasta muy hondo en el pecho del perro cayó al suelo sin proferir sonido alguno. Quedó caído de lado, tembloroso y sangrando

En el mismo instante fue depositado sobre el sofá, y Tobías estuvo arrodillado ante él, oprimiendo una tela contra la herida y balbuciendo:

-¡Mi pobre animal! ¡Mi pobre animal! ¡Qué triste es todo esto! ¡Que tristes somos los dos! ¿Sufres? Sí, sí, sé que sufres ¡qué lamentable estado el tuyo! Pero yo, yo estoy contigo. ¡Yo te consolaré! Mi mejor pañuelo

Pero *Esau* permanecía echado, con un estertor. Sus ojos, turbios e interrogantes, se volvían hacia su amo sin comprender, llenos de inocencia y de queja y luego estiró un poco las patas y murió.

Tobías permaneció inmóvil. Tenía la cabeza apoyada en el cuerpo de *Esau* y lloraba amargamente.

Una nubecilla (James Joyce) 1882-1941

James Joyce

Nació en Dublín, febrero 2, 1882. Muere en Zurich en 1941.

El mayor de 10 hijos de una típica familia irlandesa de clase media. Estudia en colegios jesuitas, aunque tuvo que dejar estudios frecuentemente a causa de problemas económicos. El abandono de su padre y la pobreza de su entorno lo confrontan a una educación escolar muy inestable. Sin embargo, se convierte en un autodidacta hasta ingresar al Belvedere College, donde cursa su bachillerato. Ingresa a la Universidad de Dublín como estudiante de idiomas, teología y arte. Rechaza las ideas nacionalistas prevalecientes en su universidad, pierde su fe religiosa, y desde muy joven se pronuncia a favor de su misión literaria en la cual, dicho por él, se exilia. Muy pronto comienza a escribir en revistas universitarias, en especial, sobre Ibsen, al cual tradujo del noruego al inglés.

Aprisionado en una atmósfera intelectual y culturalmente limitada, Joyce decide dejar Dublín a los 23 años para irse a París y recrear en su obra objetivamente la vida en Dublín. A su llegada al Continente, viaja y se establece en París como maestro de inglés.

Su producción literaria ya había sido motivo de polémica en Irlanda, pero finalmente capta el interés de escritores e intelectuales en Europa, entre ellos Ezra Pound, de quien recibe apoyo para publicar sus primeros cuentos: *Dublineses*. Regresará a Irlanda únicamente cuando muere su madre, y durante su permanencia en Europa fue el centro de diversos círculos literarios. A causa de la guerra se refugia en Zurich, donde muere a los 59 años en compañía de su esposa Nora y sus 2 hijos.

Obras:

Dubliners (Dublineses) 1914. Son 15 cuentos; su publicación despertó indignación en Irlanda por contener alusiones políticas, religiosas y pasajes “profanos”.

Portrait of an Artist as a Young Man (Retrato del artista adolescente) 1916. Novela de características autobiográficas, aunque bajo una concepción del artista universal.

Ulysses (Ulises) 1923. La más polémica novela de Joyce la cual, incluso en varios países, no se publicó. Se publica hasta 1933 después de que en Estados Unidos se llevara a juicio.

Finnegan's Wake (El despertar de Finnegan) 1939. Compleja y elaborada visión sobre distintas teorías históricas (“el loco intento de un loco”).

Music Chamber (Música de cámara) 36 poemas (influencia de poetas ingleses).

Letters to Nora (Cartas a Nora), correspondencia que mantuvo con su esposa (aspectos privados de su vida y su personalidad).

Distintos ensayos literarios sobre otros autores, arte y literatura. (*Ensayos de James Joyce*).

Cultura Celta:

Joyce expone en su obra aspectos de los orígenes de los irlandeses. Un tema permanente en Joyce es su alienación de Irlanda. Está profundamente determinado por la isla pero, a la vez, le es extraña y ajena. Retrató y señaló a la Irlanda paralizada bajo la dominación británica. Joyce produce su obra cuando en Irlanda existen los movimientos separatistas irlandeses, pero no se vincula a éstos y, de hecho, los critica; parodia en su obra ese fanatismo nacionalista y alerta sobre los problemas del carácter dual de los irlandeses, bajo la óptica de una cultura híbrida. Joyce es un escritor universal, no político; sus textos rebasan la situación irlandesa y expone de manera coherente las limitaciones culturales de su país de origen. Admiró a Charles Parnell, líder intelectual del movimiento independentista irlandés, a quien los propios irlandeses traicionaron a causa de un escándalo sexual sin fundamentos. Parnell fue llamado el “rey sin corona”, y el único líder irlandés que accedió al Parlamento Británico con propuestas claras (antes de la separación tajante entre católicos y protestantes). Joyce lo refleja en su obra como símbolo del héroe traicionado por una sociedad prejuiciosa.

Joyce como innovador de la narrativa moderna:

Joyce introduce 3 técnicas narrativas que tendrán un enorme impacto en la literatura posterior:

El “fluir de conciencia” (“stream of consciousness”). Se refiere a un término “prestado” del psicoanálisis, pero en su forma literaria (no clínica). Consiste en monólogos interiores de los personajes en los que el pensamiento y las imágenes viajan en una sucesión aparentemente desorganizada. Escritores como Joyce, Virginia Woolf, Proust y otros transfirieron este fenómeno a la literatura (repercusión de los avances psicológicos en el estudio de la mente y el inconciente y reflejo en el arte; también en la pintura o la música). En la literatura joyciana se modifica la función del narrador, ya que en lugar de que éste acote lo que el personaje piensa, el autor se vale de la intervención propia del personaje (como si estuviera dentro de su mente o conciencia) lo que da como resultado una especie de “cita textual de la mente”.

Epifanía. Este término nace del contexto mítico y religioso (teatro griego: revelación de una divinidad en escena); (los reyes magos implicando la revelación de la divinidad de Jesús). En términos definidos por Joyce se refiere a la profunda e imprevista revelación de una cosa; es un momento expansivo de la conciencia del personaje de importante significación; es una revelación de índole emocional que puede o no conducir a algo.

Mitos. Joyce incorpora en algunas de sus obras mitos universales (Ulises, Retrato del artista adolescente (Dedalus)). Joyce fue un gran estudioso de los mitos (célticos, orientales u occidentales) e incorporó algunos en una adecuada proyección temática, la cual añade a sus personajes aún más profundidad. Los mitos constituyen modelos de conducta universales; son paradigmas de actos humanos de todos los tiempos que se resignifican en el presente y se vuelven atemporales. Joyce profundiza la dimensión de sus personajes para referirse al hombre moderno, reflexionando a la idea atemporal del hombre y a la idea cíclica y repetitiva de la historia.

Joyce innovador del lenguaje en la narrativa moderna:

Como consecuencia de algunos de los aspectos arriba mencionados, la narrativa joyceana no se refiere sólo a “técnicas”, sino que tiene que ver con transformaciones del lenguaje ¿ por qué?: la estricta linealidad del lenguaje limita las proporciones expresivas de los escritores. Joyce, sin embargo, transforma esa linealidad valiéndose de artificios y de un profundo conocimiento del lenguaje para involucrar a sus lectores en un nuevo estado de conciencia. Sus personajes pueden ir al pasado, al recuerdo, a la memoria a la transcripción exacta y fluida del pensamiento sin que la narración se detenga en acotaciones explicativas. El lector, así, se involucra en lo que sucede a los personajes a través de situaciones simultáneas que ocurren en la trama. En ocasiones, no hay acontecimientos, ni acciones importantes, sus historias plasman el diario vivir, nos acercan a los avatares existenciales, comunes a cualquier individuo.

Aspectos del cuento

En el cuento es omnisciente o extradiegético, aunque emplea un discurso indirecto libre (intervención libre del narrador y con FOCALIZACIÓN interna en el personaje de Chandler)

Ejemplos:

“No era tan viejo: treinta y dos años” (reflexión)

“Le decían Chico Chandler (...) dejaba entrever una file de dientes blancos” (descripción objetiva).

A pesar de que el narrador construye la presentación de la historia de acuerdo a su organización (preámbulo, encuentro y regreso), la realidad contenida no se presenta como un objeto determinado, sino como la visión singular de una conciencia subjetiva.

Ejemplos:

El primer párrafo del cuento (inversión).

A lo largo de la primera parte contiene información postergada (no tiene orden lógico).

La construcción del DISCURSO NARRATIVO refuerza la idea de subjetividad.

Ejemplos: Verbos.

Chandler PIENSA, VE, SUEÑA, SIENTE.

Gallaher- habla más (“dijo”) Annie (“gritó”)

TEMPORALIDAD- Desarrollo del tiempo discursivo (lineal). Tiempo de la historia (pluridimensional).

Tiempo real del relato: unas cuantas horas del día.

Tiempo subjetivo implicado en ésta: se expande al pasado y se proyecta al futuro.

Implicación del pasado en el presente del personaje, mediante una exploración SIMULTÁNEA de la experiencia individual (tiempo expansivo y anacrónico).

ESPACIOS – En el discurso ocurre la representación del espacio de la historia.

Dublín (parálisis, espacio estrecho)

Londres/París (únicamente evocados y culturalmente abiertos)

Oficina/Casa (ambientes comunes, cotidianos, aunque ajenos e infelices)

Calle (espacio urbano que revela la conciencia).

TÍTULO

En el caso del cuento expande lo implícito.

“Nubecilla”- nube del cigarro que oculta lo auténtico (apariencias disfrazadas).

Nube de tristeza y melancolía.

En el cuento se pueden destacar amistad, matrimonio, moralidad religiosa, artista frustrado, fracaso, desengaño, infelicidad.

En la prosa joyceana cada uno de los elementos del relato se transforma. La introducción nos permitió entender esta evolución a partir de los cambios en los inicios S. XX. ¿Qué vimos en ésta? Cambios sociales, políticos, interés por las ideas freudianas, una evolución lógica literaria que instaba a los artistas buscar más allá de los patrones que se pensaron agotados.

Si nos remontamos al siglo XIX el personaje de la literatura guarda una relación más estrecha con su sociedad, tiene una identidad completa, se analiza a través de sus acciones o comportamiento.

Al inicio siglo XX realidad fluctuante y múltiple; se traduce en una relación más subjetiva y no como anteriormente con realismo o naturalismo, un mundo más ordenado. El del XX es una conciencia que refleja ese mundo más fragmentado, por lo tanto hay una relación más subjetiva e individual. Los aspectos sociales serán mencionados, pero NO como motivo principal.

***Una Nubecilla*⁴**

Ocho años atrás había despedido a su amigo en la estación de North Wall diciéndole que fuera con Dios. Gallaher hizo carrera. Se veía en seguida: por su aire viajero, su traje de *tweed* bien cortado y su acento decidido. Pocos tenían su talento y todavía menos eran capaces de permanecer incorruptos ante tanto éxito. Gallaher tenía un corazón de este tamaño y se merecía su triunfo. Daba gusto tener un amigo así.

Desde el almuerzo, Chico Chandler no pensaba más que en su cita con Gallaher, en la invitación de Gallaher, en la gran urbe londinense donde vivía Gallaher. Le decían Chico Chandler porque, aunque era poco menos que de mediana estatura, parecía pequeño. Era de manos blancas y cortas, frágil de huesos, de voz queda y maneras refinadas. Cuidaba con exceso su rubio pelo lacio y su bigote, y usaba un discreto perfume en el pañuelo. La medialuna de sus uñas era perfecta y cuando sonreía dejaba entrever una fila de blancos dientes de leche.

⁴ Joyce, James. “Una nubecilla” en *Dublinese*. México. Ediciones. Coyoacán. 1994.

Sentado a su buró en King's Inns pensaba en los cambios que le habían traído esos ocho años. El amigo que había conocido con un chambón aspecto de necesitado se había convertido en una rutilante figura de la prensa británica. Levantaba frecuentemente la vista de su escritorio fatigoso para mirar a la calle por la ventana de la oficina. El resplandor del atardecer de otoño cubría céspedes y aceras; bañaba con un generoso polvo dorado a las niñeras y a los viejos decrepitos que dormitaban en los bancos; irisaba cada figura móvil: los niños que corrían gritando por los senderos de grava y todo aquel que atravesaba los jardines. Contemplaba aquella escena y pensaba en la vida; y (como ocurría siempre que pensaba en la vida) se entristeció. Una suave melancolía se posesionó de su alma. Sintió cuán inútil era luchar contra la suerte: era ése el peso muerto de sabiduría que le legó la época.

Recordó los libros de poesía en los anaqueles de su casa. Los había comprado en sus días de soltero y más de una noche, sentado en el cuarto al fondo del pasillo, se había sentido tentado de tomar uno en sus manos para leerle algo a su esposa. Pero su timidez lo cohibió siempre, y los libros permanecían en los anaqueles. A veces se repetía a sí mismo unos cuantos versos, lo que lo consolaba.

Cuando le llegó la hora, se levantó y se despidió cumplidamente de su buró y de sus colegas. Con su figura pulcra y modesta salió de entre los arcos de King's Inns y caminó rápido Henrietta Street abajo. el dorado crepúsculo menguaba ya y el aire se hacía cortante. Una horda de chiquillos mugrientos pululaba por las calles. Corrían o se paraban en medio de la calzada o se encaramaban anhelantes a los quicios de las puertas o bien se acuclillaban como ratones en cada umbral. Chico Chandler no les dio importancia. Se abrió paso, diestro, por entre aquellas sabandijas y pasó bajo la sombra de las estiradas mansiones espectrales donde había baladroneado la antigua nobleza de Dublín. No le llegaba ninguna memoria del pasado porque su mente rebosaba con la alegría del momento.

Nunca había estado en Corless's, pero conocía la valía de aquel nombre. Sabía que la gente iba allí después del teatro a comer ostras y a beber licores; y se decía que allí los camareros hablaban francés y alemán. Pasando rápido por enfrente de noche había visto detenerse los coches a sus puertas y cómo damas ricamente ataviadas,

acompañadas por caballeros, bajaban y entraban a él fugaces, vistiendo trajes escandalosos y muchas pieles. Llevaban las caras empolvadas y levantaban sus vestidos, cuando tocaban tierra, como Atalantas alarmadas. Había pasado siempre de largo sin siquiera volverse a mirar. Era hábito suyo caminar con paso rápido por la calle, aun de día, y siempre que se encontraba en la ciudad tarde en la noche apretaba el paso, aprensivo y excitado. a veces, sin embargo, cortejaba la causa de sus temores. Escogía las calles más tortuosas y oscuras y, al adelantar atrevido, el silencio que se esparcía alrededor de sus pasos lo perturbaba, como lo turbaba toda figura silenciosa y vagabunda; a veces el sonido de una risa baja y fugitiva lo hacía temblar como una hoja.

Dobló a la derecha hacia Capel Street. ¡Ignatius Gallaher, de la prensa londinense! ¿Quién lo hubiera pensado ocho años antes? Sin embargo, al pasar revista al pasado ahora, Chico Chandler era capaz de recordar muchos indicios de la futura grandeza de su amigo. La gente acostumbraba a decir que Ignatius Gallaher era alocado. Claro que se reunía en ese entonces con un grupo de amigos algo libertinos, que bebía sin freno y pedía dinero a diestro y siniestro. Al final, se vio envuelto en cierto asunto turbio, una transacción monetaria: al menos, ésa era una de las versiones de su fuga. Pero nadie le negaba el talento. Hubo siempre una cierta... algo en Ignatius Gallaher que impresionaba a pesar de uno mismo. Aun cuando estaba en un aprieto y le fallaban los recursos, conservaba su desfachatez. Chico Chandler recordó (y ese recuerdo lo hizo ruborizarse de orgullo un tanto) uno de los dichos de Ignatius Gallaher cuando andaba escaso:

-Ahora un receso, caballeros –solía decir a la ligera-. ¿Dónde está mi gorra de pegar?

Eso retrataba a Ignatius Gallaher por entero, pero, maldita sea, que tenía uno que admirarlo.

Chico Chandler apresuró el paso. Por primera vez en su vida se sintió superior a la gente que pasaba. Por primera vez su alma se rebelaba contra la insulsa falta de elegancia de Capel Street. No había duda de ello: si uno quería tener éxito tenía que largarse. No había nada que hacer en Dublín. Al cruzar el puente de Grattan miró río

abajo, a la parte mala del malecón, y se compadeció de las chozas, tan chatas. Le parecieron una banda de mendigos acurrucados a orillas del río, sus viejos gabanes cubiertos por el polvo y el hollín, estupefactos a la vista del crepúsculo y esperando por el primer sereno helado que los obligara a levantarse, sacudirse y echar a andar. Se preguntó si podría escribir un poema para expresar esta idea. Quizá Gallaher pudiera colocarlo en un periódico de Londres. ¿Sería capaz de escribir algo original? No sabía qué quería expresar, pero la idea de haber sido tocado por la gracia de un momento poético le creció dentro como una esperanza en embrión. Apretó el paso, decidido.

Cada paso lo acercaba más a Londres, alejándolo de su vida sobria y nada artística. Una lucecita empezaba a parpadear en su horizonte mental. No era tan viejo: treinta y dos años. Se podía decir que su temperamento estaba a punto de madurar. Había tantas impresiones y tantos estados de ánimo que quería expresar en verso. Los sentía en su interior. Trató de sopesar su alma para saber si era un alma de poeta. La nota dominante de su temperamento, pensó, era la melancolía, pero una melancolía atemperada por la fe, la resignación y una alegría sencilla. Si pudiera expresar esto en un libro quizá la gente le hiciera caso. Nunca sería popular: lo veía. No podría mover multitudes, pero podría conmover a un pequeño núcleo de almas afines. Los críticos ingleses, tal vez, lo reconocerían como miembro de la escuela celta, en razón del tono melancólico de sus poemas; además, dejaría caer algunas alusiones. Comenzó a inventar las oraciones y frases que merecían sus libros. *Mr. Chandler tiene el don del verso gracioso y fácil... Una anhelante tristeza invade estos poemas... La nota céltica.* Qué pena que su nombre no pereciera más irlandés. Tal vez fuera mejor colocar su segundo apellido delante del primero: Thomas Malone Chandler. O, mejor todavía: T. Malone Chandler. Le hablaría a Gallaher de este asunto.

Persiguió sus sueños con tal ardor que pasó la calle de largo y tuvo que regresar. Antes de llegar a Corless's su agitación anterior empezó a apoderarse de él y se detuvo en la puerta, indeciso. Finalmente, abrió la puerta y entró.

La luz y el ruido del bar lo clavaron a la entrada por un momento. Miró a su alrededor, pero se le iba la vista confundido con tantos vasos de vino rojo y verde deslumbrándolo. el bar parecía estar lleno de gente y sintió que la gente lo observaba

con curiosidad. Miró rápido a izquierda y derecha (frunciendo las cejas ligeramente para hacer ver que la gestión era seria), pero cuando se le aclaró la vista vio que nadie se había vuelto a mirarlo: y allí, por supuesto, estaba Ignatius Gallaher de espaldas al mostrador y con las piernas bien separadas.

-¡Hola, Tommy, héroe antiguo, por fin llegas! ¿Qué quieres? ¿Qué vas a tomar? Estoy bebiendo whisky: es , mucho mejor que al otro lado del charco. ¿Soda? ¿Linthia? ¿Nada de agua mineral? Yo soy lo mismo. Le echa a perder el gusto... Vamos, *garçon*, sé bueno y tráenos dos líneas de whisky de malta... Bien, ¿y cómo te fue desde que te vi la última vez? ¡Dios mío, qué viejos nos estamos poniendo! ¿Notas que envejezco o qué? Canoso y casi calvo acá arriba, ¿no?

Ignatius Gallaher se quitó el sombrero y exhibió una cabeza casi pelada al rape. Tenía una cara pesada, pálida y bien afeitada. Sus ojos, que eran casi color azul pizarra, aliviaban su palidez enfermiza y brillaban aun por sobre el naranja vivo de su corbata. Entre estas dos facciones en lucha, sus labios se veían largos, sin color y sin forma. Incluyó la cabeza y se palpó con dos dedos compasivos el pelo ralo de su cocorotina. Chico Chandler negó con la cabeza. Ignatius Gallaher se volvió a poner el sombrero.

-El periodismo –dijo- acaba. Hay que andar rápido y sigiloso detrás de la noticia y eso si la encuentras: y luego que lo que escribes resulte novedoso. Al carajo con las pruebas y el cajista, digo yo, por unos días. Estoy más que encantado, te lo digo, de volver al terruño. Te hacen mucho bien las vacaciones. Me siento muchísimo mejor desde que desembarqué en este Dublín sucio y querido... Por fin te veo, Tommy. ¿Agua? Dime cuándo.

Chico Chandler dejó que le aguara bastante su whisky.

-No sabes lo que es bueno, mi viejo –dijo Ignatius Gallaher-. Apuro el mío puro.

-Bebo poco como regla –dijo Chico Chandler, modestamente-. Una media línea o cosa así cuando me topo con uno del grupo de antes: eso es todo.

-Ah, bueno –dijo Ignatius Gallaher, alegre-, a nuestra salud y por el tiempo viejo y las viejas amistades.

Chocaron los vasos y brindaron.

-Hoy me encontré con parte de la vieja pandilla –dijo Ignatius Gallaher-. Parece que O’Hara anda mal. ¿Qué es lo que le pasa?

-Nada –dijo Chico Chandler-. Se fe a pique.

-Pero Hogan está bien colocado, ¿no es cierto?

-Sí, está en la Comisión Agraria.

-Me lo encontré una noche en Londres y se le veía boyante... ¡Pobre O’Hara! La bebida, supongo.

-Entre otras cosas –dijo Chico Chandler, sucinto.

Ignatius Gallaher se rió.

-Tommy –le dijo-, veo que no has cambiado un ápice. Eres el mismo tipo serio que me metías un editorial el domingo por la mañana si me dolía la cabeza y tenía lengua de lija. Debías correr un poco de mundo. Tú no has ido de viaje a ninguna parte, ¿no?

Estuve en la isla de Mano –dijo Chico Chandler.

Ignatius Gallaher se rió.

-¡La isla de Man! –dijo-. Ve a Londres o a París. Te hará mucho bien.

-¿Conoces tú París?

-¡Me parece que sí! La he recorrido un poco.

-¿Y es realmente, tan bella como dicen? –preguntó Chico Chandler.

Tomó un sorbito de su trago mientras Ignatius Gallaher terminaba el suyo de un viaje.

-¿Bella? –dijo Ignatius Gallaher, haciendo una pausa para sopesar la palabra y paladear la bebida-. No es tan bella, si supieras. Claro que es bella... Pero es la vida de París lo que cuenta. Ah, no hay ciudad que sea como París, tan alegre, tan movida, tan excitante...

Chico Chandler terminó su whisky y, después de un poco de trabajo, consiguió llamar la atención de un camarero. Ordenó lo mismo otra vez.

-Estuve en el Molino Rojo –continuó Ignatius Gallaher cuando el camarero se llevó los vasos- y he estado en todos los cafés bohemios. ¡Son candela! Nada aconsejable para un puritano como tú, Tommy.

Chico Chandler no respondió hasta que el camarero regresó con los dos vasos: entonces chocó el vaso de su amigo levemente y reciprocó el brindis anterior. Empezaba a sentirse algo chasqueado. El tono de Gallaher y su manera de expresarse no le gustaban. Había algo vulgar en su amigo que no había notado antes. Pero tal vez fuera resultado de vivir en Londres en el ajetreo y la competencia periodística. El viejo encanto personal se sentía todavía por debajo de sus nuevos modales aparatosos. Y, después de todo, Gallaher había vivido y visto mundo. Chico Chandler miró a su amigo con envidia.

-Todo es alegría en París –dijo Ignatius Gallaher-. Los franceses creen que hay que gozar la vida. ¿No crees tú que tienen razón? Si quieres gozar la vida como es, debes ir a París. Y déjame decirte que los irlandeses les caemos mejor a los franceses. Cuando se enteraban que era de Irlanda, muchacho, me querían comer.

Chico Chandler bebió cinco o seis sorbos de su vaso.

-Pero, dime –le dijo-, ¿es verdad que París es tan... inmoral como dicen?

Ignatius Gallaher hizo un gesto católico con la mano derecha.

-Todos los lugares son inmorales –dijo-. Claro que hay cosas escabrosas en París. Si te vas a uno de esos bailes de estudiantes, por ejemplo. Muy animados, si tú quieres, cuando las *cocottes* se sueltan la melena. Tú sabes lo que son, supongo.

-He oído hablar de ellas –dijo Chico Chandler.

Ignatius Gallaher bebió de su whisky y meneó la cabeza.

Tu dirás lo que quieras, pero no hay mujer como la parisina. En cuanto a estilo, a soltura.

-Luego es una ciudad inmoral –dijo Chico Chandler, con insistencia tímida-. Quiero decir, comparada con Londres o con Dublín.

-¡Londres! –dijo Ignatius Gallaher-. Eso es media mitad de una cosa y tres cuartos de la otra. Pregúntale a Hogan, amigo mío, que le enseñé algo de Londres cuando estuvo allá. Ya te abrirá él los ojos... Tommy, viejo, que no es ponche, es whisky: de un solo viaje.

-De veras, no...

-Ah, vamos, que uno más no te va a matar. ¿Qué va a ser? ¿De lo mismo, supongo?

-Bueno... vaya...

-François, repite aquí... ¿Un puro, Tommy?

Ignatius Gallaher sacó su tabaquera. Los dos amigos encendieron sus cigarros y fumaron en silencio hasta que llegaron los tragos.

-Te voy a dar mi opinión –dijo Ignatius Gallaher, al salir después de un rato de entre las nubes de humo en que se refugiara-, el mundo es raro. ¡Hablar de inmoralidades! He oído de casos... pero, ¿qué digo? Conozco casos de... inmoralidad...

Ignatius Gallaher tiró pensativo de su cigarro y luego, con el calmado tono del historiador, procedió a dibujarle a su amigo el cuadro de la degeneración imperante en el extranjero. Pasó revista a los vicios de muchas capitales europeas y parecía inclinado a darle el premio a Berlín. No podía dar fe de muchas cosas (ya que se las contaron amigos), pero de otras sí tenía experiencia personal. No perdonó ni clases ni alcurnia. Reveló muchos secretos de las órdenes religiosas del continente y describió muchas de las prácticas que estaban de moda en la alta sociedad, terminando por contarle, con detalle, la historia de una duquesa inglesa, cuento que sabía que era verdad. Chico Chandler se quedó pasmado.

-Ah, bien –dijo Ignatius Gallaher-, aquí estamos en el viejo Dublín, donde nadie sabe nada de nada.

-¡Te debe parecer muy aburrido –dijo Chico Chandler-, después de todos esos lugares que conoces!

-Bueno, tú sabes –dijo Ignatius Gallaher-, es un alivio venir acá. Y, después de todo, es el terruño, como se dice, ¿no es así? No puedes evitar tenerle cariño. Es muy humano... Pero dime algo de ti. Hogan me dijo que habías... degustado las delicias del himeneo. Hace dos años, ¿no?

Chico Chandler se ruborizó y sonrió.

-Sí –le dijo-. En mayo pasado hizo dos años.

-Confío en que no sea demasiado tarde para ofrecerte mis mejores deseos –dijo Ignatius Gallaher-. No sabía tu dirección o lo hubiera hecho entonces.

Extendió una mano, que Chico Chandler estrechó.

-Bueno, Tommy –le dijo-, te deseo, a ti y a los tuyos, lo mejor en esta vida, viejito: quintales de quintos y que vivas hasta el día que te mate. Estos son los deseos de un viejo y sincero amigo, como tú sabes.

-Yo lo sé –dijo Chico Chandler.

-¿Alguna cría? –dijo Ignatius Gallaher.

Chico Chandler se ruborizó otra vez.

-No tenemos más que una –dijo.

-¿Varón o hembra?

-Un varoncito.

Ignatius Gallaher le dio una sonora palmada a su amigo en la espalda.

-Bravo, Tommy –le dijo-. Nunca lo puse en duda.

Chico Chandler sonrió, miró confusamente a su vaso y se mordió el labio inferior con tres dientes de leche.

-Espero que pases una noche con nosotros –dijo-, antes de que te vayas. A mi esposa le encantaría conocerte. Podríamos hacer un poco de música y...

-Muchísimas gracias, mi viejo –dijo Ignatius Gallaher-. Lamento que no nos hayamos visto antes. Pero tengo que irme mañana por la noche.

-¿Tal vez esta noche...?

-Lo siento muchísimo, viejo. Tú ves, ando con otro tipo, bastante listo él, y ya convinimos en ir a echar una partida de cartas. Si no fuera por eso...

-Ah, en ese caso...

-Pero, ¿quién sabe? –dijo Ignatius Gallaher, considerado-. Tal vez el año que viene me dé un saltico, ahora que ya rompí el hielo. Vamos a posponer la ocasión.

-Muy bien –dijo Chico Chandler-, la próxima vez que vengas tenemos que pasar la noche juntos. ¿Convenido?

-Convenido, sí –dijo Ignatius Gallaher-. El año que viene si vengo, *parole d'honneur*.

-Y para dejar zanjado el asunto –dijo Chico Chandler-, vamos a tomar otra.

Ignatius Gallaher sacó un relojón de oro y lo miró.

-¿Va a ser ésa la última? –le dijo-. Porque, tú sabes, tengo una c.t.

-Oh, sí, por supuesto –dijo Chico Chandler.

-Entonces, muy bien –dijo Ignatius Gallaher-, vamos a echarnos otra como *deoc and dormis*, que quiere decir un buen whisky en idioma vernáculo, me parece.

Chico Chandler pidió los tragos. El rubor que le subió a la cara hacía unos momentos se le había instalado. Cualquier cosa lo hacía ruborizarse; y ahora se sentía caliente, excitado. Los tres vasitos se le habían ido a la cabeza y el puro fuerte de Gallaher le confundió las ideas, ya que era delicado y abstemio. La excitación de ver a Gallaher después de ocho años, de verse con Gallaher en Corless's, rodeados por esa iluminación y ese ruido, de escuchar los cuentos de Gallaher y de compartir por un momento su vida itinerante y exitosa, alteró el equilibrio de su naturaleza sensible. Sintió en lo vivo el contraste entre su vida y la de su amigo, y le pareció injusto. Gallaher estaba por debajo suyo en cuanto a cuna y cultura. Sabía que podía hacer

cualquier cosa mejor que lo hacía o lo haría nunca su amigo, algo superior al mero periodismo pedestre, con tal de que le dieran una oportunidad. ¿Qué se interponía en su camino? ¡Su maldita timidez! Quería reivindicarse de alguna forma, hacer valer su virilidad. Podía ver lo que había detrás de la negativa de Gallaher a aceptar su invitación. Gallaher le estaba perdonando la vida con su camaradería, como se la estaba perdonando a Irlanda con su visita.

El camarero les trajo las bebidas. Chico Chandler empujó un vaso hacia su amigo y tomó el otro, decidido.

-¿Quién sabe? –dijo al levantar el vaso-. Tal vez cuando vengas el año que viene tenga yo el placer de desear una larga vida feliz al señor y a la señora Gallaher.

Ignatius Gallaher, a punto de beber su trago, le hizo un guiño expresivo por encima del vaso. Cuando bebió, chasqueó sus labios rotundamente, dejó el vaso y dijo:

-Nada que temer por ese lado, muchacho. Voy a correr mundo y a vivir la vida un poco antes de meter la cabeza en el saco... si es que lo hago.

-Lo harás un día –dijo Chico Chandler con calma.

Ignatius Gallaher enfocó su corbata anaranjada y sus ojos azul pizarra sobre su amigo.

-¿Tu crees? –le dijo.

-Meterás la cabeza en el saco –repitió Chico Chandler, empecinado-, como todo el mundo, si es que encuentras mujer.

Había marcado el tono un poco y se dio cuenta de que acababa de traicionarse; pero, aunque el color le subió a la cara, no desvió los ojos de la insistente mirada de su amigo. Ignatius Gallaher lo observó por un momento y luego dijo:

-Si ocurre alguna vez puedes apostarte lo que no tienes a que no va a ser con claros de luna y miradas arrobadas. Pienso casarme por dinero. Tendrá que tener ella su buena cuenta en el banco o de eso nada.

Chico Chandler sacudió la cabeza.

-Pero, vamos, tú –dijo Ignatius Gallaher con vehemencia-, ¿quieres que te diga una cosa? No tengo más que decir que sí y mañana mismo puedo conseguir las dos cosas. ¿No me quieres creer? Pues lo sé de buena tinta. Hay cientos, ¿qué digo cientos?, miles de alemanas ricas y de judías podridas de dinero, que lo que más querrían... Espera un poco, mi amigo, y verás si no juego mis cartas como es debido. Cuando yo me propongo algo, lo consigo. Espera un poco.

Se echó el vaso a la boca, terminó el trago y se rió a carcajadas. Luego, miro meditativo al frente, y dijo más calmado:

-Pero no tengo prisa. Pueden esperar ellas. No tengo ninguna gana de amarrarme a nadie, tú sabes.

Hizo como si tragara y puso mala cara.

-Al final sabe siempre a rancio, en mi opinión –dijo.

Chico Chandler estaba sentado en el cuarto del pasillo con un niño en brazos. Para ahorrar no tenían criados, pero la hermana menor de Annie, Mónica, venía una hora, más o menos, por la mañana y otra hora por la noche para ayudarlos. Pero hacía rato que Mónica se había ido. Eran las nueve menos cuarto. Chico Chandler regresó tarde para el té y, lo que es más, olvidó traerle a Annie el paquete de azúcar de Bewley's. Claro que ella se incomodó y le contestó mal. Dijo que podía pasarse sin el té, pero cuando llegó la hora del cierre de la tienda de la esquina, decidió ir ella misma por un cuarto de libra de té y dos libras de azúcar. Le puso el niño dormido en los brazos con pericia y le dijo:

-Ahí tienes, no lo despiertes.

Sobre la mesa había una lamparita con una pantalla de porcelana blanca y la luz daba sobre una fotografía enmarcada en cuerno corrugado. Era una foto de Annie. Chico Chandler la miró, deteniéndose en los delgados labios apretados. Llevaba blusa de verano azul pálido que le trajo de regalo un sábado. Le había costado diez chelines con once; ¡pero qué agonía de nervios le costó! Cómo sufrió ese día esperando a que se vaciara la tienda, de pie frente al mostrador tratando de parecer calmado mientras la vendedora apilaba las blusas frente a él, pagando en la caja y olvidándose de coger el

penique de vuelta, mandado a buscar por la cajera, y, finalmente, tratando de ocultar su rubor cuando salía de la tienda examinando el paquete para ver si estaba bien atado. Cuando le trajo la blusa Annie lo besó y le dijo que era muy bonita y a la moda; pero cuando él le dijo el precio, tiró la blusa sobre la mesa y dijo que era un atraco cobrar diez chelines con diez por eso. Al principio quería devolverla, pero cuando se la probó quedó encantada, sobre todo con el corte de las mangas y le dio otro beso y le dijo que era muy bueno al acordarse de ella.

¡Hum!...

Miró en frío los ojos de la foto y en frío

ellos le devolvieron la mirada. Cierto que eran lindos y la cara misma era bonita. Pero había algo como mezquino en ella. ¿Por qué eran tan de señora inconsciente? La compostura de aquellos ojos lo irritaba. Lo repelían y lo desafiaban: no había pasión en ellos, ningún arrebató. Pensó en lo que dijo Gallaher de las judías ricas. Esos ojos negros y orientales, pensó, tan llenos de pasión, de anhelos voluptuosos... ¿Por qué se había casado con esos ojos de la fotografía?

Se sorprendió haciéndose la pregunta y miró, nervioso, alrededor del cuarto. Encontró algo mezquino en el lindo mobiliario que comprara a plazos. Annie fue quien lo escogió y a ella se parecían los muebles. Las piezas eran tan pretenciosas y lindas como ella. Se le despertó un sordo resentimiento contra su vida. ¿Podría escapar de la casita? ¿Era demasiado tarde para vivir una vida aventurera como Gallaher? ¿Podría irse a Londres? Había que pagar los muebles, todavía. Si sólo pudiera escribir un libro y publicarlo, tal vez eso le abriría camino.

Un volumen de los poemas de Byron descansaba en la mesa. Lo abrió cauteloso con la mano izquierda para no despertar al niño y empezó a leer los primeros poemas del libro.

Quedo el viento y queda la pena vespertina,

Ni el más leve céfiro ronda la enramada,

Cuando vuelvo a ver la tumba de mi Margarita

Y esparzo las flores sobre la tierra amada.

Hizo una pausa. Sintió el ritmo de los versos rondar por el cuarto. ¡Cuánta melancolía! ¿Podría él también escribir versos así, expresar la melancolía de su alma en un poema? Había tantas cosas que quería describir; la sensación de hace unas horas en el puente de Grattan, por ejemplo. Si pudiera volver aquel estado de ánimo...

El niño se despertó y empezó a gritar. Dejó la página para tratar de callarlo: pero no se callaba. Empezó a acunarlo en sus brazos, pero sus aullidos se hicieron más penetrantes. Lo meció más rápido mientras sus ojos trataban de leer la segunda estrofa:

En esta estrecha celda reposa la arcilla,

Su arcilla que una vez. . .

Era inútil. No podía leer. No podía hacer nada. El grito del niño le perforaba los tímpanos. ¡Era inútil, inútil! Estaba condenado a cadena perpetua. Sus brazos temblaron de rabia y de pronto, inclinándose sobre la cara del niño, le gritó:

-¡Basta!

El niño se calló por un instante, tuvo un espasmo de miedo y volvió a gritar. Se levantó de su silla de un salto y dio vueltas presurosas por el cuarto cargando al niño en brazos. Sollozaba lastimoso, desmoreciéndose por cuatro o cinco segundos y luego reventando de nuevo. Las delgadas paredes del cuarto hacían eco al ruido. Trató de calmarlo, pero sollozaba con mayores convulsiones. Miró la cara contraída y temblorosa del niño y empezó a alarmarse. Contó hasta siete hipidos sin parar y se llevó el niño al pecho, asustado. ¡Si se muriera!...

La puerta se abrió de un golpe y una mujer joven entró corriendo, jadeante.

-¿Qué pasó? ¿Qué pasó? –exclamó.

El niño, oyendo la voz de su madre, estalló en paroxismos de llanto.

-No es nada, Annie... nada... Se puso a llorar.

Tiró ella los paquetes al piso y le arrancó el niño.

-¿Qué le has hecho? –le gritó, echando chispas.

Chico Chandler sostuvo su mirada por un momento y el corazón se le encogió al ver odio en sus ojos. Comenzó a tartamudear.

Sin prestarle atención, ella comenzó a caminar por el cuarto, apretando al niño en sus brazos y murmurando:

-¡Mi hombrecito! ¡Mi muchachito! ¿Te asustaron, amor?... ¡Vaya, vaya, amor! ¡Vaya!... ¡Cosita! ¡Corderito divino de mamá!... ¡Vaya, vaya!

Chico Chandler sintió que sus mejillas se ruborizaban de vergüenza y se apartó de la luz. Oyó cómo los paroxismos del niño menguaban más y más; y lágrimas de culpa le vinieron a los ojos.

La señora en el espejo (Virginia Woolf) Kensington 1882, Londres 1941

Virginia Woolf

Hija de Leslie Stephen, autor del “Diccionario de Biografías” (63 volúmenes), y perteneciente a la élite intelectual de la Inglaterra victoriana, Virginia nace en el seno de una familia culta y altamente educada; su casa era frecuentada por intelectuales y escritores como Henry James, Bertrand Rusell, T.S. Eliot, Ezra Poud y otros La educación de Virginia y la de su hermana, Vanessa Bell, estuvo a cargo de tutores, ya que no se acostumbraba que las mujeres asistieran a universidades.

En 1912 conoce a Leornard Woolf, historiador, activista político a favor de la independencia de la India. Más tarde será su esposo, y juntos formarán la Hogarth Press, prestigiosa editorial y el famoso grupo “Bloomsbu”. Inicialmente compuesto por los Woolf y algunos intelectuales de Cambridge, más adelante sería el centro de reunión de artistas, periodistas, escritores, etc.

Promovían el arte y la cultura en general, eran pacifistas, antirreligiosos, y se oponían a la visión imperial y moral heredada del victorianismo.

Desde 1895, al morir la madre de Virginia, se pone en evidencia el desequilibrio psíquico y emocional de la escritora. Tuvo varios intentos de suicidio y, cuando su casa de Londres es bombardeada por aviones alemanes (1941), evento que coincide con una de sus más severas crisis, Virginia se suicida en el río Ousse (cercano a Londres). (carta despedida a su esposo).

Existen varios estudios enfocados a la obra de Woolf, algunos son:

- La salud mental de la escritora.
- La crítica feminista que ha intentado clasificar (sin suerte) la obra de Woolf.
- Su enorme aportación a la estética vanguardista (la más importante). Es quizás una de las más grandes teóricas sobre el periodo.

Características generales de su obra:

- Rompe con el realismo imperante de su época.
- Abandona la convención de contar “historias”.
- No hay en sus narraciones cronologías exactas, ni intrigas argumentales
- La acción y el diálogo pierden importancia y los pensamientos de sus personajes surgen independientes.
- Más que centrar su atención en un solo personaje, recrea estados de ánimo de algunos (o todos) y los “conecta” (ejemplos claros en Mrs. Dalloway).
- Indaga en el tiempo desde su duración interior, y muestra que cada momento no sólo pasa, sino que vive a través de la experiencia que crea.
- Como Joyce, nunca resuelve sus finales, pero llega a un final lógico.
- Enorme influencia de Marcel Proust; fascinación por el tiempo, la memoria y el recuerdo (y recordar es interpretar).
- Los monólogos interiores pueden ocupar toda una narración (como en el cuento “La señora en el espejo”) o bien, se combinan en distintas voces narrativas.
- Hay una especie de “voces fragmentadas” o “trances sensoriales”. Reproduce la idea de una memoria fragmentada.
- Sus personajes femeninos están siempre maximizados o son el centro de la historia.

Marco histórico y social.

La época de Woolf estuvo marcada por cambios sociales y culturales, heredados del victorianismo. Valores que pueden reducirse a la idea del poderío imperial, a la idea de civilización, progreso y deber.

A pesar del poderío imperial británico, en el cual se fomentaba la idea que cualquier país podía ser dominado por Inglaterra, existen en el espacio literario múltiples ejemplos de posturas críticas en torno a estas ideas (sin olvidar las penosas

páginas del colonialismo británico en Estados Unidos o África (sobre todo). Como ejemplo: *A pasaje to India* (E.M.Forster), *Narraciones* (Kipling), *Heart of darkness* (J. Conrad), *Lord of the flies* (W. Golding) o anterior a éstas: *Alicia en el país de las maravillas* (Carroll) y gran parte de la literatura gótica ejm. *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (Stevenson).

En la novela *Mrs. Dalloway* se ponen en evidencia muchos de los aspectos en este sentido; sobre todo, se ironiza de la idea de la superioridad británica y sutilmente se exponen los efectos de la guerra: su fuerza destructiva, irracional (opuesta a la idea de “civilización”) y primitiva o como producto de nocivos nacionalismos). Tenemos dentro de la novela a Septimus, un joven afectado por los efectos de la guerra, y también personajes que representan al Parlamento británico (apariencias, orden, superioridad); a Peter Walsh, quien vivió en la India. Asimismo, la **fiesta** de Clarissa Dalloway resalta muchos de estos aspectos.

En el contexto real, el grupo “Bloomsbury” era pacifista y promotor de valores humanos. Hacían públicas sus ideas en relación a los efectos brutales de la colonización o la guerra; y desmentían los valores militares y el falso patriotismo, generando así un marcado escepticismo a la racionalidad, el progreso y civilización; sobre todo, evidenciar en un plano universal la incapacidad humana a aprender de la experiencia y los errores pasados. Tanto en el espacio histórico, como en el personal.

Características del cuento.

En este cuento existe una configuración compleja a un tema aparentemente simple.

El lector se confronta a una elaboración simbólica a partir de la contemplación del personaje frente a un espejo. El espejo permite hacer múltiples asociaciones desde varias perspectivas, creando distintos efectos y posibles sentidos.

La narración al inicio confunde al lector; primeramente es difícil establecer quién narra la historia. Este aspecto coincide con la idea de crear una “voz” que no permite reducir su efecto a la idea de objetividad.

En este sentido, el narrador confunde al lector y, al final del relato, se puede pensar que es el espejo quien narra, o bien, la fusión de la protagonista y su imagen reflejada.

El espejo no es un simple objeto inanimado o decorativo; es, por el contrario, un símbolo que devuelve un significado. Éste hace la función de crear una visión especular, o un juego de reflejos que permiten desnudar la conciencia de la protagonista (Isabella).

La narración es en su totalidad un “monólogo interior” que da la pauta para traducir el fluir de conciencia de Isabella; es decir, la forma como piensa el personaje sin que de por medio exista una trama específica o que pase algo sorprendente.

El lector se encuentra así ante una situación de índole existencial o vivencial que tiene que ver con una reflexión sobre el paso del tiempo y su incidencia en el presente.

Por otro lado, el método narrativo de Woolf se convierte en atemporal; es un tiempo que puede ser un instante, unas horas o días. La idea circular (inicio y fin del cuento) coincide con esta idea de un tiempo repetitivo y sin duración.

Finalmente, la autora resalta una importante reflexión en torno al recuerdo y al pasado. Muestra que cada momento no sólo pasa, sino que vive a través de la experiencia que crea. Es un eco de la memoria y, como tal, no puede ser objetivo, sino interpretativo.

La señora del espejo⁵

La gente no debiera dejar espejos colgados en sus habitaciones, tal como no debe dejar talonarios de cheques o cartas abiertas confesando un horrendo crimen. En aquella tarde de verano, una no podía dejar de mirar el alargado espejo que colgaba allí, fuera, en el vestíbulo. Las circunstancias así lo habían dispuesto. Desde las profundidades del diván en la sala de estar, se podía ver, en el reflejo del espejo italiano, no sólo la mesa con cubierta de mármol situada enfrente, sino también una parte del

⁵ Woolf, Virginia. “*La señora en el espejo*” en *Antología de cuentos de la literatura universal*. Tomo 2. México. Diana. 1983.

jardín, más allá. Se podía ver un sendero con alta hierba que se alejaba por entre parterres de altas flores, hasta que, en un recodo, el marco dorado lo cortaba.

La casa estaba vacía, y una se sentía, ya que era la única persona que se encontraba en la sala de estar, igual que uno de esos naturalistas que, cubiertos con hierbas y hojas, yacen observando a los más tímidos animales –tejones, nutrias, martín pescadores-, los cuales se mueven libremente, cual si no fueran observados. Aquel atardecer, la habitación estaba atestada de esos tímidos seres, de luz y sombras, con cortinas agitadas por el viento, pétalos cayendo –cosas que nunca ocurren, o eso parece, cuando alguien está mirando. La piedra, con sus hundidas estanterías para libros, y sus cómodas laqueadas en rojo y oro, estaba llena de esos seres nocturnos. Se acercaban contoneándose, y cruzaban muy alto, y las colas extendidas en abanico, y picoteando significativamente, cual si hubieran sido cigüeñas o bandadas de pavos reales con la cola cubierta de velo de plata. Y también había sombríos matices y oscurecimientos, como si una sepia hubiera teñido bruscamente el aire con morado. Y el cuarto tenía sus pasiones, sus furias, sus envidias y sus penas cubriéndolo, nublándolo, igual que un humano. Nada seguía invariable siquiera durante dos segundos.

Pero, fuera, el espejo reflejaba la mesa del vestíbulo, los girasoles y el sendero del jardín, con tal precisión y fijeza que parecían allí contenidos, sin posibilidad de escapar, en su realidad. Constituía un extraño contraste; aquí todo cambiante, allá todo fijo. No se podía evitar que la vista saltara, para mirar lo uno y lo otro. Entre tanto, debido a que por el calor todas las ventanas y puertas estaban abiertas, se daba un perpetuo suspiro y cese del sonido, como la vez de lo transitorio y perecedero, parecía, yendo y viniendo como el aliento humano, en tanto que, en el espejo, las cosas habían dejado de alentar y se estaban quietas, en trance de inmortalidad.

Hacía media hora que la dueña de la casa, Isabella Tyson, se había alejado por el sendero, con su fino vestido de verano, un cesto al brazo, y había desaparecido, cortada por el marco dorado del espejo. Cabía presumir que había ido al jardín bajo, para coger flores; o, cual parecía más natural suponer, a coger algo leve, fantástico, con hojas, con lánguidos arrastres, como clemátides o uno de esos elegantes haces de convólulos que se retuercen sobre sí mismos contra feos muros, y ofrecen aquí y allá el estallido de sus

flores blancas y violetas. Parecía más propio de Isabella el fantástico y trémulo convólvulo que el erecto aster o la almidonada zinnia, o incluso sus propias rosas ardientes, encendidas como lámparas en lo alto de sus tallos. Esta comparación indicaba cuán poco, a pesar de los años transcurridos, una sabía de Isabella; por cuanto es imposible que una mujer de carne y hueso, sea quien sea, de unos cincuenta y cinco o sesenta años, sea, realmente, un ramo o un zarcillo. Estas comparaciones son peor que estériles y superficiales, son incluso crueles, por cuanto se interponen como el mismísimo convólvulo, temblorosas, entre los ojos y la verdad. Debe haber verdad; debe haber un muro. Sin embargo, no dejaba de ser raro que, después de haberla conocido durante tantos años, uno no pudiera decir la verdad acerca de lo que Isabella era; una todavía componía frases como ésas, referentes a convólbulos y asteres. En cuanto a los hechos, no cabía dudar de que era solterona, rica, que había comprado esta casa y que había adquirido con sus propias manos –a menudo en los más oscuros rincones del mundo y con grandes riesgos de venenosas picadas y orientales enfermedades- las alfombras, las sillas y los armarios que ahora vivían su nocturna vida ante los ojos de una. A veces parecía que estos objetos supieran acerca de ella más de lo que nosotros, que nos sentábamos en ellos, escribíamos en ellos y caminábamos, tan cuidadosamente, sobre ellos, teníamos derecho a saber. En cada uno de aquellos muebles había gran número de cajoncitos, y cada cajoncito, con casi total certeza, guardaba cartas, atadas con cintas en arqueados lazos, cubiertas con tallos de espliego y pétalos de rosa. Sí, ya que otra verdad –si es que una quería verdades- consistía en que Isabella había conocido a mucha gente, tenía muchos amigos; por lo que, si una tenía la audacia de abrir un cajón y leer sus cartas, hallaría los rastros de muchas agitaciones, de citas a las que acudir, de reproches por no haber acudido, largas cartas de intimidad y afecto, violentas cartas de celos y acusaciones, terribles palabras de separación para siempre –ya que todas esas visitas y compromisos a nada habían conducido-, es decir, Isabella no había contraído matrimonio y, sin embargo, a juzgar por la indiferencia de máscara de su cara, había vivido veinte veces más pasiones y experiencias que aquellos cuyos amores son pregonados para que todos sepan de ellos. Bajo la tensión de pensar en Isabella, aquella estancia se hizo más sombría y simbólica; los rincones parecían más oscuros, las patas de las sillas y de las mesas, más delicadas y jeroglíficas.

De repente, estos reflejos terminaron violentamente, aunque sin producir sonido alguno. Una gran sombra negra se cernió sobre el espejo, lo borró todo, sembró la mesa con un montón de rectángulos de mármol veteados de rosa y gris, y se fue. Pero el cuadro quedó totalmente alterado. De momento quedó irreconocible, ilógico y totalmente desenfocado. Una no podía poner en relación aquellos rectángulos con propósito humano alguno. Y luego, poco a poco, cierto proceso lógico comenzó a afectar a aquellos rectángulos, comenzó a poner en ellos orden y sentido, y a situarlos en el marco de los normales acontecimientos. Una se dio cuenta, por fin, de que se trataba meramente de cartas. El criado había traído el correo.

Reposaban en la mesa de mármol, todas aquellas goteando, al principio, luz y color, crudos, no absorbidos. Y después fue extraño ver cómo quedaban incorporadas, dispuestas y armonizadas, cómo negaban a formar parte del cuadro, y recibían el silencio y la inmortalidad que el espejo confería. Allí reposaban revestidas de una nueva realidad y un nuevo significado, y dotadas también de más peso, de modo que parecía se necesitara un escoplo para separarlas de la mesa. Y, tanto si se trataba de verdad como de fantasía, no parecía que fueran un puñado de cartas, sino que se hubieran transformado en tablas con la verdad eterna incisa en ellas; si una pudiera leerlas, una sabría todo lo que se podía saber acerca de Isabella, sí, y también acerca de la vida. Las páginas contenidas en aquellos sobres marmóreos forzosamente tenían que llevar profuso y profundamente rendido significado. Isabella entraría, las cogería, una a una, y después, con un profundo suspiro de comprensión, como si hubiera sido el último fondo de todo, rasgaría los sobres en menudas porciones, ataría el montoncito de cartas, y las encerraría bajo llave en un cajón, decidida a ocultar lo que no deseaba se supiera.

Este pensamiento cumplió la función de estímulo. Isabella no quería que se supiera, pero no podía seguir saliéndose con la suya. Era absurdo, era monstruoso. Si tanto ocultaba y si tanto sabía, una tenía que abrir a Isabella con el instrumento que más alcance de la mano tenía: la imaginación. Una debía fijar la atención en ella, inmediatamente, ahora. Una tenía que dejar clavada allí a Isabella. Una debía negarse a que le dieran más largas mediante palabras y hechos propios de un momento determinado, mediante cenas y visitas y corteses conversaciones. Una tenía que ponerse

en los zapatos de Isabella. Interpretando esta última frase literalmente, era difícil ver la clase de zapatos que Isabella llevaba, allá, en el jardín de abajo, en los presentes instantes. Eran muy estrechos y largos y muy a la moda, del más suave y flexible cuero. Al igual que cuanto llevaba, eran exquisitos. Y ahora estaría en pie junto al alto seto, en la parte baja del jardín, alzadas las tijeras, que llevaba atadas a la cintura, para cortar una flor muerta, una rama excesivamente crecida. El sol le daría en la cara, incidiría en sus ojos; pero no, en el momento crítico una nube cubriría el sol, dejando dubitativa la expresión de sus ojos... Qué era ¿burlona o tierna, brillante o mate? Una sólo podía ver el indeterminado contorno de su cara un tanto marchita, bella, mirando hacia el cielo. Pensaba, quizá, que debía comprar una nueva red para las fresas, que debía mandar flores a la viuda de Johnson, que había ya llegado el momento de ir en automóvil a visitar a los Hipplesley en su nueva casa. Ciertamente, esas eran las cosas de que hablaba durante la cena. Pero una estaba cansada de las cosas de que hablaba en la cena. Era su profundo estado de ser lo que una quería aprehender y verter en palabras, aquel estado que es a la mente lo que la respiración es al cuerpo, lo que se llama felicidad o desdicha. Al mencionar estas palabras quedó patente, sin duda, que forzosamente Isabella tenía que ser feliz. Era rica, era distinguida, tenía muchos amigos, viajaba –compraba alfombras en Turquía y cerámica azul en Persia. Avenidas de placer se abrían hacia allí y allá, desde el lugar en que ahora se encontraba, con las tijeras alzadas para cortar temblorosas ramas, mientras las nubes con calidad de encaje velaban su cara.

Y aquí, con un rápido movimiento de las tijeras, cortó un haz de clemátides que cayó al suelo. En el momento de la caída, se hizo, sin la menor duda, más luz, y una pudo penetrar un poco más en su ser. Su mente rebosaba ternura y remordimiento... Cortar una rama en exceso crecida la entristecía debido a que otrora vivió y amó la vida. Sí, y al mismo tiempo la caída de la rama le revelaba que también ella debía morir, y la trivialidad y carácter perecedero de las cosas. Y una vez más, asumiendo este pensamiento, con su automático sentido común, pensó que la vida la había tratado bien; incluso teniendo en cuenta que también tendría que caer, sería para yacer en la tierra e incorporarse suavemente a las raíces de las violetas. Y así estaba, en pie, pensando. Sin dar precisión a pensamiento alguno –por cuanto era una de esas reticentes personas cuya

mente retiene el pensamiento envuelto en nubes de silencio-, rebosaba pensamientos. Su mente era como su cuarto, en donde las luces avanzaban y retrocedían, avanzaban haciendo piruetas y contoneándose y pisando delicadamente, abrían en abanico la cola, a picotazos se abrían camino; y, entonces, todo su ser quedaba impregnado, lo mismo que el cuarto, de una nube de cierto profundo conocimiento, de un arrepentimiento no dicho, y entonces quedaba toda ella repleta de cajoncitos cerrados bajo llave, llenos de cartas, igual que sus canteranos. Hablar de “abrirlos”, como si fuera una ostra, de utilizar en ella la más hermosa, sutil y flexible herramienta entre cuantas existen, era un delito contra la piedad y un absurdo. Una tenía que imaginar –y allí estaba ella, en el espejo. Una tuvo un sobresalto.

Al principio, estaba tan lejos que una no podía verla con claridad. Venía despacio, deteniéndose de vez en cuando, enderezando una rosa aquí, alzando un clavel allá para olerlo, pero no dejaba de avanzar. Y, constantemente, se hacía más grande y más grande en el espejo, y más y más completa era la persona en cuya mente una había intentado penetrar. Una la iba comprobando poco a poco, incorporaba las cualidades descubiertas a aquel cuerpo visible. Allí estaba su vestido verde gris, y los alargados zapatos, y el cesto, y algo que relucía en su garganta. Se acercaba tan gradualmente que no parecía perturbar las formas reflejadas en el espejo, sino que se limitaba a aportar un nuevo elemento que se movía despacio, y que alteraba los restantes objetos como si les pidiera cortés mente que le hicieran sitio. Y las cartas y la mesa y los girasoles que habían estado esperando en el espejo se separaron y se abrieron para recibirla entre ellos. Por fin llegó, allí estaba, en el vestíbulo. Se quedó junto a la mesa. Se quedó totalmente quieta. Inmediatamente el espejo comenzó a derramar sobre ella una luz que parecía gozar de la virtud de fijarla, que parecía como un ácido que corroía cuanto no era esencia, cuanto era superficial, y sólo dejaba la verdad. Era un espectáculo fascinante. Todo se desprendió de ella –las nubes, el vestido, el cesto y el diamante-, todo lo que una había llamado enredaderas y convólvulos. Allí abajo estaba el duro muro. Aquí estaba la mujer en sí misma. Se encontraba en pie y desnuda bajo la luz despiadada. Y nada había. Isabella era totalmente vacía. No tenía pensamientos. No tenía amigos. Nadie le importaba. En cuanto a las cartas, no eran más que facturas.

Mírala, ahí, en pie, vieja y angulosa, con abultadas venas y con arrugas, con su nariz de alto puente y su cuello rugoso, ni siquiera se toma la molestia de abrirlas.

La gente no debiera dejar espejos colgados en sus estancias.

El artista del hambre (Franz Kafka) 1883-1924

Franz Kafka

“Por más absurdo que sea Kafka, los personajes son del mundo.
Las situaciones raras se convierten en ordinarias y no es que sea absurdo,
sino que lo absurdo es que es real”

Albert Camus.

Franz Kafka, nacido en Praga en 1883, cuya obra permanece sumamente vigente en nuestros días y representa un intento por expresar la angustia causada por la opresión. Generalmente, sus personajes llevan denominaciones generales, y no nombres, que provienen de su labor: el Artista del Hambre, el Jefe de Caja, K., el Emperador, el Mensajero y demás. Estas denominaciones responden a la preocupación que Kafka tenía por la deshumanización en el trabajo y la burocracia.

La vida del autor parece determinada por su vida en la oficina de seguros y su afán literario se presenta como el único escape. La escritura sirvió a Kafka como un medio para verter todas sus preocupaciones, que estuviera “ligada palabra por palabra” a su vida.

El estilo utilizado en su obra es –en muchas ocasiones– una parodia a la burocracia.

Aunque muchos de sus cuentos tienen como personaje principal a alguien que trabaja en una oficina, también existe otro tipo de personajes en su obra que justamente resaltan lo contrario: Gregorio Samsa permanece en la habitación sin poder trabajar. Por tanto, su escape al trabajo mediante la metamorfosis resultó una opción terrorífica.

La grandeza de Kafka radica, entonces, en manifestar sus preocupaciones personales, pero también plasmar las de una época oprimida por la burocracia y por la mediocridad.

Murió en Kierling, Austria en 1924 trasladado al cementerio judío de Praga.

OBRAS:

La metamorfosis 1912 (1915)

El proceso 1925 (1937)

El castillo 1926 (1936)

America 1927 (1938)

Diarios (publicados en 1948)

Carta al padre 1919

Aforismos (1914-1923)

Características de cuento

Una de las contribuciones más importantes de los autores modernistas fue la reflexión que hicieron en torno al arte y a la condición del artista (en su carácter subjetivo y personal). En todos los autores hay un “artista” (Joyce, Woolf, Kafka, Proust, Mann) El artista es el motivo central de este cuento.

El cuento de Kafka, se asemeja a una parábola que, por su carga simbólica, parece presentar en su tema que el arte conduce a la muerte. Una visión sombría en oposición al tono triunfal y de celebración al arte con el que Joyce concluye su novela. (*Retrato del artista adolescente*).

En ambos, hay una semejanza sobre la concepción del artista como UN SER DISTINTO, cuya excepcional sensibilidad lo sitúa en conflicto con el resto de la sociedad.

El ayunador profesional y los personajes de Joyce (Chandler, Gabriel o Stephen) manifiestan constantemente una sensación de extrañamiento que sugiere un desfase entre su particular visión del mundo y los paradigmas dominantes que el entorno pretende imponer.

En el caso del *ARTISTA DEL HAMBRE*, hay un choque entre ayunador y el resto de la sociedad, que se hace patente a través de la desconfianza e incredulidad con que el público aprecia su profesión: *sólo él sabía y ni siquiera los entendidos podían*

saberlo...resultaba fácil ayunar...se había acostumbrado a lo largo de los años, pero esta insatisfacción siempre corroía su interior.

Uno de los grandes conflictos del personaje, que anuncia su ocaso, se deriva precisamente de la distancia insalvable entre su percepción y la del resto de la gente, la cual provoca que sólo él sea capaz de entender su arte, aludiendo así LA PROBLEMÁTICA DEL ARTISTA INCOMPRENDIDO.

Al mismo tiempo, en este punto, Kafka nos presenta metafóricamente TODA UNA TEORÍA DEL ARTE EN LO QUE SE REFIERE A SU RECEPCIÓN. Es decir, la obra de arte no puede consumarse si no es adecuadamente PERCIBIDA, porque EL RECEPTOR DEL EFECTO ESTÉTICO es el encargado de completar el ACTO ARTÍSTICO. En cuanto la práctica del ayunador deja de ser apreciada, su arte queda incompleto y con ello pierde sentido, así como la propia existencia del ayunador: *podía ayunar tanto como quisiera, y así lo hacía, pero ya nada podía salvarle, todos pasaban de largo. ¡Intentad explicarle a alguien el arte de ayunar! A quien no lo siente de algún modo, no se le puede explicar. Los bellos carteles se volvieron sucios e ilegibles, los echaron abajo y a nade se le ocurrió sustituirlos.*

Temas importantes:

Caracterización del artista como un ser distinto y en conflicto con su sociedad o dentro de un entorno indiferente.

La eterna inconformidad del artista.

La consideración de la libertad como requisito indispensable para la consumación de la vocación artística.

El ayuno es parte de su naturaleza; su alimento se refiere más a lo espiritual que a lo material (no es un mártir).

La pantera que supe al ayunador; marca el interés efímero del público, ahora nuevamente estimulado.

***El artista del hambre*⁶**

En los últimos decenios, el interés por los ayunadores ha disminuido muchísimo. Antes era un buen negocio organizar grandes exhibiciones de este género como espectáculo independiente, cosa que hoy, en cambio, es imposible del todo. Eran otros los tiempos. Entonces, toda la ciudad se ocupaba del ayunador; aumentaba su interés a cada día de ayuno; todos querían verlo siquiera una vez al día; en los últimos del ayuno no faltaba quien se estuviera días enteros sentado ante la pequeña jaula del ayunador; había, además, exhibiciones nocturnas, cuyo efecto era realizado por medio de antorchas; en los días buenos, se sacaba la jaula al aire libre, y era entonces cuando les mostraban el ayunador a los niños. Para los adultos aquello solía no ser más que una broma, en la que tomaban parte medio por moda; pero los niños, cogidos de las manos por prudencia, miraban asombrados y boquiabiertos a aquel hombre pálido, con camiseta oscura, de costillas salientes, que, desdeñando un asiento, permanecía tendido en la paja esparcida por el suelo, y saludaba, a veces, cortésmente o respondía con forzada sonrisa a las preguntas que se le dirigían o sacaba, quizá, un brazo por entre los hierros para hacer notar su delgadez, y volvía después a sumirse en su propio interior, sin preocuparse de nadie ni de nada, ni siquiera de la marcha del reloj, para él tan importante, única pieza de mobiliario que se veía en su jaula. Entonces se quedaba mirando al vacío, delante de sí, con ojos semicerrados, y sólo de cuando en cuando bebía en un diminuto vaso un sorbito de agua para humedecerse los labios.

Aparte de los espectadores que sin cesar se renovaban, había allí vigilantes permanentes, designados por el público (los cuales, y no deja de ser curioso, solían ser carniceros); siempre debían estar tres al mismo tiempo, y tenían la misión de observar día y noche al ayunador para evitar que, por cualquier recóndito método, pudiera tomar alimento. Pero esto era sólo una formalidad introducida para tranquilidad de las masas, pues los iniciados sabían muy bien que el ayunador, durante el tiempo del ayuno, en ninguna circunstancia, ni aun a la fuerza, tomaría la más mínima porción de alimento; el honor de su profesión se lo prohibía.

⁶ Kafka, Franz. "El artista del hambre" en *Bestiario*. Barcelona. Anagrama. 1990.

A la verdad, no todos los vigilantes eran capaces de comprender tal cosa; muchas veces había grupos de vigilantes nocturnos que ejercían su vigilancia muy débilmente, se juntaban adrede en cualquier rincón y allí se sumían en los lances de un juego de cartas con la manifiesta intención de otorgar al ayunador un pequeño respiro, durante el cual, a su modo de ver, podría sacar secretas provisiones, no se sabía de dónde. Nada atormentaba tanto al ayunador como tales vigilantes; lo atribulaban; le hacían espantosamente difícil su ayuno. A veces, sobreponíase a su debilidad y cantaba durante todo el tiempo que duraba aquella guardia, mientras le quedase aliento, para mostrar a aquellas gentes la injusticia de sus sospechas. Pero de poco le servía, porque entonces se admiraban de su habilidad que hasta le permitía comer mientras cantaba.

Muy preferibles eran, para él, los vigilantes que se pegaban a las rejas, y que, no contentándose con la turbia iluminación nocturna de la sala, le lanzaban a cada momento el rayo de las lámparas eléctricas de bolsillo que ponía a su disposición el empresario. La luz cruda no lo molestaba; en general no llegaba a dormir, pero quedar traspuesto un poco podía hacerlo con cualquier luz, a cualquier hora y hasta con la sala llena de una estrepitosa muchedumbre. Estaba siempre dispuesto a pasar toda la noche en vela con tales vigilantes; estaba dispuesto a bromear con ellos, a contarles historias de su vida vagabunda y a oír, en cambio, las suyas, sólo para mantenerse despierto, para poder mostrarles de nuevo que no tenía en la jaula nada comestible y que soportaba el hambre como no podría hacerlo ninguno de ellos. Pero cuando se sentía más dichoso era al llegar la mañana, y por su cuenta les era servido a los vigilantes un abundante desayuno, sobre el cual se arrojaban con el apetito de hombres robustos que han pasado una noche de trabajosa vigilia. Cierto que no faltaban gentes que quisieran ver en este desayuno un grosero soborno de los vigilantes, pero la cosa seguía haciéndose, y si se les preguntaba si querían tomar a su cargo, sin desayuno, la guardia nocturna, no renunciaban a él, pero conservaban siempre sus sospechas.

Pero éstas pertenecían ya a las sospechas inherentes a la profesión del ayunador. Nadie estaba en situación de poder pasar, ininterrumpidamente, días y noches como vigilante junto al ayunador; nadie, por tanto, podía saber por experiencia propia si realmente había ayunado sin interrupción y sin falta; sólo el ayunador podía saberlo, ya

que él era, al mismo tiempo, un espectador de su hambre completamente satisfecho. Aunque, por otro motivo, tampoco lo estaba nunca. Acaso no era el ayuno la causa de su enflaquecimiento, tan atroz que muchos, con gran pena suya, tenían que abstenerse de frecuentar las exhibiciones por no poder sufrir su vista; tal vez su esquelética delgadez procedía de su descontento consigo mismo. Sólo él sabía -sólo él y ninguno de sus adeptos- qué fácil cosa era el suyo. Era la cosa más fácil del mundo. Verdad que no lo ocultaba, pero no le creían; en el caso más favorable, lo tomaban por modesto, pero, en general, lo juzgaban un reclamista, o un vil farsante para quien el ayuno era cosa fácil porque sabía la manera de hacerlo fácil y que tenía, además, el cinismo de dejarlo entrever. Había de aguantar todo esto, y, en el curso de los años, ya se había acostumbrado a ello; pero, en su interior, siempre le recomía este descontento y ni una sola vez, al fin de su ayuno -esta justicia había que hacérsela-, había abandonado su jaula voluntariamente.

El empresario había fijado cuarenta días como el plazo máximo de ayuno, más allá del cual no le permitía ayunar ni siquiera en las capitales de primer orden. Y no dejaba de tener sus buenas razones para ello. Según le había enseñado su experiencia, durante cuarenta días, valiéndose de toda suerte de anuncios que fueran concentrando el interés, podía quizá aguijonearse progresivamente la curiosidad de un pueblo; mas pasado este plazo, el público se negaba a visitarle, disminuía el crédito de que gozaba el artista del hambre. Claro que en este punto podían observarse pequeñas diferencias según las ciudades y las naciones; pero, por regla general, los cuarenta días eran el período de ayuno más dilatado posible. Por esta razón, a los cuarenta días era abierta la puerta de la jaula, ornada con una guirnalda de flores; un público entusiasmado llenaba el anfiteatro; sonaban los acordes de una banda militar, dos médicos entraban en la jaula para medir al ayunador, según normas científicas, y el resultado de la medición se anunciaba a la sala por medio de un altavoz; por último, dos señoritas, felices de haber sido elegidas para desempeñar aquel papel mediante sorteo, llegaban a la jaula y pretendían sacar de ella al ayunador y hacerle bajar un par de peldaños para conducirlo ante una mesilla en la que estaba servida una comidita de enfermo cuidadosamente escogida. Y en este momento, el ayunador siempre se resistía.

Cierto que colocaba voluntariamente sus huesudos brazos en las manos que las dos damas, inclinadas sobre él, le tendían dispuestas a auxiliarle, pero no quería levantarse. ¿Por qué suspender el ayuno precisamente entonces, a los cuarenta días? Podía resistir aún mucho tiempo más, un tiempo ilimitado; ¿por qué cesar entonces, cuando estaba en lo mejor del ayuno? ¿Por qué arrebatarle la gloria de seguir ayunando, y no sólo la de llegar a ser el mayor ayunador de todos los tiempos, cosa que probablemente ya lo era, sino también la de sobrepujarse a sí mismo hasta lo inconcebible, pues no sentía límite alguno a su capacidad de ayunar? ¿Por qué aquella gente que fingía admirarlo tenía tan poca paciencia con él? Si aún podía seguir ayunando, ¿por qué no querían permitirselo? Además, estaba cansado, se hallaba muy a gusto tendido en la paja, y ahora tenía que ponerse en pie cuan largo era, y acercarse a una comida, cuando con sólo pensar en ella sentía náuseas que contenía difícilmente por respeto a las damas. Y alzaba la vista para mirar los ojos de las señoritas, en apariencia tan amables, en realidad tan crueles, y movía después negativamente, sobre su débil cuello, la cabeza, que le pesaba como si fuese de plomo. Pero entonces ocurría lo de siempre; ocurría que se acercaba el empresario silenciosamente -con la música no se podía hablar-, alzaba los brazos sobre el ayunador, como si invitara al cielo a contemplar el estado en que se encontraba, sobre el montón de paja, aquel mártir digno de compasión, cosa que el pobre hombre, aunque en otro sentido, lo era; agarraba al ayunador por la sutil cintura, tomando al hacerlo exageradas precauciones, como si quisiera hacer creer que tenía entre las manos algo tan quebradizo como el vidrio; y, no sin darle una disimulada sacudida, en forma que al ayunador, sin poderlo remediar, se le iban a un lado y otro las piernas y el tronco, se lo entregaba a las damas, que se habían puesto entretanto mortalmente pálidas.

Entonces el ayunador sufría todos sus males: la cabeza le caía sobre el pecho, como si le diera vueltas, y, sin saber cómo, hubiera quedado en aquella postura; el cuerpo estaba como vacío; las piernas, en su afán de mantenerse en pie, apretaban sus rodillas una contra otra; los pies rascaban el suelo como si no fuera el verdadero y buscaran a éste bajo aquél; y todo el peso del cuerpo, por lo demás muy leve, caía sobre una de las damas, la cual, buscando auxilio, con cortado aliento -jamás se hubiera

imaginado de este modo aquella misión honorífica-, alargaba todo lo posible su cuello para librar siquiera su rostro del contacto con el ayunador. Pero después, como no lo lograba, y su compañera, más feliz que ella, no venía en su ayuda, sino que se limitaba a llevar entre las suyas, temblorosas, el pequeño haz de huesos de la mano del ayunador, la portadora, en medio de las divertidas carcajadas de toda la sala, rompía a llorar y tenía que ser librada de su carga por un criado, de largo tiempo atrás preparado para ello.

Después venía la comida, en la cual el empresario, en el semisueño del desenjaulado, más parecido a un desmayo que a un sueño, le hacía tragar alguna cosa, en medio de una divertida charla con que apartaba la atención de los espectadores del estado en que se hallaba el ayunador. Después venía un brindis dirigido al público, que el empresario fingía dictado por el ayunador; la orquesta recalca todo con un gran trompeteo, marchábase el público y nadie quedaba descontento de lo que había visto, nadie, salvo el ayunador, el artista del hambre; nadie, excepto él.

Vivió así muchos años, cortados por periódicos descansos, respetado por el mundo, en una situación de aparente esplendor; mas, no obstante, casi siempre estaba de un humor melancólico, que se acentuaba cada vez más, ya que no había nadie que supiera tomarlo en serio. ¿ Con qué, además, podrían consolarle? ¿Qué más podía apetecer? Y si alguna vez surgía alguien, de piadoso ánimo, que lo compadecía y quería hacerle comprender que, probablemente, su tristeza procedía del hambre, bien podía ocurrir, sobre todo si estaba ya muy avanzado el ayuno, que el ayunador le respondiera con una explosión de furia, y, con espanto de todos, comenzaba a sacudir como una fiera los hierros de la jaula. Mas para tales cosas tenía el empresario un castigo que le gustaba emplear. Disculpaba al ayunador ante el congregado público; añadía que sólo la irritabilidad provocada por el hambre, irritabilidad incomprensible en hombres bien alimentados, podía hacer disculpable la conducta del ayunador. Después, tratando de este tema, para explicarlo pasaba a rebatir la afirmación del ayunador de que le era posible ayunar mucho más tiempo del que ayunaba; alababa la noble ambición, la buena voluntad, el gran olvido de sí mismo, que claramente se revelaban en esta afirmación; pero en seguida procuraba echarla abajo sólo con mostrar unas fotografías, que eran

vendidas al mismo tiempo, pues en el retrato se veía al ayunador en la cama, casi muerto de inanición, a los cuarenta días de su ayuno. Todo esto lo sabía muy bien el ayunador, pero era cada vez más intolerable para él aquella enervante deformación de la verdad. ¡Presentábase allí como causa lo que sólo era consecuencia de la precoz terminación del ayuno! Era imposible luchar contra aquella incompreensión, contra aquel universo de estulticia. Lleno de buena fe, escuchaba ansiosamente desde su reja las palabras del empresario; pero al aparecer las fotografías, soltábase siempre de la reja, y, sollozando, volvía a dejarse caer en la paja. El ya calmado público podía acercarse otra vez a la jaula y examinarlo a su sabor.

Unos años más tarde, si los testigos de tales escenas volvían a acordarse de ellas, notaban que se habían hecho incomprensibles hasta para ellos mismos. Es que mientras tanto se había operado el famoso cambio; sobrevino casi de repente; debía haber razones profundas para ello; pero ¿quién es capaz de hallarlas?

El caso es que cierto día, el tan mimado artista del hambre se vio abandonado por la muchedumbre ansiosa de diversiones, que prefería otros espectáculos. El empresario recorrió otra vez con él media Europa, para ver si en algún sitio hallarían aún el antiguo interés. Todo en vano: como por obra de un pacto, había nacido al mismo tiempo, en todas partes, una repulsión hacia el espectáculo del hambre. Claro que, en realidad, este fenómeno no podía haberse dado así, de repente, y, meditabundos y compungidos, recordaban ahora muchas cosas que en el tiempo de la embriaguez del triunfo no habían considerado suficientemente, presagios no atendidos como merecían serlo. Pero ahora era demasiado tarde para intentar algo en contra. Ciertamente que era indudable que alguna vez volvería a presentarse la época de los ayunadores; pero para los ahora vivientes, eso no era consuelo. ¿Qué debía hacer, pues, el ayunador? Aquel que había sido aclamado por las multitudes, no podía mostrarse en barracas por las ferias rurales; y para adoptar otro oficio, no sólo era el ayunador demasiado viejo, sino que estaba fanáticamente enamorado del hambre. Por tanto, se despidió del empresario, compañero de una carrera incomparable, y se hizo contratar en un gran circo, sin examinar siquiera las condiciones del contrato.

Un gran circo, con su infinidad de hombres, animales y aparatos que sin cesar se sustituyen y se complementan unos a otros, puede, en cualquier momento, utilizar a cualquier artista, aunque sea a un ayunador, si sus pretensiones son modestas, naturalmente. Además, en este caso especial, no era sólo el mismo ayunador quien era contratado, sino su antiguo y famoso nombre; y ni siquiera se podía decir, dada la singularidad de su arte, que, como al crecer la edad mengua la capacidad, un artista veterano, que ya no está en la cumbre de su poder, trata de refugiarse en un tranquilo puesto de circo; al contrario, el ayunador aseguraba, y era plenamente creíble, que lo mismo podía ayunar entonces que antes, y hasta aseguraba que si lo dejaban hacer su voluntad, cosa que al momento le prometieron, sería aquella la vez en que había de llenar al mundo de justa admiración; afirmación que provocaba una sonrisa en las gentes del oficio, que conocían el espíritu de los tiempos, del cual, en su entusiasmo, habíase olvidado el ayunador.

Mas, allá en su fondo, el ayunador no dejó de hacerse cargo de las circunstancias, y aceptó sin dificultad que no fuera colocada su jaula en el centro de la pista, como número sobresaliente, sino que se la dejara fuera, cerca de las cuadras, sitio, por lo demás, bastante concurrido. Grandes carteles, de colores chillones, rodeaban la jaula y anunciaban lo que había que admirar en ella. En los intermedios del espectáculo, cuando el público se dirigía hacia las cuadras para ver los animales, era casi inevitable que pasaran por delante del ayunador y se detuvieran allí un momento; acaso habrían permanecido más tiempo junto a él si no hicieran imposible una contemplación más larga y tranquila los empujones de los que venían detrás por el estrecho corredor, y que no comprendían que se hiciera aquella parada en el camino de las interesantes cuadras.

Por este motivo, el ayunador temía aquella hora de visitas, que, por otra parte, anhelaba como el objeto de su vida. En los primeros tiempos apenas había tenido paciencia para esperar el momento del intermedio; había contemplado, con entusiasmo, la muchedumbre que se extendía y venía hacia él, hasta que muy pronto -ni la más obstinada y casi consciente voluntad de engañarse a sí mismo se salvaba de aquella experiencia- tuvo que convencerse de que la mayor parte de aquella gente, sin excepción, no traía otro propósito que el de visitar las cuadras. Y siempre era lo mejor el

ver aquella masa, así, desde lejos. Porque cuando llegaban junto a su jaula, en seguida lo aturdían los gritos e insultos de los dos partidos que inmediatamente se formaban: el de los que querían verlo cómodamente (y bien pronto llegó a ser este bando el que más apenaba al ayunador, porque se paraban, no porque les interesara lo que tenían ante los ojos, sino por llevar la contraria y fastidiar a los otros) y el de los que sólo apetecían llegar lo antes posible a las cuadras. Una vez que había pasado el gran tropel, venían los rezagados, y también éstos, en vez de quedarse mirándolo cuanto tiempo les apeteciera, pues ya era cosa no impedida por nadie, pasaban de prisa, a paso largo, apenas concediéndole una mirada de reojo, para llegar con tiempo de ver los animales. Y era caso insólito el que viniera un padre de familia con sus hijos, mostrando con el dedo al ayunador y explicando extensamente de qué se trataba, y hablara de tiempos pasados, cuando había estado él en una exhibición análoga, pero incomparablemente más lucida que aquélla; y entonces los niños, que, a causa de su insuficiente preparación escolar y general -¿qué sabían ellos lo que era ayunar?-, seguían sin comprender lo que contemplaban, tenían un brillo en sus inquisidores ojos, en que se traslucían futuros tiempos más piadosos. Quizá estarían un poco mejor las cosas -decíase a veces el ayunador- si el lugar de la exhibición no se hallase tan cerca de las cuadras. Entonces les habría sido más fácil a las gentes elegir lo que prefirieran; aparte de que le molestaban mucho y acababan por deprimir sus fuerzas las emanaciones de las cuadras, la nocturna inquietud de los animales, el paso por delante de su jaula de los sangrientos trozos de carne con que alimentaban a los animales de presa, y los rugidos y gritos de éstos durante su comida. Pero no se atrevía a decirlo a la Dirección, pues, si bien lo pensaba, siempre tenía que agradecer a los animales la muchedumbre de visitantes que pasaban ante él, entre los cuales, de cuando en cuando, bien se podía encontrar alguno que viniera especialmente a verle. Quién sabe en qué rincón lo meterían, si al decir algo les recordaba que aún vivía y les hacía ver, en resumidas cuentas, que no venía a ser más que un estorbo en el camino de las cuadras.

Un pequeño estorbo en todo caso, un estorbo que cada vez se hacía más diminuto. Las gentes se iban acostumbrando a la rara manía de pretender llamar la atención como ayunador en los tiempos actuales, y adquirido este hábito, quedó ya

pronunciada la sentencia de muerte del ayunador. Podía ayunar cuanto quisiera, y así lo hacía. Pero nada podía ya salvarle; la gente pasaba por su lado sin verle. ¿Y si intentara explicarle a alguien el arte del ayuno? A quien no lo siente, no es posible hacérselo comprender.

Los más hermosos rótulos llegaron a ponerse sucios e ilegibles, fueron arrancados, y a nadie se le ocurrió renovarlos. La tablilla con el número de los días transcurridos desde que había comenzado el ayuno, que en los primeros tiempos era cuidadosamente mudada todos los días, hacía ya mucho tiempo que era la misma, pues al cabo de algunas semanas este pequeño trabajo habíase hecho desagradable para el personal; y de este modo, cierto que el ayunador continuó ayunando, como siempre había anhelado, y que lo hacía sin molestia, tal como en otro tiempo lo había anunciado; pero nadie contaba ya el tiempo que pasaba; nadie, ni siquiera el mismo ayunador, sabía qué número de días de ayuno llevaba alcanzados, y su corazón se llenaba de melancolía. Y así, cierta vez, durante aquel tiempo, en que un ocioso se detuvo ante su jaula y se rió del viejo número de días consignado en la tablilla, pareciéndole imposible, y habló de engañifa y de estafa, fue ésta la más estúpida mentira que pudieron inventar la indiferencia y la malicia innata, pues no era el ayunador quien engañaba: él trabajaba honradamente, pero era el mundo quien se engañaba en cuanto a sus merecimientos.

Volvieron a pasar muchos días, pero llegó uno en que también aquello tuvo su fin. Cierta vez, un inspector se fijó en la jaula y preguntó a los criados por qué dejaban sin aprovechar aquella jaula tan utilizable que sólo contenía un podrido montón de paja. Todos lo ignoraban, hasta que, por fin, uno, al ver la tablilla del número de días, se acordó del ayunador. Removieron con horcas la paja, y en medio de ella hallaron al ayunador.

-¿Ayunas todavía? -preguntó el inspector-. ¿Cuándo vas a cesar de una vez?

-Perdónenme todos -musitó el ayunador, pero sólo lo comprendió el inspector, que tenía el oído pegado a la reja.

-Sin duda -dijo el inspector, poniéndose el índice en la sien para indicar con ello al personal el estado mental del ayunador-, todos te perdonamos.

-Había deseado toda la vida que admiraran mi resistencia al hambre -dijo el ayunador.

-Y la admiramos -repúsole el inspector.

-Pero no deberían admirarla -dijo el ayunador.

-Bueno, pues entonces no la admiraremos -dijo el inspector-; pero ¿por qué no debemos admirarte?

-Porque me es forzoso ayunar, no puedo evitarlo -dijo el ayunador.

-Eso ya se ve -dijo el inspector-; pero ¿por qué no puedes evitarlo?

-Porque -dijo el artista del hambre levantando un poco la cabeza y hablando en la misma oreja del inspector para que no se perdieran sus palabras, con labios alargados como si fuera a dar un beso-, porque no pude encontrar comida que me gustara. Si la hubiera encontrado, puedes creerlo, no habría hecho ningún cumplido y me habría hartado como tú y como todos.

Estas fueron sus últimas palabras, pero todavía, en sus ojos quebrados, mostrábase la firme convicción, aunque ya no orgullosa, de que seguiría ayunando.

-¡Limpien aquí! -ordenó el inspector, y enterraron al ayunador junto con la paja. Mas en la jaula pusieron una pantera joven. Era un gran placer, hasta para el más obtuso de sentidos, ver en aquella jaula, tanto tiempo vacía, la hermosa fiera que se revolcaba y daba saltos. Nada le faltaba. La comida que le gustaba traíansela sin largas cavilaciones sus guardianes. Ni siquiera parecía añorar la libertad. Aquel noble cuerpo, provisto de todo lo necesario para desgarrar lo que se le pusiera por delante, parecía llevar consigo la propia libertad; parecía estar escondida en cualquier rincón de su dentadura. Y la alegría de vivir brotaba con tan fuerte ardor de sus fauces, que no les era fácil a los espectadores poder hacerle frente. Pero se sobreponían a su temor, se apretaban contra la jaula y en modo alguno querían apartarse de allí.

AUTORES NORTEAMERICANOS

Literatura Norteamericana

Cuando la sociedad norteamericana comenzó a adoptar sus propias características individuales, lejos de la influencia de la europea, exigió una nueva literatura que pudiera reflejar su propio estilo en relación a esta nueva nación.

Características de lo “americano” ya se encuentran desde Poe, Whitman, Hawthorne y Melville, es decir, desde el siglo XIX y principios del XX. Poe crea teorías nunca antes conocidas en relación al típico “short store”, el cual emergía en Estados Unidos con rasgos distintivos y diferentes al cuento europeo y Whitman en la poesía. Ambos ya gozaban de cierta reputación en Europa, pero fue hasta después de la primera guerra mundial que comenzó una era climática en la historia de la literatura americana.

Comparado a Europa, y su vasta historia literaria de muchos siglos, Estados Unidos era una nación muy joven, parte de la cultura europea, aunque sin una tradición literaria propia.

La literatura norteamericana se comienza a distinguir por dos características: es individualista y su estilo y técnica buscan reflejar los rasgos propios de su país (esto no en el sentido nacionalista o patriota).

El hecho de ser un solo espacio geográfico no simplifica las cosas, ya que Estados Unidos es una nación multicultural que se distinguió en el pasado por la profusa inmigración, la cual se conformó en distintas etnias. Aunado a esto, se puede afirmar que existen notables diferencias entre el norte, el sur, el este y el oeste en tanto a su conformación cultural.

Por ello, la literatura de Hawthorne, quien nació en Nueva Inglaterra, conserva los rasgos típicamente puritanos de esa región, mientras que la de Melville (Nueva York) tiende a ser más cosmopolita.

La literatura norteamericana ha contribuido notablemente al desarrollo de la literatura occidental y es imposible dar un panorama que abarque su totalidad,

considerando la enorme profusión de escritores con los que cuenta a lo largo de su historia.

Cabe mencionar que en Estados Unidos surgió por primera vez el “pocket book” (años 40) y con éste la edición de libros de costo accesible a la mayoría de la población. De esta forma, E.U. se convirtió en el primer país del mundo en cuanto a publicaciones, ya que además de contar con casas editoriales propias o asociadas a las inglesas, cada universidad cuenta con una editorial propia.

Es importante también considerar la profusión norteamericana en el ámbito cinematográfico y la enorme influencia que con ello se ejerció en otros países.

El retrato oval (Edgar Allan Poe) (Boston 1809-Baltimore 1849)

Edgar Allan Poe

Nació por azar en Boston, ya que sus padres trabajaban en una compañía itinerante de teatro. Su padre muere cuando Edgar tenía un año y su madre dos años después. Él y su hermano quedan al cuidado de la compañía teatral. En Richmond (Virginia) lo adopta John Allan, comerciante escocés con quien siempre discrepó. El constante contacto de su padre adoptivo con el comercio marítimo, aunado a la enorme capacidad de Edgar, lo impulsaron a escribir desde niño sus primeras historias con temática sobre el mar. Otra influencia importante fue su nana negra de quien aprendió muchas historias. Su padre adoptivo se niega a adoptarlo legalmente y, en pugna constante por la inclinación de Edgar a la literatura, lo manda a la universidad militar de Virginia. En ésta permanece unos años hasta que lo expulsan. Decide irse al norte sin el apoyo económico o moral de sus padres adoptivos; su precaria situación lo orilla a entrar al ejército, aunque no deja de escribir cuentos y poesías. Se entera de la muerte de su hermano, quien vivía con una tía y ésta lo acoge. Se casa con su prima y viaja nuevamente al norte, lugar donde hay una expansión de cultura y publicaciones de revistas. En Filadelfia publican sus cuentos y es director de una revista literaria; muere su esposa y Edgar, enfermo de alcoholismo, muere a los 40 años.

Poe se reconoce como el más grande cuentista norteamericano, llamado “El padre del cuento moderno”. Su influencia en la literatura universal, sobre todo en el cuento, es notable y todavía estudiada. Julio Cortázar tradujo toda la obra de Poe al español y Baudelaire (poeta simbolista) al francés.

Características generales

Poe no fue únicamente un gran escritor, sino también un gran teórico sobre el cuento.

Impuso un estándar en el típico “short story” y creó una concepción rigurosa para los escritores de cuento.

La mayoría de sus cuentos se desarrollan en planos no reales o alterados por elementos de tipo fantástico o sobrenatural. Pide mucho a la imaginación del lector.

Siempre afirmó que el arte no tenía necesariamente que reflejar la realidad, ya que arte no debía tener fines prácticos.

Para Poe el cuento debe de apelar a la imaginación; sin embargo, sus cuentos tienen un equilibrio lógico que mantienen el interés de sus lectores y no sólo una fantasía desbordada.

Muchas veces escribió antes el final de sus cuentos (por lo general, sorprendentes), para lograr una unidad de impresión y que el lector no se desvíe de la lectura. Aconsejaba a los cuentistas no excederse, pues pensaba que el cuento debía de leerse en “una sentada”. En este sentido, mucho se ha especulado sobre la influencia de Poe en el cine.

Los finales de sus cuentos son explosivos; usa el terror, el sadismo, la locura o el desequilibrio mental con naturalidad y latente, también, en el destino humano.

Temas destacados en el cuento:

Narrador- Como en muchos cuentos de Poe, el cuento se narra en 1ª persona. El efecto que consigue es que el lector devela junto con el personaje el misterio al final del relato. El personaje anónimo tiene una posición social, cultura y no se explica el por qué del estado físico que lo obliga a entrar al castillo a descansar. Su “delirio” lo induce a un determinado estado de ánimo que lo hace percatarse de un cuadro que cuelga en la habitación donde reposa.

Espacio-El misterioso castillo abandonado, pero de acceso fácil se encuentra en los Apeninos (Italia); los castillos son comunes en los cuentos de Poe. (tradición romántica y, en especial, gótica). Usa un intertexto importante: Ann Radcliffe (1764-1823) creadora del relato de terror inglés (ejm. *Los misterios de Udolfo*).

Como dato importante y muy característico en Poe, es la mención de lugares y personas reales lo cual establece motivos para no dudar y, al mismo tiempo, introduce aspectos fantásticos, alucinatorios o improbables que no se pueden explicar, pero que,

de alguna manera, se hacen posibles. Otro ejemplo de esto es la mención del pintor Armand Sully (francés 1837-1907) al tiempo que detalla la historia de la mujer del cuadro, la cual curiosamente encuentra a la mano; el personaje cae bajo un efecto especial al mirar el cuadro y lee la historia que contiene los pormenores de éste : el pintor que desea capturar en su arte la belleza de su esposa, pero ésta es consumida en cada pincelada hasta que muere; el único remanente de ella será lo plasmado en la obra de arte.

Así, la estructura del cuento mantiene y desdobra dos historias. ¿qué quiere contar? ¿la historia del pintor o la del personaje?

Las implicaciones temáticas del cuento tendrán que ser deducidas, pues cuando termina el relato del libro en torno al cuadro termina también el cuento.

El retrato oval⁷

El castillo al cual mi criado se había atrevido a entrar por la fuerza antes de permitir que, gravemente herido como estaba, pasara yo la noche al aire libre, era una de esas construcciones en las que se mezclan la lobreguez y la grandeza, y que durante largo tiempo se han alzado cejijuntas en los Apeninos, tan ciertas en la realidad como en la imaginación de Mrs. Radcliffe. Según toda apariencia, el castillo había sido recién abandonado, aunque temporariamente. Nos instalamos en uno de los aposentos más pequeños y menos suntuosos. Hallábase en una apartada torre del edificio; sus decoraciones eran ricas, pero ajadas y viejas. Colgaban tapices de las paredes, que engalanaban cantidad y variedad de trofeos heráldicos, así como un número insólitamente grande de vivaces pinturas, no solamente emplazadas a lo largo de las paredes sino en diversos nichos que la extraña arquitectura del castillo exigía, despertaron profundamente mi interés, quizá a causa de mi incipiente delirio; ordené por tanto, a Pedro que cerrara las pesadas persianas del aposento –pues era ya de noche–, que encendiera las bujías de un alto candelabro situado a la cabecera de mi lecho y recorriera de par en par las orladas cortinas de terciopelo negro que envolvían la cama.

⁷ Allan Poe, Edgar. “*El retrato oval*” en *Cuentos de Edgar Allan Poe. Vol. 1* Trad. Julio Cortázar. Madrid. Alianza. 1956.

Al hacerlo así deseaba entregarme, si no al sueño, por lo menos a la alternada contemplación de las pinturas y al examen de un pequeño volumen que habíamos encontrado sobre la almohada y que contenía la descripción y la crítica de aquéllas.

Mucho, mucho leí e intensa, intensamente miré. Rápidas y brillantes volaron las horas, hasta llegar la profunda medianoche. La posición del candelabro me molestaba, pero, para no incomodar a mi amodorrado sirviente, alargué con dificultad la mano y lo coloqué de manera que su luz cayera directamente sobre el libro.

El cambio, empero, produjo un efecto por completo inesperado. Los rayos de las numerosas bujías (pues eran muchas) cayeron en un nicho del aposento que una de las columnas del lecho había mantenido hasta ese momento en la más profunda sombra. Pude ver así, vívidamente, una pintura que me había pasado inadvertida. Era el retrato de una joven que empezaba ya a ser mujer. Miré presurosamente su retrato, y cerré los ojos. Al principio no alcancé a comprender por qué lo había hecho. Pero mientras mis párpados continuaban cerrados, cruzó por mi mente la razón de mi conducta. Era un movimiento impulsivo a fin de ganar tiempo para pensar, para asegurarme de que mi visión no me había engañado, para calmar y someter mi fantasía antes de otra contemplación más serena y más segura. Instantes después volví a mirar fijamente la pintura.

Ya no podía ni quería dudar de que estaba viendo bien, puesto que el primer destello de las bujías sobre aquella tela había disipado la soñolienta modorra que pesaba sobre mis sentidos, devolviéndome al punto a la vigilia.

Como ya he dicho, el retrato representaba a una mujer joven. Sólo abarcaba la cabeza y los hombros, pintados de la manera que técnicamente se denomina *vignette*, y que se parece mucho al estilo de las cabezas favoritas de Sully. Los brazos, el seno y hasta los extremos del radiante cabello se mezclaban imperceptiblemente en la vaga pero profunda sombra que formaba el fondo del retrato. El marco era oval, ricamente dorado y afiligranando en estilo morisco. Como objeto de arte, nada podía ser más admirable que aquella pintura. Pero lo que me había emocionado de manera tan súbita y vehemente no era la ejecución de la obra, ni la inmortal belleza del retrato. Menos aún

cabía pensar que mi fantasía, arrancada de su semisueño, hubiera confundido aquella cabeza con la de una persona viviente. Inmediatamente vi que las peculiaridades del diseño, de la *vignette* y del marco tenían que haber repelido semejante idea, impidiendo incluso que persistiera un solo instante. Pensando intensamente en todo eso, quedéme tal vez una hora, a medias sentado, a medias reclinado, con los ojos fijos en el retrato. Por fin, satisfecho del verdadero secreto de su efecto, me dejé caer hacia atrás en el lecho. Había descubierto que el hechizo del cuadro residía en una absoluta posibilidad de vida en su expresión que, sobresaltándome al comienzo, terminó por confundirme, someterme y aterrarme. Con profundo y reverendo respeto, volví a colocar el candelabro en su posición anterior. Alejada así de mi vista la causa de mi honda agitación, busqué vivamente el volumen que se ocupaba de las pinturas y su historia. Abriéndolo en el número que designaba al retrato oval, leí en él las vagas y extrañas palabras que siguen:

“Era una virgen de singular hermosura, y tan encantadora como alegre. Aciaga la hora en que vio y amó y desposó al pintor. Él, apasionado, estudioso, austero, tenía ya una prometida en el Arte; ella, una virgen de sin igual hermosura y tan encantadora como alegre, toda luz y sonrisas, y traviesa como un cervatillo; amándolo y mimándolo, y odiando tan sólo el Arte, que era su rival; temiendo tan sólo la paleta, los pinceles y los restantes enojosos instrumentos que la privaban de la contemplación de su amante. Así, para la dama, cosa terrible fue oír al pintor hablar de su deseo de retratarla. Pero era humilde y obediente, y durante muchas semanas posó dócilmente en el oscuro y elevado aposento de la torre, donde sólo desde lo alto caía la luz sobre la pálida tela. Mas él, el pintor, gloriábase de su trabajo, que avanzaba hora a hora y día a día. Y era un hombre apasionado, violento y taciturno, que se perdía en sus ensueños; tanto, *que no quería* ver cómo esa luz que entraba, lívida en la torre solitaria, marchitaba la salud y la vivacidad de su esposa, que se consumía a la vista de todos, salvo de la suya. Mas ella seguía sonriendo, sin exhalar queja alguna, pues veía que el pintor, cuya nombradía era alta, trabajaba con un placer fervoroso y ardiente, bregando noche y día para pintar a aquella que tanto le amaba y que, sin embargo, seguía cada vez más desanimada y débil. Y, en verdad, algunos que contemplaban el retrato hablaban en voz baja de su parecido como

de una asombrosa maravilla, y una prueba tanto de la excelencia del artista como de su profundo amor por aquella a quien representaba de manera tan insuperable. Pero, a la larga, a medida que el trabajo se acercaba a su conclusión, nadie fue admitido ya en la torre, pues el pintor habíase exaltado en el ardor de su trabajo y apenas si apartaba los ojos de la tela, incluso para mirar el rostro de su esposa. Y *no quería* ver que los tintes que esparcía en la tela eran extraídos de las mejillas de aquella mujer sentada a su lado. Y cuando pasaron muchas semanas y poco quedaba por hacer, salvo una pincelada en la boca y un matiz en los ojos, el espíritu de la dama osciló, vacilante como la llama en el tubo de la lámpara. Y entonces la pincelada fue puesta y aplicado el matiz, y durante un momento el pintor quedó en trance frente a la obra cumplida. Pero, cuando estaba mirándola, púsose pálido y tembló mientras gritaba: ‘¡Ciertamente, ésta es la *Vida* misma!’, y volvióse de improviso para mirar a su amada. ¡*Estaba muerta!*”

Wakefield (Nathaniel Hawthorne) Salem Massachussets 1804-1864

Nathaniel Hawthorne

Cuando tiene cuatro años muere su padre y, por convenciones de la época, su madre se recluye en el piso superior de su casa, evitando casi todo contacto con el exterior. A los nueve años se lastima una pierna y esto limita su movilidad, aunque posibilita que se vuelva un lector activo (entre sus lecturas favoritas: Balzac, Stendhal, Hugo).

Decide vivir una vida de reclusión por una necesidad emocional o como un castigo que se auto impuso.

Fueron años vitales en la carrera del escritor y reflejo en sus obras. En raras ocasiones habló de su vida personal, a excepción de sus contactos con el poeta H. Longfellow y el filósofo R.W.Emerson. Comparte la visión de la filosofía trascendental, la cual basa sus principios en el conocimiento de la verdad por medio de la capacidad intuitiva de los sentidos.

Sus escritos muestran una forma velada para dirigirse a la sociedad de su época y lo hizo a través de alegorías y símbolos. Muchos de sus cuentos y novelas reflejan el conflicto entre las restricciones sociales y la manifestación de los instintos. Hombres y mujeres que se separan del entorno social, pero que sufren a causa de sus decisiones. Por un lado está el “pecado” de esta reclusión en contra de la naturaleza humana, ya que el hombre debe convivir con otros, y por el otro justifica indirectamente el mismo instinto separacionista.

Existe un sentido de culpa profundamente ortodoxo, una especie de predestinación de la vida humana en la que se resalta la culpa que será castigada. Sin embargo, expresó en su ficción una forma disimulada, una voz incontrolable en donde siempre existe un doble mensaje.

Permaneció totalmente provincial, pero sus temas plantean conflictos universales. Viajó a Europa como artista y también como cónsul de su país y criticó en

Inglaterra a George Eliot (seudónimo de Mary Ann Evans) por ser una escritora innovadora. También a escultores y pintores de desnudos (referencia en Borges p. 72) y, sin embargo, sus novelas y cuentos reflejan adulterios y hombres o mujeres pasionales.

Expresó el mundo interno de sus personajes y destacó la idea de individuos aislados que tratan de recobrar un lugar en la sociedad, pero que no resuelven en nada su sentimiento de soledad. Refleja un sombrío pesimismo y un mundo de castigos enigmáticos (idea punitiva del puritanismo).

Puritanos- protestantes fundamentalistas a quienes los Estuardos expulsan de Inglaterra en 1660. Llegan a Nueva Inglaterra (al Este de E.U.) y se forman como una comunidad muy sólida. Prosperan económicamente como parte de su teología fundamental, la cual se basa en la idea de un duro y continuo trabajo, en el ahorro y la sobriedad. Se reconocen incluso como secta (Quakers) y crean una floreciente industria de cereales y otros productos. Vivían en concordancia con su religión en pequeñas comunidades, cerradas a quienes no comulgaran con sus ideas. Su visión fundamental era que la finalidad del hombre debía centrarse en la capacidad para obtener cosas y bienes materiales a través del trabajo arduo y constante para ganar su salvación.

Wakefield⁸

En un antiguo periódico, o en una vieja revista, leí hace ya tiempo una historia, relatada como verdadera, según la cual un hombre –llamémosle Wakefield- se había ausentado durante largo tiempo de su casa, abandonando a su mujer. El caso así expuesto no es, pueda decirse, poco común, ni puede ser tenido como absurdo o condenable sin conocer los detalles y circunstancias de la situación de los protagonistas. Sin embargo, la historia leída por mí constituye, sin duda, si no el más grave, sí, en cambio, el más extraño de delincuencia marital de todos los que han llegado a mi conocimiento; y, a la vez, la extravagancia más increíble y notable de todas las que jamás haya cometido el hombre. El matrimonio en cuestión vivía en Londres. El marido, pretextando tener que emprender un viaje, tomó un cuarto en la calle inmediata a la suya, y aquí inadvertido por su mujer y por sus amigos, y sin que hubiera ni sombra

⁸ Hawthorne, Nathaniel. "Wakefield" en *Cuentos de la nueva Holanda*. Buenos Aires. Austral. 1948

de razón para tal comportamiento, permaneció durante veinte años. En el curso de su ausencia acudió día por día delante de su casa, llegando a menudo a ver a Mrs. Wakefield a través de sus ventanas. Y después de esta laguna en su dicha matrimonial, cuando su muerte era tenida ya por cierta, después de que se había adjudicado su herencia, de que había desaparecido su nombre de la memoria de los vivos y de que su esposa se había resignado a su prematura viudedad, un buen día el desaparecido atravesó el umbral de su hogar, como si retornase de una ausencia de un día o dos, y fue hasta su muerte un esposo amante y modelo.

Estos hechos son todo lo que recuerdo de la historia. El caso, por extravagante que sea, creo yo, sin embargo, que merece la simpatía generosa de todo el mundo. Todos nosotros sabemos que ninguno en particular cometeríamos tal locura, pero todos nos percatamos, a la vez, de que es posible que otro la cometiera. A mí, al menos, los hechos se me han presentado una y otra vez a la mente, siempre provocando en mis sentimientos una suerte de asombro, pero siempre también acompañados por la certeza de que la historia tiene que haber sido verdad, y delineándose a su lado una cierta concepción del carácter y naturaleza del protagonista. Siempre que un objeto se aferra de esta manera al pensamiento, puede decirse que está bien gastado el tiempo que se emplea en reflexionar sobre él. Si el lector quiere andar por su cuenta en este punto, dejémosle entregado a sus propias meditaciones; si, por el contrario, prefiere acompañarme a través de los veinte años que duró la ausencia de Wakefield, sea bien venido. Pensemos que el extraño sucedido tiene que tener una moraleja –aun cuando nosotros no logremos encontrarla- y que va a sernos posible trazar limpiamente sus contornos y condensarla al final de nuestro relato. ¿No tiene todo pensamiento su eficacia, y todo hecho asombroso su moraleja?

¿Qué clase de hombre era Wakefield? Estamos en libertad para llevar adelante nuestra propia idea, dándole este nombre. Cuando da comienzo nuestra historia, Wakefield se encuentra en el meridiano de su vida; sus afectos matrimoniales, nunca violentos, se habían serenado convirtiéndose en un sentimiento habitual y tranquilo; de todos los maridos, puede decirse que era el más constante, porque una cierta lentitud hacía que su corazón permaneciese allí donde se había detenido una vez. Era intelectual,

pero no en un sentido profesional; sus pensamientos raras veces eran tan intensos como para plasmarse en palabras. La imaginación –entendida esta palabra en su verdadero sentido- no figuraba entre los dones de Wakefield. Con un corazón frío, pero no depravado ni inconstante, y con una mente nunca afiebrada por pensamientos turbulentos ni paralizada por afanes de originalidad, ¿quién hubiera podido profetizar que nuestro héroe iba a conquistarse por sí mismo un lugar de primer orden entre todos los excéntricos y extravagantes del mundo entero? Si se hubiera preguntado a sus amistades quién era el hombre en Londres del que podía decirse con mayor certeza que cada día hacía cosas que eran olvidadas al día siguiente, todos los preguntados hubieran pensado inmediatamente en Wakefield. Sólo su esposa hubiera quizá dudado. Aun sin haber analizado detenidamente su carácter, Mrs. Wakefield se había percatado de un cierto amor propio que se había introducido en la mente inactiva de su esposo, de una especie singular de vanidad, la peor de sus cualidades, de una tendencia a la superchería, que raras veces se había manifestado de otra forma que en el mantenimiento de algunos secretos nimios y sin importancia; y, finalmente, de lo que ella misma llamaba "un algo extraño" en su marido. Esta última cualidad es indefinible y es probable incluso que no existiera.

Imaginémonos a Wakefield diciendo adiós a su esposa. Estamos en el atardecer de un día de octubre. Su equipo consiste en una hopalanda de un gris amarillento, un sombrero cubierto por una tela impermeable, botas altas, un paraguas en una mano y un ligero portamantas en la otra. Ha dicho a su esposa que piensa tomar la diligencia de la noche para dirigirse al campo. Mrs. Wakefield querría preguntarle cuánto va a durar su ausencia, su objeto y cuándo estará de regreso; pero, indulgente como lo es con la inocente afición al misterio que caracteriza a su marido, se contenta con interrogarle silenciosamente con la mirada. Éste, a su vez, le advierte que no tiene que esperarle, desde luego, en la diligencia de vuelta, y que piensa estar ausente tres o cuatro días; en todo caso, podría contar con él para la cena del viernes próximo. Wakefield mismo – esto hay que tenerlo muy presente. no sabe lo que tiene delante de sí. Tiende sus manos a Mrs. Wakefield casi dispuesto a intrigar a su esposa por una ausencia de toda una semana. Después de que la puerta se ha cerrado detrás de él, la esposa vuelve a abrirla

un poco y ve a través de la apertura la faz de su marido sonriéndola y desapareciendo inmediatamente. En aquel momento este hecho insignificante se desvanece sin dejar rastro. Mucho más tarde, empero, cuando había sido más años viuda que esposa, aquella sonrisa retorna y se mezcla en todos los recuerdos el rostro de su marido. En sus largos ratos perdidos, la esposa abandonada adorna aquella sonrisa con toda una serie de fantasías que la hacen extraña u horripilante. Si se imagina, por ejemplo, a su esposo en un ataúd, aquella mirada de despedida se encuentra helada en sus rasgos lívidos; si, en cambio, se lo imagina en el cielo, su espíritu sagrado muestra todavía una sonrisa tranquila y enigmática. Es el recuerdo de esta sonrisa, también, lo que hace que, cuando todos los demás le han dado ya por muerto hace tiempo, Mrs. Wakefield dude a veces de ello y se resista a creerse verdaderamente viuda.

Pero el que a nosotros nos importa es el marido. Tenemos que correr detrás de él, a lo largo de la calle, antes de que pierda su individualidad y se mezcle y desaparezca en la gran masa de la vida de Londres. Ya una vez aquí será en vano que le busquemos. Sigámosle, pues, sin perderle de vista, hasta que, después de varios rodeos y andanzas inútiles nos le encontramos confortablemente sentado al calor de la chimenea en un cuarto alquilado de antemano. Este piso se encuentra en la calle inmediata a aquella en la que se halla situada la casa de Wakefield, y encontramos a éste el primer día de ausencia. Wakefield no puede apenas concebir la buena suerte que le ha acompañado hasta ahora y gracias a la cual ha podido pasar inadvertido: piensa en una ocasión en que la multitud le había empujado situándole justamente debajo del resplandor de un farol iluminado, piensa en que una vez le pareció oír pasos que seguían a los suyos y que se distinguían perfectamente del paso monótono del resto de la gente, y piensa, finalmente, en el momento en que oyó una voz llamando a alguien a gritos, la cual le pareció que pronunciaba su propio nombre. No hay duda de que detrás de él y vigilándole hay una docena de agentes que le cuentan a su esposa todo lo que él hace. ¡Pobre Wakefield! ¡Cuán poco conoces tu propia insignificancia en el seno de este mundo! Ninguna mirada ni ningún rostro humano ha seguido tu ruta. Acuéstate tranquilamente, hombre desatinado, y, mañana por la mañana, si quieres obrar sensatamente, reintégrate al lado de la buena Mrs. Wakefield y confíesale toda la

verdad. No te apartes, ni siquiera por una semana, del lugar que tienes por derecho propio en su corazón casto y sereno. si ella llegara a creerte por un solo momento muerto, o desaparecido, o separado de ella, pronto te darías cuenta para tu desdicha de que un cambio se había operado en tu esposa, un cambio quizás para siempre. Y es muy peligroso producir una cisura en los afectos humanos; no porque la ruptura sigue mucho tiempo abierta, sino porque se cierra harto rápidamente.

Casi arrepentido de su travesura –o como quiera llamarse a su acción-, Wakefield se acostó temprano, y, despertando de su primer sueño, extendió sus brazos todo a lo largo del amplio y solitario lecho:

-No –pensó arropándose de nuevo-, ésta es la última noche que duermo solo.

A la mañana siguiente se levantó más temprano que de costumbre, y se sentó un momento considerando qué era lo que realmente pensaba hacer. Tan desintegrados y vagos son los caminos de su pensamiento, que ha tomado, es verdad, este propósito singular en que se halla envuelto, con la conciencia de algo a realizar, pero incapaz, sin embargo, de definirlo suficientemente para su propia consideración. Lo impreciso del proyecto y el esfuerzo convulso con el que trata de ponerlo en ejecución, son característicos también de un hombre débil mentalmente. Wakefield desmenuza y examina, sin embargo, sus ideas, con toda la minuciosidad posible, y siente interés por saber los efectos que su decisión ha causado en su hogar: cómo su esposa soportará su viudedad de una semana, cómo afectará su ausencia al pequeño círculo de personas del que él es el centro. Una vanidad morbosa se halla, pues, en el fondo de todo el asunto. Ahora bien, ¿cómo saber lo que desea? Desde luego, no quedándose encerrado en su confortable alojamiento, donde, aun cuando duerma y despierte en la calle inmediata a la suya, se encuentra en realidad tan ausente como si la diligencia hubiese estado rodando con él durante toda una noche. No obstante, si reaparece en su casa, todo su proyecto se viene abajo. Atormentado desesperadamente su pobre cerebro con este dilema, se aventura al final, y resuelve cruzar el extremo de la calle y arrojar una mirada a su abandonado domicilio. La costumbre –pues Wakefield es un hombre de costumbres- le toma de la mano y le lleva sin que él se dé cuenta hasta la misma puerta

de su hogar, donde, en aquel mismo momento, el ruido que producen sus pasos sobre el primer escalón le hace volver en sí. ¡Wakefield! ¿Dónde ibas a ir?

En aquel momento su destino acababa de realizar un giro decisivo. Sin soñar el abismo al que le lanza este paso dado atrás, Wakefield se aleja velozmente de su domicilio, sin aliento, con una agitación hasta entonces no sentida, y apenas si se atreve a volver la cabeza desde la primera esquina. ¿Es posible que nadie le haya visto? ¿No tocarán a rebato por las calles de Londres todos los habitantes de su casa, la dulce Mrs. Wakefield, la elegante doncella y el descuidado lacayo, pidiendo la busca y captura de su dueño y señor? Su fuga ha sido un milagro. Reúne todo su valor para detenerse un momento y mirar hacia atrás, pero su corazón se siente oprimido al ver que su casa ha experimentado un cambio para él, tal como suele parecer4nos a todos cuando, después de meses o años de ausencia, vemos de nuevo una colina o un lago o una obra de arte que nos son conocidos de antaño. De ordinario este sentimiento indescriptible está causado por la comparación y el contraste entre nuestras reminiscencias imperfectas y la realidad. En Wakefield, el prodigio de una sola noche había producido tal transformación, porque, en aquel breve período, un gran cambio moral había tenido lugar en él. Pero esto es un secreto que sólo a él le pertenece. Antes de abandonar el lugar en que se encuentra, Wakefield puede todavía captar la imagen lejana y momentánea de su esposa que pasa a través de la ventana con su rostro vuelto hacia el extremo de la calle. El pobre necio huye sin esperar más, desfavorido ante la idea de que, entre miles y miles de seres mortales, la mirada de su esposa haya podido percibirle a él. Aun cuando su cerebro se encuentra confuso, se siente, sin embargo, alegre, cuando, pocos minutos después, se sienta al fin ante la chimenea de su nuevo aposento.

Con ello tenemos ya trazado el comienzo de este largo desvarío. Una vez sentada la primera idea, y dada la extravagante terquedad del hombre en ponerla en práctica, el asunto sigue su camino casi automáticamente. Podemos imaginarnos a Wakefield comprando, después de largas reflexiones, una nueva peluca de pelo rojizo, y escogiendo de un ropavejero judío unas prendas de vestir de color café, de corte distinto al de las que él había acostumbrado a usar hasta entonces. La cosa está consumada. Wakefield es otra persona. Una vez establecido el nuevo sistema, todo movimiento

tendiente a volver al anterior tendrá que ser para él igual de difícil, al menos, que el que le condujo a la extraña situación en que se halla. Además, su obstinación se hace mayor por el enojo que le produce pensar que su ausencia ha producido con seguridad una reacción inadecuada en el ánimo de su esposa. Ahora está decidido a no retornar a su hogar hasta que ésta reciba un susto de muerte. Dos o tres veces ha pasado Mrs. Wakefield ante los ojos de su oculto esposo, cada vez con un paso más lento y difícil, cada vez con las mejillas más pálidas y la frente surcada de arrugas. En la tercera semana de su ausencia, Wakefield echa de ver a un heraldo de desgracias entrando en su casa bajo la forma del farmacéutico. Al día siguiente el llamador de la puerta es envuelto con un trapo para apagar los sonidos. Al anochecer, aparece la carroza de un médico que deposita a su dueño solemne y empelucado en la casa de Wakefield, de donde sale al cabo de un cuarto de hora, anuncio quizás de un funeral.

-¿Morirá, quizás? –piensa Wakefield, y su corazón se hiela ante la sola suposición.

En aquellos días Wakefield siente una excitación parecida a lago así como energía, pero se mantiene lejos de la cabecera de su esposa, diciéndose para sí, que sería contraproducente perturbarla en aquellos momentos. Si algo distinto le detiene, él lo ignora. En el curso de unas pocas semanas, Mrs. Wakefield se va recobrando; la crisis ha pasado; su corazón está triste, quizás, pero sereno; ya puede retornar Wakefield ahora o más tarde, su esposa no volverá a sentir angustia por él. Estas ideas lucen a veces a través del extravío que se ha apoderado del cerebro de Wakefield, y le dan la conciencia oscura de que algo así como un abismo infranqueable separa su nuevo alojamiento de su antiguo hogar.

-¡Pero si está en la calle próxima! –se dice, a veces, a sí mismo.

¡Insensato! Tu casa está en otro mundo. Hasta ahora Wakefield había ido difiriendo su retorno de un día a otro; desde este momento deja ya indeterminado el momento en que ha de volver. No mañana, sino, probablemente, la semana próxima; de todas maneras, muy pronto. ¡Pobre Wakefield! Desterrado por su propia voluntad, tiene

tanta probabilidad de poder volver a su hogar, como los muertos de retornar a sus antiguas moradas en la tierra.

¡Ojalá que tuviera que escribir un infolio, en lugar de un artículo de doce páginas! Entonces podría poner de manifiesto cómo una influencia fuera de nuestro control puede poner su mano sobre todas nuestras acciones, tejiendo con sus consecuencias un manto de hierro que nos aprisiona. Wakefield ha sido ya analizado. Ahora tenemos que abandonarlo por unos diez años, siempre rondando alrededor de su casa, sin cruzar una sola vez el umbral, y siempre leal a su esposa con toda la afección de que es capaz su corazón, mientras que, de otra parte, su persona desaparece poco a poco del de Mrs. Wakefield. Desde hace ya largo tiempo –hay que subrayarlo– el voluntario ha perdido la conciencia de lo anómalo de su situación.

Tracemos ahora una escena. Entre la multitud que discurre por una calle de Londres, echamos de ver a un hombre, ahora ya de alguna edad, con pocos rasgos suficientemente característicos para atraer la atención de los abstraídos transeúntes, pero llevando en su rostro escrito el testimonio de un destino poco común. Es un hombre delgado; su frente estrecha y pronunciada se halla cubierta de arrugas profundas; sus ojos pequeños y sin brillo giran algunas veces temerosamente en su torno, pero más a menudo parecen mirar hacia el interior. Lleva la cabeza encorvada y se mueve con un paso extrañamente oblicuo, como si quisiera hurtar a todo el mundo su presencia directa. Miradle con atención hasta que percibáis cuanto hemos descrito de él, y confesad que las circunstancias –que, a veces, hacen grandes personalidades de una materia prima tosca– han producido aquí tal individuo. Después, abandonándolo para atravesar la calzada de la calle, dirijamos nuestros ojos en la dirección opuesta, donde una mujer de porte señorial, ya en el ocaso de la vida, se dirige a la iglesia con un devocionario en la mano. Su rostro refleja la actitud serena de una viuda que ha perdido a su marido hace ya muchos años. El dolor ha desaparecido de su ánimo o se ha hecho tan consustancial con él, que no lo cambiaría ya por la alegría. En el momento preciso en que el hombre delgado y la viuda se cruzan, hay un pequeño embotellamiento en la circulación y estas dos figuras entran en contacto. Sus manos se tocan, la presión de la multitud hace que el pecho de ella tropiece con los hombros de él; los dos se paran y

quedan mirándose a los ojos. Después de diez años de separación, es así como Wakefield se encuentra por primera vez con su esposa.

Después, la multitud los arrastra y separa de nuevo. La viuda recupera su paso anterior y se dirige a la iglesia; sólo en el atrio se detiene un momento y su mirada recorre con expresión de perplejidad la masa de gente que discurre por la calle. Sin embargo, es sólo un instante; después penetra en el templo abriendo su devocionario. ¿Y el hombre? Con una expresión en el rostro que hace volver los ojos al Londres ocupado y egoísta, el hombre se precipita en su alojamiento, corre el cerrojo de la puerta y se arroja sobre la cama. Los sentimientos latentes durante tantos años surgen a la superficie; todo el terrible desatino de su vida se le revela de un golpe a su mente débil y grita con acento indecible:

-¡Wakefield! ¡Wakefield! ¡Estás loco!

Quizás era verdad. La singularidad de su situación tiene que haber moldeado de tal suerte a este hombre que, comparado con los demás hombres y con los problemas de la vida, no puede decirse que estaba en su sano juicio. Se las había ingeniado para separarse por sí mismo del mundo, para desvanecerse, para abandonar el lugar y los privilegios que le correspondían entre los vivos, sin conquistarse, sin embargo, un puesto entre los muertos. La vida del ermita no podía compararse en absoluto con la suya. Se hallaba sumido en el bullicio de la ciudad, como antaño lo había estado, pero la multitud resbalaba a su lado y no le veía; podemos decir figuradamente que estaba siempre al lado de su esposa y en su hogar, pero condenado a no sentir jamás ni el calor de uno ni el amor de la otra. El destino singular de Wakefield consistía en que su ánimo conservaba los afectos pasados y participaba en la red de los intereses humanos, pero desprovisto de toda posibilidad de influir en los unos ni en los otros. Sería algo sugestivo trazar en detalle los efectos de esta situación en su cerebro y en su corazón, separadamente y en combinación recíproca. Sin embargo, después de haber sufrido el cambio que había sufrido, es seguro que él mismo no se percataba de ello, pareciéndole, al contrario, como si continuara siendo el hombre de siempre; algunos relámpagos de la verdad le iluminarían, es cierto, algunas veces, pero sólo por un instante. En estos

momentos su respuesta era: “Dentro de poco volveré”, sin percatarse de que lo mismo llevaba diciéndose durante veinte años.

Asimismo creo que estos veinte años le aparecían a Wakefield, cuando dirigía su mirada al pasado, no más largos que la semana que se había fijado como límite de su ausencia al abandonar a su esposa. Para él, es seguro que este espacio de tiempo no era más que un intermedio o entreacto en el curso general de su existencia. Cuando, después de algún poco tiempo más, creyera que había llegado ya el momento de volver a su hogar, Mrs. Wakefield juntaría sus manos loca de alegría y examinaría a su marido, un hombre todavía de edad madura. ¡Que terrible error! Si el Tiempo se detuviera esperando el final de nuestras locuras, nosotros todos seríamos todavía jóvenes, y continuaríamos sintiéndolo hasta el día del juicio final.

Una tarde, cuando hacía ya veinte años que había desaparecido de su hogar, Wakefield realiza su acostumbrado paseo hacia la casa que todavía sigue llamando la suya. Es una noche tormentosa de otoño, con frecuentes chubascos que descargan contra el suelo y desaparecen antes de que una persona llegue a abrir el paraguas. Detenido cerca de su casa, Wakefield puede ver a través de las ventanas del salón en el segundo piso el resplandor rojo y los reflejos de un fuego confortable encendido en la habitación. En el techo puede verse una sombra monstruosa y oscilante de la buena Mrs. Wakefield. La cofia, la nariz, el mentón y el robusto talle forman una admirable caricatura, que baila, sin embargo, según ascienden o descienden las llamas del fuego, trazando curvas y trenzados demasiado alegres casi para una viuda ya entrada en años. En aquel mismo momento la lluvia cae de nuevo repentinamente, y empujada por el viento otoñal, azota el rostro y el pecho de Wakefield, que se siente penetrado por un escalofrío. ¿Debería permanecer aquí empapado y tiritando, mientras en su hogar arde un buen fuego dispuesto a calentarlo, y mientras su esposa puede correr a buscar su batín y sus ropas de abrigo que, sin duda, ha mantenido cuidadosamente guardadas en el armario de la alcoba matrimonial? ¡No! ¡Wakefield no es tan loco como para hacerlo! Asciende los escalones lentamente y sin darse casi cuenta, ejecuta una acción a la que sus piernas se han resistido durante veinte años. ¡Detente, Wakefield! ¿Vas a entrar en la casa que tú mismo te has vedado? La puerta se abre. Cuando penetra en el vestíbulo, todavía

podemos ver un momento su rostro, y echamos de ver en él la misma sonrisa taimada que fue precursora de la pequeña broma que ha estado jugando desde entonces a costa de su esposa. ¡Cuán despiadadamente ha estado probando a su mujer! En fin, todo ha terminado, y una velada amable espera a Wakefield.

Esta feliz ocurrencia –si es que, efectivamente, lo fue- sólo pudo ocurrir en un momento impremeditado. No seguiremos a nuestro protagonista a través del umbral de su morada. Detrás de sí nos ha dejado suficiente material para la reflexión, una parte del cual ha de suministrarnos una moraleja que vamos a tratar de condensar en pocas palabras. Entre la aparente confusión de nuestro misterioso mundo, los individuos se hallan tan definitivamente insertos en un sistema y cada sistema se encuentra tan estrechamente vinculado a otro u otros, y, finalmente, a un total, que el hecho de salir por un instante de su sistema expone al hombre al riesgo espantoso de perder para siempre su lugar propio en el todo del mundo. De manera semejante a Wakefield, puede fácilmente convertirse, como éste se convirtió, en Apátrida del Universo.

Por un bistec (Jack London) (San Francisco 1876-1916)

Jack London

Se considera a London como uno de los autores norteamericanos más leídos, ya que su estilo permite ser leído a todos los niveles.

Estudió en escuelas públicas hasta los 13 años y después se dedicó a distintos trabajos, en especial, como barrendero de cubiertas de los barcos cargueros que llegaban a San Francisco. Se educa en forma autodidacta en bibliotecas, como la de Oakland, en la cual lee con especial interés a Darwin, Dostoievsky, Dickens y Kipling. A los 21 años comienza a escribir y gana un primer concurso con su cuento “Tifón” inspirado en su experiencia propia en las costas de Japón. Vive una de las depresiones económicas más severas de Estados Unidos (1893) y sobrevive a la miseria trabajando en empleos de los cuales recibía pagos ínfimos. Después de terminar su bachillerato, entra a la Universidad de Berkley, pero la abandona por motivos económicos. Se une al Partido Socialista del Trabajo y escribe ensayos, describiendo la situación de la explotación obrera. Viaja en barcos pesqueros y se establece en el Yukón, región gélida en la cual la tala de árboles era bien pagada (“fiebre del oro”). Fue prolífico en sus cuentos, los cuales no se publicaron hasta después de su muerte. En Rusia en 1956 fue un autor aclamado y se dice que las ediciones con tirajes enormes se vendían en su totalidad en menos de 5 horas.

Minado por el alcoholismo, la miseria y la desilusión London se suicida con una sobredosis de morfina. Sus relatos y ensayos, por los cuales recibía pagos muy pobres en revistas de escasa circulación, poco a poco se publicaron y han sido leídos por muchos, así como llevados a la televisión.

Característica y constantes:

Hoy se reconoce a London como uno de los fundadores de la escuela realista naturalista (realismo extremo) norteamericana.

Su concepción de la vida fue siempre de riesgo constante y lo plasma en sus narraciones.

La vida de sus personajes es contingente; London examina la cuestión de la existencia como una lucha diaria con el riesgo de enfrentar la muerte.

Profundiza en aspectos sociales y destaca los aspectos sórdidos del entorno humano y social.

Sus personajes enfrentan una vida ardua y, normalmente, con un sentido elemental de la misma.

Sus cuentos contienen un esquema de enfrentamientos violentos, brutales, en los cuales se sobrevive a través de la fuerza, de la aptitud para enfrentar a la naturaleza o por azares que no tienen que ver con la fe o con la idea de la divinidad. (ecos darwinistas)

London posee una incomparable capacidad para narrar; su lenguaje es preciso, su vigor conduce a la sensación de una realidad tangible.

El frío, el hambre, la soledad son constantes en sus relatos; llanuras árticas, calles comunes, costas, océanos, etc.

Temas destacados en el cuento:

London usa un espacio real: Australia, además del esplendor boxístico de los años 20. El box es un deporte antiguo donde se exhibe la fuerza física y hay dos contrincantes con igual posibilidad de ganar. Es también un ritual catártico para el público.

El cuento se sostiene por una trama veloz, llena de incidentes y suspenso que conduce a un clímax trágico.

Tom King es el boxeador decadente que ya no ocupa un lugar en la sociedad (lo tenía cuando era joven, con dinero y famoso) y ahora está en una situación apremiante: llevar comida a su casa.

Él y el resto de los personajes sólo son descritos en su aspecto físico; no hay interioridad o algo que remita a una reflexión. Lo más importante, son las acciones que permiten o no vivir, comer, etc.

Mediante comparaciones y retrocesos entre lo que era King y lo que es actualmente, London intensifica el drama. Contrapone la idea de juventud, triunfo, buen vivir y fama a la de vejez, fracaso, mal vivir y vejación.

El cuento termina cuando comienza la tragedia de King; pierde la pelea y la aptitud del más fuerte (Stowser Hill) destaca y refleja la degradación física, pero también moral de King.

London presenta no sólo un drama existencial, sino lo amplía a una categoría social. De cierta forma, únicamente sobrevive el “fuerte”.

Por un bistec⁹

Con el pedazo de pan que le quedaba, Tom King rebañó del plato la última partícula de gachas y masticó con aire meditabundo el bocado resultante. Luego se levantó de la mesa con una inconfundible sensación de hambre en el estómago. Y, sin embargo, él era el único que había comido. A los niños que dormían en el cuarto vecino les habían mandado a la cama antes de la hora acostumbrada, para que con el sueño olvidaran que no habían cenado. Su mujer no había probado bocado, y le contemplaba en silencio, sentada frente a él, con mirada solícita. Era una de esas mujeres de la clase trabajadora, consumidas y prematuramente avejentadas, aunque en su rostro aún se adivinaban restos de una belleza pasada. La harina para hacer las gachas la había pedido prestada a la vecina de enfrente, y los últimos dos peniques que les quedaban los había empleado en comprar pan.

King se sentó junto a la ventana en una silla desvencijada que protestó quejumbrosa bajo su peso. Mecánicamente se llevó la pipa a la boca y hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta. La ausencia de tabaco le hizo cobrar conciencia de su acción y, reprochándose su olvido con gesto malhumorado, volvió a guardarse la pipa en el bolsillo. Sus movimientos eran lentos y casi forzados como si el peso de sus músculos representara para él una carga. Era un hombre de cuerpo fornido, apariencia imperturbable, y no precisamente atractivo. Llevaba un traje raído, viejo y deformado. El cuero de los zapatos no soportaba ya el peso de las suelas que él mismo les había

⁹ London, Jack. “*Por un bistec*” en *El silencio blanco y otros cuentos*. Madrid. Alianza. 1991.

puesto no precisamente en días muy recientes, y su camisa de algodón, que a lo más habría costado un par de chelines, tenía el cuello deshilachado y unas manchas de pintura imposibles de quitar.

Pero era el rostro de Tom King lo que anunciaba al mundo lo que era. Tenía la cara típica del luchador profesional, de un hombre que había pasado muchos años de servicio en el ring y que a lo largo de ellos había adquirido y acentuado todos los rasgos que caracterizan al animal de pelea. Era el suyo indudablemente un semblante amenazador, y para que ningún rasgo escapara a la vista del observador, iba además perfectamente afeitado. Los labios informes formaban una boca de línea excesivamente dura que se abría en su rostro como una cuchillada. La mandíbula era agresiva, voluminosa, brutal. Los ojos, de movimientos lentos y párpados pesados, carecían casi de expresión bajo las cejas pobladas y muy juntas. Todo en él era puro animal, pero los ojos eran lo más animal de todo. Eran los ojos adormilados, leoninos del animal luchador. La frente huidiza se inclinaba hacia atrás, hacia el nacimiento del cabello que, por estar cortado al cepillo, mostraba todos y cada uno de los bultos de aquella cabeza de abominable apariencia. La nariz, dos veces rota y moldeada del modo más irregular posible por incontables golpes, y una oreja en forma de coliflor, permanentemente hinchada hasta alcanzar dos veces su volumen, completaban su apariencia, mientras que la barba, a pesar del cuidadoso afeitado, pugnaba por brotar, dando a su rostro un tinte azul negruzco.

En conjunto, era aquel u rostro que inspiraría temor de encontrarlo en un callejón oscuro o en un lugar solitario. Y, sin embargo, Tom King no era criminal ni había cometido jamás delito alguno. Aparte de los golpes propios de su profesión, no había hecho jamás daño a nadie. Tampoco se le tenía por hombre pendenciero. Era boxeador y toda su brutalidad la reservaba para sus actuaciones profesionales. Fuera del ring era una criatura tranquila y bonachona y en los días de su juventud, en que el dinero fluía por sus manos en abundancia, había demostrado ser también más generoso de lo que por su bien le hubiera convenido ser. No abrigaba resentimientos contra nadie y tenía muy pocos enemigos. Pelear constituía para él estrictamente una profesión. En el ring, claro está, pegaba para herir, para mutilar, para destruir, pero sin especial

animadversión. Se trataba sencillamente de un negocio. El público pagaba para ver cómo un hombre dejaba a otro fuera de combate. El que ganaba se llevaba la mayor parte del dinero. Cuando Tom King, veinte años antes, se había enfrentado con Woolloomoolloo Gouger, sabía que sólo hacía cuatro meses le habían roto a Gouger la mandíbula en un combate en Newcastle. Todos los golpes los dirigió contra esa mandíbula, y si en el noveno asalto la rompió de nuevo, no fue por animadversión hacia su contrincante, sino porque aquel era el modo más seguro de ponerle fuera de combate y hacerse con la bolsa. Tampoco Gouger le había guardado resentimiento por ello. Eran las reglas del juego; ambos las conocían y a ellas se atenían.

Tom King nunca había gustado de la conversación, y así permaneció sentado junto a la ventana, sumido en un silencio moroso, contemplándose las manos. Las venas destacaban en el reverso de ellas, grandes e hinchadas, y los nudillos, aplastados, deformes y golpeados, revelaban el implacable castigo que habían recibido. El nunca había oído que la vida del hombre equivale a la vida de sus arterias, pero sí conocía el significado de aquellas venas grandes y excesivamente destacadas. Su corazón había hecho circular por ellas demasiada sangre a la máxima presión. Y ya no cumplían bien su oficio. Había forzado demasiado su elasticidad, y con la distensión venía la falta de eficiencia. Ahora se fatigaba con facilidad. Habían pasado a la historia aquellos combates de veinte asaltos rápidos, de incansable violencia, veinte asaltos de golpear, golpear y golpear de gong a gong, embate tras embate, de ser acorralado hasta las cuerdas y de acorralar a su vez a su contrincante, de ataques aún más duros y rápidos en el veintavo asalto, el último con el público gritando a uno en pie, y él acometiendo, pegando, esquivando, asentando diluvios de golpes sobre diluvios de golpes y recibiendo a su vez nuevos diluvios de golpes, mientras el corazón seguía enviando puntualmente la sangre inflamada a las venas correspondientes. Las venas, dilatadas durante el combate, volvían después a recuperar su diámetro normal aunque no exactamente. Con cada combate, imperceptiblemente al principio, quedaban una pizca más hinchadas que antes. Contempló las venas y también los nudillos maltratados, y por un momento recordó el esplendor juvenil de aquellas manos antes de aplastar el primer nudillo en la cabeza de Nenny Jones, conocido también como “El terror de Gales”.

La sensación de hambre volvió a acuciarle.

-¡Con qué buenas ganas me comería un bistec! –murmuró en voz alta, cerrando los enormes puños y escupiendo entre dientes un juramento.

-Les pedí a Burke y a Sawley –dijo su mujer casi en todo de disculpa.

-¿Y no quisieron fiarte? –preguntó.

-Ni un solo penique. Burke dijo -le falló la voz.

-¿Qué te dijo?

-Que pensaba que Sandel ganaría esta noche y que ya le debemos bastante.

Tom King dio un gruñido pero no contestó. Pensaba en el foxterrier que había tenido de joven, y al que alimentaba con bistecs sin fin. Burke le habría fiado entonces mil bistecs, pero eso era entonces. Ahora los tiempos habían cambiado. Tom King se hacía viejo y los viejos que pelean en clubs de segunda categoría no pueden esperar que les fíen los carniceros.

Aquella mañana se había levantado con ganas de comerse un buen bistec y esas ganas no habían desaparecido. La verdad es que no había tenido un entrenamiento decente para el combate. Aquel año había sequía en Australia, los tiempos estaban difíciles y hasta los trabajos más eventuales eran difíciles de encontrar. No había tenido un contrincante con quien entrenarse y su alimentación no había sido la más indicada, por no decir la suficiente. Había trabajado de peón de albañil los días en que le habían contratado,, y por la mañana temprano había corrido por el parque del Domain para mantenerse en forma. Pero entrenarse solo es difícil, y más si se tiene una esposa y dos hijos que alimentar. Algo habían mejorado las cosas cuando le propusieron el combate con Sandel. El secretario del Gayety Club le había adelantado tres libras (cantidad que de todos modos se llevaría el perdedor) y no había querido darle ni un penique más. De vez en cuando había conseguido que le prestara unos cuantos chelines algún viejo amigo que le habría adelantado más de no ser por la sequía y porque él también estaba pasando aprietos. No, era inútil ocultarlo. Lo cierto era que su entrenamiento no había sido lo que se dice satisfactorio. Para empezar habría tenido que comer mejor y tener

menos preocupaciones. Además, a los cuarenta años es mucho más difícil mantenerse en forma que a los veinte.

-¿Qué hora es, Lizzie? –preguntó.

Su mujer fue al piso de al lado a preguntar, y regresó.

-Las ocho menos cuarto.

-En pocos minutos comenzarán con el primer asalto –dijo-. Es sólo una prueba. Luego viene un combate a cuatro asaltos entre Dealer Wells y Gridley y otro a diez asaltos entre Starlight y un marinero. A mí no me toca hasta dentro de una hora.

Tras diez minutos de silencio, se puso en pie.

-La verdad, Lizzie, es que no he tenido un entrenamiento adecuado.

Cogió el sombrero y se dirigió a la puerta. No

dio un beso a su mujer porque nunca lo hacía al irse, pero esta vez fue ella la que se atrevió a besarle, echándole los brazos al cuello y obligándole a bajar su rostro hasta el de ella. Parecía muy pequeña al lado de aquella montaña humana.

-Buena suerte, Tom –le dijo-. Esta vez tienes que ganar.

-Tengo que ganar –repitió él-. No hay otra solución. Tengo que ganar.

Rió, tratando de restar importancia al asunto, mientras ella se apretaba aún más contra él. Por encima de los hombros de su mujer miró la habitación desnuda. Aquello era todo lo que tenía en este mundo; los alquileres atrasados, ella y los niños. Y lo dejaba para hundirse en la noche y conseguir carne para la hembra y los cachorros, no como un obrero moderno que acude a la gran planta industrial, sino a la manera primitiva, majestuosa, animal: luchando por ella.

-Tengo que ganar –repitió, esta vez con un dejo de desesperación en su voz-. Si gano son treinta libras; puedo pagar todo lo que debemos y todavía nos quedará un buen pico. Si pierdo no me darán nada, ni siquiera un penique para poder volver a casa en tranvía. El secretario ya me ha dado todo lo que se lleva el perdedor. Adiós. Si gano volveré directamente a casa.

-Te estaré esperando –le dijo ella desde la puerta.

Tenía que recorrer unas dos millas hasta el Gayety Club, y mientras caminaba recordó cómo en sus buenos tiempos (en su día había sido campeón de pesos pesados de Nueva Gales del Sur), iba al combate en un taxi que, por lo general, pagaba algún aficionado por el placer de acompañarle. Tommy Burns y Jack Johnson, el yanki, iban en su propio automóvil... ¡y él andaba! Y, como era bien sabido, caminar dos millas no es la mejor preparación para un combate. El ya era viejo y al mundo no le gustaban los viejos. Ya no servía más que para peón de albañil y aun para eso la nariz rota y la oreja hinchada no constituían la mejor recomendación. Ojalá hubiera aprendido un oficio. A la larga le habría ido mucho mejor. Pero nadie se lo había aconsejado nunca, y en el fondo sabía que aunque se lo hubieran dicho, él no habría hecho caso. Todo había sido tan fácil Dinero en abundancia, combates gloriosos, períodos de descanso entre pelea y pelea, un séquito de aduladores, palmadas en la espalda, apretones de manos, aficionados deseosos de invitarle a una copa a cambio del privilegio de hablar con él durante cinco minutos, y luego la gloria, los aplausos del público, los finales apoteósicos, el “King gana” del árbitro y, al día siguiente, su nombre en la sección deportiva de los periódicos.

¡Aquellos sí habían sido buenos tiempos! Pero ahora, a su modo lento y meditabundo, comenzaba a darse cuenta de que los que había vencido entonces eran tipos acabados. Él era la Juventud pujante, y ellos la Vejez que se hundía. No en vano había sido fácil vencer a aquellos hombres de venas hinchadas, nudillos aplastados y el cansancio en los huesos por los largos combates que habían librado. Recordó el día en que en el dieciocho asalto había dejado fuera de combate en Rush Cutters a Stowsher Bill, y cómo el viejo Bill había llorado después en el vestuario como un niño. Quizá Bill debía también varios meses de alquiler. Quizá Bill debía también varios meses de alquiler. Quizá le esperaban también en casa una esposa y dos hijos. Y quizá el día del combate había sentido también ganas de comerse un bistec. Bill había peleado con valor y había soportado un castigo increíble. Ahora, después de pasar por lo mismo, veía claro que hacía veinte años Stowsher Bill se había jugado más en aquel combate que él, Tom

King, que había peleado por la gloria y el dinero fácil. No era de extrañar que después hubiera llorado en el vestuario.

Para empezar, un hombre sólo podía aguantar un número determinado de combates. Esa era la ley inflexible del juego. Uno podía aguantar diez y otro podía aguantar veinte; a cada uno le correspondía un número determinado, de acuerdo con su naturaleza y su fibra, pero una vez alcanzado ese número estaba acabado. Sí, él había aguantado más peleas que la mayoría de ellos y había mantenido más de la cuenta de aquellos combates duros, salvajes, de esos que hacen trabajar al máximo los pulmones y el corazón, de los que restan elasticidad a las arterias y anquilosan la tersa musculatura de la juventud, los que acaban con los nervios y la resistencia y fatigan los huesos y el cerebro con el esfuerzo excesivo. Sí, él se había defendido mejor que los otros. De sus adversarios de antaño ya no quedaba ninguno. Él era el último de la vieja guardia. Había sido testigo del fin de todos ellos y hasta había contribuido a acabar con más de uno.

Le habían enfrentado con los viejos, y uno a uno había vencido a todos, riendo cuando, como en el caso de Stowsher Bill, lloraban en el vestuario. Y ahora él era viejo también y le enfrentaban con los jóvenes. Como ese tal Sandel. Había venido de Nueva Zelanda, donde gozaba de gran popularidad. Pero como en Australia no le conocían, le enfrentaban con el viejo Tom King. Si quedaba en buen lugar le enfrentarían con luchadores mejores y le ofrecerían una bolsa mayor, así que era de esperar que se defendiera lo mejor posible. Tenía mucho que ganar: dinero, fama y un futuro. Tom King no era para él más que un viejo baqueteado que le cerraba el paso a la fortuna y a la fama. Un viejo que sólo quería ganar treinta libras para pagar al casero y a los tenderos. Y mientras Tom King pensaba en estas cosas le vino a la memoria la imagen de su juventud, de la juventud gloriosa, pujante, exultante e invencible, la juventud de músculos ágiles y piel satinada, de corazón y pulmones que no conocían la fatiga, de la juventud que reía del ahorro del esfuerzo. Sí, la juventud era Némesis, la diosa de la venganza. Destruía a los viejos sin darse cuenta de que al hacerlo se destruía a sí misma. Se dilataba las arterias y se aplastaba los nudillos, y con el tiempo era a su vez destruida por la juventud. Porque la juventud era siempre joven; sólo envejecía la vejez.

Al llegar a la calle Castlereagh dobló a la izquierda. Recorrió tres manzanas más y llegó al Gayety Club. Un grupo de jóvenes alborotadores que se apiñaban ante la puerta le abrieron paso respetuosamente, y al pasar oyó cómo uno de ellos decía a su compañero:

-¡Ese es Tom King!

Dentro, camino de su vestuario, se encontró con el secretario del club, un joven de mirada aguda y rostro astuto, que le estrechó la mano.

-¿Cómo estás, Tom? –preguntó.

-Nunca he estado en mejor forma –respondió King, sabiendo que mentía y que si tuviera una sola libra la daría allí mismo a cambio de un bistec.

Cuando salió del vestuario, seguido de sus ayudantes, y avanzó por el pasillo hacia el cuadrilátero, que se alzaba en el centro del local, surgió del público una explosión de aplausos. Respondió saludando a derecha e izquierda, aunque pudo reconocer muy pocos entre aquellos rostros. La mayoría eran de muchachos que no habían nacido siquiera cuando él ganaba sus primeros laureles en el ring. Subió de un salto a la plataforma, se agachó para pasar entre las cuerdas y se sentó en un taburete plegable en la esquina del cuadrilátero que le correspondía. Jack Ball, el árbitro, se acercó a darle la mano. Ball era un púgil fracasado que hacía más de diez años no había librado un solo combate. King se alegró de tenerle por árbitro. Sabía que si se pasaba un poco de la raya con Sandel, Ball haría la vista gorda.

Una serie de pesos pesados aspirantes a luchadores subieron uno tras otro al ring, y el árbitro les presentó al público voceando sus desafíos.

-Young Pronto –anunció Bill-, de Nueva Sidney. Desafía al ganador a un combate por cincuenta libras.

El público aplaudió y volvió a aplaudir de nuevo cuando Sandel saltó entre las cuerdas y se sentó en su rincón del ring. Tom King le miró con curiosidad. En pocos minutos estarían trabados en combate despiadado, empeñados ambos en sumir al adversario en la inconsciencia. Pero no fue mucho lo que pudo ver, porque Sandel

llevaba como él un pantalón y un jersey de deporte sobre su calzón de boxeador. Su rostro, de un atractivo tosco, estaba coronado por una mata de pelo rubio y rizado. El cuello, grueso y musculoso, delataba un cuerpo magnífico.

Young pronto fue de una esquina del ring a la otra, estrechó la mano de los contrincantes y bajó del cuadrilátero. Los desafíos continuaron. La juventud eterna, una juventud desconocida pero insaciable, saltaba entre las cuerdas para gritar al mundo que con su habilidad y fuerza se consideraba capaz de enfrentarse al ganador. Unos cuantos años antes, en aquellos días gloriosos de invencibilidad, a Tom King le hubiera aburrido y divertido a la vez estos preliminares. Pero ahora miraba la escena fascinado, incapaz de sacudirse de los ojos aquella visión de juventud. Siempre habría jóvenes saltando entre las cuerdas y gritando su desafío, como siempre habría viejos acabados hundiéndose ante su paso. Ascendían al éxito pasando sobre los cuerpos de los viejos. Venían en sucesión interminable, más y más jóvenes, juventud indomable e irresistible, eliminando siempre a los viejos para envejecer a su vez y descender de su pedestal ante el empuje de la juventud eterna, nuevos muchachos sedientos de gloria que abatían a los viejos seguidos por otros muchachos hasta el fin de los tiempos, juventud que siempre vence y que nunca morirá.

King miró hacia el palco de la prensa y saludó con la cabeza Morgan, de la revista *Sportsman*, y a Corbett, de *Referee*. Luego sostuvo las manos en alto mientras sus ayudantes le ponían los guantes y los ataban con fuerza, vigilados de cerca por uno de los ayudantes de Sandel, que primero había examinado con actitud crítica las vendas que le envolvían los nudillos. Uno de los ayudantes de King se hallaba en ese momento en la otra esquina del ring, llevando a cabo idéntica operación. Despojaron a Sandel del pantalón de deporte y, ya de pie, le quitaron el dandall por la cabeza. Y ante sus ojos vio King la juventud personificada, una juventud de pecho fuerte, vigorosa, de músculos que se deslizaban y se tensaban bajo la piel tersa, como dotados de vida propia. El cuerpo entero rebosaba de vida, una vida que como Tom King bien sabía, nunca había rezumado su frescura a través de poros doloridos a lo largo de aquellos combates interminables en que la juventud paga un precio y de los que no sale tan joven como entrara.

Los dos hombres avanzaron para encontrarse en el centro del cuadrilátero, y en el momento en que sonó el gong y los ayudantes abandonaron el ring entre los secos crujidos de los taburetes al plegarse, se dieron la mano y se colocaron en posición de asalto. Y al instante, como movido por un mecanismo de resorte, Sandel comenzó a moverse, y avanzaba, retrocedía, volvía a avanzar otra vez lanzando un izquierdazo a los ojos, un derechazo a las costillas, esquivando un golpe, retrocediendo y avanzando de nuevo amenazador en una danza interminable. Era rápido y hábil. Fue la suya una exhibición brillante. El público expresó a gritos su aprobación, pero a King no le impresionó. Había librado incontables combates y peleado con incontables jóvenes y sabía que aquellos golpes eran demasiado rápidos y demasiado diestros para ser peligrosos. Era evidente que Sandel quería acabar cuanto antes. No le sorprendió. Aquella era la actitud típica de la juventud, derrochar su esplendor y su fuerza en ataques salvajes, en furiosas embestidas y acometidas violentas, anonadando al contrincante con su deseo ilimitado de poder y de gloria.

Sandel avanzaba y retrocedía, surgía aquí y allá, en todas partes, ligero de pies e impaciente de corazón, maravilla viviente de carnes blancas y músculos tensos que tejían una asombrosa trama de ataques y contraataques deslizándose veloz, como lanzadera volante, de movimiento en movimiento y a través de mil movimientos dirigidos todos ellos a la destrucción de Tom King, el obstáculo que le separaba de la fama. Y Tom King aguantaba paciente. Conocía su oficio y conocía a la juventud ahora que ésta le había abandonado. Era inútil hacer nada hasta que su adversario perdiera parte de su acometividad, pensó, y se sonrió después para su capote cuando se agachó deliberadamente para recibir un golpe en la cabeza. Era aquella una artimaña dudosa, pero que entraba en la legalidad de las leyes del boxeo. Era obligación del púgil velar por la salvaguarda de sus nudillos; si se empeñaba en golpear la cabeza de su rival, peor para él. King habría podido agacharse un poco más y esquivar el golpe, pero recordó sus primeros combates y cómo se había aplastado los nudillos contra la cabeza de “El terror de Gales”. Y se limitaba a seguir las reglas del juego. Al encajar el golpe aplastó uno de los nudillos de Sandel. No es que a éste le importar el hecho ahora. Siguió adelante, soberbiamente ajeno a lo ocurrido, pegando con la dureza acostumbrada a lo largo de

toda la pelea. Pero más adelante, cuando comenzara a sentir el cansancio de las largas contiendas mantenidas en el ring, lamentaría lo ocurrido y recordaría el día en que se había aplastado aquel nudillo contra la cabeza de King.

El primer asalto, indudablemente, lo ganaba Sandel, y el público le aplaudía enfervorizado, maravillado de la rapidez de sus embates. Descargó sobre King una avalancha de golpes y King no hizo nada. No atacó ni una sola vez y se contentó con cubrirse, parar, esquivar y aferrarse a su adversario para evitar el castigo. Amagaba de vez en cuando con el puño, sacudía la cabeza al encajar los golpes, y se movía pesadamente sin saltar ni desperdiciar una sola onza de fuerza. Sandel tenía que perder la efervescencia de la juventud antes de que la edad madura pudiera pensar siquiera en tomar represalias. Todos los movimientos de King eran lentos y metódicos. Sus ojos de mirar cansino, velados por los pesados párpados, le daban la apariencia de un hombre adormilado o aturdido. Y, sin embargo, eran ojos atentos a todo, ojos que a lo largo de los veinte años y pico que el púgil llevaba en el ring habían sido cuidadosamente entrenados para reparar en los detalles más nimios, ojos que no parpadeaban ni se cerraban ante la inminencia del golpe, sino que calculaban fríamente y medían distancias.

Finalizando el primer asalto se dirigió a su rincón del ring para disfrutar del minuto de descanso. Allí se sentó con las piernas estiradas, los codos apoyados en las cuerdas, agitados el pecho y el abdomen mientras respiraba jadeante el aire que le proporcionaban las toallas de sus ayudantes.

-¿Por qué no peleas, Tom? –gritaban muchos de los espectadores-. No le tendrás miedo, ¿verdad?

-Tiene los músculos entumecidos –oyó comentar a un hombre de la primera fila-. No puede moverse con agilidad. Apuesto dos contra uno por Sandel.

Sonó el gong y los dos hombres se levantaron. Sandel recorrió tres cuartas partes del ring, ansioso de comenzar de nuevo, mientras King, de acuerdo con su técnica de economizar esfuerzo, se contentó con recorrer la distancia más corta. No estaba bien entrenado, no había comido lo suficiente, y por lo tanto cada paso contaba. Además

había recorrido dos millas de distancia para llegar al club. el segundo asalto constituyó una repetición del primero con Sandel atacando como un torbellino y el público preguntándose indignado por qué King no reaccionaba. Aparte de algún que otro amago, de unos cuantos golpes lentos e ineficaces, King se limitaba a esquivar, a parar, y a aferrarse a su contrario. Sandel se empeñaba en imponer un rito rápido al combate, mientras que su contrincante, como zorro viejo que era, se negaba a secundarle. Se sonrió con cierto patetismo nostálgico y continuó ahorrando energías con un celo de que sólo la vejez es capaz. Sandel, por su parte, derrochaba su fuerza a manos llenas con el descuido munificante de la juventud. A King correspondía el dominio del ring con la experiencia acumulada a base de largos y dolorosos combates. Lo estudiaba todo sin perder la calma, moviéndose lentamente y esperando que la efervescencia de Sandel se deshiciera. La mayor parte de los espectadores daban por segura la derrota de King y voceaban apuestas de tres a uno a favor de su contrincante. Pero había algunos, muy pocos, que conocían a King hacía mucho tiempo y que cubrían las apuestas considerando que su victoria sería inevitable.

El tercer asalto comenzó como los anteriores, falto de equilibrio, con Sandel castigando duro y tomando toda la iniciativa. Al medio minuto de comenzar el round, en un exceso de confianza, descuidó la protección. En aquel mismo instante relucieron los ojos de King y su brazo derecho se disparó con la velocidad de un relámpago. Aquel fue en realidad su primer golpe, un gancho que asestó con el brazo derecho rígido y arqueado, descargando tras él todo el peso de su cuerpo. Era como un león aparentemente adormilado que de pronto lanzara un rápido zarpazo. Sandel, a quien el golpe había alcanzado a un lado de la mandíbula, se desplomó sobre la lona como un buey. El público quedó boquiabierto y sonaron unos débiles aplausos amortiguados por la sorpresa. Parecía que después de todo, King no tenía los músculos agarrotados y podía golpear como un martillo de fragua.

Sandel estaba aturdido. Se dio la vuelta y quiso levantarse, pero le contuvieron los gritos de sus segundos, que le instaban a esperar a que el árbitro acabara de contar. Apoyado sobre una rodilla esperó mientras el árbitro inclinado sobre él, enumeraba los segundos en voz alta. Al oír el nueve se levantó en actitud de ataque y Tom King, frente

a él, lamentó que el golpe no le hubiera alcanzado una pulgada más hacia el centro de la mandíbula. Habría sido un knockout, y él se hubiera llevado las treinta libras a casa para su mujer y sus hijos.

El round continuó hasta el final de los tres minutos. Sandel mostraba por primera vez respeto por su contrincante y King seguía con los movimientos lentos y los ojos adormilados de costumbre. Cuando el asalto se acercaba a su final, King, advertido del hecho por la posición de sus segundos agazapados al borde del ring, listos para saltar entre las cuerdas, hizo lo posible por atraer a su adversario a su rincón de la lona. Cuando sonó el gong se sentó inmediatamente en un taburete, mientras que Sandel tuvo que recorrer toda la diagonal del cuadrilátero para llegar al suyo. Indudablemente era muy poca cosa, pero la suma de aquellas pequeñas cosas era lo que contaba. Sandel se había visto obligado a caminar unos pasos más, a gastar cierta cantidad de energía y a perder unos segundos preciosos de descanso. Al comenzar cada asalto, King se resistía a abandonar su rincón, forzando a su oponente a recorrer la distancia mayor, mientras que al acabar el round se las arreglaba para atraerle a su esquina del ring para poder sentarse así inmediatamente.

Pasaron dos asaltos más, en los que King se mostró tan avaro en ahorrar esfuerzos como Sandel pródigo en malgastarlos. Los intentos de éste por imponer al combate un ritmo acelerado perjudicaban a King, que acababa por encajar un gran porcentaje de los innumerables golpes que llovían sobre él. Y aun así seguía persistiendo en su lentitud, a pesar de los gritos de los aficionados jóvenes, que le instaban a pasar al ataque. en el sexto asalto, Sandel volvió a tener un momento de descuido; de nuevo el temible derecho de King le alcanzó en la mandíbula y otra vez Sandel oyó contar al árbitro hasta nueve.

En el séptimo asalto toda la exaltación de Sandel había desaparecido y éste se disponía a pelear el combate más duro que jamás hubiera mantenido. Tom King era un viejo, pero el viejo mejor que había conocido, un veterano que nunca perdía la cabeza, que tenía una gran habilidad para la defensa, un veterano cuyos golpes tenían la fuerza de un mazazo y que podía provocar un knockout tanto con la izquierda como con la derecha. A pesar de todo, King seguía ahorrando los golpes. No había olvidado sus

nudillos aplastados y sabía que cada golpe contaba si quería poder utilizarlos hasta el final. Mientras que sentado en su rincón miraba a través del ring a su contrincante, se le ocurrió que la suma de su experiencia y de la juventud de Sandel darían como resultado un campeón de pesos pesados. Ahí estaba el problema. Sandel nunca sería un campeón mundial. Le faltaba experiencia, y la única forma de adquirirla era pagándola con su juventud; pero cuando tuviera esa experiencia ya sería viejo.

King aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron. No perdía oportunidad de paralizar a Sandel, y al hacerlo hincaba el hombro todo lo que podía en las costillas de su adversario. En el ring un hombro es tan eficaz como un puño respecto al daño que puede infligir y mucho más en lo que concierne al ahorro de energías. En aquellas ocasiones descansaba todo el peso de su cuerpo sobre su contrario, resistiéndose a soltarlo. Esto obligaba a intervenir al árbitro que les separaba, secundado siempre por Sandel, que todavía no había aprendido a descansar. No sabía resistirse a emplear aquellos gloriosos brazos de agilidad asombrosa, ni aquellos músculos de acero, y cuando el otro se apretaba contra él, aferrándole, hincándole el hombro en las costillas y descansando la cabeza bajo su brazo izquierdo, Sandel, casi invariablemente, daba impulso al brazo derecho tras la espalda y lo lanzaba después contra el rostro de su contrario. Era aquella una maniobra hábil, muy admirada por el público, pero que no representaba para King ningún peligro, y por lo tanto significaba un derroche inútil de energías. Pero Sandel era incansable y no tenía idea de la limitación. Mientras tanto King se sonreía para su capote y seguía aguantando.

Sandel comenzó entonces a dirigirle derechazos al cuerpo, una técnica que hacía parecer que King encajaba un tremendo número de golpes. Sólo los aficionados más viejos sabían reparar en aquel toque ligero del guante izquierdo de King en el bíceps de su adversario un segundo antes de recibir el impacto del puñetazo. Era cierto, los golpes eran indefectiblemente certeros, pero también indefectiblemente ese toque imperceptible les robaba toda su eficacia. En el noveno asalto, tres veces en un solo minuto, sendos ganchos de King alcanzaron a Sandel en la mandíbula y tres veces cayó éste sobre la lona. En las tres ocasiones esperó a que el árbitro contara hasta nueve y luego se enderezó, torpe y aturdido, pero todavía fuerte. Había perdido, eso sí, gran

parte de su velocidad anterior y derrochaba menos esfuerzos. Peleaba inflexible, echando mano siempre de su principal caudal: la juventud. El caudal de King era la experiencia. Conforme su vitalidad se apagaba y su vigor se debilitaba, los había ido reemplazando con la astucia, la experiencia nacida de los largos combates y el ahorro cuidadoso de energías. No sólo había aprendido a no derrochar sus fuerzas, sino también a obligar a su contrario a malgastar las suyas. Una y otra vez, amagando un golpe con el pie, con la mano o con el cuerpo, había obligado a Sandel a retroceder de un salto, a agacharse o a contraatacar. King descansaba, pero nunca le permitía hacerlo a su rival. Esa era la estrategia de la vejez.

Al comenzar el décimo asalto, King detuvo las acometidas de su contrario con un izquierdazo dirigido a la cara, al que éste respondió, ya algo fatigado, esgrimiendo la izquierda y lanzándole un gancho a un lado de la cabeza. Fue un golpe demasiado alto para ser decisivo, pero al recibir su impacto, King sintió cómo se cernía sobre su mente el velo negro de la inconsciencia. Durante un segundo, o mejor dicho una fracción de segundo, no vio absolutamente nada. Por un instante desaparecieron la faz de su rival y el telón de fondo de rostros blancos y atentos; al segundo siguiente, tanto la una como los otros reaparecieron ante sus ojos. Era como si hubiera despertado después de un sueño y, sin embargo, el intervalo de inconsciencia había sido tan fugaz que ni siquiera había tenido tiempo de caer. El público le vio tambalearse, vacilar sobre sus rodillas y luego recuperarse y hundir la barbilla en su refugio del hombro izquierdo.

Sandel repitió el golpe varias veces, dejando a King parcialmente aturdido, hasta que éste elaboró una defensa que era al mismo tiempo un contraataque. Esgrimiendo la izquierda dio un paso hacia atrás y asestó un uppercut con toda la fuerza de su derecha. Tan preciso fue el golpe que alcanzó a Sandel en plena cara en el momento en que trataba de esquivarlo; se elevó en el aire y cayó de espaldas sobre la lona golpeándose la nuca y los hombros. Dos veces logró repetir la jugada y luego, dando rienda suelta a su energía, castigó a su contrincante sin descanso, acorralándole contra las cuerdas. No le dio tiempo a Sandel ni para descansar ni para reponerse; descargó sobre él golpe tras golpe hasta que el público se levantó de sus asientos y llenó el aire una salva de aplausos atronadora e ininterrumpida. Pero la fuerza y el aguante de su rival eran

soberbios. Sandel continuaba en pie. El knockout parecía inminente y un capitán de policía, asustado de la dureza del combate, se acercó al ring con ánimo de suspender el espectáculo. Sonó el gong que marcaba el final del asalto y Sandel se dirigió vacilando hacia el asiento, mientras aseguraba al policía que se encontraba en perfecto estado. Para demostrárselo hizo dos piruetas en el aire, y el policía cedió.

Tom King, apoyado en las cuerdas y respirando jadeante, estaba desilusionado. Si hubieran detenido el combate, el árbitro se habría visto obligado a concederle la victoria y la bolsa habría sido suya. A diferencia de Sandel, él no luchaba por la gloria ni su futuro, sino por las treinta libras. Y ahora Sandel se recuperaría en aquel minuto de descanso.

La juventud siempre triunfaba. Aquellas palabras atravesaron como un rayo la mente de King y recordó la primera vez que las había oído la noche en que dejó fuera de combate a Stowsher Bill. Un aficionado que le había invitado a una copa después de la pelea, le había dado una palmada en la espalda y le había hecho aquel comentario. La juventud siempre triunfaba. Tenía razón. Aquella noche, muchos años antes, él era joven. Esta noche la juventud ocupaba el extremo opuesto del ring. En cuanto a él, llevaba ya media hora peleando y era viejo. Si hubiera combatido como Sandel, no habría durado ni quince minutos. Pero lo malo era que a pesar del ahorro de energías estaba cansado y que no se recuperaba. Esas arterias dilatadas y ese corazón del que tantas veces había abusado, no le permitirían recobrar las fuerzas en el minuto que quedaba entre los dos asaltos. Para empezar, había llegado al ring sin la potencia necesaria. Las piernas le pesaban, y comenzó a sentir calambres. No debía haber andado aquellas dos millas hasta el club. Y luego esas ganas de comerse un bistec con que se había levantado y que no había podido satisfacer. De pronto sintió un odio intenso y terrible hacia los carniceros que se habían negado a fiarle. Era duro para un viejo acudir a un combate sin haber comido siquiera lo suficiente. Un bistec valía tan poco, unos cuantos peniques a lo más, y, sin embargo, para él significaba treinta libras.

Cuando sonó el gong que daba comienzo al onceavo asalto, Sandel acometió haciendo alarde de una energía que en realidad no tenía. King adivinó inmediatamente su juego; era aquél un truco tan viejo como el boxeo mismo. Se aferró a Sandel en un

clinch para ahorrar fuerzas y luego le soltó y le permitió ponerse en posición de ataque. Esto era lo que estaba esperando. Amagó con la izquierda, esquivó el gancho de su adversario, dio medio paso atrás y le asestó un uppercut en plena cara. Sandel se derribó sobre la lona. Desde aquel momento ya no le dio un solo minuto de descanso. Encajó golpes incontables, pero asestó muchos más y aplastó a su rival contra las cuerdas, cubriéndole de ganchos y derechazos, zafándose de sus clinches, asiendo a Sandel con una mano cuando se tambaleaba para arrojarle con la otra contra las cuerdas, donde no pudiese caer.

El público, enloquecido, se había volcado a su favor, y casi a una gritaba:

-¡Ya es tuyo, Tom! ¡Duro con él! ¡Duro con él! ¡Ya es tuyo, Tom! ¡Ya es tuyo!

Iba a ser un final apoteósico, uno de esos finales por los que el aficionado al boxeo paga su entrada.

Y Tom King, que durante media hora había ahorrado avaramente todas sus energías, las derrochaba ahora a manos llenas en un solo esfuerzo, que sabía era capaz de hacer. Aquella era su única oportunidad; ahora o nunca. Las fuerzas le abandonaban, pero antes de que desaparecieran totalmente esperaba dejar fuera de combate a su adversario. Y mientras continuaba pegando y forcejeando, calculando fríamente el peso de sus golpes y la cualidad del daño que infligirían, se dio cuenta de cuán difícil era vencer a Sandel. Poseía una fibra y una resistencia inigualables, la fibra y la resistencia vírgenes propias de la juventud. Llegaría a ser una gran figura. Materia prima no le faltaba. Estaba hecho del barro de los boxeadores de fama.

Sandel vacilaba y se tambaleaba, pero Tom King sentía calambres en las piernas y sus nudillos, con su dolor, se volvían contra él. Y, sin embargo, se revistió de la fuerza suficiente para asestar los últimos puñetazos, cada uno de los cuales inundaba de angustia sus manos torturadas. Aunque prácticamente ya no recibía golpe alguno, perdía energías tan rápidamente como su contrario. Seguía castigando, pero sus uppercuts carecían ya de fuerza, y cada uno de ellos respondía a un enorme esfuerzo de la voluntad. Las piernas le pesaban como si fueran de plomo, y las arrastraba visiblemente tras de sí como si no le pertenecieran; los partidarios de su adversario, al reparar en este

síntoma de fatiga, comenzaron a dirigir a Sandel gritos de ánimo. Esto decidió a King a llevar a cabo un esfuerzo supremo. Asestó dos golpes, uno detrás de otro; un izquierdazo dirigido al plexo solar y un rechazazo dirigido a la mandíbula. No fueron demasiado poderosos, pero Sandel estaba tan débil y agotado que cayó al suelo jadeando. El árbitro, inclinado sobre él, contaba a su oído los segundos fatales. Si no se levantaba antes de que sonara el diez, habría perdido el combate. El público escuchaba de pie en silencio. King se erguía sobre sus piernas temblorosas. Le dominaba un vértigo mortal; el océano de rostros subía y bajaba antes su vista, mientras que a sus oídos llegaba, como desde una distancia remota, el contar del árbitro. Pero daba por seguro que había ganado la pelea. Era imposible que un hombre tan castigado pudiera siquiera incorporarse.

Sólo la juventud podía volver a levantarse, y Sandel se levantó. Al cuarto segundo se dio la vuelta y buscó con las manos en el vacío, a ciegas, hasta tocar la cuerda. Al séptimo segundo había logrado ponerse de rodillas, y así descansó con la cabeza derrumbada, inerte sobre los hombros. En el momento en que el árbitro gritó: ¡Nueve! se levantó en posición defensiva con el brazo izquierdo plegado sobre el rostro y el derecho doblado sobre el estómago. Así defendía los puntos vitales de su cuerpo, mientras se lanzaba sobre King con la esperanza de aferrarse a él en un cuerpo a cuerpo que le permitiera ganar más de tiempo.

En el momento en que se levantó, King se abalanzó sobre él, pero los dos golpes que le dirigió fueron a ahogar su fuerza en los dos brazos en guardia. Un momento después Sandel le asía en un clinch, resistiendo desesperadamente los esfuerzos del árbitro por separar a los contrincantes. Esta vez era King quien le secundaba. Sabía con cuanta rapidez se reponía la juventud y que podría vencer a Sandel si lograba impedir que se recuperara. Un solo puñetazo fuerte y lo conseguiría. Sandel ya era suyo; indudablemente ya era suyo. Le había sobrepasado en dominio, en fuerza y en puntos. Sandel se soltó al fin; estaba en la cuerda floja en equilibrio entre la derrota y la supervivencia. Un buen golpe bastaría para tumbarle y dejarle fuera de combate. Y Tom King, con una punzada de amargura, recordó entonces el bistec y deseó tenerlo en el estómago cuando asestara el golpe definitivo. Sacó fuerzas de la flaqueza y descargó el

puñetazo, pero no fue ni lo bastante fuerte ni lo bastante rápido. Sandel se tambaleó, pero no cayó. Retrocedió dando tumbos hasta las cuerdas y allí se mantuvo. King le siguió vacilante, sintiendo un alfilerazo de dolor que anunciaba el final, y le asestó un nuevo golpe. Pero su cuerpo le había abandonado. Ya sólo peleaba con la inteligencia, una inteligencia disminuida y nublada por el agotamiento. el golpe que iba destinado a la mandíbula alcanzó a su contrincante en el hombro. Había apuntado más alto, pero los músculos, cansados, eran ya incapaces de obedecerle. Y el impacto de su propio golpe le hizo tambalearse y estuvo a punto de caer. Lo intentó de nuevo. Esta vez fracasó completamente y, de pura debilidad, cayó sobre Sandel y se agarró de él para evitar derrumbarse sobre la lona. No trató siquiera de soltarse. Había hecho cuanto había podido. Estaba agotado. La juventud había triunfado. Durante aquel cuerpo a cuerpo sintió cómo Sandel recuperaba las fuerzas, y cuando el árbitro les separó pudo constatarlo con sus propios ojos. Segundo a segundo Sandel se hacía más fuerte. Sus golpes, débiles e ineficaces al principio, fueron adquiriendo potencia y precisión. Los ojos nublados de King vieron el puño que apuntaba a su mandíbula y quiso parar el golpe interponiendo el brazo. Vio el peligro, quiso actuar, pero el brazo le pesaba demasiado. Parecía cargado con un quintal de plomo. Pugnó por levantarlo con la sola fuerza de su espíritu, pero el guante aterrizó de plano en su mandíbula. Sintió un dolor agudo semejante a una descarga eléctrica y simultáneamente le rodeó un velo de negrura.

Cuando volvió a abrir los ojos se encontró en su rincón del cuadrilátero. Los gritos del público resonaban como el clamor de las olas en la playa de Bondi. Le habían aplicado una esponja mojada a la nuca y Sid Sullivan le rociaba con agua fresca el pecho y la cara. Le habían quitado los guantes y Sandel, inclinado sobre él, le estrechaba la mano. No guardaba rencor al hombre que le había dejado fuera de combate y devolvió la presión de sus dedos con una fuerza que arrancó una protesta a sus nudillos aplastados. Luego Sandel se acercó al centro del ring y el público acalló el pandemónium para oírle aceptar el desafío de “Pronto” y aumentar la bolsa a cien libras. King le miraba con apatía, mientras sus segundos le enjugaban el agua de chorreaba a lo largo de su cuerpo, le secaban la cara y le preparaban para que abandonara el ring. Tenía

hambre. No era el hambre común, el hambre que roe sordamente, sino una debilidad enorme, una palpitación en lo más profundo del estómago, que se comunicaba a todo su cuerpo. Recordó el momento del combate en que había tenido a Sandel en la cuerda floja, a un pelo de la derrota. Con el bistec le habría vencido. Pero éste le había faltado para asestar el golpe final, y había perdido. Todo por culpa de aquel bistec.

Sus ayudantes le sostuvieron mientras se aprestaba a pasar entre las cuerdas. Se liberó de ellos y se agachó por sí solo, saltó pesadamente al suelo y les siguió, mientras le abrían paso a lo largo del pasillo atestado de espectadores. Había salido de su vestuario y se dirigía hacia la calle, cuando a la entrada del vestíbulo un joven se dirigió a él.

-¿Por qué no le tumbaste cuando ya era tuyo? –le pregunto.

-¡Vete a paseo! –dijo Tom King, y bajó los escalones hacia la acera.

Las puertas del bar de la esquina se mecían ampliamente, y al pasar ante ellas vio las luces y las sonrisas de las camareras y oyó las voces que comentaban el combate y el alegre sonido del tintinear de las monedas sobre el mostrador. Alguien le llamó para invitarle a una copa. Tuvo un momento de duda; luego declinó la invitación y continuó adelante.

No llevaba en los bolsillos ni un solo centavo, y las dos millas que tenía que recorrer hasta su casa le parecían una enorme distancia. Indudablemente se estaba haciendo viejo. Al cruzar el parque del Domain se sentó súbitamente en un banco. Pensó en su mujer, que le aguardaba impaciente por saber el resultado del combate. Aquello era más duro que cualquier knockout, algo casi imposible de arrostrar.

Se sentía débil y agotado, y el dolor que le causaban los nudillos le decía que incluso si podía encontrar un trabajo, tardaría al menos una semana en poder empuñar un pico o una pala. Las palpitaciones del hambre en el estómago le provocaban náuseas. Estaba exhausto, y a sus ojos acudió una humedad inusitada. Se cubrió el rostro con las manos y, mientras lloraba, recordó aquella noche lejana en que había dejado a Stowsher Bill fuera de combate. ¡Pobre Stowsher Bill! Ahora comprendía por qué después del combate había llorado en el vestuario.

A cat in the rain (Ernest Hemingway) Idaho 1899-1961)

Ernest Hemingway

Hemingway, como muchos escritores norteamericanos de su época, se formó en el periodismo. Cabe mencionar que para muchos teóricos o críticos el periodismo de calidad, es decir, aquel que reproduce un lenguaje particular, un criterio oportuno, la conformación de ideas originales, etcétera, no tiene diferencias notables con la literatura; es cierto que persiguen fines distintos pero, en ocasiones, “degustamos” con más placer un buen artículo, una buena crónica o un ensayo que una literatura de segunda.

La labor periodística de Hemingway lo obliga a vivir en muchos sitios; vivió en varias ciudades norteamericanas, en Francia, Italia, España, Suiza, Africa y Cuba. Gran parte de los escenarios de su narrativa se nutren de sus experiencias en tan variados países. Cubre reportajes durante la Primera Guerra Mundial y ayuda al frente austriaco como chofer de ambulancias. En París comparte su experiencia con escritores e intelectuales norteamericanos, entre éstos, Gertrude Stein. En España se une al movimiento republicano y escribe artículos muy importantes sobre el efecto del fascismo (ya lo había hecho en Italia en 1920 durante la época de Mussolini). Escribió también reportajes durante la Segunda Guerra Mundial; tuvo un marcado interés por las corridas de toros (en su forma ritual) y sufrió accidentes en éstas, así como en avionetas y automóviles. Al tiempo que se dedica al periodismo, escribe novelas y cuentos que muy rápido encuentran un canal de difusión en varios países. Fue muy crítico en sus escritos sobre la sociedad norteamericana; padeció siempre de ansiedad y depresión; se cree que se suicidó y nunca se logró confirmar si fue un disparo accidental. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1954, aunque no se presentó a recibirlo.

Características y constantes:

Hemingway pertenece a la llamada “generación perdida”, nombre que se le dio a un grupo de escritores norteamericanos que emigraron temporal o definitivamente a Europa alrededor de los años 20. Años marcados por la intensa actividad artística en ese continente. Este grupo de escritores comparte con los europeos una nueva visión del arte

(ruptura manifiesta, por ejemplo, en el dadaísmo, surrealismo, etc.). Los norteamericanos renovaron también gran parte de su tradición literaria con una fuerte tendencia a manifestar desilusión, pesimismo y críticas a su propia sociedad.

Con Hemingway no es extraño que sus personajes, en muchas ocasiones, sean norteamericanos que se mueven en escenarios ajenos a su ideosincracia.

En sus narraciones, usa un lenguaje directo y concreto (se dice por su influencia del periodismo). Palabras comunes y corrientes. En su brevedad narrativa, se encuentra un significado oculto llevado a cabo con maestría y precisión (crea silencios que hablan).

Evita adjetivos superfluos y adverbios. “Empaca” al máximo sus contenidos; la agilidad de los diálogos lleva al lector rápidamente al centro de la trama y de los personajes. Relata sensaciones a nivel físico y bajo el efecto de imágenes concretas. Evita el sentimentalismo; es crudo y lacónico. Se le considera mejor cuentista que novelista y su aportación al cuento fue enorme y trascendental.

Temas destacados en el cuento:

En muchos relatos, usa una “viñeta”: pieza narrativa que aparentemente no guarda relación con sus cuentos. En este caso, se refiere a una corrida de toros. Cabe destacar que Hemingway aborda el tema taurino como una experiencia mística y catártica (“simbolismo sagrado del miedo” como él lo llamó). La viñeta tiene fuerza visual al igual que el cuento, se aproxima a la idea de una secuencia de fotos. Hay ciertas analogías que se pueden trazar entre la corrida que describe y la situación de la pareja en el cuarto de hotel.

El efecto narrativo del cuento es importante, ya que es un narrador objetivo, claro, que sólo emite lo necesario para describir y plantear una situación completa (es como un reportero).

Los personajes son americanos ajenos al entorno italiano; se adivina que no hay una afinidad con ese medio; por el contrario, hay una sensación de reclusión, ridiculez e ironía.

El narrador fija nuestra atención en la imagen del monumento de guerra, el mar a lo lejos, la lluvia, la plaza. Introduce a los personajes: ella, anónima (irónicamente, sólo es “the american wife”) George es también cualquiera. No hay descripciones de tipo anímico, aunque intuimos por la conversación la frustración, sobre todo de ella. Su insatisfacción existencial la traduce en su aspecto físico (el pelo, la posesión de cosas materiales para llenar su vacío interior) y, finalmente, tener a la gatita que ve resguardándose de la lluvia bajo una mesa. La figura imponente del conserje italiano contrasta con la de ellos, además de adivinar las carencias de ella; se preocupa por traerle a la gatita (cosa que George no hizo) y con ello el “mensaje” que el italiano recibe y que George ignora, es decir, la profunda insatisfacción de la mujer y la indiferencia del marido. Una pareja aburrída, incomunicada al exterior y entre ellos. La imagen de la gatita se puede comparar a la de la mujer (encogida, temerosa, desprotegida).

Hay que percatarse que el autor no hace una sola descripción física completa, mucho menos interna de sus personajes. Sin embargo, a través de sus gestos, movimientos y breves diálogos da un cuadro completo de esta pareja y del conserje italiano, aunado, asimismo, a un escenario concreto y real. Permite también entrever la visión de los europeos sobre los norteamericanos y viceversa. La sustitución del afecto por cosas materiales y superficiales, el aburrimiento, la vacuidad, entre otras cosas.

La viñeta, sin aparente conexión, puede entonces interpretarse a la luz de datos contenidos en el cuento. Por ejemplo, en ambos tenemos ideas comunes como el miedo, la agresión, la indecisión.

Cat in the rain¹⁰

There were only two Americans stopping at the hotel. They did not know any of the people they passed on the stairs on their way to and from their room. Their room was on the second floor facing the sea. It also faced the public garden and the war monument. There were big palms and green benches in the public garden. In the good

¹⁰ Hemingway, Ernest. “*Cat in the Rain*” en *The Essential Hemingway*. London. Granada Publishing. 1947.

weather there was always an artist with his easel. Artists liked the way the palms grew and the bright colours of the hotels facing the gardens and the sea. Italians came from a long way off to look up at the war monument. It was made of bronze and glistened in the rain. It was raining. The rain dripped from the palm trees. Water stood in pools on the gravel paths. The sea broke in a long line in the rain and slipped back down the beach to come up and break again in a long line in the rain. The motor cars were gone from the square by the war monument. Across the square in the doorway of the café a waiter stood looking out at the empty square.

The American wife stood at the window looking out. Outside right under their window a cat was crouched under one of the dripping green tables. The cat was trying to make herself so compact that she would not be dripped on.

‘I’m going down and get that kitty,’ the American wife said.

‘I’ll do it,’ her husband offered from the bed.

‘No, I’ll get it. The poor kitty out trying to keep dry under a table.’

The husband went on reading, lying propped up with the two pillows at the foot of the bed.

‘Don’t get wet,’ he said.

The wife went downstairs and the hotel owner stood up and bowed to her as she passed the office. His desk was at the far end of the office. He was an old man and very tall.

‘Il piove,’ the wife said. She liked the hotel-keeper.

‘Si, si, Signora, brutto tempo. It is very bad weather?’

He stood behind his desk in the far end of the dim room. The wife liked him. She liked the deadly serious way he received any complaints. She liked his dignity. She liked the way he wanted to serve her. She liked the way he felt about being a hotel-keeper. She liked his old, heavy face and big hands.

Liking him she opened the door and looked out. It was raining harder. A man in a rubber cape was crossing the empty square to the café. The cat would be around to the right. Perhaps she could go along under the eaves. As she stood in the doorway an umbrella opened behind her. It was the maid who looked after their room.

‘You must not get wet,’ she smiled, speaking Italian. Of course, the hotel-keeper had sent her.

With the maid holding the umbrella over her, she walked along the gravel path until she was under their window. The table was there, washed bright green in the rain, but the cat was gone. She was suddenly disappointed. The maid looked up at her.

‘Ha perduto qualche cosa, Signora?’

‘Yes,’ she said, ‘under the table.’ Then, ‘Oh I wanted it so much. I wanted a kitty.’

When she talked English the maid’s face tightened.

‘Come, Signora, she said. ‘We must get back inside. You will be wet.’

‘I suppose so,’ said the American girl.

They went back along the gravel path and passed in the door. The maid stayed outside to close the umbrella. As the American girl passed the office, the padrone bowed from this desk. Something felt very small and at the same time really important. She had a momentary feeling of being of supreme importance. She went on up the stairs. She opened the door of the room. George was on the bed, reading.

‘Did you get the cat?’ he asked, putting the book down.

‘It was gone.’

‘Wonder where it went to?’ he said, resting his eyes from reading.

She sat down on the bed.

‘I wanted it so much,’ she said. ‘I don’t know why I wanted it so much. I wanted that poor kitty. It isn’t any fun to be a poor kitty out in the rain.’

George was reading again.

She went over and sat in front of the mirror of the dressing-table, looking at herself with the hand glass. She studied her profile, first one side and then the other. Then she studied the back of her head and her neck.

‘Don’t you think it would be a good idea if I let my hair grow out?’ she asked, looking at her profile again.

George looked up and saw the back of her neck, clipped close like a boy’s.

‘I like it the way it is.’

‘I get so tired of it,’ she said. ‘I get so tired of looking like a boy.’

George shifted his position in the bed. He hadn’t looked away from her since she started to speak.

‘You look pretty darn nice,’ he said.

She laid the mirror down on the dresser and went over to the window and looked out. It was getting dark.

‘I want to pull my hair back tight and smooth and make a big knot at the back that I can feel,’ she said. ‘I want to have a kitty to sit on my lap and purr when I stroke her.’

‘Yeah?’ George said from the bed.

‘And I want to eat at a table with my own silver and I want candles. And I want it to be spring and I want to brush my hair out in front of a mirror and I want a kitty and I want some new clothes.’

‘Oh, shut up and get something to read,’ George said. He was reading again.

His wife was looking out of the window. It was quite dark now and still raining in the palm trees.

‘Anyway, I want a cat,’ she said, ‘I want a cat. I want a cat now. If I can’t have long hair or any fun, I can have a cat.’

George was not listening. He was reading his book. His wife looked out of the window where the light had come on in the square.

Someone knocked at the door.

‘Avanti,’ George said. He looked up from his book.

In the doorway stood the maid. She held a big tortoiseshell cat pressed tight against her and swung down against her body.

‘Excuse me,’ ‘he padrone asked me to bring this for the Signora.’

Una rosa para Emily (William Faulkner) Mississippi 1867-1962

William Faulkner

Faulkner estuvo desde niño influenciado por los recuerdos de la Guerra de Secesión en Estados Unidos (1861-1866). Sus abuelo participó en esta guerra y fue un activo combatiente durante la misma. Un aspecto importante es el Sur norteamericano, mismo que estará presente en las narraciones de Faulkner, no únicamente como un espacio geográfico, sino en todos sus aspectos históricos y folclóricos. Durante la Primera Guerra Mundial se enrola en la marina canadiense (no tiene estatura para la norteamericana), pero nunca estuvo en el frente. Después de la guerra, se dedica a terminar sus estudios y a escribir poesía. Al igual que Hemingway, emigra temporalmente a Europa (es también parte de la “Generación perdida”), aunque Faulkner regresa a E.U. y después de vivir en Nueva York, regresa al Sur. Fue muy apegado a las tradiciones sureñas y fue profesor en la Universidad de Virginia. Recibe el Premio Nobel de Literatura en 1950. Se considera a Faulkner uno de los autores más importantes del siglo XX, cuya influencia en Europa y Latinoamérica fue notable.

Características y constantes:

La narrativa faulkneriana claramente guarda vínculos temáticos a la cultura del Sur norteamericano. Arroja luz al problema negro, como la esclavitud, y a los ideales típicos sureños que se perdieron en aras del progreso.

En muchos de sus temas, sobresale la decadencia y degeneración progresiva de las familias del Sur, a partir del final de la Guerra de Secesión o Civil. La ambición materialista es propiciada por la civilización moderna impuesta por el Norte vencedor.

Exalta los valores primitivos, como la atracción física o el instinto de supervivencia de los negros.

Fue un escritor solitario, desvinculado de “grupos” y hasta de su fama. Emplea un estilo narrativo complejo: planos temporales mezclados, fluir de conciencia de sus personajes, fusión de lo mítico y bíblico a aspectos triviales y comunes, lenguaje elaborado, etc.

Se reconoce como un escritor que, a pesar de nutrir sus narraciones en espacios rurales y típicos del sur norteamericano, plasma temas y situaciones de índole general o universal.

En Faulkner es interesante la forma como destaca una visión mítica que se expande a distintas dimensiones, así como la idea de una armonía primitiva degradada bajo la apariencia del progreso (efectos nocivos del mismo).

Temas destacados en el cuento:

El narrador presenta la historia en forma de voz colectiva (como un vocero de la pequeña comunidad en cuestión) e involucra al lector a la par. Devela los secretos y el misterio del cuento en una voz plural, anónima, pero con conocimiento de los hechos pasados, así como de los habitantes.

En su manejo temporal, hay un desorden deliberado: dosifica la información, crea suspenso y no es cronológico; por el contrario, es una reconstrucción del recuerdo y esto se presenta tal como sucede en la memoria de quien narra.

Emily es un puente de transición (con dimensiones históricas) entre el esplendor de una familia sureña hasta los albores del progreso; entre los plantíos y las fábricas de algodón; idea de tradiciones aplastadas por la civilización moderna.

Emily representa también a la mujer respetada y después “devorada” por su misma comunidad. Recrea la sumisión femenina, el estereotipo de la tiranía masculina y la soltería como recurso para construir su individualidad y su independencia. Es una especie de soledad obligada que más tarde se vuelve una forma de vida elegida que la independiza respecto a los cánones sociales establecidos; sin embargo, también confronta sus experiencias.

De ser una especie de “ídolo” respetado, Emily se convierte en un chivo expiatorio que sirve de anzuelo a su comunidad. Por un lado representa la aristocracia pasada y el orgullo de su gente que se nutre de ese pasado y por otro es depositaria del “mal” que expurga.

Su “locura” es una excusa para presentar una historia que contiene misterio, pero que recae en el análisis de factores sociales, familiares y culturales de importante trascendencia.

Una rosa para Emily¹¹

Cuando murió la señorita Emily Grierson toda la ciudad fue a su entierro: los hombres como con respetuoso afecto a un monumento caído; las mujeres sobre todo por curiosidad, para ver por dentro su casa, que nadie –aparte del viejo criado de la difunta, mezcla de jardinero y cocinero- había visto en los últimos diez años. La casa era grande y más bien cuadrada, con un revestimiento de madera que en otros tiempos había sido blanco; la adornaban agujas, cúpulas y balcones con volutas, según el pesado estilo de los años setenta. Se hallaba en la que antiguamente fue nuestra calle principal, invadida después por garajes y fábricas de algodón que hicieron caer en el olvido incluso los más ilustres apellidos de sus vecinos. Sólo la casa de la señorita Emily seguía alzando su obstinada y coquetona decadencia entre los camiones algodoneros y las gasolineras ¡Un adefesio entre adefesios! Y ahora la señorita Emily había ido a reunirse con los dueños de aquellos apellidos ilustres en el soñoliento cementerio de cerdos, donde yacía entre las hileras de tumbas anónimas de los soldados de la Unión y la Confederación que cayeron en la batalla de Jefferson.

En vida, la señorita Emily había sido una tradición, una preocupación y un deber: algo así como una obligación hereditaria para la ciudad desde aquel día de 1894 en que nuestro alcalde, el coronel Sartoris –autor del bando que prohibía a toda mujer negra salir a la calle sin un delantal-, la dispensó de pagar los impuestos a partir de la fecha en que murió su padre. La señorita Emily desde luego, jamás habría aceptado una obra de caridad, pero el coronel Sartoris inventó y propagó la historia de que el padre de ella había prestado dinero a la comunidad y que la ciudad, por cuestiones financieras, prefería ese modo de devolvérselo. Sólo un hombre de su generación y su mentalidad podía haber inventado algo semejante, y sólo una mujer podía habérselo creído.

¹¹ Faulkner, William. “Una rosa para Emily” en *El cuento*. Valadez, Edmundo. Número 128. México. G.V. editores. Enero-Marzo de 1995.

Este convenio motivó cierto descontento cuando la generación siguiente, con ideas más avanzadas, ocupó la alcaldía y el concejo. A principios de año le enviaron una notificación de pago de impuestos. En febrero aún no había llegado su contestación. Entonces le mandaron un oficio pidiéndole que se presentara ante el sheriff en cuanto le fuera posible. Una semana más tarde el alcalde mismo le escribió una carta en la que se ofrecía a visitarla o, si lo prefería, a mandarle su coche; por toda respuesta recibió una nota en la que la señorita Emily le comunicaba que ya no salía nunca. Estaba escrita en una hoja de papel de aspecto anticuado, con caligrafía fina y fluida y tinta desvaída. Incluía también, sin comentario alguno, la notificación de pago de impuestos.

Se convocó a una junta extraordinaria de concejales. Una comisión municipal fue a ver a la señorita Emily y llamó a la puerta que ningún visitante había franqueado desde que dejó de dar sus lecciones de pintura en porcelana ocho o diez años atrás. El viejo criado negro los hizo pasar a un oscuro vestíbulo del que partía una escalera, y ésta se perdía en una oscuridad aún mayor. Todo olía a polvo y abandono. El negro los condujo a la sala, amueblada con pesados sillones de cuero. Cuando abrió las persianas de una de las ventanas, comprobaron que el cuero estaba agrietado; y cuando tomaron asiento, un polvillo rosado se levantó entre sus piernas y giró perezosamente a la luz del único rayo de sol. Ante la chimenea, sobre un deslucido caballete dorado, veíase un retrato al carbón del padre de la señorita Emily.

Todos se levantaron cuando entró. Era una mujer pequeña y gruesa, vestida de negro. Llevaba al cuello una fina cadena de oro que le caía hasta el talle y se perdía en su cinturón. Se apoyaba en un bastón de ébano, rematado por una deslustrada empuñadura de oro. Su esqueleto era tan menudo que lo que en otra hubiera sido simplemente gordura en ella era obesidad. Tenía un aspecto hinchado, como el de esos cuerpos sumergidos largo tiempo en aguas estancadas, y con la misma palidez. Perdidos entre los cachetes, sus ojos parecían dos trocitos de carbón hundidos en una masa de harina, e iban vagando de rostro en rostro mientras los recién llegados le comunicaban el objeto de su visita.

No los invitó a sentarse. Permaneció plantada bajo el dintel, escuchando impasible las palabras del portavoz hasta que éste, incómodo, no supo cómo continuar.

Entonces los visitantes pudieron percibir claramente el tictac del invisible reloj que pendía de la cadena de oro.

-Yo no tengo que pagar impuestos en Jefferson –dijo la señorita Emily con voz cortante y fría-. El coronel Sartoris me lo dijo. Tal vez alguno de ustedes pueda acercarse al registro del ayuntamiento para comprobarlo por sí mismo

-Ya lo hemos hecho. Somos las autoridades de la ciudad, señorita Emily. ¿No recibió usted una notificación firmada por el sheriff?

-Sí, recibí un papel –dijo la señorita Emily-. Quizá él crea que es el sheriff. Yo no tengo por qué pagar impuestos en Jefferson.

-Pero no hay nada en los libros que lo demuestre, entiéndalo. Tenemos que atenernos a

-Hablen ustedes con el coronel Sartoris. Yo no tengo que pagar impuestos en Jefferson.

-Pero señorita Emily

-Vean al coronel Sartoris-. El coronel había muerto hacía casi diez años- Yo no tengo que pagar impuestos en Jefferson ¡Tobías! –Apareció el negro-. Acompaña a estos caballeros.

Así los derrotó en toda la línea. del mismo modo que treinta años atrás había derrotado a los padres de sus visitantes en el asunto del olor. Ocurrió a los dos años de la muerte de su padre y poco después de que su novio –el hombre que pensábamos se casaría con ella- la dejara. Tras la muerte de su padre salía muy poco, y desde que la abandonó su novio apenas se la veía. Varias mujeres que tuvieron el valor de ir a visitarla no fueron recibidas, y la única señal de vida que parecía haber en aquella casa era el negro, a la sazón joven, que salía y entraba con la cesta de la compra.

-¡Como si un hombre, cualquier hombre, pudiera tener limpia una cocina y una casa!- murmuraban las mujeres.

Así pues, a nadie sorprendió que surgiera el mal olor. Fue otro de los lazos de unión entre el mundo vulgar y los altos y poderosos Grierson.

Una vecina se quejó con el alcalde, el juez Stevens, que contaba ochenta años de edad.

-Pero ¿qué quiere que haga yo, señora?

-¿Qué? Mandarle un aviso- dijo la mujer-. ¿Acaso no existe para casos como éste una ley?

-Estoy seguro de que no será necesario –respondió el juez Stevens-. Probablemente ese negro criado suyo ha matado una rata o una culebra en el jardín. Ya hablaré yo con él.

Al día siguiente recibió dos nuevas quejas, una de ellas de un hombre que acudió a él con este tímido ruego:

-Señor juez, es necesario que pongamos remedio a esto. Nada me disgusta más que molestar a la señorita Emily, pero tenemos que hacer algo.

Aquella noche hubo junta de concejales: tres ancianos y un joven de la nueva generación.

La cosa parece sencilla- dijo este último-. Mandémosle un aviso para que haga limpiar la finca. Podemos darle un plazo, y si no lo hace

-¡Por Dios!- saltó el juez Stevens-. ¿Se atrevería usted a acusar a una mujer de oler mal, y en su misma cara?

La noche siguiente, de madrugada, cuatro hombres cruzaron sigilosamente el jardín de la señorita Emily y merodearon en torno de la casa como si fueran ladrones, husmeando en los basamentos de ladrillo y por los huecos del sótano. Uno de ellos llevaba un saco al hombro e iba esparciendo cal con movimientos de sembrador. Forzaron la puerta del sótano y rociaron el interior, así como todos los cobertizos. Cuando cruzaban de nuevo el césped para marcharse, vieron que una ventana, antes oscuras, estaba iluminada. En el marco se recortaba la silueta de la señorita Emily, erguido el torso e inmóvil como una estatua. Se deslizaron silenciosamente hasta llegar ala acera, cuando se perdieron entre la sombra de los algarrobos. Al cabo de un par de semanas el mal olor desapareció.

Y fue entonces cuando empezó a darnos verdadera pena la señorita Emily. El pueblo recordaba cómo la anciana señora Wyatt, su tía abuela, se había vuelto completamente loca, y pensaba que los Grierson no eran en realidad tan importantes como ellos creían. Ningún joven era aceptable para la señorita Emily y su progenitor. Ya llevábamos mucho tiempo pensando en ellos como si fueran un cuadro: la señorita Emily vestida de blanco al fondo, con su esbelta figura, y en primer plano la silueta de su padre, con las piernas separadas dándole la espalda y esgrimiendo una fusta, enmarcados ambos por la puerta principal abierta de par en par.

Al cumplir los treinta años seguía soltera. No puede decirse que esto nos alegrara, pero en cierto modo nos sentíamos vengados; aun con aquellos antecedentes de locura en la familia, la señorita Emily no habría rechazado todas sus oportunidades si éstas se hubieran presentado realmente.

Al morir su padre, corrió la voz de que sólo le había dejado la casa, y hasta cierto punto la gente se alegró. Al fin iban a poder compadecer a la señorita Emily. Sola y pobre se convirtió de pronto en un ser de carne y hueso; ahora también ella sabría lo que pueden significar unos céntimos de más o de menos.

Como es costumbre, al día siguiente de la muerte del señor Grierson todas las damas fueron a visitarla a su casa para darle el pésame y ver si necesitaba algo. Vestida como siempre, la señorita Emily las recibió en la puerta sin rastro alguno de dolor. Les aseguró que su padre no había muerto. Tres días seguidos repitió lo mismo, a los pastores que fueron a visitarla y a los médicos que trataban de persuadirla para que se procediera a la inhumación del cadáver. Cuando ya estaban a punto de recurrir a la ley y a la fuerza, la señorita Emily cedió y se pudo dar rápida sepultura al muerto.

No pensamos que estuviera loca. ¿Qué otra cosa podía hacer? Recordamos a todos los pretendientes que le había ahuyentado su padre, y comprendimos que ahora que nada le quedaba era muy humano que se aferrase a quien la había desposeído.

Estuvo enferma mucho tiempo, y cuando volvimos a verla se había cortado el pelo. Esto la hacía parecer más joven, le prestaba cierto parecido con esos ángeles de las vidrieras de las iglesias.

El pueblo acababa de concluir el contrato para pavimentar las aceras, y las obras se iniciaron el verano que siguió a la muerte del señor Grierson. La firma constructora se presentó con negros, mulas, maquinaria y un capataz yanqui llamado Homer Barron, un tipo fuerte, moreno y activo, de voz estentórea y ojos más claros que su rostro. Los chiquillos lo seguían en grupo para oírlo maldecir a los negros, y los negros cantaban al mismo compás con que levantaban y dejaban caer los picos. Barron no tardó en conocer a todo el mundo, y siempre que se oían las risotadas de un grupo de hombres en cualquier punto de la plaza, era seguro que él andaba por allí. Poco después empezamos a verlo en compañía de la señorita Emily, paseando las tardes de domingo en el calesín de ruedas amarillas tirado por la pareja de bayos de la caballeriza de alquiler. Al principio nos alegramos de que la señorita Emily hubiera encontrado una persona que le interesaba. Pero las mujeres decían: “Una Grierson, por supuesto, no va a tomar en serio a un hombre del norte, y mucho menos tratándose de un jornalero”. Otros convecinos de más edad afirmaban que ni siquiera el dolor podía hacer que una verdadera dama se olvidara del *noblesse oblige*, aunque ellos no lo expresaban con estas palabras. Decían simplemente: “¡Pobre Emily! Convendría que su familia viniera a ocuparse de ella.” La señorita Emily tenía parientes en Alabama; pero hacía años que su padre se había peleado con ellos a causa de la herencia de la vieja señora Wyatt, la chiflada, y las familias no se trataban ya. Ni siquiera se habían hecho representar en el entierro.

Y en cuanto los viejos empezaron a decir “¡Pobre Emily!” se extendió el cotilleo. “¡Creen que de veras?, preguntaban. “¡Claro que sí!” ¿Qué otra cosa si no?” Así hablaban a sus espaldas. Los domingos, el roce de la seda y el raso tras las persianas echadas para impedir la entrada del sol de la tarde se confundía con el leve y rápido golpear de cascos de la pareja de caballos: “¡Pobre Emily!”

Llevaba la cabeza muy erguida, aun cuando nosotros creíamos que había caído. Diríase que exigía más que nunca la aceptación de su dignidad como la última de los Grierson, y que aquel detalle subrayaba su impenetrabilidad. Igual que cuando compró

el veneno, el arsénico. Ocurrió un año después de que empezaran a decir “¡Pobre Emily!”, mientras la visitaban las dos primas.

-Quiero un veneno –le dijo al dueño de la droguería.

Había rebasado ya los treinta; era una mujer menuda, más delgada de lo normal en ella, con ojos negros, fríos y altaneros, en una cara cuya carne se tensaba en las sienes y alrededor de los ojos, como imaginamos debe ser la de un guardafaros.

-Quiero un veneno- dijo.

-Sí, señorita Emily. ¿De qué clase? Para las ratas y otros bichos por el estilo, supongo. ¿Me permite que le recomien?

-Deme lo mejor que tenga. NO me importa qué clase.

El droguero le nombró varios.

-Pueden matar hasta a un elefante.

Pero lo que usted necesita es

-Arsénico –le interrumpió la señorita Emily-. ¿No es un buen veneno?

-Esto ¿el arsénico? Sí, señorita, pero le convendría más bien

-Deme arsénico.

El droguero la miró. Y ella le devolvió la mirada, muy erguida, con el rostro como una bandera tirante.

-Claro que sí. Desde luego –respondió el droguero-, ya que es eso lo que quiere. Pero la ley exige que me diga para qué va a usarlo.

La señorita Emily se limitó a mirarlo de hito en hito. Ligeramente echada atrás la cabeza, hasta que el hombre apartó por fin los ojos, entró en la trastienda y envolvió el arsénico. El recadero, un muchacho negro, le entregó el paquete; el droguero no se dejó ver. Cuando la señorita Emily llegó a casa y lo desenvolvió, encontró una caja con una calavera y unas tibias cruzadas. Debajo decía: “Para las ratas”.

“Esa mujer va a matarse”, dijimos todos al día siguiente. Y añadimos que era lo mejor que podía hacer. Cuando empezamos a verla pasear con Homer Barron, dijimos: “Acabará casándose con él”. Y después: “Quizá consiga convencerlo”, ya que el mismo Homer andaba contando que él no era partidario del matrimonio; le gustaba alternar con los hombres, y era sabido que se pasaba mucho tiempo bebiendo con los jóvenes en el Club Elk. Luego dijimos: “¡Pobre Emily!”, al verlos cruzar, a través de las rendijas de las persianas, los domingos por la tarde en el llamativo calesín, la señorita Emily iba con la cabeza muy alta y Homer Barron con el sombrero ladeado y un puro entre los dientes, sosteniendo las riendas y el látigo con guantes amarillos.

Algunas mujeres no tardaron en decir que todo aquello era una vergüenza para el pueblo y un mal ejemplo para los jóvenes. Los hombres no quisieron intervenir, pero ellas consiguieron por fin convencer al pastor bautista –la familia de la señorita Emily pertenecía a la iglesia episcopaliana- para que fuera a verla. El pastor no contó una palabra de lo ocurrido durante la entrevista, pero se negó a repetirla. Al domingo siguiente se les vio pasear de nuevo en el calesín, y el lunes la esposa del pastor escribió una carta a los parientes de la señorita Emily en Alabama.

Volvió, pues, a tener parientes bajo su techo, y nosotros nos limitamos a aguardar los acontecimientos. De momento no ocurrió nada. Después tuvimos la certeza de que iban a casarse. Nos enteramos de que la señorita Emily había estado en la joyería y había encargado un juego de aseo para hombre, en plata, con las letras H.B. grabadas en cada pieza. Dos días después supimos que había comprado un juego completo de ropa de hombre, incluido un camisón de dormir. “Están casados”, nos dijimos entonces. Y nos alegramos sinceramente, pues las dos primas eran todavía más Grierson que la señorita Emily.

De manera que no nos sorprendimos cuando Homer Barron se fue. Las aceras estaban terminadas desde hacía algún tiempo. Nos defraudó un poco que no diera una fiesta de despedida, pero pensamos que se había marchado a preparar la ida de la señorita Emily, o bien que lo había hecho para darle la oportunidad de deshacerse de sus primas (contra las que a la sazón nos sentíamos confabulados en una especie de intriga, como si fuéramos aliados de la señorita Emily). En efecto, una semana más tarde se

habían ido. Y, como todos habíamos previsto, Homer Barron volvió a los tres días. Una vecina vio cómo el criado negro lo hacía entrar al anochecer por la puerta de la cocina.

Pero ya nadie volvió a ver a Barron. Ni tampoco, durante cierto tiempo, a la señorita Emily. El negro salía y entraba con la cesta de la compra; la puerta principal, sin embargo, seguía cerrada. De cuando en cuando distinguíamos fugazmente a la señorita Emily enmarcada en una ventana, tal como la vieran aquella noche los hombres que esparcieron la cal, pero durante casi seis meses no salió a la calle. Y entonces comprendimos que también aquello era de esperar, como si la cualidad de su padre, que tantas veces frustrara su vida de mujer, hubiese sido demasiado violenta y furiosa como para morir.

Cuando volvimos a verla, había engordado y sus cabellos se estaban tornando grises. En el curso de los años fue encaneciendo más y más, hasta que su pelo adquirió una tonalidad gris acero. Este recio color –similar al del cabello de un hombre activo- se mantuvo hasta el día de su muerte, a los setenta y cuatro años.

A partir de entonces la puerta principal de su casa permaneció cerrada, con excepción de un periodo de seis o siete años –frisaba ella los cuarenta- en que se puso a dar lecciones de pintura en porcelana. Preparó un estudio en una de las habitaciones de abajo, y allí le enviaban a las hijas y nietas de los coetáneos del coronel Sartoris, con el mismo espíritu y la misma regularidad con que se les mandaba a la iglesia los domingos, provistas de su moneda de veinticinco centavos para la bandeja de la colecta. Por entonces ya la habían eximido del pago de impuestos.

Pero la generación siguiente renovó el espíritu de la ciudad, y las alumnas fueron creciendo y abandonando las lecciones y no enviaron a sus hijas a la señorita Emily con aburridos pinceles, cajas de colores e ilustraciones recortadas de las revistas femeninas. Al despedirse la última discípula se cerró definitivamente la puerta principal. Cuando el pueblo obtuvo las ventajas de la entrega postal gratuita, la señorita Emily fue la única que se negó a que colocaran en su puerta los números metálicos y a que le instalaran un buzón.

A medida que transcurrían los días, los meses y los años, veíamos cómo el negro, en su diario ir y venir con la cesta de la compra, iba encaneciendo y encorvándose. Cada diciembre mandábamos una notificación de impuestos a la señorita Emily, notificación que nos era devuelta por la oficina de Correos una semana después, sin que nadie la hubiera reclamado. A veces la veíamos en una de las ventanas inferiores –debía de haber cerrado el piso superior- como el torso tallado de un ídolo en su nicho; era imposible saber si nos estaba mirando o no. Así pasó de una generación a otra, inolvidable, impenetrable, impasible y perversa.

Y así murió. Cayó enferma en la casa polvorienta y sombría, sólo con aquel negro decrepito para cuidarla. No sabíamos que estuviese enferma.

Hacía tiempo que habíamos renunciado a sacarle algo al negro; no hablaba con nadie, tal vez ni siquiera con ella, pues la voz se le había tornado áspera y herrumbrosa, como por falta de uso.

La señorita Emily murió en una de las habitaciones del piso bajo, en una pesada cama de nogal con cortina, con la cabeza apoyada en una vieja almohada amarillenta que no se había asoleado en años.

El negro abrió la puerta principal y dejó entrar a las mujeres, con sus cuchicheos sibilantes y sus miradas furtivas y curiosas. Luego desapareció. Atravesó la casa y salió por la parte trasera, y ya nadie volvió a verlo.

Las dos primas acudieron inmediatamente. El entierro se celebró el segundo día, y todo el pueblo fue a ver a la señorita Emily bajo un montón de flores compradas por suscripción, con el retrato al carbón de su padre sumido en honda meditación encima del ataúd, y las macabras señoras secreteando, y los más viejos del lugar, vestidos algunos con sus uniformes de la Confederación recién cepillados, hablando de la señorita Emily en el porche y en el jardín como si hubiera sido una contemporánea suya, convencidos de que algún día habían bailado con ella y de que acaso la habían cortejado, trastornando la matemática progresión del tiempo, como es habitual en los ancianos, para quienes todo lo pasado no es un camino que va estrechándose cada vez

más, sino una enorme pradera a la que nunca llega el invierno y que únicamente está separada de ellos por el estrecho gollete de los últimos diez años.

Sabíamos que en el piso de arriba había una habitación que nadie había pisado en cuarenta años y que sería preciso forzar. Antes, sin embargo, esperamos a que la señorita Emily hubiera recibido cristiana sepultura.

La fuerza empleada en derribar la puerta pareció llenar toda la alcoba de un finísimo polvo. Se diría que de aquel cuarto, decorado y amueblado como para una fiesta nupcial, emanaba un aire de tumba, acre y penetrante; esta atmósfera se desprendía de las cortinas de color rosa desvaído, y de las luces con pantallas rosa, y del tocador, y de la colección de fino cristal, y de los objetos de aseo de hombre, la plata de cuya parte posterior estaba tan sucia que era imposible leer las iniciales. Sobre el tocador había un cuello y una corbata, como si alguien se los acabara de quitar; al levantar el cuello, quedó en el polvo una pálida media luna. El traje aparecía cuidadosamente doblado sobre una silla, y debajo estaban los zapatos y los calcetines.

El hombre yacía en la cama.

Nos quedamos largo rato contemplando aquel gesto profundo y descarnado que parecía reír. Según nos pareció, el cuerpo había estado un tiempo en la posición de quien abraza, pero luego el dilatado sueño, ese sueño que es más duradero que el amor y que incluso a las muecas amor domina, lo había traicionado. Lo que quedaba de él, podrido bajo lo que quedaba del camisón, había llegado a confundirse con la cama en que yacía; y una delgadísima capa de polvo, paciente y eterno, cubría su cuerpo y la almohada vecina.

Entonces vimos sobre esta segunda almohada la huella del peso de una cabeza. Uno de los presentes levantó algo de ella. Nos inclinamos hacia delante, sin dejar de respirar ese acre polvillo invisible, y distinguimos un largo mechón de cabellos de color gris acerado.

La lotería (Shirley Jackson) 1916-1965

Shirley Jackson

Cuentista y novelista estadounidense especializada en el género de terror. Influyó grandemente en autores como Stephen King, Nigel Kneale y Richard Matheson.

Shirley Jackson nació en San Francisco, hija de Leslie y Geraldine Jackson. En 1939 se mudaron a Rochester, Nueva York. Shirley asistió a la universidad de dicha ciudad. Luego se graduó en la Universidad de Syracuse, en 1940. En esta universidad había estado muy involucrada en las revistas estudiantiles. Allí conoció a su futuro marido, Stanley Edgar Hyman, quien llegaría a ser notable crítico literario.

Aparte de sus novelas para adultos, Jackson escribió libros para niños: *Nine Magic Wishes*, y una obra teatral basada en el clásico *Hansel y Gretel* y titulada *The Bad Children*. En una serie de relatos breves (*Life Among the Savages and Raising Demons*) la autora presentó su vida familiar y la experiencia de criar a cuatro niños, modalidad que sería muy imitada entre amas de casa estadounidenses con veleidades literarias en los años 50 y 60.

En 1965, Shirley Jackson murió de un ataque al corazón mientras dormía, a la edad de 48 años. Se considera que el tratamiento que recibió durante toda su vida para remediar sus neurosis y enfermedades psicósomáticas pudo influir en este desenlace.

Su relato más conocido es posiblemente *The Lottery* ("La lotería"), 1948, que sugiere la existencia de un tétrico y estremecedor submundo en las pequeñas ciudades de la América profunda. El cuento fue publicado el 28 de junio de 1948 en la revista *The New Yorker* y dio origen a cientos de conmocionadas cartas por parte de los lectores.

La lotería¹²

La mañana del 27 de junio amaneció clara y soleada, con el calor lozano de un día de pleno estío; las plantas mostraban profusión de flores y la hierba tenía un verdor

¹²Jackson Shirley. "La lotería" en *Autores Hispanoamericanos*. Barcelona. Ed. Edhasa. 1948,

intenso. La gente del pueblo empezó a congregarse en la plaza, entre la oficina de correos y el banco, alrededor de las diez; en algunos pueblos había tanta gente que la lotería duraba dos días y tenía que iniciarse el día 26, pero en aquel pueblecito, donde había unas trescientas personas, todo el asunto ocupaba apenas un par de horas, de modo que podía iniciarse a las diez de la mañana y dar tiempo todavía a que los vecinos volvieran a sus casas a comer.

Los niños fueron los primeros en acercarse, por supuesto. La escuela acababa de cerrar para las vacaciones de verano y la sensación de libertad producía inquietud en la mayoría de los pequeños; tendían a formar grupos pacíficos durante un rato antes de romper a jugar con su habitual bullicio, y sus conversaciones seguían girando en torno a la clase y los profesores, los libros y las reprimendas. Bobby Martín ya se había llenado los bolsillos de piedras y los demás chicos no tardaron en seguir su ejemplo, seleccionando las piedras más lisas y redondeadas; Bobby, Harry Jones y Dickie Delacroix acumularon finalmente un gran montón de piedras en un rincón de la plaza y lo protegieron de las incursiones de los otros chicos. Las niñas se quedaron aparte, charlando entre ellas y volviendo la cabeza hacia los chicos, mientras los niños más pequeños jugaban con la tierra o se agarraban de la mano de sus hermanos o hermanas mayores.

Pronto empezaron a reunirse los hombres, que se dedicaron a hablar de sembrados y lluvias, de tractores e impuestos, mientras vigilaban a sus hijos. Formaron un grupo, lejos del montón de piedras de la esquina, y se contaron chistes sin alzar la voz, provocando sonrisas más que carcajadas. Las mujeres, con descoloridos vestidos de andar por casa y jerséis finos, llegaron poco después de sus hombres. Se saludaron entre ellas e intercambiaron apresurados chismes mientras acudían a reunirse con sus maridos. Pronto, las mujeres, ya al lado de sus maridos, empezaron a llamar a sus hijos y los pequeños acudieron a regañadientes, después de la cuarta o la quinta llamada. Bobby Martín esquivó, agachándose, la mano de su madre cuando pretendía agarrarle y volvió corriendo, entre risas, hasta el montón de piedras. Su padre le llamó entonces con voz severa y Bobby regresó enseguida, ocupando su lugar entre su padre y hermano mayor.

La lotería –igual que los bailes en la plaza, el club juvenil y el programa de la fiesta de Halloween- era dirigida por el señor Summers, que tenía tiempo y energía para dedicarse a las actividades cívicas. El señor Summers era un hombre jovial, de cara redonda, que llevaba el negocio del carbón, y la gente se compadecía de él porque no había tenido hijos y su mujer era una gruñona. Cuando llegó a la plaza portando la caja negra de madres, se levantó un murmullo entre los vecinos y el señor Summers dijo: “Hoy llego un poco tarde, amigos.” El administrador de correos, el señor Graves, venía tras él cargando con un taburete de tres patas, que colocó en el centro de la plaza y sobre el cuál instaló la caja negra el señor Summers. Los vecinos se mantuvieron a distancia, dejando un espacio entre ellos y el taburete, y cuando el señor Summers preguntó: “¿Alguno de vosotros quiere echarme una mano?”, se produjo un instante de vacilación hasta que dos de los hombres, el señor Martín y su hijo mayor, Baxter, se acercaron para sostener la caja sobre el taburete mientras él revolvía los papeles del interior.

Los objetos originales para el juego de la lotería se habían perdido hacía mucho tiempo y la caja negra que descansaba ahora sobre el taburete llevaba utilizándose desde antes incluso de que naciera el viejo Warner, el hombre de más edad del pueblo. El señor Summers hablaba con frecuencia a sus vecinos de hacer una caja nueva, pero a nadie le gustaba modificar la tradición que representaba aquella caja negra. Corría la historia de que la caja actual se había realizado con algunas piezas de la caja que le había precedido, la que habían construido las primeras familias cuando se instalaron allí y fundaron el pueblo. Cada año, después de la lotería, el señor Summers empezaba a hablar otra vez de hacer una caja nueva, pero cada año el asunto acababa difuminándose sin que se hiciera nada al respecto. La caja negra estaba cada vez más gastada y ya ni siquiera era completamente negra, sino que le había saltado una gran astilla en uno de los lados, dejando a la vista el color original de la madera, y en algunas partes estaba descolorida o manchada.

El señor Martín y su hijo mayor, Baxter, sujetaron con fuerza la caja sobre el taburete hasta que el señor Summers hubo revuelto a conciencia los papeles con sus manos. Dado que la mayor parte del ritual se había eliminado u olvidado, el señor Summers había conseguido que se sustituyeran por hojas de papel las fichas de madera

que se habían utilizado durante generaciones. Según había argumentado el señor Summers, las fichas de madera habían sido muy útiles cuando el pueblo era pequeño, pero ahora que la población había superado los tres centenares de vecinos y parecía en trance de seguir creciendo, era necesario utilizar algo que cupiera mejor en la caja negra. La noche antes de la lotería, el señor Summers y el señor Graves preparaban las hojas de papel y las introducían en la caja, que trasladaban entonces a la caja fuerte de la compañía de carbones del señor Summers para guardarla hasta el momento de llevarla a la plaza, la mañana siguiente. El resto del año, la caja se guardaba a veces en un sitio, a veces en otro; un año había permanecido en el granero del señor Graves y otro año había estado en un rincón de la oficina de correos y, a veces se guardaba en un estante de la tienda de los Martín y se dejaba allí el resto del año.

Había muchos detalles a cumplimentar antes de que el señor Summers declarara abierta la lotería. Por ejemplo, había que confeccionar las listas de cabezas de familia, de cabezas de las casas que constituían cada familia, y de los miembros de cada casa. También debía tomarse el oportuno juramento al señor Summers como encargado de dirigir el sorteo, por parte del administrador de correos. Algunos vecinos recordaban que, en otro tiempo, el director del sorteo hacía una especie de exposición, una salmodia rutinaria y discordante que se venía recitando año tras año, como mandaban los cánones. Había quien creía que el director del sorteo debía limitarse a permanecer en el estrado mientras la recitaba o cantaba, mientras otros opinaban que tenía que mezclarse entre la gente, pero hacía muchos años que esa parte de la ceremonia se había eliminado. También se decía que había existido una salutación ritual que el director del sorteo debía utilizar para dirigirse a cada una de las personas que se acercaban para extraer la papeleta de la caja, pero también esto se había modificado con el tiempo y ahora sólo se consideraba necesario que el director dirigiera algunas palabras a cada participante cuando acudía a probar su suerte. El señor Summers tenía mucho talento para todo ello; luciendo su camisa blanca impoluta y sus pantalones tejanos, con una mano apoyada tranquilamente sobre la caja negra, tenía un aire de gran dignidad e importancia mientras conversaba interminablemente con el señor Graves y los Martín.

En el preciso instante en que el señor Summers terminaba de hablar y se volvía hacia los vecinos congregados, la señora Hutchinson apareció a toda prisa por el camino que conducía a la plaza, con un suéter sobre los hombros, y se añadió al grupo que ocupaba las últimas filas de asistentes.

-Me había olvidado por completo de qué día era- le comentó a la señora Delacroix cuando llegó a su lado, y las dos mujeres se echaron a reír por lo bajo-. Pensaba que mi marido estaba en la parte de atrás de la casa, apilando la leña –prosiguió la señora Hutchinson-, y entonces he mirado por la ventana y he visto que los niños habían desaparecido de la vista; entonces he recordado que estábamos a veintisiete y he venido corriendo. –Se secó las manos en el delantal y la señora Delacroix respondió:

-De todos modos, has llegado a tiempo. Todavía están con los preparativos.

La señora Hutchinson estiró el cuello para observar a la multitud y localizó a su marido y a sus hijos casi en las primeras filas. Se despidió de la señora Delacroix con unas palmaditas en el brazo y empezó a abrirse paso entre la multitud. La gente se apartó con aire festivo para dejarla avanzar; dos o tres de los presentes murmuraron, en voz lo bastante alta como para que les oyera todo el mundo: “Ahí viene tu mujer, Hutchinson”, y, “Finalmente se ha presentado, Bill”. La señora Hutchinson llegó hasta su marido y el señor Summers, que había estado esperando a que lo hiciera, comentó en tono jovial:

-Pensaba que íbamos a tener que empezar sin ti, Tessie.

-No querías que dejara los platos sin lavar en el fregadero, ¿verdad, Joe? – respondió la señora Hutchinson con una sonrisa, provocando una ligera carcajada entre los presentes, que volvieron a ocupar sus anteriores posiciones tras la llegada de la mujer.

-Muy bien –anunció sobriamente el señor Summers-, supongo que serpa mejor empezar de una vez para acabar lo antes posible y volver pronto al trabajo. ¿Falta alguien?

-Dunbar –dijeron varias voces-. Dunbar, Dunbar.

El señor Summers consultó la lista.

-Clyde Dunbar –comentó-. Es cierto. Tiene una pierna rota, ¿no es eso? ¿Quién sacará la papeleta por él?

-Yo, supongo –respondió una mujer, y el señor Summers se volvió hacia ella.

-La esposa saca la papeleta por el marido –anunció el señor Summers, y añadió-: ¿No tienes ningún hijo mayor que lo haga por ti, Janey?

Aunque el señor Summers aguardó con expresión atenta la contestación de la señora Dunbar.

-Horace no ha cumplido aún los dieciséis –explicó la mujer con tristeza-. Me parece que este año tendré que participar yo por mi esposo.

-De acuerdo –asintió el señor Summers. Efectuó una anotación en la lista que sostenía en las manos y, luego, preguntó-: ¿El chico de los Watson sacará papeleta este año?

Un muchacho de elevada estatura alzó la mano entre la multitud.

-Aquí estoy –dijo-. Voy a jugar por mi madre y por mí.

El chico parpadeo, nervioso, y escondió la cara mientras varias voces de la muchedumbre comentaban en voz alta “Buen chico, Jack”, y, “Me alegro de ver que tu madre ya tiene un hombre que se ocupe de hacerlo”.

-Bien –dijo el señor Summers-, creo que ya estamos todos. ¿Ha venido el viejo Warner?

-Aquí estoy –dijo una voz, y el señor Summers asintió.

Un súbito silencio cayó sobre los reunidos mientras el señor Summers carraspeaba y contemplaba la lista.

-¿Todos preparados? –preguntó-. Bien, voy a leer los nombres (los cabezas de familia, primero) y los hombres se adelantarán para sacar una papeleta de la caja.

Guardad la papeleta cerrada en la mano, sin mirarla hasta que todo mundo tenga la suya. ¿Está claro?

Los presentes habían asistido tantas veces al sorteo que apenas prestaron atención a las instrucciones; la mayoría de ellos permaneció tranquila y en silencio, humedeciéndose los labios y sin desviar la mirada del señor Summers. Por fin, éste alzó una mano y dijo, “Adams”. Un hombre se adelantó a la multitud. “Hola Steve”, le saludó el señor Summers. “Hola, Joe”, le respondió el señor Adams. Los dos hombres intercambiaron una sonrisa nerviosa y seca; a continuación, el señor Adams introdujo la mano en la caja negra y sacó un papel doblado. Lo sostuvo con firmeza por una esquina, dio media vuelta y volvió a ocupar rápidamente su lugar entre la multitud, donde permaneció ligeramente apartado de su familia, sin bajar la vista a la mano donde tenía la papeleta.

-Allen –llamó el señor Summers-. Anderson... Bentham.

-Ya parece que no pasa el tiempo entre una lotería y la siguiente –comentó la señora Delacroix a la señora Graves en las filas traseras-. Me da la impresión de que la última fue apenas la semana pasada.

-Desde luego, el tiempo pasa volando –asintió la señora Graves.

-Clark... Delacroix...

-Allá va mi marido –comentó la señora Delacroix, conteniendo la respiración mientras su esposo avanzaba hacia la caja.

-Dunbar –llamó el señor Summers, y la señora Dunbar se acercó con paso firme mientras una de las mujeres exclamaba: “Ánimo, Janey”, y otra decía: “Allá va.”

-Ahora nos toca a nosotros –anunció la señora Graves y observó a su marido cuando éste rodeó la caja negra, saludó al señor Summers con aire grave y escogió una papeleta de la caja. A aquellas alturas, entre los reunidos había numerosos hombres que sostenían entre sus manzanas pequeñas hojas de papel, haciéndolas girar una y otra vez con gesto nervioso.

La señora Dunbar y sus dos hijos estaban muy juntos; la mujer sostenía la papeleta.

-Harburt... Hutchinson...

-Vamos allá, Bill –dijo la señora Hutchinson, y los presentes cercanos a ella soltaron una carcajada.

-Jones...

-Dicen que en el pueblo de arriba están hablando de suprimir la lotería –comentó el señor Adams al viejo Warner. Éste soltó un bufido y replicó:

-Hatajo de estúpidos. Si escuchas a los jóvenes, nada les parece suficiente. A este paso, dentro de poco querrán que volvamos a vivir en cavernas, que nadie trabaje más y que vivamos de ese modo. Antes teníamos un refrán que decía: “La lotería en verano, antes de recoger el grano.” A este paso, pronto tendremos que alimentarnos de bellotas y frutos del bosque. La lotería ha existido *siempre* –añadió, irritado-. Ya es suficientemente terrible tener que ver al joven Joe Summers ahí arriba, bromeando con todo el mundo.

-En algunos lugares ha dejado de celebrarse la lotería –apuntó la señora Adams.

Eso no traerá más que problemas –insistió el viejo Warner, testarudo-. Hatajo de jóvenes estúpidos.

-Martin... –Bobby Martín vio avanzar a su padre-. Overdyke... Percy...

-Ojalá se den prisa –murmuró la señora Dunbar a su hijo mayor-. Ojalá acaben pronto.

-Ya casi han terminado –dijo el muchacho.

-Prepárate par ir corriendo a informar a tu padre –le indicó su madre.

El señor Summers pronunció su propio apellido, dio un paso medido hacia delante y escogió una papeleta de la caja. Luego, llamó a Warner.

-Llevo sesenta y siete años asistiendo a la lotería –proclamó el señor Warner mientras se abría paso entre la multitud-. Setenta y siete loterías.

-Watson... –El muchacho alto se adelantó con andares desgarrados. Una voz exhortó: “No te pongas nervioso, muchacho”, y el señor Summers añadió: “Tómame el tiempo necesario, hijo.” Después, cantó el último nombre.

-Zanini...

Tras esto se produjo una larga pausa, una espera cargada de nerviosismo hasta que el señor Summers sosteniendo en alto su papeleta, murmuró:

-Muy bien, amigos.

Durante unos instantes, nadie se movió; a continuación, todos los cabezas de familia abrieron a la vez la papeleta. De pronto, todas las mujeres se pusieron a hablar a la vez:

-¿Quién es? ¿A quién le ha tocado? ¿A los Dunbar? ¿A los Watson?

Al cabo de unos momentos, las voces empezaron a decir:

-Es Hutchinson. Le ha tocado a Bill Hutchinson.

-Ve a decírselo a tu padre –ordenó la señora Dunbar a su hijo mayor.

Los presentes empezaron a buscar a Hutchinson con la mirada. Bill Hutchinson estaba inmóvil y callado, contemplando el papel que tenía en la mano. De pronto, Tessie Hutchinson le gritó al señor Summers:

-¡No le has dado tiempo a escoger qué papeleta quería! Te he visto, Joe Summers. ¡No es justo!

-Tienes que aceptar la suerte, Tessie –le replicó la señora Delacroix, y la señora Graves añadió:

-Todos hemos tenido las mismas oportunidades.

-¡Vamos, Tessie, cierra el pico! –intervino Bill Hutchinson.

-Bueno –anunció, acto seguido, el señor Summers-. Hasta aquí hemos ido bastante deprisa y ahora deberemos apresurarnos un poco más para terminar a tiempo. –

Consultó su siguiente lista y añadió:- Bill, tú has sacado la papeleta por la familia Hutchinson. ¿Tienes alguna casa más que pertenezca a ella?

-Están Don y Eva –exclamó la señora Hutchinson con un chillido-. ¡Ellos también deberían participar!

Las hijas casadas entran en el sorteo con las familias de sus maridos, Tessie – replicó con voz abatida Bill Hutchinson a la anterior pregunta del director del sorteo-. Mi hija juega con la familia de su esposo, como está establecido. Y no tengo más familia que mis hijos pequeños.

-Entonces, por lo que respecta a la elección de la familia, ha correspondido a la tuya –declaró el señor Summers a modo de explicación-. Y, por lo que respecta a la casa, también corresponde a la tuya, ¿no es eso?

-Sí –respondió Bill Hutchinson.

-¿Cuántos chicos tienes, Bill? –preguntó oficialmente el Señor Summers.

-Tres –declaró Bill Hutchinson-. Está mi hijo, Bill, y Nancy y el pequeño Dave. Además de Tessie y de mí, claro.

-Muy bien, pues –asintió el señor Summers-. ¿Has recogido sus papeletas, Harry?

El señor Graves asintió y mostró en alto las hojas de papel.

-Entonces, ponlas en la caja –le indicó el señor Summers-. Coge la de Bill y colócala dentro.

-Creo que deberíamos de empezar otra vez –comentó la señora Hutchinson con toda la calma posible-. Os digo que no es justo. Bill no ha tenido tiempo para escoger qué papeleta quería. Todos lo habéis visto.

El señor Graves había seleccionado cinco papeletas y las había puesto en la caja. Salvo éstas, dejó caer todas las demás al suelo, donde la brisa las impulsó, esparciéndolas por la plaza.

-¡Escuchadme todos! –seguía diciendo la señora Hutchinson a los vecinos que la rodeaban.

-¿Preparado, Bill? –inquirió el señor Summers, y Bill Hutchinson asintió, después de dirigir una breve mirada a su esposa y a sus hijos.

Recordad –continuó el director del sorteo-: Sacad una papeleta y guardadla sin abrir hasta que todos tengan la suya. Harry, tú ayudarás al pequeño Dave. –El señor Graves tomó la manita al niño, que se acercó a la caja con él sin ofrecer resistencia-. Saca un papel de la caja, Davy –le dijo el señor Summers. Davy introdujo la mano donde le decían y soltó una risita-. Saca sólo *un* papel –insistió el señor Summers-. Harry, ocúpate tú de guardarlo.

El señor Graves tomó la mano del niño y le quitó el papel de su puño cerrado; después, lo sostuvo en alto mientras el pequeño Dave se quedaba a su lado, mirándole con aire de desconcierto.

-Ahora, Nancy –anunció el señor Summers. Nancy tenía doce años y a sus compañeros de la escuela se les aceleró la respiración mientras se adelantaba, agarrándose la falda, y extraía una papeleta con gesto delicado-. Bill, hijo –dijo el señor Summers, y Billy, con su rostro sonrojado y sus pies enormes, estuvo a punto de volcar la caja cuando sacó su papeleta-. Tessie...

La señora Hutchinson titubeó durante unos segundos, mirando a su alrededor con aire desafiante y luego apretó los labios y avanzó hasta la caja. Extrajo una papeleta y la sostuvo a su espalda.

-Bill... –dijo por último el señor Summers, y Bill Hutchinson metió la mano en la caja y tanteó el fondo antes de sacarla con el último de los papeles.

Los espectadores habían quedado en silencio.

-Espero que no sea Nancy –cuchicheó una chica, y el sonido del susurro llegó hasta el más alejado de los reunidos.

-Antes, las cosas no eran así –comentó abiertamente el viejo Warner-. Y la gente tampoco es como en otros tiempos.

-Muy bien –dijo el señor Summers-. Abrid las papeletas. Tú, Harry, abre la del pequeño Dave.

El señor Graves desdobló el papel y se escuchó un suspiro cuando lo mostró en alto y todos comprobaron que estaba en blanco. Nancy y Bill, hijo, abrieron los suyos al mismo tiempo y los dos se volvieron hacia la multitud con expresión radiante, agitando sus papeletas por encima de la cabeza.

-Tessie... –indicó el señor Summers. Se produjo una breve pausa y, a continuación, el director del sorteo miró a Bill Hutchinson. El hombre desdobló su papeleta y la enseñó. También estaba en blanco.

-Es Tessie –anunció el señor Summers en un susurro-. Muéstranos su papel, Bill.

Bill Hutchinson se acercó a su mujer y le quitó la papeleta por la fuerza. En el centro de la hoja había puesto el señor Summers con el lápiz la noche anterior, en la oficina de la compañía de carbones. Bill Hutchinson mostró en alto la papeleta y se produjo una reacción agitada entre los congregados.

Bien, amigos –proclamó el señor Summers-, démonos prisa en terminar.

Aunque los vecinos habían olvidado el ritual y habían perdido la caja negra original, aún mantenían la tradición de utilizar piedras que los chicos habían reunido antes estaba preparado y en el suelo; entre las hojas de papel que habían extraído de la caja, había más guijarros. La señora Delacroix escogió una piedra tan grande que tuvo que levantarla con ambas manos y se volvió hacia la señora Dunbar.

Vamos –le dijo-. Date Prisa.

La señora Dunbar sostenía una piedra de menor tamaño en cada mano y murmuró, entre jadeos:

-No puedo apresurarme más. Tendrás que adelantarte. Ya te alcanzaré.

Los niños ya tenían su provisión de guijarros y alguien le puso en la mano varias piedrecitas al pequeño Davy Hutchinson.

Tessie Hutchinson había quedado en el centro de una zona despejada y extendió las manos con gesto desesperado mientras los vecinos avanzaban hacia ella.

-¡No es justo! –exclamó.

Una piedra la golpeó en la sien.

-¡Vamos, vamos, todo el mundo! –gritó el viejo Warner. Steve Adams estaba frente de la multitud de vecinos, con la señora Graves a su lado.

-¡No es justo! ¡No hay derecho! –siguió exclamando la señora Hutchinson e, instantes después, todo el pueblo cayó sobre ella.

AUTORES LATINOAMERICANOS

EVOLUCIÓN LITERARIA EN LATINOAMÉRICA.

SIGLOS	FORMAS LITERARIAS	INFLUENCIAS	MARCO HISTÓRICO, SOCIAL Y CULTURAL
XV y XVI	Escritos historiográficos. Crónica. Drama religioso (Autos Sacramentales).	España.	Época Medieval. Inquisición.
XVII	Literatura barroca. Novela pastoral. Libros didácticos religiosos.	España.	Renacimiento. Decadencia de España.
XVIII	Literatura Neoclásica en Europa. En América no hay representantes latinoamericanos importantes.	España, Francia, Inglaterra, Alemania.	Cambios científicos y filosóficos. Protestantismo. Racionalismo. Clasicismo. Se empiezan a gestar guerras de independencia en Latinoamérica.
XIX	Novela de Costumbrismo. Primera novela hispanoamericana (1816). Novela Picaresca. Poesía.	España, Europa.	Guerras de Independencia de América Latina que culminan en triunfo (1808-1824). Romanticismo.
XX	Novela de la Revolución (Criollismo, Regionalismo). Poesía. Novela psicológica. Novela realista. Surgimiento de la Nueva Narrativa Latinoamericana ("Boom" Latinoamericano).	Europa: J.P. Sartre, Andre Bretón, Franz Kafka, Sigmund Freud. Estados Unidos: William Faulkner, Ernest Hemingway, John Dos Passos.	Guerras Mundiales. Surrealismo. Existencialismo. Marxismo. Revolución Mexicana. Guerra Civil Española. Revolución Cubana. Realismo. Realismo Mágico.

El hombre muerto (Horacio Quiroga) 1878-1937

Horacio Quiroga¹³

Una figura cumbre e la cuentística hispanoamericana. Se le puede considerar como padre de las dos tendencias principales del siglo XX: el criollismo y el cosmopolitismo. Sus cuentos revelan una obsesión de la muerte violenta, que refleja las experiencias de su propia vida. Su padre, su padrastro, su mejor amigo, su mujer y él mismo o se suicidaron o fueron víctimas de disparos fortuitos. Participó en la vida bohemia de los modernistas de 1900 en Montevideo presidiendo el Consistorio del Gay Saber. Después vivió en la provincia tropical de Misiones, Argentina, de donde sacó el material para la mayor parte de su obra. Sus mejores colecciones son *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918), *El salvaje* (1920), *Anaconda* (1921), *El desierto* (1924), *La gallina degollada y otros cuentos* (1925), *Los desterrados* (1926) y *Más allá* (1935).

Autor uruguayo que marca importante transición entre el Criollismo, movimiento literario de los años 30, enfocado a resaltar los orígenes netamente latinoamericanos de cada autor, y el Modernismo, movimiento literario que amplió sus fronteras a una temática más universal. Se reconoce a Quiroga como el mayor impulsor del cuento latinoamericano moderno por su rigurosidad y perfeccionamiento del género.

Características generales:

-la selva como escenario de sus narraciones; enfrenta a sus personajes con peligros de la naturaleza y la razón resulta derrotada.(accidentes simples, pero dramáticos).

-Prosa concisa, desprovista de “adornos” y directa que permite al lector involucrarse desde las primeras líneas.

-Generalmente, no añade información del personaje, y sus narradores se mantienen objetivos, proporcionando poca información.

¹³ Quiroga, Horacio. "El hombre muerto" en *El cuento hispanoamericano*. FCE. 1964.

-Sus personajes son comunes y cotidianos, confrontados a momentos agónicos. Muchos de ellos son anónimos (idea del hombre universal). Realismo extremo.

-Pasa del relato histórico al relato “problema”.

Aspectos destacados del cuento:

Narrador omnisciente que ofrece lo indispensable al lector. Desde el inicio, revela pormenores de la trama, pero mantiene intensidad y suspenso mediante el manejo de un tiempo lineal, preciso y agónico.

El personaje anónimo se enfrenta al patetismo de un accidente simple que marca el límite entre la vida y la muerte.

Refuerza la narración con imágenes que contrastan la vida anterior del personaje con su actual situación agónica. Transcurren 17 minutos, reforzados con un ritmo lento que se mueve desde el exterior al interior de las reflexiones finales del personaje.

Carencia de emoción o sentimiento (típico en Quiroga), pues resalta los hechos como factibles, no sólo para el personaje, sino para cualquiera: la vida es frágil y puede cambiar de un segundo a otro.

Manejo de la ironía que se refleja desde el inicio: el machete, personificado como su aliado de vida le causa la muerte

El hombre muerto

El hombre y su machete acababan de limpiar la quinta calle del bananal. Faltábanles aún dos calles; pero como en éstas abundaban las chircas y malvas silvestres, la tarea que tenían por delante era muy poca cosa. El hombre echó, en consecuencia, una mirada satisfecha a los arbustos rozados, y cruzó el alambrado para tenderse un rato en la gramilla.

Mas al bajar el alambre de púa y pasar el cuerpo, su pie izquierdo resbaló sobre un trozo de corteza desprendida del poste, a tiempo que el machete se le escapaba de la mano. Mientras caía, el hombre tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo.

Ya estaba tendido en la gramilla, acostado sobre el lado derecho, tal como él quería. La boca, que acababa de abrirse en toda su extensión, acababa también de cerrarse. Estaba como hubiera deseado estar, las rodillas dobladas y la mano izquierda sobre el pecho. Sólo que tras el antebrazo, e inmediatamente por debajo del cinto, surgían de su camisa el puño y la mitad de la hoja del machete; pero el resto no se veía.

El hombre intentó mover la cabeza, en vano. Echó una mirada de reojo a la empuñadura del machete, húmeda aún del sudor de su mano. Apreció mentalmente la extensión y la trayectoria del machete dentro de su vientre, y adquirió, fría, matemática e inexorable, la seguridad de que acababa de llegar al término de su existencia.

La muerte. En el transcurso de la vida se piensa muchas veces en que un día, tras años, meses, semanas y días preparatorios, llegaremos a nuestro turno al umbral de la muerte. Es la ley fatal, aceptada y prevista; tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro.

Pero entre el instante actual y esa postrera expiración, ¡qué de sueños, trastornos, esperanzas y dramas presumimos en nuestra vida! ¡Qué nos reserva aún esta existencia llena de vigor, antes de su eliminación del escenario humano!

Es éste el consuelo, el placer y la razón de nuestras divagaciones mortuorias. : ¡ Tan lejos está la muerte, y tan imprevisto lo que debemos vivir aún!

¿Aún? No han pasado dos segundos: el sol está exactamente a la misma altura; las sombras no han avanzado un milímetro. Bruscamente, acaban de resolverse para el hombre tendido las divagaciones a largo plazo: Se está muriendo.

Muerto. Puede considerarse muerto en su cómoda postura.

Pero el hombre abre los ojos y mira. ¿Qué tiempo ha pasado? ¿Qué cataclismo ha sobrevivido en el mundo? ¿Qué trastorno de la naturaleza trasuda el horrible acontecimiento?

Va a morir. Fría, fatal e ineludiblemente, va a morir.

El hombre resiste --¿? es tan imprevisto ese horror! Y piensa: Es una pesadilla; ¿esto es! ¿Qué ha cambiado? Nada. Y mira: ¿No es acaso ese bananal su bananal? ¿No viene todas las mañanas a limpiarlo? ¿Quién lo conoce como él? Ve perfectamente el bananal, muy raleado, y las anchas hojas desnudas al sol. Allí están, muy cerca, deshilachadas por el viento. Pero ahora no se mueven. Es la calma del mediodía; pero deben ser las doce.

Por entre los bananos, allá arriba, el hombre ve desde el duro suelo el techo rojo de su casa. A la izquierda, entrevé el monte y la capuera de canelas. No alcanza a ver más, pero sabe muy bien que a sus espaldas está el camino al puerto nuevo; y que en la dirección de su cabeza, allá abajo, yace en el fondo del valle el Paraná dormido como un lago. Todo, todo exactamente como siempre; el sol de fuego, el aire vibrante y solitario, los bananos inmóviles, el alambrado de postes muy gruesos y altos que pronto tendrá que cambiar

¿Muerto! ¿Pero es posible? ¿No es éste uno de los tantos días en que ha salido al amanecer de su casa con el machete en la mano? ¿No está allí mismo con el machete en la mano? ¿No está allí mismo, a cuatro metros de él, su caballo, su malacara, oliendo parsimoniosamente el alambre de púa?

¿Pero sí! Alguien silba No puede ver, porque está de espaldas al camino; mas siente resonar en el puentecito los pasos del caballo Es el muchacho que pasa todas las mañanas hacia el puerto nuevo, a las once y media. Y siempre silbando Desde el poste descascarado que toca casi con las botas, hasta el cerco vivo de monte que separa el bananal del camino, hay quince metros largos. Lo sabe perfectamente bien, porque él mismo, al levantar el alambrado, midió la distancia.

¿Qué pasa, entonces? ¿Es ése o no un natural mediodía de los tantos en Misiones, en su monte, en su potrero, en el bananal ralo? ¡Sin duda! Gramilla corta, conos de hormigas, silencio, sol a plomo

Nada, nada ha cambiado. Sólo él es distinto. Desde hace dos minutos su persona, su personalidad viviente, nada tiene ya que ver ni con el potrero, que formó él mismo a azada, durante cinco meses consecutivos; ni con el bananal, obra de sus solas manos. NI

con su familia. Ha sido arrancado bruscamente, naturalmente, por obra de una cáscara lustrosa y un machete en el vientre. Hace dos minutos: Se muere.

El hombre, muy fatigado y tendido en la gramilla sobre el costado derecho, se resiste siempre a admitir un fenómeno de esa trascendencia, ante el aspecto normal y monótono de cuanto mira. Sabe bien la hora: las once y media El muchacho de todos los días acaba de pasar el puente.

¿Pero no es posible que haya resbalado! El mango de su machete (pronto deberá cambiarlo por otro; tiene ya poco vuelo) estaba perfectamente oprimido entre su mano izquierda y el alambre de púa. Tras diez años de bosque, él sabe muy bien cómo se maneja un machete de monte. Está solamente muy fatigado del trabajo de esa mañana, y descansa un rato como de costumbre.

¿La prueba?¿Pero esa gramilla que entra ahora por la comisura de su boca la plantó él mismo, en panes de tierra distantes un metro de otro! ¿Y ése es su bananal; y ése es su malacara, resoplando cauteloso ante las púas del alambre! Lo ve perfectamente; sabe que no se atreve a doblar la esquina del alambrado, porque él está echado casi al pie del poste. Lo distingue muy bien; y ve los hilos oscuros de sudor que arrancan de la cruz y del anca. El sol cae a plomo, y la calma es muy grande, pues ni un fleco de los bananos se mueve. Todos los días, como ése, ha visto las mismas cosas.

Muy fatigado, pero descansa solo. Deben de haber pasado ya varios minutos Y a las doce menos cuatro, desde allá arriba, desde el chalet de techo rojo, se desprenderán hacia el bananal su mujer y sus dos hijos, a buscarlo para almorzar. Oye siempre, antes que las demás, la voz de su chico menor que quiere soltarse de la mano de su madre: ¡Piapiá! ¡Piapiá!

¿No es eso?¿Claro, oye! Ya es la hora. Oye efectivamente la voz de su hijo

¿Qué pesadilla!¿Pero es uno de los tantos días, trivial como todos, claro está! Luz excesiva, sombras amarillentas, calor silencioso de horno sobre la carne, que hace sudar al malacara inmóvil ante el bananal prohibido.

Muy cansado, mucho, pero nada más. ¿Cuántas veces, a mediodía como ahora, ha cruzado volviendo a casa ese potrero, que era capuera cuando él llegó, y antes había

sido monte virgen! Volvía entonces, muy fatigado también, con su machete pendiente de la mano izquierda, a lentos pasos.

Puede aun alejarse con la mente, si quiere; puede si quiere abandonar un instante su cuerpo y ver desde el tajamar por él construido, el trivial paisaje de siempre: el pedregullo volcánico con gramas rígidas; el bananal y su arena roja: el alambrado empequeñecido en la pendiente, que se acoda hacia el camino. Y más lejos aún ver el potrero, obra sola de sus manos. Y al pie de un poste descascarado, echado sobre el costado derecho y las piernas recogidas, exactamente como todos los días, puede verse a él mismo, como un pequeño bulto asoleado sobre la gramilla –descansando, porque está muy cansado

Pero el caballo rayado de sudor, e inmóvil de cautela ante el esquinado del alambrado, ve también al hombre en el suelo y no se atreve a costear el bananal, como desearía. ante las voces que ya están próximas --¡Piapiá! vuelve un largo, largo rato las orejas inmóviles al bulto: y tranquilizado al fin, se decide a pasar entre el poste y el hombre tendido –que ya ha descansado.

Macario (Juan Rulfo) 1918-1986

Juan Rulfo

Autor mexicano, considerado como uno de los más importantes en la narrativa latinoamericana moderna. Influye de manera considerable en el desarrollo de la narrativa mexicana, y fue uno de los primeros en ser traducido a varios idiomas. Rulfo fue un gran observador de la naturaleza humana, sobre todo, en lo concerniente al campo mexicano (su fotografía también lo refleja). Sin embargo, los temas rulfianos abandonan el convencionalismo local y se amplían a temas universales.

Características generales:

Predominio temático de sus narraciones: muerte, violencia, orfandad, abandono, remordimiento, venganza, fatalismo, desesperanza, miseria; aspectos punitivos de la religión.

Temas y personajes cotidianos, dimensionados en ocasiones a aspectos míticos (prehispánicos y universales). En ocasiones refiere leyendas mexicanas (fusión de lo mágico de antiguas culturas con lo moderno). Importante tema de la identidad.

Utiliza espacios rurales, descritos mediante una prosa directa, aunque en ocasiones metafórica y simbólica.

Recrea el lenguaje cotidiano y coloquial de sus personajes; en ocasiones debe de ser sobreentendido.

Elimina, por lo general, narradores omniscientes y objetivos; usa distintos narradores de acuerdo a las necesidades de sus relatos. Utiliza el monólogo interior (como en “Macario”), creando introspección, fluir de la conciencia, traducción de un pensamiento referido como tal.

Aspectos destacados del cuento:

El narrador (personaje) trata la realidad que refiere desde su interior (monólogo interno) y refiere el exterior de acuerdo a su propia percepción. Es subjetivo, pues sólo conocemos lo que nos cuenta.

Rara vez Rulfo explica la realidad de sus personajes. En el caso de Macario, él se representa a sí mismo y no hay detalles “dados” que lo expliquen a fondo. Crea una sensación de incomunicación.

La trama del cuento es inmóvil (no hay acción), sino inmovilidad del personaje, el cual habla con un lenguaje poco estructurado, con un ir y venir de ideas que fusionan distintos tiempos (pasado-presente).

Pone en evidencia su marginalidad y segregación familiar y comunitaria. Las imágenes de pobreza concuerdan con el carácter solitario del personaje.

Vive en torno a la culpabilidad por la violación de preceptos religiosos (infierno como castigo), aunque ignora las causas (su comportamiento, su gula o simplemente el existir).

Enfrenta la violencia de salir a la calle por su condición distinta, mientras que la encargada de ver por él (Felipa) se satisface sexualmente, aspecto que Macario ve con naturalidad.

Macario representa una de las constantes de Rulfo: un medio dominado por la violencia, la orfandad y la miseria. La religión no ofrece salidas y prevalece el sentimiento de culpabilidad (castigo del que no puede liberarse).

El tiempo del cuento cierra con la idea circular, monótona de un discurso que nadie escucha. Se puede pensar que se trata de un hombre mayor, quien no se desarrolló en su infancia y que, desprovisto de vínculos afectivos (aunado a otros aspectos de su desarrollo) vive confinado a la soledad. Evidentemente, no se trata de un “retrasado mental”, sino de cualquier individuo (en mayor o menor medida).

Macario¹⁴

Estoy sentado junto a la alcantarilla aguardando a que salgan las ranas. Anoche, mientras estábamos cenando, comenzaron a armar el gran alboroto y no pararon de cantar hasta que amaneció. Mi madrina también dice eso: que la gritería de las ranas le espantó el sueño. Y ahora ella bien quisiera dormir. Por eso me mandó a que me sentara

¹⁴Rulfo, Juan. "Macario" en *El llano en llamas*. México. Rei. 1991

aquí, junto a la alcantarilla, y me pusiera con una tabla en la mano para que cuanta rana saliera a pegar de brincos afuera, la apalcuachara a tablazos... Las ranas son verdes de todo a todo, menos en la panza. Los sapos no se comen; pero yo me los he comido también aunque no se coman, y saben igual que las ranas. Felipa es la que dice que es malo comer sapos. Felipa tiene los ojos verdes como los ojos de los gatos. Ella es la que me da de comer en la cocina cada vez que me toca comer. Ella no quiere que yo perjudique a las ranas. Pero, a todo esto, es mi madrina la que me manda hacer las cosas... Yo quiero más a Felipa que a mi madrina. Pero es mi madrina la que saca el dinero de su bolsa para que Felipa compre todo lo de la comedera. Felipa sólo se está en la cocina arreglando la comida de los tres. No hace otra cosa desde que yo la conozco. Lo de lavar los trastes a mí me toca. Lo de acarrear leña para prender el fogón también a mí me toca. Luego es mi madrina la que nos reparte la comida. Después de comer ella, hace con sus manos dos montoncitos, uno para Felipa y otro para mí. Pero a veces Felipa no tiene ganas de comer y entonces son para mí los dos montoncitos. Por eso quiero yo a Felipa, porque yo siempre tengo hambre y no me lleno nunca, ni aun comiéndome la comida de ella. Aunque digan que uno se llena comiendo, yo sé bien que no me lleno por más que coma todo lo que me den. Y Felipa también sabe de eso... Dicen en la calle que yo estoy loco porque jamás se me acaba el hambre. Mi madrina ha oído que eso dicen. Yo no lo he oído. Mi madrina no me deja salir solo a la calle. Cuando me saca a dar la vuelta es para llevarme a la iglesia a oír misa. Allí me acomoda cerquita de ella y me amarra las manos con las barbas de su rebozo. Y no sé por qué me amarrará mis manos; pero dice que porque dizque luego hago locuras. Un día inventaron que yo andaba ahorcando a alguien; que le apreté el pescuezo a una señora nada más por nomás. Yo no me acuerdo. Pero, a todo esto, es mi madrina la que dice lo que yo hago y ella nunca anda con mentiras. Cuando me llama a comer, es para darme mi parte de comida, y no como otra gente que me invitaba a comer con ellos y luego que me les acercaba, me apedreaban hasta hacerme correr sin comida ni nada. No, mi madrina me trata bien. Por eso estoy contento en su casa. Además, aquí vive Felipa. Felipa es muy buena conmigo. Por eso la quiero... La leche de Felipa es dulce como las flores del obelisco. Yo he bebido leche de chiva y también de puerca recién parida; pero no, no es igual de buena que la leche de Felipa... Ahora ya hace mucho tiempo que no

me da a chupar de los bultos esos que ella tiene donde tenemos solamente las costillas, y de donde le sale, sabiendo sacarla, una leche mejor que la que nos da mi madrina en el almuerzo de los domingos... Felipa antes iba todas las noches al cuarto donde yo duermo, y se arrimaba conmigo, acostándose encima de mí o echándose a un ladito. Luego se las agujereaba para que yo pudiera chupar de aquella leche dulce y caliente que se dejaba venir en chorros por la lengua... Muchas veces he comido flores de obelisco para entretener el hambre. Y la leche de Felipa era de ese sabor, sólo que a mí me gustaba más porque, al mismo tiempo que me pasaba los tragos, Felipa me hacía cosquillas por todas partes. Luego sucedía que casi siempre se quedaba dormida junto a mí, hasta la madrugada. Y eso me servía de mucho; porque yo no me apuraba del frío ni de ningún miedo a condenarme en el infierno si me moría yo solo allí, en alguna noche... A veces no le tengo tanto miedo al infierno. Pero a veces sí. Luego me gusta darme mis buenos sustos con eso de que me voy a ir al infierno cualquier día de éstos por tener la cabeza tan dura y por gustarme dar de cabezazos contra lo primero que encuentro. Pero viene Felipa y me espanta mis miedos. Me hace cosquillas con sus manos como ella sabe hacerlo y me ataja el miedo ese que tengo de morirme. Y por un ratito hasta se me olvida... Felipa dice, cuando tiene ganas de estar conmigo, que ella le contará al Señor todos mis pecados. Que irá al cielo muy pronto y platicará con Él pidiéndole que me perdone toda la mucha maldad que me llena el cuerpo de arriba abajo. Ella le dirá que me perdone, para que yo no me preocupe más. Por eso se confiesa todos los días. No porque ella sea mala, sino porque yo estoy repleto por dentro de demonios, y tiene que sacarme esos chamucos del cuerpo confesándose por mí. Todos los días. Todas las tardes de todos los días. Por toda la vida ella me hará ese favor. Eso dice Felipa. Por eso yo la quiero tanto... Sin embargo, lo de tener la cabeza así de dura es la gran cosa. Uno da de topes contra los pilares del corredor horas enteras y la cabeza no se hace nada, aguanta sin quebrarse. Y uno da de topes contra el suelo; primero despacito, después más recio y aquello suena como un tambor. Igual que el tambor que anda con la chirimía a la función del Señor. Y entonces uno está en la iglesia, amarrado a la madrina, oyendo afuera el tum tum del tambor... Y mi madrina dice que si en mi cuarto hay chinches y cucarachas y alacranes es porque me voy a ir a arder en el infierno si sigo con mis mañas de pegarle al suelo con mi cabeza. Pero lo que

yo quiero es oír el tambor. Eso es lo que ella debería saber. Oírlo, como cuando uno está en la iglesia, esperando salir pronto a la calle para ver cómo es que aquel tambor se oye de tan lejos, hasta lo hondo de la iglesia y por encima de las condenaciones del señor cura... “El camino de las cosas buenas está lleno de luz. El camino de las cosas malas es oscuro”. Eso dice el señor cura... Yo me levanto y salgo de mi cuarto cuando todavía está a oscuras. Barro la calle y me meto otra vez en mi cuarto antes que me agarre la luz del día. En la calle suceden cosas. Sobra quién lo descalabre a pedradas apenas lo ven a uno. Llueven piedras grandes y filosas por todas partes. Y luego hay que remendar la camisa y esperar muchos días a que se remienden las rajaduras de las rodillas. Y aguantar otra vez que le amarren a uno las manos, porque si no ellas corren a arrancar la costra del remiendo y vuelve a salir el chorro de sangre. Ora que la sangre también tiene buen sabor, aunque, eso sí no se parece al sabor de la leche de Felipa... Yo por eso, para que no me apedreen, me vivo siempre metido en mi casa. En seguida que me dan de comer me encierro en mi cuarto y atranco bien la puerta para que no den conmigo los pecados mirando que aquello está a oscuras. Y ni siquiera prendo el ocote para ver por dónde se me andaban subiendo las cucarachas. Ahora me estoy quietecito. Me acuesto sobre mis costales, y en cuanto siento alguna cucaracha caminar con sus patas rasposas por mi pescuezo le doy un manotazo y la aplasto. Pero no prendo el ocote. No vaya a suceder que me encuentren desprevenido los pecados por andar con el ocote prendido buscando todas las cucarachas que se meten por debajo de mi cobija... Las cucarachas truenan como saltapericos cuando uno las destripa. Los grillos no sé si truenen. A los grillos nunca los mato. Felipa dice que los grillos hacen ruido siempre, sin pararse ni a respirar, para que no se oigan los gritos de las ánimas que están penando en el purgatorio. El día en que se acaben los grillos, el mundo se llenará de los gritos de las ánimas santas y todos echaremos a correr espantados por el susto. Además, a mí me gusta mucho estarme con la oreja parada oyendo el ruido de los grillos. En mi cuarto hay muchos. Tal vez haya más grillos que cucarachas aquí entre las arrugas de los costales donde yo me acuesto. También hay alacranes. Cada rato se dejan caer del techo y uno tiene que esperar sin resollar a que ellos hagan su recorrido por encima de uno hasta llegar al suelo. Porque si algún brazo se mueve o empiezan a temblarle a uno los huesos, se siente en seguida el ardor del piquete. Eso duele. A Felipa le picó una vez

uno en una nalga. Se puso a llorar y a gritar con gritos queditos a la Virgen Santísima para que no le echara a perder su nalga. Yo le unté saliva. Toda la noche me la pasé untándole saliva y rezando con ella, y hubo un rato, cuando vi que no se aliviaba con mi remedio, en que yo también le ayudé a llorar con mis ojos todo lo que pude... De cualquier modo, yo estoy más a gusto en mi cuarto que si anduviera en la calle llamando la atención de los amantes de aporrear gente. Aquí nadie me hace nada. Mi madrina no me regaña porque me vea comiéndome las flores de su obelisco, o sus arrayanes, o sus granadas. Ella sabe lo entrado en ganas de comer que estoy siempre. Ella sabe que no se me acaba el hambre. Que no me ajusta ninguna comida para llenar mis tripas aunque ande a cada rato pellizcando aquí y allá cosas de comer. Ella sabe que me como el garbanzo remojado que le doy a los puercos gordos y el maíz seco que le doy a los puercos flacos . Así que ella ya sabe con cuánta hambre ando desde que me amanece hasta que me anochece. Y mientras encuentre de comer aquí en esta casa, aquí me estaré. Porque yo creo que el día en que deje de comer me voy a morir, y entonces me iré con toda seguridad derecho al infierno. Y de allí ya no me sacará nadie, ni Felipa, aunque sea tan buena conmigo, ni el escapulario que me regaló mi madrina y que tengo enredado en el pescuezo... Ahora estoy junto a la alcantarilla esperando a que salgan las ranas. Y no ha salido ninguna en todo este rato que llevo platicando. Si tardan más en salir, puede suceder que me duerma, y luego ya no habrá modo de matarlas, y a mi madrina no le llegará por ningún lado el sueño si las oye cantar, y se llenará de coraje. Y entonces le pediré, a alguno de toda la hilera de santos que tiene en su cuarto, que mande a los diablos por mí, para que me lleven a rastras a la condenación eterna, derecho, sin pasar ni siquiera por el purgatorio, y yo no podré ver entonces ni a m papá ni a mi mamá, que es allí donde están... Mejor seguiré platicando... De lo que más ganas tengo es de volver a probar algunos tragos de la leche de Felipa, aquella leche buena y dulce como la miel que le sale por debajo de las flores del obelisco.

El anillo (Elena Garro) 1920

Elena Garro

Destacada autora, dramaturga, guionista y periodista mexicana. Impulsó la literatura mexicana durante los años que vivió en Europa y Estados Unidos. Su nombre se asoció por muchos años con el de Octavio Paz, quien fue su esposo y padre de su hija. Sin embargo, tuvieron trayectorias intelectuales distintas. Trabajó con Borges en la creación de la *Antología de literatura fantástica* que recoge los cuentos de escritores latinoamericanos destacados en este género (incluyéndola a ella).

Características generales:

Sus narraciones tienen aspectos del llamado “realismo mágico”, corriente literaria que utilizaron muchos escritores latinoamericanos. Puede hacer que lo inverosímil parezca real y lo real dimensionarlo a lo mágico.

Va contra las leyes de la lógica y puede presentarse como algo insólito y sobrenatural.

Garro convivió con escritores europeos que ya empleaban nuevos procedimientos narrativos, alejados del realismo típico. De esta forma, se impregna de una realidad más subjetiva, cambiante y compleja. Se aleja de la idea de presentar narraciones que buscan únicamente los ámbitos sociales.

Su tesis más conocida y difundida en muchos de sus relatos es el del “tiempo roto”*.

Se refiere al choque de tiempos disímbolos (prehispánico y español). El primero giratorio, renovable y cíclico; el segundo de un dios inmortal y un tiempo infinito. El tiempo que en consecuencia se vive es el de ruptura, implicando con ello un rasgo de identidad indefinida.

Como Rulfo, trata el tema de la marginalidad, la soledad, el abandono, el abuso, el machismo, entre otros temas.

Temas destacados del cuento:

Narrado en primera persona por Camila; atmósfera de desolación y miseria.

El anillo constituye el eje de la historia y cobra un valor simbólico:

Puede verse como la distinción que desea hacer Camila a su hija Severina; una alianza de amor entre madre e hija, en la cual Camila busca hacer parecer distinta a Severina; en un contexto más amplio como si a través de la posesión material de la prenda pudiera hacer que su hija no repitiera su historia (hacerla digna, distinta, etc.). El robo del anillo por Adrian implica el robo de su virginidad, el arrebato, la alianza destruída. Adrian porta después el anillo como emblema de supremacía. El anillo es también motivo de venganza (Camila quiere evitar que éste se case).

El final del anillo como víbora enroscada puede tener una doble connotación: de pecado original (occidental) y de fertilidad (prehispánico). Implica también la circularidad de lo que a la vista se ve como un tiempo repetible.

Existe también un choque cultural en el aborto de Severina (el “sacarle el mal”, producto de una visión indigenista).

El anillo crea también dos estructuras: masculina (patriarcado de Gabino, repetición en Adrian); actitudes machistas, aprendidas, repetidas (tienda “El capricho”) y femenina (Camila, repite su historia Severina). Mujeres marcadas por el fatalismo y la resignación. La hija repite el destino de la madre. La maternidad de Severina se ve frustrada a cambio de salvar su dignidad, pero pierde el sentido de su existencia.

Choque cultural presente en el cuento; pasado indio que se funde con el tiempo moderno, típica condición mestiza.

Como Rulfo, enfatiza la existencia de esta cultura periférica a la organización social general, destacando así su marginalidad. Otros aspectos que identifican a estos dos autores: el ritmo natural de su prosa, la reproducción del lenguaje típico, la sencillez e ingenuidad frente a problemas graves; personajes inmóviles ante un destino que no ofrece salidas; ignorancia, superstición, etc. No hacen “denuncias” sociales, sino que exponen sin dar soluciones.

El anillo¹⁵

-Siempre fuimos pobres, señor, y siempre fuimos desgraciados, pero no tanto como ahora en que la congoja campea por mis cuartos y corrales. Ya sé que el mal se presenta en cualquier tiempo y que toma cualquier forma, pero nunca pensé que tomara la figura de un anillo. Cruzaba yo la Plaza de los Héroes, estaba oscureciendo y la boruca de los pájaros en los laureles empezaban a calmarse. Se me había hecho tarde. “Quién sabe qué estarán haciendo mis muchachos”, me iba yo diciendo. Desde el alba me había venido para Cuernavaca. Tenía yo urgencia de llegar a mi casa, porque mi esposo, como es debido cuando una es mal casada, bebe, y cuando yo me ausento se dedica a golpear a mis muchachos. Con mis hijos ya no se mete, están grandes, señor, y Dios no lo quiera, pero podrían devolverle el golpe. En cambio con las niñas se desquita. Apenas salía yo de la calle que baja del mercado, cuando me cogió la lluvia. Llovía tanto, que se habían formado ríos en las banquetas. Iba yo empinada para guardar mi cara de la lluvia, cuando vi brillar a mi desgracia en medio del agua que corría entre las piedras. Parecía una serpiente de oro, bien entumida por la frescura del agua. A su lado se formaban remolinos chiquitos.

“¡Andale, Camila, un anillo dorado!” y me agaché y lo cogí. No fue robo. La calle es la calle y lo que pertenece a la calle nos pertenece a todos. Estaba bien frío y no tenía ninguna piedra: era una alianza. Se secó en la palma de mi mano y no me pareció que extrañara ningún dedo, porque se me quedó quieto y se entibió luego. En el camino a mi casa me iba yo diciendo: “Se lo daré a Severina, mi hijita mayor.” Somos tan pobres, que nunca hemos tenido ninguna alhaja y mi lujo, señor, antes de que nos desposeyeran de las tierras para hacer el mentado tiro al pichón en donde nosotros sembrábamos, fue comprarme unas chancitas de charol con trabilla, para ir al entierro de mi niño. Usted debe acordarse, señor, de aquel día en que los pistoleros de Legorreta lo mataron a causa de las tierras. Ya entonces éramos pobres, pero desde ese día sin mis tierras y sin mi hijo mayor, hemos quedado verdaderamente en la desdicha. Por eso cualquier gustito nos da tantísimo gusto. Me encontré a mis muchachos sentados alrededor del comal.

¹⁵ Garro, Elena. "El anillo" en *La semana de colores*. México. Grijalbo. 1987.

-¡Anden, hijos! ¿Cómo pasaron el día?

-Aguardando su vuelta –me contestaron. Y vi que en todo el día no habían probado bocado.

-Enciendan la lumbre, vamos a cenar.

Los muchachos encendieron la lumbre y yo saqué el cilantro y el queso.

-¡Qué gustosos andaríamos con un pedacito de oro! –dije yo preparando la sorpresa- ¡Qué suerte la de la mujer que puede decir que sí o que no, moviendo sus pendientes de oro!

-Sí, qué suerte... –dijeron mis muchachitos.

-¡Qué suerte la de la joven que puede señalar con su dedo para lucir un anillo! –dije.

Mis muchachos se echaron a reír y yo saqué el anillo y lo puse en el dedo de mi hija Severina. Y allí paró todo, señor, hasta que Adrián no trabaja más que dos o tres veces a la semana reparando las cercas de piedra. Los más de los días los pasaba en la puerta de “El Capricho” mirando cómo comprábamos la sal y las botellas de refrescos. Un día detuvo a mi hija Aurelia.

-¿Oye, niña, de qué está hecha tu hermanita Severina?

-Yo no sé... –le contestó la inocente.

-Oye, niña, ¿y esa mano en la que lleva el anillo a quién se la regaló?

-Yo no sé... –le contestó la inocente.

-Mira, niña, dile a tu hermanita Severina que cuando compre la sal me deje que se la pague y que me deje mirar sus ojos.

-Si, joven –le contestó la inocente. Y llegó a platicarle a su hermana lo que había dicho Adrián.

La tarde del siete de mayo estaba terminando. Hacía mucho calor y el trabajo nos había dado sed a mi hija Severina y a mí.

-Anda, hija, ve a comprar unos refrescos.

Mi hija se fue y yo me quedé esperando su vuelta sentada en el patio de mi casa. En la espera me puse a mirar cómo el patio estaba roto y lleno de polvo. Ser pobre, señor, es irse quebrando como cualquier ladrillo muy pisado. Así somos los pobres, ni quien nos mire y todos nos pasan por encima. Ya usted mismo lo vio, señor, cuando mataron a mi hijito mayor para quitarnos las tierras. ¿Qué pasó? Que el asesino Legorreta se hizo un palacio sobre mi terreno y ahora tiene sus reclinatorios de seda blanca en la iglesia del pueblo y los domingos cuando viene desde México la llena con sus pistoleros y sus familiares, y nosotros los descalzos mejor no entramos para no ver tanto desacato. Y de sufrir tanta injusticia, se nos juntan los años y no9s barren el gusto y la alegría y se queda uno como un montón de tierra antes de que la tierra nos cobije. En esos pensamientos andaba yo, sentada en el patio de mi casa, ese siete de mayo. “¡Mírate, Camila, bien fregada! Mira a tus hijos. ¿Qué van a durar? ¡Nada! Antes de que lo sepan estarán aquí sentados, si es que no están muertos como mi difuntito asesinado, con la cabeza ardida por la pobreza, y los años colgándoles como piedras, contando los días en que no pasaron hambre”... Y me fui, señor, a caminar mi vida. Y vi que todos los caminos estaban llenos con las huellas de mis pies. ¡Cuánto se camina! ¡Cuánto se rodea! Y todo para nada o para encontrar una mañana a su hijito tirado en la milpa con la cabeza rota por los máuseres y la sangre saliéndole por la boca. No lloré, señor. Si el pobre empezara a llorar, sus lágrimas ahogarían al mundo, porque motivo para llanto son todos los días. Ya me dará Dios lugar para llorar, me estaba yo diciendo, cuando me vi que estaba en el corredor de mi casa esperando la vuelta de mi hijita Severina. La lumbre estaba apagada y los perros estaban ladrando como ladran en la noche, cuando las piedras cambian de lugar. Recordé que mis hijos se habían ido con su papá a la peregrinación del Día de la Cruz en Guerrero y que no iban a volver hasta el día nueve. Luego recordé que Severina había ido a “El Capricho”. “¿Dónde fue mi hija que no ha vuelto?” Miré el cielo y vi cómo los estrellas iban a la carrera. Bajé mis ojos y me hallé con los de Severina, que me miraban tristes desde un pilar.

-Aquí tiene su refresco –me dijo con una voz en la que acababan de sembrar a la desdicha.

Me alcanzó la botella de refresco y fue entonces cuando vi que su mano estaba hinchada y que el anillo no lo llevaba.

-¿Dónde está tu anillo, hija?

-Acuéstese, mamá.

Se tendió en su camita con los ojos abiertos. Yo me tendí junto a ella. La noche pasó larga y mi hijita no volvió a usar la palabra en muchos días. Cuando Gabino llegó con los muchachos, Severina ya empezaba a secarse.

-¿Quién le hizo el mal? –preguntó Gabino y se arrinconó y no quiso beber alcohol en muchos días.

Pasó el tiempo y Severina seguía secándose. Sólo su mano seguía hinchada. Yo soy ignorante, señor, nunca fui a la escuela, pero me fui a Cuernavaca a buscar al doctor Adame, con domicilio en Aldana 17.

-Doctor, mi hija se está secando...

El doctor se vino conmigo al pueblo. Aquí guardo todavía sus recetas. Camila sacó unos papeles arrugados.

-¡Mamá! ¿Sabes quién le hinchó la mano a Severina? –me preguntó Aurelia.

-No, hija, ¿quién?

-Adrián, para quitarle el anillo.

¡Ah, el ingrato!, y en mis adentros veía que en las recetas del doctor Adame no la podían aliviar. Entonces, en la mañana, me fui a ver a Leonor, la tía del nombrado Adrián.

-Pasa, Camila.

Entré con precauciones: mirando para todos lados para ver si lo veía.

-Mira, Leonor, yo no sé quién es tu sobrino, ni qué lo trajo al pueblo, pero quiero que me devuelva el anillo que le quitó a mi hija, pues de él se vale para hacerle mal.

-¿Qué anillo?

-El anillo que yo le regalé a Severina. Adrián con sus propias manos se lo sacó en “El Capricho” y desde entonces ella está desconocida.

-No vengas a ofender, Camila. Adrián no es hijo de bruja.

-Leonor, dile que me devuelva el anillo por el bien de él y de toda su familia.

-¡Yo no puedo decirle nada! Ni me gusta que ofendan a mi sangre bajo mi techo.

Me fui de allí y toda la noche velé a mi niña. Ya sabe, señor, que lo único que la gente regala es el mal. Esta noche Severina empezó a hablar el idioma de los maleados. ¡Ay, Jesús bendito, no permitas que mi hija muera endemoniada! Y me puse a rezar una Magnífica. Mi comadre Gabriel, aquí presente, me dijo: “Vamos por Fulgencia, para que le saque el mal del pecho.” Dejamos a la niña en compañía de su padre y sus hermanos y nos fuimos por Fulgencia. Luego, toda la noche Fulgencia curó a la niña, cubierta con una sábana.

-Después de que cante el primer gallo, le habré sacado el mal –dijo.

Y así fue señor, de repente Severina se sentó en la cama y gritó: “¡Ayúdame mamacita!” Y echó por la boca un animal tan grande como mi mano. El animal traía entre sus patas pedacitos de su corazón. Porque mi niña tenía al animal amarrado a su corazón... Entonces cantó el primer gallo.

-Mira –me dijo Fulgencia- ahora que te devuelvan el anillo, porque de los tres meses habrán crecido las crías.

Apenas amaneció, me fui a las cercas a buscar al ingrato. Allí lo esperé. Lo vi venir, no venía silbando, con un pie venía trayendo a golpecitos una piedra. Traía los ojos bajos y las manos en los bolsillos.

-Mira, Adrián el desconocido, no sabemos de dónde vienes, ni quiénes fueron tus padres, y sin embargo te hemos recibido aquí con cortesía. Tú en cambio andas dañando a las jóvenes. Yo soy la madre de Severina y te pido que me devuelvas el anillo con el que le haces el mal.

-¿Qué anillo? –me dijo ladeando la cabeza. Y vi que sus ojos brillaban con gusto.

-El que le quitaste a mi hijita en “El Capricho”.

-Lo dijo Aurelia.

-¿Acaso lo ha dicho la propia Severina?

-¡Cómo lo ha de decir si está dañada!

-¡Humm...! Pues cuántas cosas se dicen en este pueblo. ¡Y quién lo dijera con tan bonitas mañanas!

-Entonces ¿no me lo vas a dar?

-¿Y quién lo dijo que lo tengo?

-Yo te voy a hacer el mal ti y a toda tu familia –le prometí.

Lo dejé en las cercas y me volví a mi casa. Me encontré a Severina sentadita en el corral, al rayo del sol. Pasaron los días y la niña se empezó a mejorar. Yo andaba trabajando en el campo y Fulgencia venía para cuidarla.

-¿Ya te dieron el anillo?

-No

-Las crías están creciendo.

Seis veces fui a ver al ingrato Adrián a rogarle que me devolviera el anillo. Y seis veces se recargó contra las cercas y me lo negó gustoso.

-Mamá, dice Adrián que aunque quisiera no podría devolver el anillo, porque lo machacó con una piedra y lo tiró a una barranca. Fue una noche que andaba borracho y no se acuerda de cuál barranca fue.

-Dile que me diga cuál barranca es para ir a buscarlo.

-No se acuerda... –me repitió mi hija Aurelia y se me quedó mirando con la primera tristeza de su vida. Me salí de mi casa y me fui a buscar a Adrián.

-Mira, desconocido, acuérdate de la barranca en la que tiraste el anillo.

-¿Qué barranca?

-En la que tiraste el anillo.

-¿Qué anillo?

-¿No te quieres acordar?

-De lo único que me quiero acordar es que de aquí a catorce días me caso con mi prima Inés.

-¿La hija de tu tía Leonor?

-Sí, con esa joven.

-Es muy nueva la noticia.

-Tan nueva de esta mañana...

-Antes me vas a dar el anillo de mi hija Severina. Los tres meses ya se están cumpliendo.

Adrián se me quedó mirando, como si me mirara de muy lejos, se recargó en la cerca y adelantó un pie.

-Eso sí que no se va a poder...

Y allí se quedó, mirando al suelo. Cuando llegué a mi casa, Severina se había tendido en su camita. Aurelia me dijo que no podía caminar. Mandé traer a Fulgencia. Al llegar nos contó que la boda de Inés y de Adrián era para un domingo y que ya habían invitado a las familias. Luego miró a Severina con mucha tristeza.

-Tu hija no tiene cura. Tres veces le sacaremos el mal y tres veces dejará crías. No cuentes más con ella.

Mi hija empezó a hablar el idioma desconocido y sus ojos se clavaron en el techo. Así estuvo varios días y varias noches. Fulgencia no podía sacarle el mal, hasta que llegara a su cabal tamaño. ¿Y quién nos dice, señor, que anoche se nos pone tan malísima? Fulgencia le sacó al segundo animal con pedazos muy grandes de su corazón, pero bastante grande para que el tercer animal se prenda de él. Esta mañana mi niña estaba como muerta y yo oí que repicaban las campanas.-¿Qué es ese ruido, mamá?

-Campanas, hija...

-Se está casando Adrián –le dijo Aurelia.

Y yo, señor, me acordé del ingrato y del festín que estaba viviendo mientras mi hija moría.

-Ahora vengo –dije.

Y me fui cruzando el pueblo y llegué a casa de Leonor.

-Pasa, Camila.

Había mucha gente y muchas cazuelas de mole y botellas de refrescos. Entré mirando por todas partes, para ver si lo veía. Allí estaba con la boca risueña y los ojos serios. También estaba Inés, bien risueña, y allí estaban sus tíos y sus primos los Cadena, bien risueños.

-Adrián, Severina ya no es de este mundo. No sé si le quede un pie de tierra para retoñar. Dime en que barranca tiraste el anillo que la está matando.

Adrián se sobresaltó y luego le vi el rencor en los ojos.

-Yo no conozco barrancas. Las plantas se secan por mucho sol y falta de riego. Y las muchachas por estar hechas para alguien y quedarse sin nadie...

Todos oímos el silbar de sus palabras enojadas.

-Severina se está secando, porque fue hecha para alguien que no fuiste tú. Por eso le has hecho el maleficio. ¡Hechicero de mujeres!

-Doña Camila, no es usted la que sabe para quién está hecha su hijita Severina.

Se echó para atrás y me miró con los ojos encendidos. No parecía el novio de este domingo: no le quedó la menor huella del gozo, ni el recuerdo de la risa.

-El mal está hecho. Ya es tarde para el remedio.

Así dijo el desconocido de Ometepc y se fue haciendo para atrás, mirándome con más enojo. Yo me fui hacia él, como si me llevaran sus ojos. “Se va a desaparecer”, me fui diciendo, mientras caminaba hacia delante y él avanzaba para atrás, cada vez más enojado. Así salimos hasta la calle, porque él me seguía llevando, con las llamas de sus ojos. “Va a mi casa a matar a Severina”, le leí el pensamiento, señor, porque para allá se

encaminaba, de espaldas, buscando el camino con sus talones. Le vi su camisa blanca, llameante, y luego, cuando torció la esquina de mi casa, se la vi bien roja. No sé cómo, señor, alcancé a darle en el corazón, antes de que acabara con mi hijita Severina...

Camila guardó silencio. El hombre de la comisaría la miró aburrido. La joven que tomaba las declaraciones en taquigrafía detuvo el lápiz. Sentados en unas sillas de tule, los deudos y la viuda de Adrián Cadena bajaron la cabeza. Inés tenía sangre en el pecho y los ojos secos.

Gabino movió la cabeza apoyando las palabras de su mujer.

-Firme aquí, señora, y despídase de su marido porque la vamos a encerrar.

-Yo no sé firmar.

Los deudos de Adrián Cadena se volvieron a la puerta por la que acababa de aparecer Severina. Venía pálida y con las trenzas deshechas.

-¿Por qué lo mató, mamá... ? Yo le rogué que no se casara con su prima Inés. Ahora el día que yo muera, me voy a topar con su enojo por haberlo separado de ella...

Severina se tapó la cara con las manos y Camila no pudo devenir nada.

La sorpresa la dejó muda mucho tiempo.

-¡Mamá, me dejó usted el camino solo...!

Severina miró a los presentes. Sus ojos cayeron sobre Inés, ésta se llevó la mano al pecho y sobre su vestido de linón rosa acarició la sangre seca de Adrián Cadena.

-Mucho lloró la noche en que Fulgencia te sacó a su niño. Después, de sentimiento quiso casarse conmigo. Era huérfano y yo era su prima. Era muy desconocido en sus amores y en sus maneras... -dijo Inés bajando los ojos, mientras su mano acariciaba la sangre de Adrián Cadena.

Al rato le entregaron la camisa rosa de su joven marido: cosido en el lugar del corazón había una alianza, como una serpentita de oro y en ella grabadas las palabras: "Adrián y Severina gloriosos."

El ahogado más hermoso del mundo (Gabriel García Márquez) 1928-

Gabriel García Márquez

Escritor colombiano quien, desde joven, se destacó en el periodismo de su país, convirtiéndose en uno de los cronistas más importantes de su época. Vivió en distintas capitales europeas, sobre todo, en París en donde se vinculó a movimientos literarios importantes, los cuales se publicaban en distintas revistas latinoamericanas. Tuvo especial interés por los escritores norteamericanos (entrevistó Faulkner, Hemingway, etc.). Asimismo, se vinculó a ideologías políticas como fue el caso de la Revolución Cubana. Viaja a Cuba en 1959 para documentar el triunfo de los revolucionarios cubanos. Desde 1962 reside en México y fue Premio Nobel de Literatura en 1982.

Se considera a García Márquez como uno de los representantes más importantes del llamado Realismo Mágico.

Realismo Mágico:

Fue un concepto divulgado por el crítico alemán Franz Roh (1920) para definir las nuevas corrientes pictóricas expresionistas (como Chagall, Dali, Picasso, etc.) y algunos otros pintores también surrealistas. Se refiere a plasmar una realidad que se puede transformar, destacando lo incongruente de la misma. Va contra las leyes naturales de la lógica, presentándose como algo insólito y, en ocasiones, sobrenatural.

En los años 60 se comenzó a utilizar el término “realismo mágico” para definir algunas obras literarias, las cuales exploraban otra realidad escondida bajo una realidad inmediata. La definición de este término se asoció con escritores como Rulfo, Garro, G. Márquez, Alejo Carpentier y otros, quienes se proponían dar rienda suelta a una libertad imaginativa que exigía nuevos procedimientos narrativos y no sólo los tradicionales (influencia de Europa y Estados Unidos). Logra una fusión de localismo y universalidad; mezcla la realidad inmediata con aspectos típicos, en palabras de G.Márquez: “El realismo mágico ha tenido que pedirle muy poco a la imaginación, ya que es el testimonio de la realidad sobrenatural y maravillosa de América Latina”. Se

nutre de leyendas, mitos prehispánicos, universales, etc con su realidad circundante. Sin embargo, hay confusión en este término ya que no todas las obras de estos autores emplean este procedimiento, o bien, escritores como Borges, Cortázar, Bioy Casares o Ma Luisa Bombal utilizan elementos de tipo “fantástico” sin que sea realismo mágico.

Características generales:

-Experimenta con distintos temas, tonos y formas de narrar, pero su narrativa no le impide comunicarse fácilmente con el lector (cuenta claramente).

-Constantemente alude en sus narraciones la percepción de la realidad latinoamericana y el sentido de lo mágico o maravilloso.

-Integra en sus narraciones una sintaxis clara, nada rebuscada, pero con frases muy inventivas, en ocasiones, con un tono metafórico.

-Recrea el tono coloquial y abundan los giros de la lengua española, sobre todo, los adjetivos.

-Sus temas se abren a planos históricos, míticos y simbólicos.

-Se considera un autor capaz de satisfacer a lectores exigentes e iniciados.

Temas destacados del cuento:

Este cuento se puede considerar una narración tipo relato. Narrado en tercera persona, el narrador cumple sólo con la función de narrar hechos, muchos de ellos de orden mágico, como si se tratara de algo verosímil.

El cuento carece de diálogos y su descripción se aproxima a la de un mito. En éste se combinan las creencias ancestrales y se representa la gestación colectiva de un rito de iniciación, en el cual se entrelazan el culto a la fertilidad y otras nociones de orden tribal.

El ahogado llega a través del mar, elemento que refuerza la idea de algún tipo de mito de regeneración. Es bautizado por el pueblo, irradia una presencia poética, comienza a invadir la conciencia de cada uno de los habitantes, incita la introspección,

desata deseos reprimidos, etc; en breve, despierta el potencial imaginativo de la comunidad, la cual vivía en la apatía, la estrechez, la amargura y la soledad.

Al llevar al ahogado cargándolo por las calles, la colectividad tuvo conciencia por vez primera de la desolación de sus calles, la aridez de sus patios, la pobreza de sus sueños frente al esplendor y la hermosura de su ahogado.

Esteban (el ahogado) no tiene voz, su función no es expresarse sino ser simbólicamente una fuente generadora de imágenes para los que vivían sin hacer uso de ella. El ahogado, así, revive la vitalidad del pueblo y cumplido su objetivo debe de regresar al mar. Sin embargo, ha tocado con su magia a la gente, transformándola; ha creado una nueva percepción de la realidad.

En este sentido se puede concluir que el cuento apunta a mostrar que la imaginación es una importante forma de conocimiento.

G.Márquez y muchos otros artistas, usan como motivo el mar. Éste es un motivo recurrente en el arte y en la vida del hombre a través de la historia. El mundo real, el imaginario o el onírico se han expresado a través del mar. Del mar han surgido los mitos de muchas culturas; por él ha transitado la historia de todos los pueblos.

El ahogado más hermoso del mundo¹⁶

Los primeros niños que vieron el promontorio oscuro y sigiloso que se acercaba por el mar, se hicieron la ilusión de que era un barco enemigo. Después vieron que no llevaba banderas ni arboladura, y pensaron que fuera una ballena. Pero cuando quedó varado en la playa le quitaron los matorrales de sargazos, los filamentos de medusas y los restos de cardúmenes y naufragios que llevaba encima, y sólo entonces descubrieron que era un ahogado.

Habían jugado con él toda la tarde, enterrándolo y desenterrándolo en la arena, cuando alguien los vio por casualidad y dio la voz de alarma en el pueblo. Los hombres que lo cargaron hasta la casa más próxima notaron que pesaba más que todos los

¹⁶ García Márquez, Gabriel. "El ahogado más hermoso del mundo" en *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. México. Diana. 1986

mueritos conocidos, casi tanto como un caballo, y se dijeron que tal vez había estado demasiado tiempo a la deriva y el agua se le había metido dentro de los huesos. Cuando lo tendieron en el suelo vieron que había sido mucho más grande que todos los hombres, pues apenas si cabía en la casa, pero pensaron que tal vez la facultad de seguir creciendo después de la muerte estaba en la naturaleza de ciertos ahogados. Tenía el olor del mar, y sólo la forma permitía suponer que era el cadáver de un ser humano, porque su piel estaba revestida de una coraza de rémora y de lodo.

No tuvieron que limpiarle la cara para saber que era un muerto ajeno. El pueblo tenía apenas una veinte casas de tablas, con patios de piedras sin flores, desperdigadas en el extremo de un cabo desértico. La tierra era tan escasa, que las madres andaban siempre con el temor de que el viento se llevara a los niños, y a los pocos muertos que les iban causando los años tenían que tirarlos en los acantilados. Pero el mar era manso y pródigo, y todos los hombres cabían en siete botes. Así que cuando encontraron el ahogado les bastó con mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que estaban completos.

Aquella noche no salieron a trabajar en el mar. Mientras los hombres averiguaban si no faltaba alguien en los pueblos vecinos, las mujeres se quedaron cuidando al ahogado. Le quitaron el lodo con tapones de esparto, le desenredaron del cabello los abrojos submarinos y le rasparon la rémora con fierros de desescamar pescados. A medida que lo hacían, notaron que su vegetación era de océanos remotos y de aguas profundas, y que sus ropas estaban en piltrafas, como si hubiera navegado por entre laberintos de corales. Notaron también que sobrellevaba la muerte con altivez, pues no tenía el semblante solitario de los otros ahogados del mar, ni tampoco la catadura sórdida y menesterosa de los ahogados fluviales. Pero solamente cuando acabaron de limpiarlo tuvieron conciencia de la clase de hombre que era, y entonces se quedaron sin aliento. No sólo era el más alto, el más fuerte, el más viril y el mejor armado que habían visto jamás, sino que todavía cuando lo estaban viendo no les cabía en la imaginación.

No encontraron en el pueblo una cama bastante grande para tenderlo ni una mesa bastante sólida para velarlo. No le vinieron los pantalones de fiesta de los hombres más

altos, ni las camisas dominicales de los más corpulentos, ni los zapatos del mejor plantado. Fascinadas por su desproporción y su hermosura, las mujeres decidieron entonces hacerle unos pantalones con un buen pedazo de vela cangreja, y una camisa de bramante de novia, para que pudiera continuar su muerte con dignidad. Mientras cosían sentadas en círculo, contemplando el cadáver entre puntada y puntada, les parecía que el viento no había sido nunca tan tenaz ni el Caribe había estado nunca tan ansioso como aquella noche, y suponían que esos cambios tenían algo que ver con el muerto. Pensaban que si aquel hombre magnífico hubiera vivido en el pueblo, su casa habría tenido las puertas más anchas, el techo más alto y el piso más firme, y el bastidor de su cama habría sido de cuadernas maestras con pernos de hierro, y su mujer habría sido la más feliz. Pensaban que habría tenido tanta autoridad que hubiera sacado los peces del mar con sólo llamarlos por sus nombres, y habría puesto tanto empeño en el trabajo que hubiera hecho brotar manantiales de entre las piedras más áridas y hubiera podido sembrar flores en los acantilados. Lo compararon en secreto con sus propios hombres, pensando que no serían capaces de hacer en toda una vida lo que aquel era capaz de hacer en una noche, y terminaron por repudiarlos en el fondo de sus corazones como los seres más escuálidos y mezquinos de la tierra. Andaban extraviadas por estos dédalos de fantasía, cuando la más vieja de las mujeres, que por ser la más vieja había contemplado al ahogado con menos pasión que compasión, suspiró:

-Tiene cara de llamarse Esteban.

Era verdad. A la mayoría le bastó con mirarlo otra vez para comprender que no podía tener otro nombre. Las más porfiadas, que eran las más jóvenes, se mantuvieron con la ilusión de que al ponerle la ropa, tendido entre flores y con unos zapatos de charol, pudiera llamarse Lautaro. Pero fue una ilusión vana. El lienzo resultó escaso, los pantalones mal cortados y peor cosidos le quedaron estrechos, y las fuerzas ocultas de su corazón hacían saltar los botones de la camisa. Después de la media noche se adelgazaron los silbidos del viento y el mar cayó en el sopor del miércoles. El silencio acabó con las últimas dudas: era Esteban. Las mujeres que lo habían vestido, las que lo habían peinado, las que le habían cortado las uñas y raspado la barba no pudieron reprimir un estremecimiento de compasión cuando tuvieron que resignarse a dejarlo

tirado por los suelos. Fue entonces cuando comprendieron cuánto debió haber sido de infeliz con aquel cuerpo descomunal, si hasta después de muerto le estorbaba. Lo vieron condenado en vida a pasar de medio lado por las puertas, a descalabrarse con los travesaños, a permanecer de pie en las visitas sin saber qué hacer con sus tiernas y rodadas manos de buey de mar, mientras la dueña de la casa buscaba la silla más resistente y le suplicaba muerta de miedo siéntese aquí Esteban, hágame el favor, y él recostado contra las paredes, sonriendo, no se preocupe señora, así estoy bien, con los talones en carne viva y las espaldas escaldadas de tanto repetir lo mismo en todas las visitas, no se preocupe, señora, así estoy bien, sólo para no pasar por la vergüenza de desbaratar la silla, y acaso sin haber sabido nunca que quienes le decían no te vayas Esteban, espérate siquiera hasta que hierva el café, eran los mismos que después susurraban ya se fue el bobo grande, qué bueno, ya se fue el tonto hermoso. Esto pensaban las mujeres frente al cadáver un poco antes del amanecer. Más tarde, cuando le taparon la cara con un pañuelo para que no le molestara la luz, lo vieron tan muerto para siempre, tan indefenso, tan parecido a sus hombres, que se les abrieron las primeras grietas de lágrimas en el corazón. Fue una de las más jóvenes la que empezó a sollozar. Las otras, alentándose entre sí, pasaron de los suspiros a los lamentos, y mientras más sollozaban más deseos sentían de llorar, porque el ahogado se les iba volviendo cada vez más Esteban, hasta que lo lloraron tanto que fue el hombre más desvalido de la tierra, el más manso y el más servicial, el pobre Esteban. Así que cuando los hombres volvieron con la noticia de que el ahogado no era tampoco de los pueblos vecinos, ellas sintieron un vacío de júbilo entre las lágrimas.

-¡Bendito sea Dios –suspiraron--: es nuestro!

Los hombres creyeron que aquellos aspavientos no eran más que frivolidades de mujer. Cansados de las tortuosas averiguaciones de la noche, lo único que querían era quitarse de una vez el estorbo del intruso antes de que prendiera el sol bravo de aquel día árido y sin viento. Improvisaron unas angarillas con restos de trinquetes y botavaras, y las amarraron con carlingas de altura, para que resistieran el peso del cuerpo hasta los acantilados. Quisieron encadenarle a los tobillos un ancla de buque mercante para que fondeara sin tropiezos en los mares más profundos donde los peces son ciegos y los

buzos se mueren de nostalgia, de manera que las malas corrientes no fueran a devolverlo a la orilla, como había sucedido con otros cuerpos. Pero mientras más se apresuraban, más cosas se les ocurrían a las mujeres para perder el tiempo. Andaban como gallinas asustadas picoteando amuletos de mar en los arcones, unas estorbando aquí porque querían ponerle al ahogado los escapularios del buen viento, otras estorbando allá para abrocharle una pulsera de orientación, y al cabo de tanto quítate de ahí mujer, ponte donde no estorbes, mira que casi me haces caer sobre el difunto, a los hombres se les subieron al hígado las suspicacias y empezaron a rezongar que con qué objeto tanta ferretería de altar mayor para un forastero, si por muchos estoperoles y calderetas que llevara encima se lo iban a masticar los tiburones, pero ellas seguían tripotando sus reliquias de pacotilla, llevando y trayendo, tropezando, mientras se les iba en suspiros lo que no se les iba en lágrimas, así que los hombres terminaron por despotricar que de cuándo acá semejante alboroto por un muerto al garete, un ahogado de nadie, un fiambre de mierda. Una de las mujeres, mortificada por tanta indolencia, le quitó entonces al cadáver el pañuelo de la cara, y también los hombres se quedaron sin aliento.

Era Esteban. No hubo que repetirlo para que lo reconocieran. Si les hubieran dicho Sir Walter Raleigh, quizás hasta ellos se habrían impresionado con su acento de gringo, con su guacamaya en el hombro, con su arcabuz de matar caníbales, pero Esteban solamente podía ser uno en el mundo, y allí estaba tirado como un sábalo, sin botines, con unos pantalones de sietemesino y esas uñas rocallosas que sólo podían cortarse a cuchillo. Bastó con que le quitaran el pañuelo de la cara para darse cuenta de que estaba avergonzado, de que no tenía la culpa de ser tan grande, ni tan pesado, ni tan hermoso, y si hubiera sabido que aquello iba a suceder habría buscado un lugar más discreto para ahogarse, en serio, me hubiera amarrado yo mismo un áncora de galeón en el cuello y hubiera trastabillado como quien no quiere la cosa por los acantilados, para no andar ahora estorbando con este muerto de miércoles, como ustedes dicen, para no molestar a nadie con esta porquería de fiambre que no tiene nada que ver conmigo. Había tanta verdad en su modo de estar, que hasta los hombres más suspicaces, los que sentían amargas las minuciosas noches del mar temiendo que sus mujeres se cansaran

de soñar con ellos para soñar con los ahogados, hasta esos, y otros más duros, se estremecieron en los tuétanos con la sinceridad de Esteban.

Fue así como le hicieron los funerales más espléndidos que podían concebirse para un ahogado expósito. Algunas mujeres que habían ido a buscar flores en los pueblos vecinos regresaron con otras que no creían lo que les contaban, y éstas se fueron por más flores cuando vieron al muerto, y llevaron más y más, hasta que hubo tantas flores y tanta gente que apenas si se podía caminar. A última hora les dolió devolverlo huérfano a las aguas, y le eligieron un padre y una madre entre los mejores, y otros se le hicieron hermanos, tíos y primos, así que a través de él todos los habitantes del pueblo terminaron por ser parientes entre sí. Algunos marineros que oyeron el llanto a la distancia perdieron la certeza del rumbo, y se supo de uno que se hizo amarrar al palo mayor, recordando antiguas fábulas de sirenas. Mientras se disputaban el privilegio de llevarlo en hombros por la pendiente escarpada de los acantilados, hombres y mujeres tuvieron conciencia por primer vez de la desolación de sus calles, la aridez de sus patios, la estrechez de sus sueños, frente al esplendor y la hermosura de su ahogado. Lo soltaron sin ancla, para que volviera si quería, y cuando lo quisiera, y todos retuvieron el aliento durante la fracción de siglos que demoró la caída del cuerpo hasta el abismo. No tuvieron necesidad de mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que ya no estaban completos, ni volverían a estarlo jamás. Pero también sabían que todo sería diferente desde entonces, que sus casas iban a tener las puertas más anchas, los techos más altos, los pisos más firmes, para que el recuerdo de Esteban pudiera andar por todas partes sin tropezar con los travesaños, y que nadie se atreviera a susurrar en el futuro ya murió el bobo más grande, qué lástima, ya murió el tonto hermoso, porque ellos iban a pintar las fachadas de colores alegres para eternizar la memoria de Esteban y se iban a romper el espinazo excavando manantiales en las piedras y sembrando flores en los acantilados, para que en los amaneceres de los años venturos los pasajeros de los grandes barcos despertaran sofocados por un olor de jardines en altamar, y el capitán tuviera que bajar de su alcázar con su uniforme de gala, con su astrolabio, su estrella polar y su ristra de medallas de guerra, y señalando el promontorio de rosas en el horizonte del Caribe dijera en catorce idiomas, miren allá, donde el viento es ahora tan

manso que se queda a dormir debajo de las camas, allá, donde el sol brilla tanto que no saben hacia dónde girar los girasoles, sí, allá, es el pueblo de Esteban.

Casa tomada (Julio Cortázar) 1914-1984

Julio Cortázar

De padres argentinos, nació en Bruselas y murió en París. Cortázar vivió en Argentina únicamente hasta 1950, años marcados por el peronismo. En París, se vinculó con los surrealistas y tuvo una destacada participación como escritor y como traductor de obras literarias del francés y el inglés al español; se reconoce en especial su traducción de las obras completas de E.Allan Poe. Cortázar es considerado como uno de los principales cuentistas de todos los tiempos, género que, junto con Borges, difundieron a esferas internacionales. No en vano se le llama a Cortázar “el Joyce de América”. También como Borges, nunca se consideró argentino o latinoamericano. Su única novela *Rayuela* fue aclamada en Europa como la mejor novela de los años 60.

Características generales:

Su narrativa se considera como típica del “género fantástico”, clasificación quizás real, aunque innecesaria como afirma Cortázar: “mi narrativa se considera fantástica porque se opone al realismo que muchos lectores buscan; esos que creen que todas las cosas pueden describirse y explicarse”.

Cortázar vuelve lo sorprendente cotidiano y con ello renueva la narrativa, dotándola de alcances metafísicos. Se revela contra la lógica y la razón en un intento por descubrir lo subyacente a la realidad.

Su obra manifiesta su condición de hombre universal, pues no sólo incorporó aspectos de la cultura occidental sino también de la oriental.

Usa el humor y la ironía, no es solemne y pone a prueba al lector. Lo lúdico se manifiesta para enfrentar al lector a los hábitos rígidos del pensamiento, el cual no permite que la imaginación aflore o que irrumpa lo fantástico. Sin embargo, no se trata de una fantasía sin control o que no apunta a destacar problemas y situaciones típicamente humanas.

Entre los muchos temas que trata, se encuentran: la incomunicación, soledad, falsas realidades, costumbre, monotonía, rompimiento de lo cotidiano. Narraciones inverosímiles con elementos disruptores que alteran la rutina.

De su vasta producción cuentística destaca la colección de *Bestiario* y *La autopista del sur*, *Historia de cronopios y famas*.

Temas destacados del cuento:

Como en otros cuentos de Cortázar, se plantea una situación rutinaria donde surge un elemento que irrumpe sin explicación. En este caso se trata de una casa, habitada por unos hermanos, quienes son explicados a través de sus ocupaciones cotidianas (leer-tejer) y los cuales enfrentan la confusión de un desorden inexplicable que ha entrado en su casa. A pesar de sus esfuerzos por mantener el orden, éste se vuelve desquiciado.

La estructura del cuento no presenta problemas, así como el lenguaje que incorpora. El tiempo es lineal, el espacio definido y los personajes descritos a detalle.

Primeramente, se introduce la casa, que podría considerarse como un personaje más.

El “matrimonio” de hermanos tiene actividades definidas: el “yo” anónimo que narra se ocupa de leer (actividad racional) e Irene de tejer (¿ecos míticos?).

Posteriormente, una presencia extraña invade la casa y los obliga a modificar sus hábitos (con resignación). Aunque reaccionan los primeros días, después se reacomodan a una nueva rutina. Ella sigue tejiendo, él encuentra una nueva actividad: reacomodar estampillas.

Al tiempo que el espacio físico de estos personajes se comprime más y más a causa de la fuerza extraña que tomó la casa, intentan encontrar un sentido a su tiempo (“matar el tiempo”, “se puede vivir sin pensar”). No sólo el espacio externo es invadido, sino el interno.

Por las noches, se manifiesta otro lenguaje (pesadillas y sueños) y se escuchan uno a otro. Sus sueños se asocian a la realidad apremiante de abandonar la casa.

Simbólicamente abandonar ese espacio rutinario que los cobijó, aunque manteniendo la ambigüedad hasta el final.

La interpretaciones son múltiples: la fractura de la rutinario confronta a elegir, a abandonar, a cambiar. La agresión a sus costumbres los confronta a una rebelión que, aunque al principio pasiva, puede interpretarse al final como positiva (o no). La racionalidad se presenta como un mecanismo de defensa que no permite el contacto con el interior de cada uno (el sueño los libera).

Cortázar mediante lo inexplicable de los sucesos de su cuento, no permite una lectura literal, sino una cargada de interrogantes con variadas interpretaciones. Sin embargo, claramente destaca la enajenación en oposición a lo cotidiano que sucede sin cuestionamientos.

Casa Tomada¹⁷

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos a mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos pocos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por los bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la

¹⁷ Cortázar, Julio. "Casa tomada" en *Bestiario*. México. Alfaguara. 1991.

echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pullover está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de debajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor de preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba la plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, ya al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por

el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles, Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

--Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

--¿Estás seguro?

Asentí.

--Entonces --dijo recogiendo las agujas-- tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene extrañaba unas carpetas, un par de pantuflas que tanto la abrigaban en invierno. Yo sentía mi pipa de enebro y creo que Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

--No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina ay ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resulta molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá, y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene que era más cómodo. A veces Irene decía:

--Fíjate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadradito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiado ruido de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpen en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos más despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí el ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y en el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

--Han tomado esta parte --dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado soltó el tejido sin mirarlo.

--¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? --le pregunté inútilmente.

--No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

Las ruinas circulares (Jorge Luis Borges) 1889-1985

Jorge Luis Borges

Nació en la provincia de Palermo (Argentina). De madre y abuelos ingleses, Borges se educó en inglés antes que en español. Desde joven vive con su familia en Ginebra (Suiza) y estudia ahí su bachillerato; a su muerte, fue también enterrado en esta ciudad. En España, país en el que residió algunos años, se vincula con poetas y artistas de la época, en especial, con Pablo Picasso. En estos años Borges escribe para revistas europeas y se destaca en distintos círculos intelectuales. Fue también un notable traductor, habilidad que desarrolló desde su niñez por la gran variedad de idiomas que dominaba. Tradujo a Wilde, Melville, Kafka, Mann y otros muchos autores. En 1930 regresa a Argentina, funda la revista “Sur” junto con Cortázar, Bioy Casares y Silvia Ocampo. En torno a Borges se forma un grupo de intelectuales argentinos que impulsaron la literatura latinoamericana. Sin embargo, estos escritores fueron al principio más estudiados en Europa que en Latinoamérica, sobre todo, en Francia. Borges, al igual que Cortázar, nunca se consideró apegado a los moldes de la literatura latinoamericana, sino a temas de trascendencia universal. Su ceguera no fue un impedimento para desarrollarse en todos los ámbitos y cargos que desempeñó, entre éstos, el de director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (años 40). Recibió varios premios importantes, aunque nunca recibió el Nobel, lo cual causó una profunda indignación a nivel internacional. Borges es uno de los autores más respetados y estudiados en la literatura universal.

Características generales:

Escribió cuentos, género que siempre admiró por encima de la novela, y en el cual fue muy prolífico. También fue un destacado poeta.

Su erudición sobre distintos temas como la filosofía, la historia, la mitología o las religiones crean en la narrativa y la poesía borgeana un gran reto para sus lectores.

Sus cuentos no se apegan a una realidad traducible a simple vista, hace juegos eruditos y plasma temas de tipo filosóficos o metafísicos.

Rompe con la idea de los tiempos lineales o de los espacios definidos y conocidos.

Mezcla la fantasía, aunque sus relatos no caen en lo puramente ficcional. El lector obtiene una reflexión de la realidad a través del rompimiento con el realismo puro.

Se dice que sus cuentos pueden compararse a un ensayofilosófico.

El lector de Borges, por lo general, recurre a diccionarios y fuentes de apoyo.

Temas destacados en el cuento:

Desde el inicio del cuento, la idea circular envuelve distintos significados, todos ellos susceptibles a una interpretación simbólica. Por ejemplo:

El espacio circular del templo nos remite a la idea cíclica de la historia; el templo incendiado al principio se menciona también al final. Combina los elementos esenciales como fuego, agua (río), tierra, ruinas y finalmente al hombre anónimo que intenta crear una nueva vida (fluir del tiempo)

Alude al orientalismo “Las mil y una noches” que, además de dar la idea infinita de “contar”, encarna una realidad por medio de su magia y su fantasía.

La actividad del personaje, quien quiere crear a un nuevo ser se divide en tres etapas:

La primera se identifica con el sueño de la razón, pues procede a hacerlo mediante la selección y la eliminación. En la segunda invierte el proceso; deja lo general, lo exterior y lo abstracto y se concentra en lo interno: el corazón; se identifica con el sueño de las emociones; un sueño creador. Pero el ser que crea se revela incapaz de despertarse a la vida conciente. En la tercera etapa, invoca la ayuda divina, el sueño del alma y finalmente el nuevo ser despierta (el mago lo llama “hijo)

Sin embargo, el proceso se revierte: tiene la impresión de que todo ya había acontecido; pasa por el fuego sin quemarse y comprende que el nuevo ser es insustancial.

El sueño del mago finalmente se revela como una ilusión que se desvanece y que él también puede ser únicamente el sueño de otro.

Plantea, así, la posibilidad de que la existencia sea, además de infinitamente repetida, sólo un breve sueño.

Borges ha tratado este tema en muchos otros cuentos, es decir, el fluir eterno del tiempo y la fugacidad de la vida humana en ese devenir infinito. Cuestiona la idea del hombre, proyectando una postura universal y no sólo occidental (filosofía zend); su personaje anónimo es el hombre, cuya existencia transitoria por la vida depende de que otros lo piensen, lo sueñen y como parte de una historia cíclica, misteriosa e inacabable.

Temas similares de este cuento en un poema de Borges: "El ajedrez".

***Las ruinas circulares*¹⁸**

Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra. Lo cierto es que el hombre gris besó el fango, repechó la ribera sin apartar (probablemente, sin sentir) las cortaderas que le dilaceraban las carnes y se arrastró, mareado y ensangrentado, hasta el recinto circular que corona un tigre o caballo de piedra, que tuvo alguna vez el color del fuego y ahora el de la ceniza. Ese redondel es un templo que devoraron los incendios antiguos, que la selva palúdica ha profanado y cuyo dios no recibe honor de los hombres. El forastero se tendió bajo el pedestal. Lo despertó el sol alto. Comprobó sin asombro que las heridas habían cicatrizado; cerró los ojos pálidos y durmió, no por flaqueza de la carne sino por determinación de la voluntad. Sabía que ese templo era el lugar que requería su invencible propósito; sabía que los árboles incesantes no habían logrado estrangular, río abajo, las ruinas de otro templo propicio, también de dioses incendiados y muertos; sabía que su inmediata obligación era el sueño. Hacia la medianoche lo despertó el grito inconsolable de un pájaro. Rastros de pies descalzos, unos higos y un cántaro le

¹⁸ Borges, Jorge Luis. "Las ruinas circulares" en *Ficciones*. Buenos Aires. Emecé. 1951

advirtieron que los hombres de la región habían espiado con respeto su sueño y solicitaban su amparo o temían su magia. Sintió el frío del miedo y buscó en la muralla dilapidada un nicho sepulcral y se tapó con hojas desconocidas.

El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad. Ese proyecto mágico había agotado el espacio entero de su alma; si alguien le hubiera preguntado su propio nombre o cualquier rasgo de su vida anterior, no habría acertado a responder. Le convenía el templo inhabitado y despedazado, porque era un mínimo de mundo visible; la cercanía de los labradores también, porque éstos se encargaban de subvenir a sus necesidades frugales. El arroz y las frutas de su tributo eran pábulo suficiente para su cuerpo, consagrado a la única tarea de dormir y soñar.

Al principio, los sueños eran caóticos; poco después, fueron de naturaleza dialéctica. El forastero se soñaba en el centro de un anfiteatro circular que era de algún modo el templo incendiado: nubes de alumnos taciturnos fatigaban las gradas; las caras de los últimos pendían a muchos siglos de distancia y a una altura estelar, pero eran del todo precisas. El hombre les dictaba lecciones de anatomía, de cosmografía, de magia; los rostros escuchaban con ansiedad y procuraban responder con entendimiento, como si adivinaran la importancia de aquel examen, que redimiría a uno de ellos de su condición de vana apariencia y lo interpolaría en el mundo real. el hombre, en el sueño y en la vigilia, consideraba las respuestas de sus fantasmas, no se dejaba embaucar por los impostores, adivinaba en ciertas perplejidades una inteligencia creciente. Buscaba un alma que mereciera participar en el universo.

A las nueve o diez noches comprendió con alguna amargura que nada podía esperar de aquellos alumnos que aceptaban con pasividad su doctrina y sí de aquellos que arriesgaban, a veces, una contradicción razonable. Los primeros, aunque dignos de amor y de buen afecto, no podían ascender a individuos; los últimos preexistían un poco más. Una tarde (ahora también las tardes eran tributarias del sueño, ahora no velaba sino un par de horas en el amanecer) licenció para siempre el vasto colegio ilusorio y se quedó con un solo alumno. Era un muchacho taciturno, cetrino, díscolo a veces, de rasgos afiliados que repetían los de su soñador. No lo desconcertó por mucho tiempo la

brusca eliminación de los condiscípulos: su progreso, al cabo de unas pocas lecciones particulares, pudo maravillar al maestro. Sin embargo, la catástrofe sobrevino. El hombre, un día, emergió del sueño como de un desierto viscoso, miró la vana luz de la tarde que al pronto confundió con la aurora y comprendió que no había soñado. Toda esa noche y todo el día, la intolerable lucidez del insomnio se abatió contra él. Quiso explorar la selva, extenuarse; apenas alcanzó entre la cicuta unas rachas de sueño débil, veteadas fugazmente de visiones de tipo rudimental: inservibles. Quiso congregar el colegio y apenas hubo articulado unas breves palabras de exhortación, éste se deformó, se borró. En la casi perpetua vigilia, lágrimas de ira le quemaban los viejos ojos.

Comprendió que el empeño de modelar la materia incoherente y vertiginosa de que se componen los sueños es el más arduo que puede acometer un varón, aunque penetre todos los enigmas del orden superior y del inferior: mucho más arduo que tejer una cuerda de arena o que amonedar el viento sin vara. Comprendió que un fracaso inicial era inevitable. Juró olvidar la enorme alucinación que lo había desviado al principio y buscó otro método de trabajo. Antes de ejercitarlo, dedicó un mes a la reposición de las fuerzas que había malgastado el delirio. Abandonó toda premeditación de soñar y casi acto continuo logró dormir un trecho razonable del día. Las raras veces que soñó durante ese periodo, no reparó en los sueños. Para reanudar la tarea, esperó que el disco de la luna fuera perfecto. Luego, en la tarde, se purificó en las aguas del río, adoró los dioses planetarios, pronunció las sílabas lícitas de un nombre poderoso y durmió. Casi inmediatamente, soñó con un corazón que latía.

Lo soñó activo, caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado, color granate en la penumbra de un cuerpo humano aún sin cara ni sexo; con minucioso amor lo soñó, durante catorce lúcidas noches. Cada noche, lo percibía con mayor evidencia. No lo tocaba: se limitaba a atestiguarlo, a observarlo, tal vez a corregirlo con la mirada. Lo percibía, lo vivía, desde muchas distancias y muchos ángulos. La noche catorcena rozó la arteria pulmonar con el índice y luego todo el corazón, desde afuera y adentro. El examen lo satisfizo. Deliberadamente no soñó durante una noche: luego retomó el corazón, invocó el nombre de un planeta y emprendió la visión de otro de los órganos principales. Antes de un año llegó al esqueleto, a los párpados. El pelo innumerable fue

tal vez la tarea más difícil. Soñó un hombre íntegro, un mancebo, pero éste no se incorporaba ni hablaba ni podía abrir los ojos. Noche tras noche, el hombre lo soñaba dormido.

En las cosmogonías gnósticas, los demiurgos amasan un rojo Adán que no logra ponerse de pie; tan inhábil y rudo y elemental como ese Adán de polvo era el Adán de sueño que las noches del mago habían fabricado. Una tarde, el hombre casi destruyó toda su obra, pero se arrepintió (Más le hubiera valido destruirla.) Agotados los votos a los númenes de la tierra y del río, se arrojó a los pies de la efigie que tal vez era un tigre y tal vez un potro, e imploró su desconocido socorro. Ese crepúsculo, soñó con la estatua. La soñó viva, trémula: no era un atroz bastardo de tigre y potro, sino a la vez esas dos criaturas vehementes y también un toro, una rosa, una tempestad. Ese múltiple dios le reveló que su nombre terrenal era Fuego, que en ese templo circular (y en otros iguales) le habían rendido sacrificios y culto y que mágicamente animaría al fantasma soñado, de suerte que todas las criaturas, excepto el Fuego mismo y el soñador, lo pensarán un hombre de carne y hueso. Le ordenó que una vez instruido en los ritos, lo enviaría al otro templo despedazado cuyas pirámides persisten aguas abajo, para que alguna voz lo glorificara en aquel edificio desierto. En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó.

El mago ejecutó esas órdenes. Consagró un plazo (que finalmente abarcó dos años) a descubrirle los arcanos del universo y del culto del fuego. Íntimamente, le dolía apartarse de él. Con el pretexto de la necesidad pedagógica, dilataba cada día las horas dedicadas al sueño. También rehizo el hombro derecho, acaso deficiente. A veces, lo inquietaba una presión de que ya todo eso había acontecido...En general, sus días eran felices; al cerrar los ojos pensaba: Ahora estaré con mi hijo. O, más raramente: El hijo que he engendrado me espera y no existirá si no voy.

Gradualmente, lo fue acostumbrando a la realidad. Una vez le ordenó que embanderara una cumbre lejana. Al otro día, flameaba la bandera en la cumbre. Ensayó otros experimentos análogos, cada vez más audaces. Comprendió con cierta amargura que su hijo estaba listo para nacer –y tal vez impaciente. Esa noche lo besó por primera vez y lo envió al otro templo cuyos despojos blanquean río abajo, a muchas leguas de

inextricable selva y de ciénaga. Antes (para que no supera nunca que era un fantasma, para que se creyera un hombre como los otros) le infundió el olvido total de sus años de aprendizaje.

Su victoria y su paz quedaron empañadas de hastío. En los crepúsculos de la tarde y del alba, se prosternaba ante la figura de piedra, tal vez imaginando que su hijo irreal ejecutaba idénticos ritos, en otros ruinas circulares, aguas abajo; de noche no soñaba, o soñaba como lo hacen todos los hombres. Percibía con cierta palidez los sonidos y formas del universo: el hijo ausente se nutría de esas disminuciones de su alma. El propósito de su vida estaba colmado; el hombre persistió en una suerte de éxtasis. Al cabo de un tiempo que ciertos narradores de su historia prefieren computar en años y otros en lustros, lo despertaron dos remeros a medianoche: no pudo ver sus caras, pero le hablaron de un hombre mágico en un templo del Norte, capaz de hollar el fuego y de no quemarse. El mago recordó bruscamente las palabras del dios. Recordó que de todas las criaturas que componen el orbe, el fuego era la única que sabía que su hijo era un fantasma. Ese recuerdo, apaciguador al principio, acabó por atormentarlo. Temió que su hijo meditara en ese privilegio anormal y descubriera de algún modo su condición de mero simulacro. No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre, ¡qué humillación incomparable, qué vértigo! A todo padre le interesan los hijos que ha procreado (que ha permitido) en una mera confusión o felicidad; es natural que el mago temiera por el porvenir de aquel hijo, pensado entraña por entraña y rasgo por rasgo, en mil y una noches secretas.

El término de sus cavilaciones fue brusco, pero lo prometieron algunos signos. Primero (al cabo de una larga sequía) una remota nube en un cerro, liviana como un pájaro; luego, hacia el Sur, el cielo que tenía el color rosado de la encía de los leopardos; luego las humaredas que herrumbraron el metal de las noches; después la fuga pánica de las bestias. Porque se repitió lo acontecido hace muchos siglos. Las ruinas del santuario del dios del fuego fueron destruidas por el fuego. En un alba sin pájaros el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante pensó refugiarse en las aguas, pero luego comprendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones del fuego. Estos n

mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

A modo de conclusión: El cuento más corto jamás escrito.

De Augusto Monterroso¹⁹

El dinosaurio.

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

¹⁹ MONTERROSO, AUGUSTO. Jacobs, Bárbara. *Antología del cuento triste*. 2a. de. Edhasa. Barcelona. 1992.

BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

AUTORES EUROPEOS

Chejov, Anton. "La dama del perrito". en *Cuentos Escogidos*. México. Porrúa. "Sepan Cuantos". No. 411. 1994.

Joyce, James. "Una nubecilla" en *Dublineses*. México. Ediciones. Coyoacán. 1994.

Kafka, Franz. "El artista del hambre" en *Bestiario*. Barcelona. Anagrama. 1990.

Mann, Thomas. "Tobias Mandernickel." en *Antología del cuento triste*. Monterroso, Augusto y Jacobs Barbara. Barcelona. Edhasa. 1991.

Maupassant, Guy. "El viejo". en *Antología de cuentos de la literatura universal*. Tomo 2. México. Diana. 1983.

Woolf, Virginia. "La señora en el espejo" en *Antología de cuentos de la literatura universal*. Tomo 2. México. Diana. 1983.

AUTORES NORTEAMERICANOS

Allan Poe, Edgar. "El retrato oval" en *Cuentos de Edgar Allan Poe. Vol. 1* Trad. Julio Cortázar. Madrid. Alianza. 1956.

Faulkner, William. "Una rosa para Emily" en *El cuento*. Valadez, Edmundo. Número 128. México. G.V. editores. Enero-Marzo de 1995.

Hawthorne, Nathaniel. "Wakefield" en *Cuentos de la nueva Holanda*. Buenos Aires. Austral. 1948

Hemingway, Ernest. "Cat in the Rain" en *The Essential Hemingway*. London. Granada Publishing. 1947.

Jackson Shirley. "La lotería" en *Autores Hispanoamericanos*. Barcelona. Ed. Edhasa. 1948,

London, Jack. "Por un bistec" en *El silencio blanco y otros cuentos*. Madrid. Alianza. 1991.

AUTORES LATINOAMERICANOS

Borges, Jorge Luis. "Las ruinas circulares" en *Ficciones*. Buenos Aires. Emecé. 1951

Cortázar, Julio. "Casa tomada" en *Bestiario*. México. Alfaguara. 1991.

García Márquez, Gabriel. "El ahogado más hermoso del mundo" en *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*. México. Diana. 1986.

Garro, Elena. "El anillo" en *La semana de colores*. México. Grijalbo. 1987.

Quiroga, Horacio. "El hombre muerto" en *El cuento hispanoamericano*. FCE. 1964.

Rulfo, Juan. "Macario" en *El llano en llamas*. México. Rei. 1991

BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA

- BORGES, JORGE LUIS. *Otras inquisiciones*. Buenos Aires. Ed. Emecé. 1951.
- EAGLETON, TERRY. *Una introducción a la teoría del texto*. México. FCE. 1980.
- FERNÁNDEZ MORENO, CESAR. *América Latina en su literatura*. México. Ed. Siglo XXI. 1992.
- FLORES, ANGEL. *El realismo mágico*. México. Ed. La red de Jonás. Premisas. 1990.
- GOMIS, ANAMARI. *Cómo acercarse a la literatura*. México. Ed. Limusa. 1991.
- GORDON, SAMUEL. *El tiempo en el cuento hispanoamericano*. Antología de ficción y crítica. UNAM. México. 1989.
- HEINEY, DONALD. *Recent american literature*. New York. Barron's. 1973.
- MOFFETT, JAMES. *Points of view. An anthology of short stories*. New York. Ed. Signet. 1966.
- MONTERROSO, AUGUSTO. Jacobs, Bárbara. *Antología del cuento triste*. 2a. de. Edhasa. Barcelona. 1992.
- PAZ OCTAVIO. *El arco y la lira*. FCE. México. 1987.
- PROPP, VLADIMIR. *Morfología del cuento*. De. Colofón .4a.ed. México. 1992.
- PROPP, VLADIMIR. *Raíces históricas del cuento*. Ed. Colofón. 2a. de. México. 1989.
- SEYMOUR, MENTON. *El cuento hispanoamericano*. FCE. 4a. de.. México. 1991.
- SHIMOSE, PEDRO. *Historia de la literatura latinoamericana*. Madrid. Ed. Playor. 1989.
- TODOROV, TZVETAN. *Introducción a la literatura fantástica*. México. Ediciones Coyoacán. 1994.
- VALADEZ, EDMUNDO. *El cuento, revista de imaginación*.. (varios números). GV editores. México. años 1990-1995.
- VALDIVIEZO, JAIME. *Realidad y ficción en Latinoamérica*. México. Cuadernos Joaquín Mortíz. 1976.
- ZAVALA, LAURO. *Teorías de los cuentistas*. (Vol. 1 y 2). Difusión Cultural UNAM. México. 1993.

LISTA PARA REVISAR POR SU PROPIA CUENTA EL VALOR DEL DOCUMENTO

Antes de presentar su documento, por favor utilice esta página para determinar si su trabajo cumple con lo establecido por AIU. Si hay más que 2 elementos que no puede verificar adentro de su documento, entonces, por favor, haga las correcciones necesarias para ganar los créditos correspondientes.

SI Yo tengo una página de cobertura similar al ejemplo de la página 89 o 90 del Suplemento.

SI Yo incluí una tabla de contenidos con la página correspondiente para cada componente.

NO Yo incluí un abstracto del documento (exclusivamente para la Tesis).

SI Yo seguí el contorno propuesto en la página 91 o 97 del Suplemento con todos los títulos o casi.

SI Yo usé referencias a través de todo el documento según el requisito de la página 92 del Suplemento.

SI Mis referencias están en orden alfabético al final según el requisito de la página 92 del Suplemento.

SI Cada referencia que mencioné en el texto se encuentra en mi lista o viceversa.

SI Yo utilicé una ilustración clara y con detalles para defender mi punto de vista.

NP Yo utilicé al final apéndices con gráficas y otros tipos de documentos de soporte.

NP Yo utilicé varias tablas y estadísticas para aclarar mis ideas más científicamente.

SI Yo tengo por lo menos 50 páginas de texto (15 en ciertos casos) salvo si me pidieron lo contrario.

SI Cada sección de mi documento sigue una cierta lógica (1, 2,3)

SI Yo no utilicé caracteres extravagantes, dibujos o decoraciones.

SI Yo utilicé un lenguaje sencillo, claro y accesible para todos.

SI Yo utilicé Microsoft Word (u otro programa similar) para chequear y eliminar errores de ortografía.

SI Yo utilicé Microsoft Word / u otro programa similar) para chequear y eliminar errores de gramática.

SI Yo no violé ninguna ley de propiedad literaria al copiar materiales que pertenecen a otra gente.

SI Yo afirmo por este medio que lo que estoy sometiendo es totalmente mi obra propia.

Firma del estudiante
ESTRELLA ASSE SHUEKE
ID UD5771HLE11973

Fecha: Marzo 13, 2008.